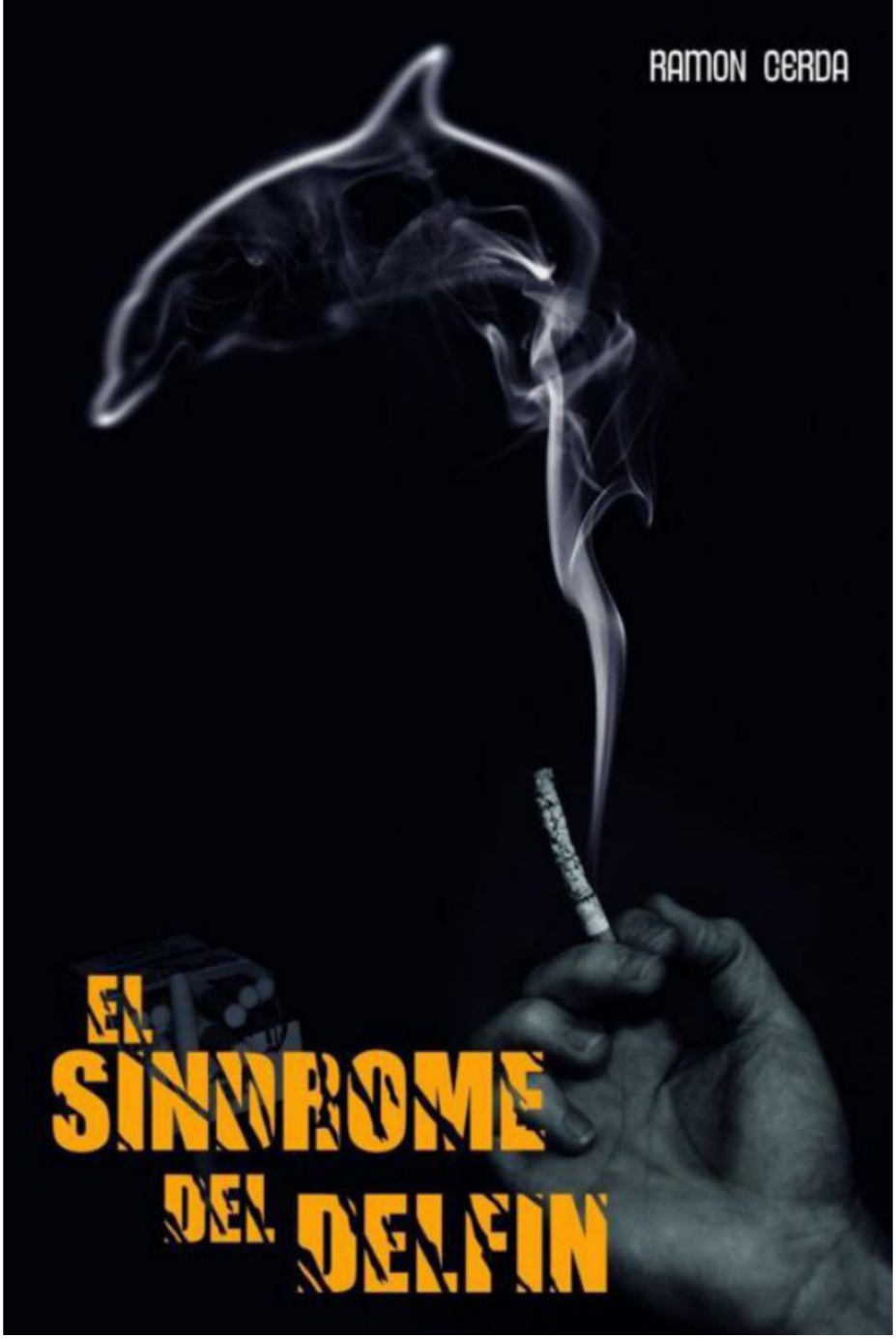
RAMON CERDA
EL SINDROME DEL DELFIN

EL SÍNDROME DEL DELFÍN

Ramón Cerdá

Para Cándido
1936-2006

Titulo: El síndrome del delfín
Primera edición octubre 2013
Autor: © Ramón Cerdà
www.lawebderamon.com

Fotos portada: Ramón Cerdà
Diseño portada: Ramón Cerdà y Jose Vicente Sanchis
Maquetación: Ramón Cerdà y Jesús Belda

I.S.B.N.: 978-84-15799-06-1
Depósito legal: V-2646-2013
ISNI Autor: 0000 0000 6063 5199

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este li-bro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de re-producción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

PERSONAJES
Introducción del autor
Primera parte
Insomne
Hiperrealidad
John
Baño de sangre
Sé que has sido tú
El síndrome del delfín
Segunda parte
¿Un asesino en serie?
La exmujer del comisario
Continúan los crímenes
Consuelo
El registro
La bolsa de Mercadona
La hipnosis
La escopeta
Bendito sueño
El entierro de Amparo
Picassent
Notas del autor
AGRADECIMIENTOS
Otras obras del autor en Amazon

PERSONAJES

HILARIO "Chester" RUIZ - Protagonista con problemas de insomnio. Viudo. Vive solo.

JOHN FREEMAN - Inglés que se instala unos días en casa de Hilario.

MARÍA - Mujer (fallecida) de Hilario.

EDURNE - Vecina de Hilario. Divorciada.

PABLO - Comisario divorciado con dos hijas.

GREGORIO - Inspector de policía. Mano derecha del comisario Pablo.

JOSE ANTONIO LOPEZ ARRUALDE - Cliente cafetería. Sospechoso de asesinato.

AMPARO - Exmujer del comisario Pablo.

ADELA - Joven turista que se hospeda en casa de Hilario después de John.

CONSUELO - Espiritista que colabora con la policía.

ESTEBAN - Policía amigo del comisario Pablo.

ROBERTO - Amigo de José Antonio López.

JUANJO - Amigo de José Antonio López.

RICARDO "Riki" - Amigo de José Antonio López

CARLOS - Exmarido de Edurne

“El insomnio es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura”

Emile M. Cioran

Introducción del autor

Ya comienza a ser una tradición lo de recluirme el 1 de septiembre para empezar una nueva novela; empecé con *EL PRINCIPE DE LAS MOSCAS* en 2009, seguí con *LAS VOCES DE LAS HORMIGAS* en 2010, y ahora repito experiencia con *EL SINDROME DEL DELFIN* en 2011.

He de reconocer que cuando empiezo a escribirla, lo único que realmente tengo claro es que mi personaje principal va a ser una persona completamente insomne, con todos los problemas que ello lleva consigo. Todo lo demás sigue siendo una neblina en mi mente; neblina que espero que se vaya disipando conforme pasen los días y la inspiración ocupe el lugar que ahora ocupa esa especie de vacío inquietante que a menudo tanto nos preocupa a los que nos dedicamos a fabular con las letras.

Gracias una vez más a ti, lector, por leerme. Mi principal deseo es no defraudarte.

Ramón Cerdà - novelista

Primera parte

“Si la gente nos oyera los pensamientos,
pocos escaparíamos de estar encerrados por locos”

Jacinto
Benavente

1
•

Insomne

1
♦

Sabía que no podía hacer nada para dormir…

A su alrededor todo era penumbra, la luz había empezado a molestarle unos meses atrás, pero no había sido algo preocupante hasta un par de semanas antes, y desde entonces mantenía las persianas bajadas. Cuando salía a la calle, cosa que cada vez hacía menos por su tendencia al enclaustramiento, solía hacerlo por la noche, o en caso de no haber anochecido todavía, utilizaba unas anticuadas Ray Ban de pasta muy oscuras que le daban un aspecto un tanto anacrónico. Su cuerpo había llegado a un extremo de delgadez difícil de superar y ya desistía de mirarse en el espejo desde que había dejado de afeitarse, apenas comía, y tenía la sensación de haber llegado a un punto de no retorno en el que nunca más iba a poder dormir. Resultaba duro llegar a una conclusión de ese tipo de forma tan drástica, pero era evidente que algo tan natural y tan aparentemente necesario como el sueño, le había sido negado desde hacía algo más de un mes, ¿o era más? Había perdido la cuenta. Lo había intentado todo desde entonces, remedios caseros de todo tipo y somníferos, pero nada había servido para recuperar la tan ansiada posibilidad de dormir, aunque fuesen tan solo unos minutos diarios.

Todo el mundo dice que eso es imposible —pensaba a menudo— *que no se puede estar tanto tiempo sin dormir*. Pero también otras de las cosas que le estaban pasando parecían imposibles y nadie las creería si las contara.

Solo él estaba en condiciones de saber, qué era, y qué no era posible, en sus circunstancias. Nadie más lo entendería, a no ser que estuviese pasando por lo mismo.

Y precisamente ese convencimiento era lo que hacía que tuviera miedo.

Mucho miedo.

Miedo de lo que le estaba pasando.

De lo que podía hacer en un momento dado.

De algunas de las cosas que ya había hecho, y otras que no

conseguía recordar. Esas eran las peores porque podrían ser las más atroces. A veces creía estar a punto de recordarlas, pero al final, esos momentos de lucidez se desvanecían antes de materializarse.

Las manos le temblaban convulsivamente, al igual que si padeciera de Parkinson, mientras, sostenía una vieja escopeta llena de costras de óxido que le recordaban al herpes zóster que desde hacía unos días había empeorado invadiéndole gran parte de la frente y una de sus mejillas, hasta cubrirle la barbilla.

La escopeta, que se agitaba arriba y abajo a un ritmo que le parecía cada vez más frenético, perteneció a su padre y él nunca la había utilizado hasta unos minutos antes, de hecho odiaba la caza, y las armas de fuego le provocaban rechazo a pesar de haber sido la mayor afición de su progenitor, o tal vez sentía esa repulsión precisamente por eso. Nunca se había llevado bien con su padre; ni en los mejores momentos de su relación familiar. Todo lo que recordaba de él eran unos continuos enfrentamientos ocasionados, tal vez, por la desmedida afición a la bebida y la mala vida, que acabaron llevándolo a la tumba antes de cumplir los sesenta.

Pero por unos motivos u otros, nunca se decidió a deshacerse del arma, a pesar de los malos recuerdos y de que no disponía de licencia ni permiso de ningún tipo que le permitiera tenerla. La conservaba arrinconada en el desván con otras mil cosas inútiles que guardaba como homenaje, ciertamente inmerecido, a la memoria de su padre. El desván se había convertido en una especie de panteón donde había reunido todos esos objetos paternos que no tenía previsto utilizar nunca, incluyendo una urna de cerámica con sus cenizas. Cenizas que conservó su madre sobre la repisa del comedor, hasta que también murió. A ella no la incineraron; nunca supo si esa era su voluntad o no y nada decía de eso en el testamento, de manera que prefirió enterrarla de la manera tradicional, en un nicho corriente y una lápida de granito muy sencilla. Lo ideal hubiera sido meter en el nicho la urna con las cenizas de su padre, pero se le olvidó, simplemente se olvidó de ella hasta que unos días después del entierro se quedó mirándola fijamente y cayó en la cuenta de que no debía de estar allí. Nada justificaba que siguiera sobre la repisa, y tampoco sabía muy bien qué hacer con las cenizas, de manera que lo único que se le ocurrió fue arrinconarlas en el mismo desván donde se conservaban todos sus viejos recuerdos.

Desde la muerte de su madre no había vuelto a subir al desván para nada, hacía de eso cuatro años. Seguía todo como él recordaba, amontonado, sin orden de ningún tipo, pero con la urna bien visible y llena de polvo.

—Hola papá —dijo al verla, sin saber muy bien por qué.

Miró el caos que le rodeaba, hasta que localizó la escopeta. A su lado encontró una caja de cartuchos polvorienta y abierta, de la que no recordaba su existencia. Mejor así, porque eso le evitaría tener que ir a comprar munición, pero antes de hacer lo que tenía previsto, y ante la duda sobre el posible mal estado de los cartuchos que estaban cubiertos por una ligera capa de moho, lo primero que hizo fue cargar el arma con dos de ellos y disparar con ambos gatillos hacia el fondo del trastero colocando la culata sobre su hombro derecho, como tantas veces tuvo ocasión de ver que hacía su padre cuando perseguía conejos en la sierra cercana a la finca de Fontanares, donde pasó su infancia y los primeros años de adolescencia.

La escopeta escupió fuego sin ningún problema, como estando acostumbrada a ello, destrozando un viejo baúl con manchas de hollín, óxido, grasa y un sinfín de sustancias indeterminadas, acumuladas por lustros de viajes, desidia y abandono, a la vez que lo llenaba todo de estruendo, humo, olor a pólvora, y un sinfín de astillas, una de las cuales se le hincó en su demacrada mejilla izquierda que era la que había quedado más expuesta al disparar, y de donde pronto saldría una minúscula gota de sangre muy oscura y espesa. No se molestó en arrancarla, tal vez porque ni siquiera se percató de ella. Luego apuntó a la urna y volvió a apretar los gatillos gemelos.

—Pum —dijo en voz alta mientras reía.

—Te has asustado. ¿Eh, papá?

Por un momento se imaginó la urna estallando en mil pedazos y cubriéndolo todo con las cenizas de su difunto padre, y estuvo tentado de recargar el arma, pero no lo hizo.

El siguiente paso fue recortar ambos cañones con una sierra de metal que también llevaba años olvidada y oxidándose junto con otras herramientas y unos cepos de caza. Apoyó la escopeta, todavía caliente por el reciente disparo, sobre un banco de madera, y con unas fuerzas que suponía ya inexistentes, realizó el corte de forma rápida y certera. La parte delantera del arma cayó al suelo con un sonido metálico que se le antojó extraño, angustioso, lejano, como si ocurriera en otra dimensión. Dejó la herramienta sobre el banco y sostuvo la escopeta con ambas manos, pensativo. Si alguien lo hubiese estado observando, por su expresión creería que no recordaba lo que quería hacer con ella. Un par de minutos más tarde la cargó de nuevo y volvió a mirar la urna, pero tampoco esta vez disparó. En lugar de eso, sacó del bolsillo un paquete medio vacío y

arrugado de Chesterfield y se puso un cigarrillo en la boca, guardó el paquete, y del mismo bolsillo extrajo un Zippo con la imagen del conejito de Playboy. Se escuchó el chasquido metálico característico y encendió el cigarrillo.

Tal vez soportaría seguir viviendo sin dormir. Después de tanto tiempo sin hacerlo, ¿quién sabía dónde se encontraba el verdadero límite del ser humano? En definitiva se sabía tan poco sobre el sueño y eran tan contradictorias algunas de las teorías, que cuanto más leía sobre el tema, más confundido se sentía.

Se aceptaba que lo normal fuese entrar en una primera fase del sueño, entre cinco y veinte minutos después de haberse acostado, y se consideraba que se padecía insomnio si se tardaba más tiempo en conciliarlo. De hecho, muchos de los que lo padecían, tardaban hasta tres o más horas en dormirse cada noche. Otro síntoma que sufrían las personas con insomnio era que la segunda fase del sueño también se retardaba, afectando a la calidad del descanso, porque mientras era normal alcanzar esa segunda fase tres cuartos de hora después de la primera somnolencia, quienes tardaban en dormirse, podían, además, retrasar otras dos horas la llegada a ese segundo punto, con lo que el resultado final resultaba nefasto. Pero su caso era distinto y no había encontrado ninguna referencia sobre lo que le sucedía en libro alguno, él no dormía nada, no se trataba por lo tanto de un retraso en la primera o en la segunda fase del sueño, simplemente no llegaba nunca a dormirse, la fatiga era continua y cada vez mayor, hasta el punto que le faltaba el aliento al menor esfuerzo.

Los otros efectos secundarios que le provocaba esa falta de sueño le tenían aterrado, veía y sentía cosas que no quería ver ni sentir, y tenía el convencimiento de que lo que le estaba sucediendo, solo podía desaparecer de dos modos: durmiendo o quitándose la vida.

Y sabía que no podía hacer nada para dormir...

2

Unas semanas antes

Estaba convencido de que se había equivocado terriblemente al tomar la estúpida y precipitada decisión de compartir su casa con desconocidos. La idea le surgió un par de meses antes navegando por internet, cuando, de hecho, todavía no padecía de insomnio, o al menos no de la manera que lo estaba sufriendo ahora, le llegó en una de tantas interminables sesiones en la red, en las que cada vez

transcurría más una buena parte de su ociosa vida. Acababa de hacer una búsqueda un tanto aleatoria en Google y tropezó con un artículo de El País que hablaba sobre el *couchsurfing*[1]; una especie de sistema de trueque, menos novedoso de lo que parecía a simple vista, porque ya desde el 2004 se podía encontrar la propuesta de intercambio en la red, pero a Hilario, que nunca había oído hablar de ello, le pareció en esos momentos una idea rompedora, y como todo lo original, interesante por derecho propio, no pudiendo resistirse a formar parte de la iniciativa.

Con esta idea del trueque, cuando uno de los miembros de la plataforma quería viajar a otro país, disponía de lugares gratuitos donde alojarse porque utilizaba las viviendas de los otros usuarios. Para pertenecer a esa plataforma de intercambio, bastaba con ofrecer algún piso, casa o habitación para otros viajeros, o como el propio nombre indicaba[2], un simple sofá. De ese modo se podía viajar por todo el mundo sin costes de hospedaje.

Se dio de alta sin pensar, como se apuntaba a todo tipo de eventos, redes sociales, chats, foros, webs de noticias, y cualquier otra cosa con la que tropezaba con el puntero del ratón, y lo bien cierto era que lo había olvidado por completo, hasta que recibió un e-mail proveniente de Inglaterra escrito en un perfecto castellano, de un hombre de mediana edad, algo más joven que él, que pretendía hospedarse en su casa durante el par de semanas que iba a durar su visita a Valencia.

Por unos minutos se quedó en blanco sin saber qué pretendía su interlocutor virtual, y a punto estuvo de lanzar el mensaje a la carpeta de *spam* sin molestarse en contestar, hasta que finalmente, y como en una especie de resplandor mental, recordó lo del *couchsurfing*. Esto activó una nueva alarma en su cerebro: ¿por qué cada vez le costaba más pensar?

Se quedaba con la mente vacía, y todo ello tendría que estar relacionado con sus graves problemas de insomnio de las últimas semanas.

Llamarlo “problemas de insomnio”, era algo más bien eufemístico, porque uno tiene insomnio cuando duerme poco, o cuando le cuesta dormirse por la noche al acostarse, o cuando en un momento dado y por algún problema externo, se pasa dos o tres días sin pegar ojo o levantándose veinte veces para acabar dando vueltas por el comedor, pero en el caso de Hilario el problema era mucho más agudo: simplemente no dormía *nada* en absoluto.

Había leído un montón de libros sobre los trastornos del sueño, y creía haber visto todo lo que sobre el tema circulaba por la red, tanto

en español como en inglés, que no entendía muy bien, pero que gracias a Google podía traducir sin demasiados problemas a un castellano comprensible. Empezaba a considerarse casi un experto en cosas a las que nunca antes había prestado atención: los orígenes del insomnio, las causas por enfermedades metabólicas, respiratorias, psiquiátricas, neurológicas, y todas las variantes del sonambulismo, terrores nocturnos, bruxismo, somniloquia o el síndrome de fase retardada del sueño, y se conocía también al dedillo las disomnias, las parasomnias y la narcolepsia, que por cierto, había descubierto que era todo lo contrario a lo que le ocurría a él, y otras decenas de términos más, de los que hasta hacía poco ni siquiera había oído nombrar. Pero a pesar de su empeño investigador, no había encontrado nada que se pareciera ni remotamente a su problema personal. Además de algún extraño caso encontrado esa misma mañana en internet, solo recordaba otro par de historias de insomnes absolutos, una de ellas la leyó siendo un adolescente en una novelita de ciencia ficción de las que compraba semanalmente en el quiosco del barrio, de las editadas por la antigua Bruguera[3], pero por lo poco que recordaba, el personaje no sufría los efectos secundarios que él estaba acumulando por la, cada vez más alarmante, falta de sueño reparador. Ese personaje de ficción, simplemente disfrutaba de veinticuatro horas diarias de vigilia. Recordaba que lo único que tenía que hacer era descansar unas horas sentado en una silla; de ahí que el trabajo que realizaba fuese de vigilante nocturno en una serie de viajes espaciales o algo parecido. ¿Qué habría sido de esa novela? Le gustaría tener la ocasión de recuperarla y volver a leerla; lástima que cuando vino a vivir a Valencia se deshiciera de toda su colección de libros y cómics acumulados hasta entonces. Todo quedó abandonado en la finca porque su padre insistía en que un diminuto piso en Valencia no era lo mismo que una amplia finca en Fontanares, y no podían llevarse “toda su mierda” a la capital. Ahora se arrepentía de ello, pero no fue decisión suya. Si por él fuera se hubiera quedado a vivir en Fontanares, rodeado de vides y pinos, apartado de la civilización y respirando aire puro cada día, mientras escuchaba las chicharras en verano a la sombra de una frondosa encina.

El otro caso era más reciente y se trataba de una película: *El maquinista*, donde el protagonista llevaba un año sin dormir, aunque a veces sucumbía al sueño durante unos instantes.

Lo mirase por donde lo mirase, el tiempo que llevaba sin dormir, no solo era una barbaridad, sino que científicamente no era posible. Sesudos estudios hablaban de un máximo de setenta y dos horas de

vigilia, y a partir de ese momento, si el sujeto seguía sin volver a la normalidad, se producían microsueños de forma periódica que, según los expertos, tenían una función regeneradora totalmente necesaria para el cuerpo. Otros experimentos, hechos con animales, parecían demostrar que en no demasiados días podía incluso acaecer la muerte si el individuo no llegaba a dormirse.

Tal vez sin saberlo, él estuviera teniendo esos microsueños de los que hablaban los investigadores en los artículos científicos, y era gracias a ellos que seguía vivo a pesar de haber transcurrido semanas desde que, por primera vez, se pasó una noche entera sin cerrar los ojos, con la desalentadora sensación de que ni siquiera llegó a parpadear, o esa impresión al menos es la que tuvo al levantarse de la cama con los ojos resecos y enrojecidos, y como queriendo abandonar sus cuencas para buscar un refugio más apropiado. Aseguraría que no, que se mantenía despierto durante todo el día, y toda la noche, pero como vivía solo, no se atrevía a jurarlo, incluso deseaba pensar que estaba equivocado y que dormía algo sin llegar a darse cuenta de ello; de otro modo, y según afirmaban los científicos, tendría que estar muerto, o tal vez acabara muriendo en cualquier momento de forma repentina. El cuerpo se rendiría al agotamiento y terminaría por desconectarse. Lo único que le tranquilizaba ante tan incierto futuro era la suposición de que debía tratarse de una muerte sin dolor. Sería como quedarse dormido, y eso, sin duda, sería un enorme alivio que incluso podría darle placer en los últimos instantes de su vida, sería como cuando el cuerpo se relaja y entra en ese estado de duermevela, justo antes de quedar en manos de Morfeo. Bien mirado, lo de acabar muriéndose de sueño, tendría que ser la menor de sus preocupaciones en esos momentos.

Volvió a mirar incrédulo la pantalla del ordenador, cuyo excesivo fulgor empezaba a molestarle y le obligaba a achinar los ojos. En la pantalla seguía abierto el correo de *Gmail*. Los torpes engranajes de su cerebro parecían rechinar por el esfuerzo de pensar, ¿qué tenía que hacer?, no podía negarse a recibir la visita del desconocido, a pesar de no apetecerle en absoluto. Tenía que centrarse en la parte positiva, llevaba semanas sin relacionarse con nadie, enclaustrado en casa y alimentándose de latas de conserva, que por cierto, se estaban agotando, y ya solo bebía agua del grifo porque se habían acabado las cervezas, las coca-colas, los zumos, el gazpacho andaluz y el agua mineral, sin que llegara a decidirse a salir de casa para ir al súper a reponer existencias.

“John”, leyó en la pantalla. *Vaya nombre tan original*, pensó mientras una leve sonrisa iluminó parte de su rostro. Sí, mantener un

contacto humano debería ser, cuanto menos, beneficioso para él. Acabó abandonando la pantalla del ordenador sin contestar el e-mail por falta de decisión y se dirigió al minúsculo cuarto de baño, donde, después de encender la luz y acercarse lentamente al absurdo lavabo de color rosa, blanqueado por los rastros de cal que se acumulaban durante años de poca dedicación a las tareas domésticas, se miró en el espejo. Un espejo salpicado en su exterior por restos de afeitados matutinos, y estropeado en su interior por los muchos años y la poca calidad original de los materiales. Lo que vio no le gustó nada en absoluto, pero no difería demasiado de lo que había visto por la mañana al lavarse los dientes, ni de la imagen que el mismo espejo le había devuelto el día anterior, o el anterior al anterior. Las ojeras alcanzaban la parte baja de los pómulos y tenían un color preocupante, el resto del rostro estaba pálido, macilento, al mirarse tenía la sensación de haber perdido peso, pero no lo podía contrastar porque no se pesaba desde hacía meses, desde que la pila de nueve voltios de la báscula se agotó y no se molestó en sustituirla. Las costras del zóster que comenzaban a aparecerle por la parte alta de la frente no ayudaban, y su aspecto era mucho peor que el de Tony Wright[4], era un tipo que parecía ostentar el récord de tiempo sin dormir según un video que acababa de localizar en internet: once días. ¿Qué pensaría Wright si supiese que él le había ganado la mano sin proponérselo? Su apariencia general era de una flacura que se le antojaba extrema y estremecedora, le recordaba también al aspecto de Christian Bale en *El maquinista*[5], con las mejillas carentes del menor atisbo de salud y que daban la sensación de metérsele hacia dentro, como cuando sorbía con ansia un granizado de limón, provocando una especie de hoyuelos poco favorecedores. Las cejas parecían haberle plantado cara con un salvajismo extremo, pero eso no era un síntoma de la falta de sueño, sino más bien de su abandono por el cuidado de las mismas. Tenían desde siempre tendencia a desaliñarse con facilidad al crecerle de manera desordenada unos pelos muy duros y rizados, algunos negros como el azabache, otros grisáceos, y algún otro incluso blanco, que él solía combatir cada dos o tres días con unas pequeñas tijeras doradas que empezaban a necesitar un buen afilado o una jubilación después de años de servicio. El problema final se reducía a que, con la falta de sueño, tenía más tiempo para todo, pero paradójicamente, menos ganas de hacer nada, el cansancio lo perseguía a cada sitio donde iba, como una sombra pesada a la que tuviera que arrastrar continuamente, y solo se levantaba de la cama para cambiar de postura sentándose en la silla del ordenador, y de allí, al sofá de la tele, o a la hamaca de la

pequeña terraza, para desde ese punto, otra vez de vuelta a la cama a intentar dormir, reiniciando el círculo vicioso de las últimas semanas. ¿Pero lo intentaba de verdad o ya había desistido? Por una parte no quería obsesionarse con la falta de sueño porque sabía por experiencia que la obsesión por sí misma podía aumentar el problema del insomnio, pero por otro lado, ¿cómo podía hacer para no obsesionarse después de tantos días sin dormir y sin apenas poder concentrarse en nada?

Tendría que hacer algo, tomar una decisión que estaba aplazando día tras día porque se sentía incapaz de hacer el esfuerzo suficiente para tomarla, algo que unas semanas antes le hubiese parecido inconcebible, acostumbrado como estaba a pensar rápido y a tomar decisiones continuamente. A los dos días de no dormir acudió al médico y este le recetó unos somníferos que no le sirvieron para nada. No recordaba la marca de las pastillas, ese era otro de los efectos secundarios de su falta de sueño: se le olvidaban las cosas, los pequeños detalles.

Era demasiado joven, o eso al menos creía él, para padecer Alzheimer, pero los síntomas eran preocupantes por su parecido. Lo que sí que recordaba era que empezó tomando la dosis prescrita por el especialista y al poco decidió doblarla sin consultar con él; tampoco le sirvió de nada y ya no se atrevió a seguir aumentando la cantidad de comprimidos por miedo a una sobredosis. Las pastillas que quedaban, acabaron en el fondo de la bolsa de la basura y así el problema continuó sin resolverse. Pensándolo bien, puede que el hecho de tirar las pastillas al cubo, fuera una de las últimas decisiones racionales tomadas con cierta rapidez. Desde entonces, los reflejos habían ido menguando cada vez más, hasta quedar todo reducido a unos movimientos apáticos, tanto físicos como mentales, que parecían reproducirse en cámara lenta. Esa misma mañana le había temblado la mano al beber un vaso de agua. ¿Parkinson... ?, después Alzheimer... ¿Se estaba obsesionando, o empezaba a tener síntomas de ambas enfermedades como si de un viejo achacoso de muy avanzada edad se tratase? Por Dios, solo tenía cincuenta y siete años... Tampoco eran tantos. Cierto que su padre murió con cincuenta y nueve, pero era alcohólico y siempre llevó muy mala vida. O tal vez murió de otra cosa y todo el mundo le echó la culpa al vino. Es lo que pasa a veces con los fumadores, se mueran de lo que se mueran, siempre se dice que ha sido a causa del tabaco. Eso le recordó que de nuevo tenía ganas de fumar, se encendió un cigarrillo y tomó dos caladas rápidas para calmar la ansiedad. ¿Y si era algo genético y ahora lo estaba sufriendo él? Intentó recordar si su padre

mostraba alguno de esos síntomas antes de que le llegara la muerte, insomnio, temblores o pérdidas de memoria, pero lo cierto es que convivió muy poco con él en los últimos años de su vida porque le rehuía constantemente, además, hacía demasiado tiempo como para acordarse de los detalles. Eso desembocaba en la siguiente pregunta: ¿Y si su padre también padeció de insomnio y eso le ocasionó como a él, síntomas característicos de otras dolencias degenerativas? De ser así, todo apuntaba a que le quedaba muy poco tiempo de vida. Si al menos su madre viviera todavía, le podría preguntar, pero estaba solo en el mundo y no podía dirigirse a nadie. Ni siquiera su esposa quiso envejecer con él y se acabó quitando la vida en la bañera un par de años atrás. Esa misma bañera que él se había negado a utilizar desde entonces. Toda su higiene se limitaba al uso del bidé, del lavabo y de toallitas húmedas para bebés, pero la bañera, y en consecuencia la ducha que llevaba incorporada, nunca se atrevió a utilizarla después de haber visto en ella el cuerpo de María, blanquecino a causa de la pérdida de sangre. Esa imagen era de las pocas de su pasado que seguía atormentándolo a diario, apareciéndosele en sueños cuando todavía podía dormir, o en simples recuerdos como ocurría ahora. La veía desde todos los ángulos posibles, vestida y con el delantal de cocina todavía puesto. Una sartén en el suelo, al lado del bidé, parecía desentonar en la escena.

Cómo la echaba de menos. ¿Qué la habría empujado al suicidio? Coincidió con una discusión por su jubilación anticipada. ¿Acaso no pudo superar el hecho de que a partir de entonces tendrían que convivir muchas más horas? Esa posibilidad lo atormentaba y lo hacía sentirse vil. El motivo tenía que ser otro, y anterior, nadie se suicida después de una discusión por el contenido de la misma. Tal vez el altercado fuese la gota que colmaba el vaso de las quejas, de los sufrimientos, de las mil cosas que se callaban en el día a día. ¿Quién podía saber lo que pasaba por la mente de un suicida?

De un modo u otro, lo que estaba claro era que no tenía a nadie con quien compartir sus preocupaciones, ni hermanos, ni hijos, ni padres, ni tan siquiera suegros.

Solo, estaba solo.

Maldita… y a la vez bendita soledad.

3

Era evidente que cuando se dio de alta en la página web de los

servicios de *couchsurfing,* lo hizo sin valorar las consecuencias. Cuanto más lo pensaba, menos sentido le encontraba a lo que había hecho. Las personas que se adherían a un servicio de ese tipo tenían un perfil concreto, y solían buscar dos cosas, o eso suponía Hilario, por un lado puede que fueran personas solitarias que ansiaban compañía, y desde luego ese no era su caso, porque a pesar de que era cierto que vivía solo, en ningún momento había sufrido de soledad. Solo y soledad no necesariamente eran sinónimos. Los pocos amigos que le quedaban, si es que podían considerarse amigos después de años de no haber mantenido contacto alguno, no lo entendían, pero lo entendiesen o no, a él le gustaba estar solo, y siempre le había gustado, puede que por haber sido hijo único, acostumbrado a jugar con sus juguetes sin ningún otro niño a su alrededor, puede que por haber rehuido la presencia paterna para evitar conflictos, o por su timidez, que sin duda también tuvo algo que ver, pero no se lo planteaba, le bastaba con saber que se sentía bien estando solo y por lo tanto resultaba absurdo buscar compañía en un servicio de *couchsurfing* para que se le llenara la casa de turistas mochileros con poco dinero en el bolsillo. El otro motivo, que era incluso más evidente, del por qué la gente se daba de alta en un servicio de ese tipo, era el económico, buscaban el intercambio, el trueque gratuito, *hoy acojo yo a un holandés en mi casa y mañana puedo viajar a Holanda y allí alguien me acogerá de balde, y quien dice Holanda, dice cualquier otro país, porque el trueque se hacía en la red, no intercambiabas directamente con una persona en un toma y daca, el holandés venía a tu casa, tú te ibas a una casa de París y un alemán viajaba a Holanda*. Cualquier combinación era posible. Pero, al igual que le gustaba estar solo, detestaba viajar, con lo cual se volvía a preguntar por qué demonios se había apuntado a una red de intercambio tan absurda que no solo no cubría ninguna de sus necesidades, ni actual ni futura, sino que le generaba obligaciones y algún que otro gasto ineludible generado por la acogida de desconocidos en su hogar. Su relación con internet empezaba a ser preocupante; excepto la comida, que solía comprarla en el súper, todo lo demás, incluida la ropa interior, los libros y los DVD, lo compraba en la red sin salir de casa, pagándolo con su American Express a través de PayPal, y como vivía solo y sus gastos no eran excesivos, le sobraba con lo que cobraba de la jubilación anticipada del banco.

La jubilación era el único buen recuerdo que conservaba del trabajo, salvo por el hecho de que fue lo que produjo la última discusión con María. Una de las cosas que siempre había tenido

clara, era que nunca le había gustado su trabajo, más aún, lo odiaba visceralmente, y el sentimiento puede que fuera mutuo, el banco lo odiaba a él tanto como él aborrecía al banco y todo lo que este significaba, así que, cuando hartos uno del otro, le ofrecieron la posibilidad de jubilarse a los cincuenta y cinco, no lo dudó ni un solo segundo, ni se molestó en negociar las condiciones, prefería lo que le ofrecían sin discutir, antes que arriesgarse a que cubrieran sus objetivos de jubilaciones anticipadas con otro empleado más conformista. Era su oportunidad, si no para ser feliz, al menos para no ser tan desgraciado como lo estaba siendo hasta entonces, y no podía desperdiciarla. Además, no necesitaba negociar, lo que le daban era más que suficiente y tenía unos ahorros importantes de muchos años de trabajo y pocos gastos. Ahora que era viudo, los gastos todavía eran menores, y no tenía pensado volverse a casar, ni tener hijos o adoptarlos. A su manera era feliz, sin grandes alegrías, pero sin problemas, sin sobresaltos, sin tener que darle explicaciones a nadie, sin discusiones, y tenía todo el tiempo del mundo para hacer lo que le viniese en gana. Si en verdad le gustase viajar, el *couchsurfing* hubiera sido una buena cosa, pero prefería estar en casa, solo, y eso hacía que se sintiera como un gilipollas mientras volvía a sentarse frente al ordenador preguntándose de nuevo qué coño pintaba él en la lista de usuarios del *couchsurfing*.

4

El tal John le pedía con cierto descaro que fuese a recogerlo al aeropuerto de Manises. No recordaba si ese tipo de cosas estaban incluidas o no en los acuerdos de trueque, pero suponía, por mucho que le molestase, que podía ser algo relativamente habitual, como pudiera ser el hecho de acompañar a sus huéspedes a ver la ciudad en un momento dado, pero malditas las ganas que tenía de hacerlo. No le apetecía en absoluto ir a la Ciudad de las Artes y las Ciencias, ni pasear por el viejo cauce del río, ni ver la Catedral y el Santo Cáliz, aborrecía todo ese tipo de cosas.

El tipo se iba a pasar quince días en su casa, y antes de llegar, ya tenía ganas de que se hubiese marchado. Él y sus contradicciones de siempre. ¿Y si le enviaba un e-mail diciéndole al guiri que se había mudado a otra ciudad o que estaba enfermo, o simplemente que tenía otro compromiso de acogida? También podía decirle que se metiera el *couchsurfing* donde le cupiese, ¿a qué tanto miramiento con un gorrón desconocido?

El hecho de que le costase pensar a causa de su insomnio, hizo que tardara un buen rato en tomar la decisión que en ese momento se le antojó más fácil, sabía que no era la mejor, pero sí la que menor esfuerzo mental le suponía dada su confusión: dejar las cosas como estaban y confirmarle a John que iría a recogerlo al aeropuerto con su viejo pero impecable Seat Panda color marfil.

Era cuestión de un minuto, una frase corta aporreada con desgana en el teclado, un apático *intro*, y a la cama, a seguir despierto con los ojos abiertos como platos, fijos en el techo una noche más. Unas veces se acostaba pronto para ver si así conseguía dormir, otras se acostaba más tarde de lo normal con la esperanza de llegar cansado a la cama y de ese modo dormirse, pero todas las maniobras terminaban siendo infructuosas.

Resultan curiosas las prioridades del ser humano. Cuando alguien tiene problemas para alimentarse, cosa que ocurre en buena parte del planeta, nada ocupa su pensamiento más que conseguir comida, salvo quizás el sexo, porque de otro modo no se entiende que nazcan tantos niños en lugares donde no hay nada para comer, luego, cubierta esta necesidad de alimentos, ya se encargará de buscarse la vida para cubrir otras necesidades, también muy necesarias, pero de segundo nivel, como son las de vestirse o tener un lugar resguardado para descansar. En su caso, y en estos momentos, la única prioridad verdadera era poder dormir, cerrar los ojos y abandonarse a un sueño reparador mientras babeaba la almohada hasta empaparla, y eso era lo que hacía que durante una buena parte de la jornada se la pasase pensando en dormir, o en por qué no podía dormir, o en qué otra cosa podría hacer para dormir, o en las cosas que soñaba cuando dormía unas semanas antes, en lo descansado que se levantaba, y en lo bien que se encontraba, en el cambio de vida que le había ocasionado el insomnio, y en mil cosas más relacionadas con asuntos oníricos. Todo en su vida parecía estar relacionado con dormir...

Dormir...

dormir...

dormir...

dormir...

Era como una obsesión...

La noche anterior estuvo pensando en visitar a un profesional para decirle que los somníferos no le servían para nada y ver si le podía dar un tratamiento alternativo, algo más efectivo, pero empezaba a sentir preocupación por el hecho de que lo tomasen, no por un insomne, sino por un loco paranoico. Lo más probable era que nadie creyera que llevaba ya quince días, con sus correspondientes quince

noches sin dormir, o los que fueran, porque no lo recordaba con claridad. Nadie cree esas cosas. Eso hacía que recordase a su madre con cariño, cuando se quejaba continuamente de que su marido —su padre— no la dejaba dormir en absoluto porque se pasaba la noche quejándose por una dolencia en la espalda y roncando. Según ella, no dormía nada, pero según su padre, y según él mismo recordaba, se pasaba horas en el sofá delante de la tele, durmiendo a pierna suelta. Curiosamente ella nunca admitía tal cosa, e incluso se ponía furiosa cuando se lo mencionaban.

Si le decía al médico que en quince días no había pegado ojo, sencillamente no se lo creería. Como mucho, pensaría que estaba exagerando y que tendría algún problema transitorio de insomnio, y como tal lo trataría, y lo suyo, él lo sabía muy bien, no era insomnio. No podía serlo porque en ninguno de los libros y artículos que había leído se hablaba de algo tan drástico. Incluso los casos que conocía de gente que había estado hasta once días sin dormir, lo habían hecho con esfuerzo y de forma voluntaria, y cumplida su meta se habían acostado y habían dormido sin problemas, pero nadie, que él supiera, había permanecido tanto tiempo despierto sin pretenderlo, al menos, no en la vida real.

A los que de verdad sufrían de insomnio, normalmente les costaba conciliar el sueño, e incluso se pasaban alguna que otra velada sin dormir en absoluto, pero luego, durante el día sufrían de una continua somnolencia, y a menudo se quedaban dormidos en cualquier parte por cortos períodos de tiempo, viendo la tele, delante del ordenador, en el autobús, e incluso en el trabajo, o en el lugar más insospechado, para llegar la noche y volverles a resultar muy difícil conciliar el sueño, con lo cual, la somnolencia, no solo no desaparecía al día siguiente, sino que resultaba acumulativa. A él eso no le ocurría, se sentía cansado, torpe, lento de reflejos, tardo en sus pensamientos y en todo lo que a coordinación se refería, con sensación de sueño, pero sin esa somnolencia que lo aliviaba a uno cuando se dejaba atrapar por las redes de una breve duermevela, por muy transitoria que esta fuera.

Una de las opciones que se le habían ocurrido era la de presentarse como voluntario a una de las clínicas del sueño donde estudiaban todas esas historias, como lo de la fase REM y cosas así. Sería la única manera de convencer a otras personas de que realmente no podía dormir nada en absoluto. Pero, ¿y si lo trataban como un fenómeno de feria? Prolongarían la investigación hasta el infinito en vez de darle una solución, y encima perdería toda su independencia. Incluso podrían obligarlo a permanecer enclaustrado a saber cuánto

tiempo en beneficio de la ciencia para acabar pudiendo escribir un artículo en alguna reconocida revista científica internacional: “Individuo sin dormir varios meses, hace tambalear todas las teorías del sueño conocidas hasta ahora”. Todas esas elucubraciones consigo mismo duraban horas y horas, como las discusiones rabínicas del *Talmud*, para terminar siempre en una vía muerta que no le llevaba a ningún lado.

5

A pesar de la lentitud con la que parecía funcionar su cerebro, había momentos en que la actividad rebullía en su interior y la mente se le atestaba de recuerdos de todo tipo, unas veces con sentido y otras mucho más inconexos. Él lo atribuía a la manera que tenía su cerebro de suplir la actividad de los sueños. Era como soñar despierto porque no tenía ningún control sobre lo que pensaba en esos momentos, e igual que comenzaban, acababan sin previo aviso. Si se lo contaba a alguien, seguro que diría que eso le pasaba porque se dormía y soñaba de verdad, aunque él tuviese la sensación de permanecer despierto, pero no, sabía que no era así, sabía que sueño o no, no ocurría mientras dormía.

—*¿Pero cómo has firmado sin consultarme?* —le gritaba María en la cocina mientras sostenía una sartén en la mano, cosa que por unos momentos interpretó Hilario como una amenaza.

—*Bueno, es a mí a quien jubilan, no a ti.*

—*Pero no me habías dicho nada hasta hoy, te has esperado a firmar para decírmelo, cuando ya nada puedo hacer.*

—*¿Y qué se supone que querías hacer?*

—*Y yo qué sé, pero es algo que teníamos que decidir juntos.*

—*No estoy de acuerdo.*

—*Sí, ya lo veo, tú nunca estás de acuerdo conmigo en nada.*

—*Es al contrario, tú eres la que nunca estás de acuerdo con ninguna decisión que tomo yo, y esto es un claro ejemplo.*

—*Pero yo tenía derecho a saberlo. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuándo te lo propusieron?*

—*No sé, la semana pasada tal vez.*

—*¿Tal vez?, o sea que hace incluso más de una semana y te lo has estado callando.*

—*No sé cuánto tiempo hace, pero ¿qué más da?*

—*A ti te da todo igual, eres un* mesinfot.[6]

—Lo que tu digas, cariño, pero es mi vida.

—¿Tu vida?, ¿y qué pasa con la mía? ¿Con cuánto dices que hemos de pasar ahora el mes?

—Tenemos de sobra, y además están los ahorros.

—Los ahorros son para una emergencia, y nosotros tenemos cincuenta y cinco años. ¿Crees que esos ahorros nos van a durar toda la vida?

—Si no los gastamos...

—Eres un imbécil. Vamos a tener que empezar a meterle mano desde el principio. ¿No te das cuenta de que con lo que te han ofrecido no llegaremos nunca a final de mes?

—Tampoco tenemos tantos gastos.

—Cómo se nota que nunca te has preocupado de llevar la casa.

—Bueno, pues prescindiremos de alguna cosa si hace falta.

—Lo ves, ¿no decías que era tu vida? ¿A qué voy a tener que renunciar yo —enfatizó con fuerza la palabra "yo"— *ahora por que* tú *eres un pichafloja?*

—Pues ponte a trabajar, yo ya estaba harto del banco y nunca me he quejado.

—Sí, claro, pero has salido huyendo a la primera de cambio como un cobarde.

—Te estás pasando María. Esto no es como el divorcio que hemos de firmar los dos. Aquí me jubilan a mí, y con que firme yo ya vale. Yo he negociado...

—¿Negociado? —interrumpió María— *¿A eso lo llamas tú negociar? ¿A que se queden con tu sueldo y te den una mierda de indemnización?*

—¿Pero qué dices?, yo voy a seguir cobrando cada mes.

María agitaba la sartén haciendo un amago de golpearle con ella en la cabeza. Hilario se apartó poniéndose a la defensiva cogiendo instintivamente un cuchillo que había sobre el poyo de la cocina.

—¿Vas a matarme? —le increpaba María con los ojos chispeantes y llenos de odio.

—¿Pero qué coño te pasa? Eres tú la que has intentado golpearme con la sartén.

—¡Eres un hijo de puta! —volvió a levantar la mano para golpearle. Él la empujó, cayendo ella al suelo en un quejido que a Hilario se le antojó patético.

María se volvió a levantar con odio renovado en los ojos sin soltar la sartén y salió de la cocina mientras seguía gritando.

—¡Te vas a arrepentir!

—¡Has perdido la razón! —Hilario levantó el tono de voz para equipararlo con el de María.

Hacía tiempo que no perdía la compostura. Siempre había sido de

respuesta fácil y violenta, pero con los años, el carácter se le había relajado, al menos en parte. En esos momentos ya no pensaba con calma, los músculos se le tensaban, la vista se le nublaba. Oía gritar a María pero no sabía lo que gritaba. Oyó un portazo. Era la puerta del cuarto de baño que todavía cimbreaba cuando él salió de la cocina.

Seguía sujetando el cuchillo, con los nudillos blancos de tanto apretar el mango. Miraba de forma alterna la puerta del baño y el cuchillo y la respiración se le aceleraba mientras las venas de las sienes le latían visiblemente.

6

Si analizaba la situación con frialdad, llegaba a la conclusión de que sus problemas de insomnio no eran algo que había empezado sin más quince días antes dejando de dormir por completo. En realidad los problemas habían comenzado dos años antes, coincidiendo con el suicidio de su esposa. Sí, estaba casi convencido de que esa noche fue la primera en la que tuvo problemas para dormirse. Nada grave, apenas le costó coger el sueño algo más de lo habitual, lo que en dichas circunstancias no tenía nada de extraño, y se despertó antes de la hora de siempre. Todo normal, de no ser porque esa misma situación que le robaba un par de horas de sueño se prolongó durante meses. Igual era porque se estaba haciendo mayor, aunque se resistía a creerlo, sabía que a partir de cierta edad, las personas necesitaban dormir menos, pero él no se consideraba todavía tan viejo como para eso, y la situación, no solo se mantuvo durante varios meses, sino que al cabo de algún tiempo, los síntomas se agravaron y empezó a tardar más en conciliar el sueño, despertándose incluso antes. Como no había llevado un control de estas alteraciones del sueño, no podría jurarlo, pero analizándolo en retrospectiva, tenía la sensación de que el empeoramiento había sido progresivo, durmiéndose un poco (tal vez solo unos minutos) más tarde cada día, y despertando también más temprano. Llegó un momento en que se despertaba en plena noche, y se limitaba a permanecer en la cama, pero lo hacía despierto, sin poder volver a dormirse por mucho que lo intentara, y teniendo la sensación de que cuanto más empeño ponía, más le costaba dormir.

Al final acabó acostándose con miedo a no dormir, y la situación se fue agravando poco a poco, paulatinamente, de manera sibilina y sin apenas percatarse de lo que estaba sucediendo.

Probó a cambiar de cama pensando que el hecho de dormir en la

que había compartido tantos años con su mujer podría estar afectándole al descanso, por ese mismo sentimiento de culpa que parecía impedirle utilizar la bañera, de manera que se trasladó a otra más pequeña situada en un cuarto reservado a invitados que nunca utilizaban y que era donde María tenía instalados los utensilios de planchado, que seguían allí sin utilizar porque Hilario no sabía ni enchufar la plancha, limitándose a ponerse las camisas y los pantalones tal cual quedaban después de secarse. Pero el problema del insomnio no solo persistió, sino que siguió aumentando. No descansaba lo suficiente y, sí, ahora lo recordaba mucho mejor, empezó a tener ciertos problemas de concentración, a pensar más lentamente de lo que le caracterizaba. Puede que incluso tuviese algunas pérdidas menores de memoria, y hasta algún temblor en las manos cuando sostenía la taza de café con leche del desayuno. ¿Era por eso que prácticamente había olvidado esos síntomas previos? ¿O se lo estaba inventando todo ahora influenciado por una idea preconcebida? Tenía sus dudas de lo que era real y de lo que solo eran imaginaciones. Parecía estar viéndose con toda claridad, sentado ante la minúscula mesa de *railite* de la cocina, con la gran taza de Bob Esponja acabada de sacar del microondas que, desde la muerte de María, cada vez utilizaba más a menudo para calentar todo tipo de platos precocinados. A eso se había reducido su dieta, solo precocinados y conservas, nada fresco ni saludable, nada de ensaladas, pero sí legumbres, como garbanzos y lentejas, y algunas verduras, porque de eso sí que podía conseguir en forma de latas y botes de cristal que solo había que calentar. ¿En qué se estaba convirtiendo su pirámide alimentaria? Lo más "fresco" que comía eran las *pizzas* que le traían a casa desde telepizza cuando no le apetecía ni calentar los precocinados.

¿Cómo no se había dado cuenta de esa degeneración? Llevaba dos años caminando siempre hacia abajo, directo al abismo, hacia la autodestrucción total.

Tal vez eran síntomas de depresión y ni siquiera se había dado cuenta de ello, y de los sentimientos de culpa, porque era cierto que a menudo se sentía responsable de la muerte de su mujer, por mucho que se quisiera convencer a sí mismo de que no había muerto a causa suya. Culpa... culpa...

culpa...

... ¿por qué se sentía tan culpable? Esa palabra refulgía cada vez más a menudo en el interior de su cabeza, como un letrero de neón que parpadeara con insistencia en su imaginación, una imaginación tan real que asustaba, especialmente cada vez que recordaba la

escena del cuarto de baño, con su mujer vestida y con el delantal, dentro de la bañera llena de agua y sangre. ¿Por qué no se había desnudado? ¿No lo hacían todos los que se suicidaban en la bañera? Tal vez no, tal vez eso solo ocurría en las películas pero no en la vida real. Puede que a un suicida no le guste la idea de que lo encuentren en pelotas después de haber decidido suicidarse. Después de todo, los que se pegan un tiro, o los que se lanzan desde un quinto piso, no se desnudan antes de disparar o tirarse por la ventana. ¿Por qué tendrían que hacerlo los que se decantan por la bañera de agua caliente?

Divagaba, volvía a divagar, pero esta vez parecía haber llegado a algún sitio después de muchos rodeos, se había dado cuenta al menos, de que lo del insomnio no ocurrió de la noche a la mañana, por mucho que esa fuera su sensación durante las dos últimas semanas, ¿tal vez porque lo había olvidado?, o tal vez porque no pensaba con claridad, lo que cada día le resultaba más evidente.

Visto así, si hubiese acudido al médico al detectar los primeros síntomas, seguramente los somníferos que le hubiesen recetado le hubieran servido para algo y ahora no se encontraría en la situación en que se encontraba. Era como si hasta la muerte de su esposa, él no se hubiera tenido que preocupar de nada, como si María pensase por él, por los dos, tal vez era ella la que tomaba todas las decisiones y él simplemente pensaba que no era así, dejándose llevar, “Cómo se nota que nunca te has preocupado de llevar la casa”, le había dicho María en su última discusión, y puede que fuera cierto, tal vez vivía en su mundo particular en el que se limitaba a ir a trabajar mecánicamente al banco cada día, y a pasar los fines de semana sentado en el sofá viendo la tele y bebiendo sus Voll Damm doble malta muy frías, pero desde que estaba solo, se había estado hundiendo en la mierda poco a poco, sin apenas darse cuenta. Al no tener establecida una rutina en la que ir a trabajar cada día, y disponer de un sueldo asegurado, su mente pareció dejar de funcionar, no tenía ningún aliciente para tomar decisiones. ¿Qué había sido de su vida en esos dos años? ¿Cuántas veces había salido de casa? ¿De qué se había estado alimentando? Ni siquiera se duchaba... se decía a sí mismo que era por aprensión, por haber visto allí a María... ¡muerta! Pero eso era una tontería, y si era por eso, ¿por qué no decidió llamar a un fontanero para que desmontara la bañera e instalara en su lugar un flamante plato de ducha? Con eso se hubiese resuelto el problema, pero tal vez lo que ocurría era que no quería ducharse, como no quería cocinar, como no hacía la cama ni cambiada las sabanas casi nunca, o como no barría ni quitaba el polvo. Miró a su alrededor y

empezó a ver cosas que le habían pasado por alto, restos de *pizza* por todos lados, polvo de años acumulado, cacharros sin lavar en el fregadero, varias bolsas de basura que no había llevado al contenedor y que debían de apestar a pesar de que él no se percatase de ello, y un desorden absoluto, mirara hacia donde mirase. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta hasta ese momento?

7
♦

Bajó al súper que le pillaba más cerca, y lo hizo por completa necesidad, porque había agotado todo lo comestible y tampoco era plan recurrir a telepizza todos los días, tenia que comprar algo para sobrevivir, y lo ideal sería acaparar la suficiente cantidad de comida y bebida como para no tener que volver a bajar, al menos, en otras dos o tres semanas. Como siempre, nada fresco, latas y botes de conserva, comidas precocinadas no congeladas y un montón de sobres variados para sopas, con fideos, de pollo, al curry, a la jardinera, de champiñones, y cremas, de tomate, de calabacín... Bien mirado podía comprar para un mes entero sin problemas. Se quedó mirando el contenido del carro, lo pensó mejor y volvió a dejar los sobres de sopa en los estantes, y en su lugar cogió dos docenas de botes de sopas Campbell's variadas, de ese modo no tenía que añadirles agua, ni esperar a que se cocieran los fideos. Abrir y calentar, más práctico imposible. Además, estaban mucho mejor que las de sobre que todas le sabían igual. No es que fuera un gran gourmet, pero puestos a elegir entre dos productos "instantáneos", se quedaba con los botes, el único inconveniente era que abultaban y pesaban mucho más que los sobres deshidratados. En ello andaba divagando cuando una voz lo sacó de su ensimismamiento.

—Hola, cuánto tiempo sin verte —sonó dulce y melosa a su espalda.

Hilario se giró alarmado. No tenía previsto entablar conversación con nadie, ni le apetecía lo más mínimo y eso hizo que se pusiera a la defensiva a pesar de que le hablaran cariñosamente, o quizás precisamente por eso.

—¿Has estado enfermo?, hace semanas que no te veo.

Por un momento le pareció ver a María, vestida como el último día que estuvo discutiendo con ella, con el mismo delantal de cocina lleno de salpicaduras de tomate y con la sartén en la mano, la voz era dulce pero lo miraba con odio. Eso le hizo dar un respingo, pero pronto se dio cuenta de que era Edurne, su vecina, y que la mirada,

lejos de ser agresiva, era sensual y agradable. Se había separado al poco de quedar él viudo, y aunque tenía cuarenta y tantos —no sabría precisar—, la verdad era que estaba de muy buen ver. Rubia de bote, como las conservas que él llevaba en el carro, y con unas tetas grandes, enormes más bien, que parecían naturales, pero que no podían serlo, o que al menos a Hilario no le parecían "creíbles", hacia donde se le desvió la vista sin proponérselo, gesto que no le pasó inadvertido a Edurne, respondiendo a la mirada con una sonrisa provocativa que casi sonrojó a Hilario.

Ella se le había insinuado en más de una ocasión. La primera, cuando aún convivían, ella con su marido y él con María, hacía por lo tanto algo más de dos años. No podía negar que le atraía, en especial su boca y esa enorme y en apariencia perfecta delantera, pero no sabía muy bien por qué, había preferido mantener las distancias, tanto antes como después de enviudar.

—¿Enfermo?, no, ¡qué va! Me encuentro muy bien —mintió de forma poco convincente.

—Pues nadie lo diría, haces muy mala cara, como si hubieras pasado una semana con gripe metido en cama.

—No, nada de eso, lo que pasa es que me cuesta un poco dormirme. —*Si supieras lo que es estar dos semanas enteras sin dormir ibas tú a tener esa cara tan radiante*, pensó él para sus adentros mientras intentaba sonreír y volvía a mirar el deslumbrante escote.

—Dicen que el sexo es una buena terapia.

Un cosquilleo le llenó el estómago a Hilario, que no supo cómo replicar ante lo que estaba claro que era una insinuación en toda regla.

—...

—Claro, que también puedes probar a tomarte un poco de Jack Daniels con miel antes de acostarte. Mano de santo, te lo dice una experta. —Se puso la mano en el *canalillo* rozándose con las largas uñas esmaltadas de rojo sangre, lo cual provocó otra desviación de la mirada de Hilario hacia tan llamativo lugar, tal y como ella se proponía.

—Vaya, ese método no lo he probado, será cuestión de ver si funciona.

—A mí me funcionaba muy bien.

—¿También has tenido problemas de insomnio?

—Sí, desde que me separé. La soledad y la falta de sexo, ya sabes lo que ocurre...

Hilario pensó que no debía haberle preguntado. Si no iba con tiento acabaría acorralándolo y le metería mano allí mismo, sobre el

carro de conservas, y lo cierto es que no estaba para historias de ese tipo. Estuvo a punto de replicarle diciéndole que si estaba sin sexo era porque ella quería, pero eso lo iba a interpretar como que aceptaba sus insinuaciones y le seguía la corriente, y mejor no darle demasiadas confianzas. Al menos no por ahora.

—Bueno —intentó cambiar de tema—, una botella de Jack Daniels siempre es fácil de tener a mano y no causa problemas.

—Salvo que decidas tomártela entera tú solito —rio ella.

—Sí, claro, ya no somos tan jóvenes como para cogernos una cogorza de ese tipo.

—Oye, eso lo dirás por ti —volvió a reír—, que yo todavía soy una jovencita. Bueno, y tú tampoco estás tan mal.

—... ahora, cuando consiga ponerme al día con el sueño, seguro que estaré más animado. La verdad es que me siento bastante viejo y cansado, y seguro que tienes razón cuando dices que tengo mala cara.

—Exagerado... —le dio un golpecito en el hombro con su mano derecha, lo que provocó unos invisibles pero evidentes efluvios del perfume dulzón que llevaba, y que en cierto modo excitaron a Hilario al llegar a sus fosas nasales. También tuvo algo que ver en su excitación, el contacto punzante de las uñas endurecidas por el esmalte y la sensación de calor corporal al acercarse Edurne.

—Cuando llegues a mi edad ya me dirás...

—Está claro que no eres un viejo, pero hablas y te comportas como si lo fueras. Es todo cuestión de mentalidad. Un día de estos hemos de quedar a tomar una copa y hablamos de esos problemas que dices que tienes, que seguro que no son para tanto, lo que ocurre es que pasas demasiado tiempo a solas y te comes el coco.

—Cuando quieras —le dijo, aunque pensaba que era mucho mejor no quedar con ella. Si lo hacía, seguro que le acabaría trayendo problemas. Para echar un polvo era mucho mejor y más práctico, además de más económico a la larga, irse a un club nocturno, sin compromisos de ningún tipo, sin largos, cansinos y pesados preludios amorosos y de apareamiento que a su edad le parecían ridículos, ni otras monsergas, algo rapidito, un güisqui y de vuelta a casa con el Panda. Si subía a Edurne al piso o iba él al suyo, la cosa no empezaría ni acabaría con el sexo, terminarían en la cama seguro, pero luego ella querría más, las mujeres siempre querían más, más atención, más mimos, más compañía, más exclusividad, simplemente más..., y cuando se diera cuenta, estaría metido en una relación sentimental-sexual-amorosa que le quitaría toda la libertad de la que ahora, después de muchos años de casado, había recuperado. No, el

sexo no era un problema si mantenía a las mujeres alejadas de su casa, y eso era algo que no debía olvidar en ningún momento.

—¿Te vas de acampada?

—...

Ella señaló el carro con un mohín gracioso frunciendo su naricita respingona posiblemente retocada en el quirófano.

—Lo digo por ese montonazo de botes de conserva que llevas.

Él le respondió simulando confidencialidad.

—No se lo digas a nadie, pero odio cocinar...

—Pues en ese caso ya tenemos otro motivo más para vernos. Yo cocino de muerte.

—Seguro que sí.

—Chao, Hilario.

—Nos vemos...

Hilario respiró aliviado cuando Edurne se alejó por el pasillo de las conservas. Él tomó la dirección contraria de Edurne y antes de dirigirse a la caja, pasó por la zona de bebidas alcohólicas y cogió una botella de Jack Daniels, luego buscó un bote de miel. ¿Qué le costaba? Si seguía probando los trucos caseros contra el insomnio —todo el mundo parecía conocer alguno distinto—, al final puede que tropezase con uno definitivo que le fuese bien a él, y si no, siempre podría probar el otro que le había sugerido Edurne. ¿Quién sabe? Después de todo, tal vez no fuese tan mala idea, pero eso sí, en un club de carretera, alejado de cualquier posible atadura sentimental.

De pronto recordó el estado en que se encontraba su casa y que en breve tendría visita. Desde luego no era una visita de compromiso, ni mucho menos, pero la casa parecía una cochiquera y tampoco era plan de recibir a nadie de ese modo por muy desconocido que fuese. Tal vez sería buena idea comprar algunos productos de limpieza y dedicarle unas horas esa misma tarde a adecentar el piso, pero sin exageraciones, quitar un poco el polvo, fregar el suelo, deshacerse de las bolsas de basura acumuladas y fregar los platos y cubiertos que abarrotaban el fregadero, con eso sería suficiente. Después de todo, se trataba de un piso de soltero y todo el mundo sabe cómo son los pisos de soltero, con o sin visitas. En cualquier caso eso no le iría mal, ni a la casa ni a él, que necesitaba distraerse y pensar menos en sus problemas de insomnio, y en María, que no era buen síntoma que después de dos años aún se le apareciese en el supermercado.

Al día siguiente tenía que ir a recoger a John al aeropuerto y también sería conveniente asegurarse antes de que el coche arrancara. Llevaba un mes abandonado en el aparcamiento y podría suceder cualquier cosa al darle a la llave.

En su deambular por el supermercado buscando la lejía, el Pronto y el Fairy, volvió a cruzarse con Edurne, que se percató del contenido de su carro. Intercambiaron unas sonrisas, en el caso de Hilario un tanto forzada.

—Veo que me has hecho caso.

—Sí, ya ves, de hoy no pasa. Güisqui con miel —frunció el ceño—. Lo cierto es que no suena muy bien, ¿verdad?

Edurne puso su mano escondiendo la boca como si no quisiera que el resto de clientes pudiera oírla, y le dijo en voz baja:

—Más bien está asqueroso —sonrió.

Ella continuó con sus compras y él se dirigió hacia la salida después de cargar con lo que le faltaba.

2
•

Hiperrealidad

1
♦

Una de las cosas que había notado después de salir a comprar, tras bastantes días de enclaustramiento voluntario, fue lo cargado que estaba el ambiente del piso al volver. Al entrar con las bolsas de la compra, una vaharada de aire maloliente e irrespirable atacó sus pulmones y su olfato. Había estado metido dos semanas allí dentro y no se había percatado de que estaba empezando a respirar algo que no tenía visos de ser saludable en modo alguno. Descargó la pesada compra en el suelo con un quejido de alivio al distender los músculos de los brazos, y sin entretenerse en guardar los botes de las sopas Campbell's y el resto de conservas en la despensa, abrió todas las ventanas. La luz entró a raudales iluminando el polvo de los muebles de forma cruel y despiadada, sin tapujos ni miramientos, dejando al descubierto el resultado de meses de desidia. La fuerte luz le obligó a entrecerrar los ojos, y mientras se oxigenaba el recinto aprovechó para desentumecer los músculos y llenar a discreción sus pulmones con aire nuevo.

Pero no era eso lo único que había notado, de hecho eso era lo menos sorprendente porque no dejaba de ser algo físico y natural, además de predecible, después de haber estado viviendo como un animal de granja en medio de un total caos. Lo que llamó su atención y le preocupó al salir a la calle, fue percatarse de que lo veía todo de manera distinta a como estaba acostumbrado, y eso sí que era extraño y no tenía una explicación lógica aparente. De nada sirvió quitarse las Ray Ban y frotarse los ojos en un primer acto reflejo. Todo a su alrededor, objetos, animales y personas, parecía tener más relieve del normal, en especial aquellos en los que incidía la luz solar de manera directa, como si en vez de verlos en tres dimensiones, existiera una especie de extraña cuarta dimensión, o tal vez una mayor profundidad en el campo visual que aumentaba su relevancia. Podía ver una más amplia gama de colores, y a la vez resultaban mucho más vivos y brillantes. La sensación no se limitaba al campo visual, también los sonidos los percibía con exagerada claridad.

Resultaba, además de inexplicable, muy curioso, porque seguía sintiéndose embotado y lento de reflejos a causa de la falta de sueño, además de muy cansado, y en todo caso, hubiese sido más lógico, según pensaba, ver las cosas peor que en condiciones normales, y no mejor, como parecía verlo y escucharlo todo. Tal vez fuera una especie de alucinación pasajera, y lo cierto es que le recordaba a los efectos de la última raya de coca que se tomó cuando era una década más joven, salvo por la euforia, que ahora no sentía en absoluto. De hecho seguía estando cansado, casi destruido, física y anímicamente, pero en contraste a ese estado físico, más bien deficiente, las percepciones resultaban sorprendentes, y tenían un inquietante parecido a sus sueños sin sueño, esas imágenes que parecía soñar estando despierto y que no sabía si eran una maniobra desesperada de su cerebro para suplir los sueños nocturnos, alguna clase de sueño lúcido, o una mera alucinación, ocasionada por esa falta de actividad reparadora que solo se podía conseguir durmiendo. Cualquier cosa le parecía posible en su estado.

En el interior del supermercado todo pareció volver a una normalidad aparente, o al menos soportable, seguía viendo las cosas con mayor viveza de lo habitual, pero la sensación alucinógena no resultaba tan alarmante, dejando aparte el momento en que confundió a Edurne con su fallecida esposa.

Fuera lo que fuese, se acentuaba con la luz solar, y de hecho, ahora, después de abrir las ventanas, los objetos a su alrededor empezaban a tomar un aspecto extraño, lo cual le llevó a volver a cerrarlas de nuevo y mantener así la estancia en la penumbra a la que estaba acostumbrado.

Hurgó en las bolsas de la compra y sacó la botella de Tenn para llevarla al cuarto de baño, donde nada más entrar, se percató de que no había comprado ningún producto antical, y que le iba a ser muy difícil quitar las manchas blanquecinas acumuladas en el lavabo y en la taza del váter, aunque se apañaría con lo que tenía porque no pensaba volver al supermercado en algunas semanas. Pero no solo se percató de ese olvido, sino que vio algo más, algo que ya se estaba empezando a hartar de ver porque era uno de los “sueños” más repetitivos e inquietantes que tenía. Allí estaba María otra vez, y también la veía con esos colores más resaltados, como los de las primeras películas de la factoría Disney, combinados con los efectos 3D de *Avatar*[7]. El realismo era inaudito, y no es que pareciera real, lo que ocurría era que daba la sensación de ser más real que la propia realidad, algo mucho más inquietante que ver el cadáver lleno de sangre en la bañera. Por supuesto, la bañera estaba igual de llena

que el fatídico día del suicidio, con el agua todavía humeante... Ver ese vapor, que sabía que no podía estar allí, salvo en su imaginación, hizo que se girara hacia el espejo, y tal y como se temía, lo que vio fue que se había empañado por completo, toda su realidad había cambiado alrededor suyo, como si se hubiese adentrado en otro mundo, muy alejado del verdadero cuarto de baño de su piso. La sartén continuaba al lado del bidé, tan fuera de lugar en una escena de suicidio, como la primera vez que descubrió el cadáver inánime de María, pero cada vez que se repetían esas imágenes, parecían aumentar los detalles que podía percibir, y uno de esos detalles en los que no había reparado en sus anteriores visiones-alucinaciones-sueños, era que María tenía uno de los zapatos —solo uno— puesto, y por lo tanto, dentro de la bañera. El otro zapato estaba en el suelo, solitario. ¿Qué podía significar algo así? Sabía que no estaba soñando, ¿por qué tenía esas "pesadillas" tan extravagantes, allí, de pie, en el lavabo y con los ojos abiertos?

No era lógico que nadie, con intención de suicidarse o no, se metiera en la bañera con uno de los zapatos. ¿No se había dado cuenta de ello en anteriores visiones o lo que ocurría era que la propia visión evolucionaba y cambiaba con el tiempo? Puede que esos nuevos detalles los fuese añadiendo su imaginación cada vez que rememoraba lo sucedido, pero pensar que eso pudiera ser así tampoco le aclaraba nada, y mucho menos le tranquilizaba.

La botella de Tenn que todavía sostenía en su mano izquierda, algo temblorosa, se le escurrió de entre los dedos y cayó al suelo, por suerte era de plástico y no se rompió ni hizo ningún ruido estridente, en su imaginación le recordó al sonido que haría un grueso filete crudo al ser golpeado por un martillo grande, pero el efecto —ruido aparte—, fue como si al caer, hubiese pulsado el botón de desconexión de algún extraño proyector de imágenes y toda la visión que estaba teniendo desapareció de inmediato, en una fracción de segundo todo se volatilizó: la sartén, el zapato, María, el agua caliente, la sangre, e incluso el vaho del espejo. Ahora ya podía ver su rostro reflejado en el mismo, su cara en extremo delgada, famélica, falta de un buen afeitado, y con aquella mancha que parecía estar extendiéndose día a día por la frente y que cada vez le picaba más. El simple hecho de contemplarla agudizó la sensación de picor y se rascó con ansia mientras comenzaba a lloriquear de desesperación y frustración por todo lo que estaba ocurriendo.

Tenía que haber comprado algo en la farmacia para los picores antes de que resultasen insoportables. La mancha, además de extenderse, parecía estar tomando cuerpo, era como más consistente

y voluminosa, algo parecido a las costras que aparecen cuando se curan las heridas, granulosa, de forma muy irregular y de un tono algo más subido que el de la piel, pero a la vez no demasiado oscuro. ¿Qué coño era eso? Otro efecto del insomnio, acabaría por destrozarlo, tanto mental como físicamente.

Necesitaba hacer algo para dormir, no podía aplazarlo por más tiempo, debía tomar una decisión o acabaría volviéndose loco de verdad si es que no lo estaba ya, porque esas visiones podían ser síntomas de una progresiva, y puede que ya avanzada, pérdida de juicio. En cierta ocasión había leído que los locos nunca pensaban que estaban locos, y que el simple hecho de pensar que uno estaba perdiendo la razón era un síntoma de cordura, pero dudaba que eso fuera cierto, al volverse a mirar en el espejo escuchó una especie de voz interior en su cabeza: *Mastica raíz de valeriana*, ¿dónde había escuchado eso antes?, ¿o lo había leído?, sin duda era otro de esos remedios caseros contra el insomnio, pero ni le sonaba haberlo probado, ni sabía dónde conseguir raíz de valeriana, tomó nota mental para preguntar en el herbolario Navarro que le pillaba cerca de casa, allí tendrían ese tipo de cosas, y tal vez pudieran aconsejarle algún otro producto para dormir.

Lo que sí que tenía a mano, y se acababa de acordar en ese mismo instante, era algo de costo en la mesilla de noche. La última vez que lo fumó fue después de una fiesta, hacía unos años, y no lo había preparado él, ¿quién lo preparó? ¿María?, no, ella estaba en contra de las drogas, incluso del tabaco y de cualquier bebida que tuviese un mínimo de alcohol en su composición. También se mostraba en contra de la cerveza sin alcohol porque decía que promovía el consumo de la cerveza en general y que era una simple campaña de lavado de imagen de las cerveceras. Era su manera de pensar, un tanto especial, como en todo, tenía su peculiar punto de vista que él casi nunca entendía ni compartía, como tampoco había entendido nunca a ninguna otra mujer con la que hubiese intercambiado dos frases seguidas. Era del parecer de que hombres y mujeres hablaban idiomas distintos, como cuando un español conversa con un mejicano o con un chileno, todos se expresan en castellano, pero hay palabras con significados distintos para cada uno de ellos y resulta muy fácil acabar en confusión, eso mismo ocurre a cada momento entre ambos sexos, aparentemente, hombres y mujeres se comunican con el mismo idioma, pero no es cierto, a menudo resultan ser diferentes por completo, y ese era el verdadero motivo de la falta de entendimiento tan generalizada entre unos y otras, no la falta de comunicación como solía decirse, sino la comunicación inadecuada,

pero ¿quién no sabía expresarse?, ¿eran ellos o eran ellas?, demasiado complicado como para entenderlo o como para querer cambiarlo. Llegado a ese tipo de encrucijadas, Hilario era de los que prefería bordear las vallas en lugar de saltarlas y no complicarse la vida.

¿Lo había preparado Edurne?, él no recordaba haber salido nunca con ella, salvo en un par de ocasiones en que se juntaron ambas parejas para cenar, pero por mucho que se esforzaba, era algo que no le sonaba de nada, ¿por qué pensaba entonces que podría haber sido ella quien lo preparó? ¿Tal vez porque la acababa de ver en el supermercado y todavía tenía reciente su imagen en la memoria?, puede que fuese una simple asociación de ideas e imágenes, incluso de olfato, porque todavía creía poder oler su perfume, ¿o era porque en el fondo deseaba mantener una relación con Edurne a pesar de querer convencerse de lo contrario? Estaba confundido, cosa bastante habitual, pero lo que sí que recordaba con bastante seguridad eran los efectos que le produjo la fumada, puede que quien lo preparó —Edurne, María, o cualquier otra persona— lo cargase demasiado, lo bien cierto es que tuvo suficiente con cuatro o cinco caladas para que, sin previo aviso, su cuerpo entrara en hipotensión repentina y se desplomara de forma fulminante como una manzana madura que caía del árbol. Llegó a perder el conocimiento durante unos minutos y le estuvieron abofeteando —¿Edurne?—, hasta que abrió los ojos. Un sudor frío le cubría el rostro, y según le dijeron, mientras fumaba, había perdido el color del rostro justo antes de caer sin sentido, todavía con el canuto humeante en la mano.

¿Y si probaba de nuevo? Lo que le quedaba en la mesilla de noche podría tumbar a un caballo. Se prepararía un buen porro con un par de Chesterfield y se lo fumaría como si le fuese la vida en ello. No sería como dormir, pero quién sabe, tal vez si lograba quedar inconsciente durante un tiempo, el cuerpo entrara en reposo, y alcanzara la fase del sueño tanto tiempo esperada. Sería como resetear un ordenador cuando no hay manera de hacerlo entrar en razón. Quizás no funcionara, pero ¿qué podría ocurrir entonces?, a lo sumo un dolor de cabeza y una sensación pastosa en la boca para lo que le quedaba de día, pero ¿y si conseguía dormirse? Eso no tendría precio, no podía dejar de intentarlo, incluso antes de lo del güisqui con miel, que le parecía que se lo había inventado Edurne sobre la marcha con el único fin de alargar la conversación en el supermercado.

♦

Los botes de conserva seguían en medio del comedor, dentro de las bolsas de plástico del súper, bolsas que por cierto, le habían cobrado siguiendo lo que él consideraba una estúpida normativa que aseguraba promover el reciclaje, tan absurda como las prohibiciones cada vez más estrictas de fumar en lugares públicos, los exagerados límites de velocidad, los cada vez más bajos niveles de alcohol permitidos, y otras muchas cosas, que coartaban cada vez en mayor medida las libertades de los ciudadanos. Cosas como esa hacían que odiase la política y a los políticos, sentimiento que ya le venía de muy antiguo. Siempre le habían parecido todos unos farsantes que manipulaban a las masas para dirigirlas por donde más les interesaba en cada momento. Por eso, era un ácrata convencido, y en su día fue objetor de conciencia, negándose a hacer el servicio militar, lo cual, además de no servirle de nada porque apenas retrasó un par de días su reclutamiento, le supuso serios problemas, incluso en el ámbito familiar, y ya desde entonces, cualquier autoridad, fuera policial, judicial, o política, era rechazada por él con rotundidad y sin matices de ninguna clase. No recordaba haber ido a votar nunca, ni siquiera los referendos, y pensaba continuar de ese modo lo que le quedara de vida. Mucho tendrían que cambiar las cosas para que se reconvirtiera en un ciudadano normal, de los que él consideraba que se comportaban como borregos al son de la música que les tocaban para cada ocasión.

Tenía que guardar esos botes, no podía dejarlos allí tirados, y no solo los botes habían quedado sin ordenar, también la botella de Tenn seguía en el suelo, y por supuesto, el polvo continuaba sin limpiar, pero su sistema de prioridades era veleidoso y podía cambiar a cada instante de dirección, y en ese momento sentía que lo primero que tenía que hacer era fumarse el canuto, y cargarlo bien cargado, todo lo demás había quedado en segundo plano. Notaba cierta excitación tan solo de pensar en ello, y no se trataba de colocarse, sino de provocar una bajada de tensión que lo dejara K.O. lo antes posible, ese era el único objetivo de fumárselo, porque para experiencias psicodélicas ya tenía bastantes con las que le estaba ocasionando el insomnio, pero el simple hecho de pensar que podía funcionar, incrementaba esa excitación, que por otra parte sentía por primera vez desde que había empezado a probar los sistemas caseros y los somníferos para combatir el insomnio, esta vez tenía la seguridad de que el remedio iba a servir para algo y lamentaba que no se le hubiera ocurrido antes.

Estaba convencido de que su razonamiento tenía lógica, y que una pérdida de conciencia podría arrastrarlo hacia el tan deseado descanso, y qué mejor manera que esa de alcanzar la inconsciencia. Recordaba otra ocasión en la que se había desmayado durante el transcurso de una cena, apenas había bebido, y desde luego no se había colocado, ni mariguana, ni coca, a lo sumo algunos cigarrillos. Nunca supo los motivos de lo ocurrido, pero seguramente fue a causa del abrumador calor que durante todo el día estuvo haciendo, superando los cuarenta grados durante la mayor parte de la jornada. El resultado fue el mismo que con la hierba, pero resultó ser más progresivo porque recordaba estar hablando con otros comensales, cuando empezaron a silbarle los oídos, cada vez más fuerte, los dos a la vez. Luego tuvo la sensación de que las luces se apagaban poco a poco, como si el camarero estuviera manipulando uno de esos interruptores que tienen una ruedecita y que incrementan o disminuyen la intensidad lumínica según los ruedes en un sentido o en otro. Seguía oyendo a los demás, pero cada vez las voces eran más lejanas, pronto empezaron a parecer irreales, como las de un extraño sueño, y luego, clic... la desconexión total. Pero algo así no podría reproducirlo, no sabría cómo hacerlo, en cambio tenía costo a mano y sí que podía fumar todo lo necesario.

Tenía que funcionar.

Preparar un buen canuto, como ir en bicicleta, era algo que nunca se olvidaba, podía hacerlo con los ojos cerrados, después de todo, se había hecho cientos con las luces apagadas. Experiencia acumulada en decenas de fiestas de juventud cargadas de alcohol de garrafón de dudosa procedencia, algunos sandwiches resecos y hachís en abundancia, en discotecas, pubs, y todo tipo de antros, o al aire libre en los conciertos de Serrat y Miguel Ríos. Eso ocurría cuando todavía sus amigos lo llamaban Chester, y lo llamaban así porque siempre fumaba los mismos paquetes de Chesterfield, y porque era el único tabaco que usaba para preparar los porros, a pesar de que por aquel entonces, la marca todavía no vendía tabaco de liar, pero prefería sacrificar sus cigarrillos antes que utilizar cualquier otro tabaco, para él no había nada como un buen Chesterfield. Recordaba eso con cariño, “Chester”, lamentablemente ya nadie lo llamaba así porque no le quedaban amigos, su maldito carácter los había ido apartando poco a poco, y al final, solo María permaneció a su lado... *hasta que ya no pudo más.*

¿Dónde había quedado esa juventud perdida? ¿Qué había sido del chico alegre, festivo y divertido que era Hilario cuarenta años antes? No podía creer que se hubiese acabado transformando en un tipo

aburrido, que de lunes a viernes atendía la ventanilla de un anodino banco, donde entró con apenas veinte años, al poco de trasladarse a Valencia. Ya por entonces su carácter empezó a cambiar, ni siquiera sabía qué hacer en horario de tarde, acostumbrado a pasar las horas muertas en la finca de Fontanares. Otros compañeros del trabajo llevaban la contabilidad de alguna empresa, o se buscaban cualquier curro compatible para sacarse un buen extra a final de mes, otros preferían hacer deporte, otros estudiaban o leían, todavía no había internet, ni teléfonos inteligentes, ni chats, ni redes sociales, pero había muchas más cosas que uno podía hacer, entonces... ¿qué pasaba con él? Era como si con apenas veinte años se hubiera convertido en un viejo amargado, el único deporte que formaba parte de su vida lo veía en la televisión mientras se atiborraba de cervezas. Tal vez, si más tarde hubiera tenido hijos, todo habría cambiado, tal vez, si no hubiese odiado tanto su trabajo, tal vez, si no se hubiese casado tan pronto, tal vez, si le hubiese plantado cara a su padre y no hubiese venido a Valencia, tal vez...

De un modo u otro, eran muchos los "tal vez" que arrastraba en su vida, como pecados no perdonados, como penas no cumplidas, pero la única verdad era que nunca había tenido los arrestos suficientes como para plantarle cara a las circunstancias, fueran cuales fueran estas, y no importaba si la culpa era suya o de María, puede que fuera de los dos, a veces ella tampoco parecía poner demasiado de su parte, pero si echaba la mirada hacia atrás, si era sincero y lo bastante crítico consigo mismo, tenía que admitir que él era el mayor culpable. Culpable y víctima, pero víctima de su propio victimismo, de su pasividad, de suponer que nunca podría hacer nada para cambiar las cosas, que hiciese lo que hiciese, todo iba a continuar igual. Tal vez por eso aceptó sin pensar la propuesta de la jubilación anticipada, solo porque se lo habían puesto a huevo, ni siquiera tenía que calentarse la cabeza, bastaba con firmar unos papeles y largarse del banco para siempre, dejando tras de sí tres décadas de incomodidad y malos rollos. Su padre, para recriminarle su falta de iniciativa, le había repetido muchas veces una frase que con toda probabilidad había oído en alguna vieja película americana: "No guts, no glory"[8], y desde luego, no podía decirse que él tuviera huevos para nada.

No podía evitar sentirse como un parásito muchas veces, al principio porque vivía mantenido por sus padres sin ayudarlos en nada, luego empezó a ganar su sueldo en el banco, pero en un trabajo que su padre le había buscado a través de unos amigos que le debían un favor, un trabajo que detestaba y en el que nunca fue

capaz de superarse, y donde aun después de treinta años, seguía como cajero, con las mismas funciones que le fueron asignadas al poco de entrar en la entidad, apenas superada la fase de botones, pero incluso teniendo en cuenta que se ganaba la vida con su trabajo, María tenía razón, sí, la tenía cuando le decía que él no se preocupaba de nada, que ella era la que llevaba la casa, la que cuadraba las cuentas y estiraba el sueldo para poder ahorrar algo todos los meses, la que se buscaba la vida comprando en diez sitios distintos para encontrar el producto más barato en cada tienda, mientras él ensanchaba el culo en el sofá, arrugaba los pantalones, o llenaba los calzoncillos de palominos, y nunca pareció darse cuenta de esas cosas, de la suerte que había tenido casándose con María. Nunca la había valorado en lo más mínimo, ni siquiera al perderla, solo ahora, dos años después de su muerte, parecía empezar a percatarse de algunas cosas que tenían que haberle resultado evidentes mucho antes.

Y desde los cincuenta y cinco vivía de una pensión, y seguiría viviendo de ella hasta el resto de sus días, sin hacer nada por nadie, ¿qué otra cosa lo definía mejor que la palabra *parásito*?

—Al final voy a necesitar de verdad este puñetero canuto, y no solo para dormirme —dijo en voz alta en la soledad de su habitación. —Vaya mierda de vida, nunca he sido capaz de hacer nada, y ahora ni siquiera lo soy de dormir.

Le prendió fuego con el Zippo y un humo azulado llenó la habitación. Nunca había visto un humo tan azul, ni tan brillante, con tanto volumen. Desde luego, con los efectos que parecía estar provocándole el insomnio, estaba claro que no necesitaba tomar psicotrópicos de ningún tipo para colocarse.

Le dio otra gran calada, tragándose el humo y manteniéndolo en el interior del cuerpo durante más de diez segundos, para expulsarlo muy poco a poco, saboreándolo y absorbiendo el máximo de sustancias posible mientras veía subir y expandirse el humo en grandes volutas azules que formaban extrañas formas.

Otra calada...

... y otra más.

Miró el Timex digital que llevaba en la muñeca, las 16:06

... una calada más

... las 16:07

Se despertó en el suelo, con dolor de cabeza, puede que por el exceso de hierba, pero bien podía ser también por el golpe en la cabeza que notaba dolorida.

Sí, había funcionado, había perdido el conocimiento y se había

dormido. Volvió a mirar el reloj: 16:08.

—¡¡¡Mierda!!!

¿Cuánto había dormido? ¿20 segundos?, puede que ni eso, por lo visto el propio golpe lo había despertado, o tal vez solo había sufrido un vahído sin llegar a perder el conocimiento de verdad. No iba a servir de nada... nada servía para nada, pero no podía rendirse, todavía no, tenía que demostrarse a sí mismo que tenía intención de cambiar, que pondría algo de su parte para conseguir cosas y que no se dejaría seguir arrastrando por la corriente como había hecho toda su maldita vida, aunque ya no tuviese a nadie a quien demostrarle nada, pero debía hacerlo si no quería acabar perdiendo la poca dignidad que le quedaba, si es que a esas alturas todavía le quedaba alguna. Si su padre siguiera con vida, nunca más le daría opción a que volviese a repetirle la maldita frase del "No guts, no glory" que tanto detestaba.

Por la noche probaría el Jack Daniels con miel, ¿qué le había dicho Edurne? ¿Una cucharadita?, igual se bebía la botella entera, con o sin miel, y cogía una cogorza porque creía estar necesitándola, hacía tiempo que no pillaba una buena, la última había sido con cerveza. Recordaba haberse quedado dormido en el coche y no despertarse hasta que la vejiga dio la voz de alarma. Tal vez necesitase algo así otra vez, y si no funcionaba, ya probaría algo más, aún le faltaban por probar muchas de las cosas que había encontrado en internet: la infusión de hojas de naranjo, colocar en la almohada hojas de eucalipto, azahar y manzanilla, tomar leche tibia, ni fría ni caliente, solo tibia, valeriana con miel, frotarse los pies con aceite de almendra y mantenerlos calientes envolviéndolos con una toalla, o la repugnante leche con ajos que le revolvía el estómago de solo pensar en ella. También podría probarlo todo a la vez en una especie de coctel explosivo "Made by Hilario", y ver qué ocurría. Tal vez esa noche, antes de tomarse el güisqui con miel, saldría a dar una vuelta por Valencia, de madrugada, cuando todo estuviera tranquilo, caminaría y pensaría, intentaría llegar cansado a casa, y antes de acostarse probaría el remedio de Edurne, y puede que pensase en ella, sí, ¿por qué no?, pensar en una mujer en la soledad de la cama no era nada malo, las mujeres etéreas nunca contestan con malos modos, nunca llevan la contraria, y se van cuando uno quiere que se vayan, aunque esa mujer sea Edurne. Claro que nunca tenía que decírselo, Edurne no podía saber que había estado pensando en ella, eso haría que todavía se interesase más por él, interpretaría que le gustaba, y era cierto, Edurne le gustaba, le gustaba mucho y no podía seguir negándoselo a sí mismo, pero él no podía convertirse en

una de esas arañas macho que acababan siendo devoradas por la hembra después del apareamiento. A las arañas les pasaba eso porque no tenían experiencias previas que les advirtiesen del peligro que corrían al aparearse, pero él sí que sabía lo que ocurría, y sabía que, de un modo u otro, siempre acabaría devorado después del éxtasis, tal vez no la primera noche, tal vez no la segunda, pero ocurriría, *antes o después siempre ocurría.*

3

No recordaba cómo había llegado hasta allí, se puso la mano sobre la boca y echó el aliento para ver si detectaba haber bebido alcohol, pero no parecía que fuera el caso, la botella de Jack Daniels todavía debía estar dentro de una de las bolsas del supermercado, y los efectos del hachís no podían durarle tanto, hacía casi doce horas que lo había fumado, de hecho eran casi las tres de la madrugada, y le pareció asombroso que, siendo miércoles —en realidad a esa hora, era ya jueves—, hubiese tanta gente por allí. Se encontraba justo en medio de lo que parecía un botellón bastante ordenado, un montón de coches aparcados, algunos tenían el maletero abierto con grupitos de jóvenes congregados a su alrededor, haciendo sus propios combinados en vasos de plástico y bebiendo con cierta premura, como si su único objetivo fuese el de emborracharse lo antes posible para seguir con la fiesta en la discoteca. Se notaba a la legua que no disfrutaban de la bebida ni del acto social de beber, y solo buscaban el efecto rápido del alcohol, como él había buscado perder el sentido al fumarse el porro esa tarde. Sintió tristeza porque le parecía un comportamiento patético, pero desde luego él no era el más indicado para juzgar a nadie, nunca había sido un dechado de virtudes, y era posible que muchos de esos jóvenes, a pesar de lo que estaban haciendo en esos momentos, fueran buenos estudiantes —alguno habría entre todos ellos—, o podrían llegar a ser personas notables en un futuro no muy lejano. Nadie debería juzgar a nadie.

Seguía viéndolo todo de forma muy extraña, a pesar de que no había luz solar, pero eso no era lo que más le preocupaba, lo que le provocaba una gran inquietud, era no saber cómo había llegado hasta allí. Esa zona le pillaba bastante lejos de casa, desde donde estaba, en medio del aparcamiento, podía ver el hotel Neptuno y la discoteca Ánimas. Al ver esta última al fondo, le vino a la cabeza una frase que había oído o leído en algún panfleto publicitario sobre el local: ¿eres un alma buena… o un alma mala?”, buena pregunta,

¿qué era en realidad? En vista de las circunstancias debía ser un alma mala que estaba pagando su karma de otras vidas con una especie de tortura psicológica a base de no dormir, olvidarse de las cosas y de alucinar constantemente. Era como estar en el purgatorio esperando que su alma se purificase lo suficiente como para seguir con su tránsito hacia un lugar mejor, pero ¿cuánto duraría esa situación?, ¿cuál era su deuda?

... La maldita confusión seguía acosándolo.

Entre el punto en que se encontraba y la discoteca, que por cierto estaba en pleno funcionamiento, había una hilera enorme de taxis con la luz verde encendida, esperando sin duda a que salieran del local sus potenciales clientes ¿Habría llegado en taxi?, se metió las manos en los bolsillos y comprobó que no llevaba dinero, de manera que no parecía probable haber llegado en taxi, a no ser que después de llegar lo hubiesen atracado y tampoco lo recordase. Miró a su alrededor con desconfianza, intentando leer lo que había sucedido en la mirada de los que lo rodeaban, ¿cómo podía olvidar tantas cosas? Tendría que volver andando y había un buen trecho hasta su casa. También podría decirle a un taxista que lo llevase y esperara en la puerta a que subiese a coger dinero, pero podría ser cierto que lo hubiesen atracado y que por lo tanto no tuviera nada con qué pagar llegado el momento, mejor no arriesgarse, tampoco tenía prisa, y lo mismo le daba llegar a una hora u otra, nadie lo esperaba en casa. Pensó en la posibilidad de haber llegado con su propio coche, recordó que había pensado en probar que arrancase porque al día siguiente tenía que ir a recoger a John al aeropuerto, pero tampoco llevaba la llave del Panda por ningún sitio.

—¡Mierda!— dijo en voz alta. Una chavalita con tacones que parecían zancos y que llevaba unas medias rojas caladas muy *sexys*, se giró al oírlo para mirarlo con cierto desprecio mientras sostenía en una mano un vaso de plástico que ya había apurado y en la otra un cigarrillo, o puede que algo más fuerte. A su mirada, de ojos enrojecidos, le siguieron sendas miradas del resto de los componentes del grupo que tenía más cercano. No parecían miradas amigables pero tampoco peligrosas, lo más probable es que pensaran que era un borracho que hablaba consigo mismo y tan solo lo miraban con el mismo desprecio con que la chica lo había hecho al principio.

—Joder, ¿por qué hay tanta luz por aquí? —siguió hablando solo sin hacer caso de las miradas.

Algunas plazas de aparcamiento estaban vacías, y en su lugar, varias botellas de ginebra, envases grandes de refrescos y vasos de

plástico, llenaban el espacio que antes habían ocupado los coches. Atravesó todo el *parking* mientras observaba a derecha e izquierda los distintos grupitos de jóvenes que, a pesar de la hora y del lugar, no tenían la mala pinta que sería de esperar, al menos no la mayoría de ellos. Lo cierto es que él era quien peor aspecto tenía de todos los allí presentes, seguía sin afeitar, famélico, con el pelo asilvestrado que ya empezaba a necesitar un buen corte, y la ropa, un tanto descuidada y mal combinada, y tampoco podía saber si habría dicho alguna incoherencia o había hecho algo extraño antes de darse siquiera cuenta de que estaba allí. Tal vez por eso lo miraban de ese modo, porque se había estado comportando como un borrachuzo, o un loco, o ambas cosas a la vez. Lo mejor era abandonar el lugar antes de que alguien llamase a la policía.

Atravesó la interminable fila de taxis que esperaban con los motores parados y las radios en marcha. Mientras seguía andando en dirección a su casa, escuchaba fragmentos de *Afectos matinales* a través de las ventanillas bajadas, y retazos de conversaciones entre taxistas. Una vez abandonada la zona, dejando atrás la discoteca, apenas vio gente y pocos eran los coches que atravesaban a esas horas Valencia. Seguía un poco desorientado y acabó dando algún rodeo innecesario hasta llegar a la Gran Vía del Marqués del Túria, y de allí siguió camino hasta la estación de ferrocarril. Pasaba de las cuatro de la madrugada, un buen puñado de viajeros estaban repartidos por delante de la puerta y por el aparcamiento, unos de pie, otros sentados, e incluso alguno acostado en el suelo al lado de su equipaje esperando a que abrieran, mientras, los encargados de la limpieza usaban las mangueras a presión y las máquinas para lavar el suelo, dejando en condiciones el entorno para poder afrontar otra jornada de continuo trasiego de viajeros. El agua de las mangueras rebotaba en el suelo con violencia y la luz de las farolas provocaba pequeños arcoíris a través de ella, que aparecían y desaparecían. Por lo visto ninguno de los presentes veía esos arcoíris de forma tan esplendorosa como él los estaba viendo y por eso se mostraban indiferentes al espectáculo, pero él los veía en su máximo fulgor, eran maravillosos y de un colorido extraordinario, a la vez que el ruido del agua a presión lo inundaba todo recordándole el sonido atronador de unas cataratas. El suelo mojado reflejaba todas las luces, y los empleados se movían como autómatas entre los pasajeros de rostros inexpresivos y cansados. Dejó atrás la estación y siguió en dirección a la calle Pelayo que era donde vivía. De camino a casa pasó por delante de una armería, donde pudo ver a la venta un cetme del ejército español por 300 euros, sin duda inutilizado, solo

apto para coleccionistas. *¿Quién demonios compraba esas cosas y para qué?* —se preguntó.

Hacía calor, puede que 25 o 28 grados, la calle Pelayo se había convertido en una especie de barrio chino, y nada más girar la bocacalle, pudo ver dos grupos de orientales fumando cigarrillos sin filtro en cuclillas frente a sus respectivos establecimientos. Resultaba curioso el nuevo entorno que se había generado en los últimos años, a la derecha una agencia de viajes china, a derecha e izquierda, sendas peluquerías, también chinas, unos metros más adelante, otra peluquería a la derecha, frente a un locutorio, luego un par de restaurantes, y otras dos peluquerías... ¿Cuántas peluquerías necesitaban los chinos? Era una auténtica invasión, incluso los bares de toda la vida ahora eran regentados en su gran mayoría por chinos, los cuales ni siquiera se molestaban en cambiarles los nombres. Un súper, una carnicería, otro bar... y por fin su casa. Se sentía como un extranjero en su propio barrio de toda la vida, pero lo cierto era que prefería que estuviera lleno de chinos, antes que de moros o rumanos. Los chinos no se metían con nadie y en general eran muy trabajadores. Puestos a elegir, se quedaba con los orientales, y si no, tampoco le quedaba otra, o los aceptaba o se marchaba, lo que estaba claro era que los chinos se iban a quedar.

Decir que se había desvelado después de la caminata, no tenía sentido teniendo en cuenta el tiempo que llevaba sin dormir, así y todo, se encontraba más despejado de lo habitual, menos embotado, y no le apetecía meterse en casa todavía, pero a esas horas tampoco había muchos sitios adonde ir. Si se esperaba un poco, podría hacerse algún café cuando abrieran la estación, cosa que no debería tardar demasiado, pero tampoco es que le apeteciera mucho, por lo que optó por la alternativa de seguir paseando.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la plaza del Ayuntamiento, y de allí a la vecina plaza de la Reina, luego siguió andando por la calle de la Paz. Más adelante, a mano derecha podía ver la cruz verde parpadeante que indicaba la existencia de una farmacia. A esa hora estaría cerrada, pero se acercó de todos modos. La luz que desprendía la farmacia era muy superior a la de cualquier otro establecimiento de la calle, y quizás por eso le llamó la atención y sintió la extraña necesidad de acercarse. Conforme acortaba distancias, pudo ver que en la fachada, además de la consabida cruz verde, había un enorme letrero de neón que parpadeaba, cambiaba de color y crepitaba. No recordaba haberlo visto antes. Desde su posición no podía leer lo que ponía, por lo que su curiosidad fue en aumento y siguió caminando. La calle estaba desierta, y ningún

vehículo circulaba por ella, salvo un autobús con el letrero luminoso de “FORA DE SERVICI”[9] que venía en su dirección y giró hacia la izquierda antes de llegar a la plaza. Tuvo la sensación de estar solo en la ciudad, y los eventuales caminantes con los que se había estado cruzando en todo el camino parecían evitar esa zona. Hasta tuvo la inquietante impresión de que el autobús no llevaba conductor, cosa que ya no podía comprobar.

Mientras seguía acercándose, antes incluso de poder leer el neón, escuchó de nuevo los chisporroteos típicos de ese tipo de instalaciones, que en el completo silencio de la noche parecían adueñarse de todo. El letrero era enorme y llegaba hasta el primer piso, para poder leerlo completo tuvo que bajarse de la acera: —¿Problemas de insomnio? ¿Picores de cabeza? ¿Herpes en la cara? ¿Desde cuándo no puedes dormir, Hilario?”

No podía creer lo que estaba viendo. La farmacia ocupaba casi toda la manzana, por lo visto la habían ampliado hacía poco. Estaba abierta a pesar de ser casi las cinco de la madrugada. ¿Qué significaba ese letrero?, ¿por qué ponía su nombre en él? Mientras seguía absorto en sus pensamientos y en sus preguntas sin respuesta, las puertas corredizas se abrieron y en ese momento salió un cliente a la calle. Por unos instantes creyó estar viéndose a si mismo, ¿era él quien salía de la farmacia?, pero no, tenía una estatura muy similar a la suya, desaliñado, sin afeitar, pelo desordenado, muy delgado y con pinta de no haber dormido en muchos días, incluso en el rostro tenía un cierto parecido. Se quedaron mirando mutuamente a los ojos durante unos instantes, pero ninguno de los dos dijo nada, ni un ligero saludo. El cliente llevaba una bolsa de plástico con el logotipo de la farmacia. Una bolsa que Hilario imaginó repleta de somníferos.

El neón seguía brillando y cambiando de color, amarillo, rojo, verde, azul, y el sonido zumbante era cada vez más invasivo e insufrible a esa corta distancia. Al fondo podía ver a dos hombres muy altos y —demasiado— delgados con batas blancas, sin duda los farmacéuticos. Todo en el interior de la farmacia era blanco, de un blanco azulado deslumbrante, y cientos, miles de frascos de cerámica y cristal llenaban las estanterías a ambos lados. Era tan profunda que parecía llegar al otro extremo de la manzana, los techos eran altos y los estantes llegaban hasta arriba, por lo que daba la sensación de contener enormes cantidades de medicamentos de todas las clases posibles. ¿Cómo no había visto antes esa farmacia? La reforma debería de haber durado meses. Sentía deseos de entrar y al mismo tiempo sentía una cierta intranquilidad, como si fuese a adentrarse en un lugar extraño del que no pudiese volver a salir, quedando

atrapado como un insecto en la tela de una araña. No sabía por qué tenía esa sensación, pero incluso los farmacéuticos le parecieron unos seres no del todo humanos a los que no sabría definir, con unos rostros inexpresivos, de barbillas afiladas y ojos algo rasgados, sin apenas cejas, e inquietantemente parecidos entre sí. Los dos le miraron a la vez desde el fondo de la farmacia. Las miradas eran frías, inexpresivas como sus rostros, como las de un par de robots, pero ¿qué podía esperar a las cinco de la mañana?, seguro que su mirada, si pudiera verla, sería incluso más inexpresiva que la de los dos extraños individuos.

Se decidió a entrar.

¿Qué podría ocurrir?

4

Al abrir la puerta todo había cambiado. El color blanco azulado predominante quedó sustituido por una gama de grises y marrones muy familiares. Ya no estaban los dos farmacéuticos de mirada robótica, no se oía el chisporroteo del neón, ni había grandes estanterías llenas de frascos y cajetillas de medicinas, en su lugar, en el suelo justo frente a él, unas anodinas bolsas de supermercado llenas de botes de sopas Campbell's parecían estar suplicándole que las recogiera y las ordenara como era debido en el interior de una alacena.

Se miró las manos y vio que sostenía la llave de casa, llave que acababa de utilizar para abrir la puerta y entrar. ¿Qué había ocurrido? Recordaba haber estado en el *parking* del botellón, frente a la discoteca, y haber vuelto paseando hasta casa, pero también recordaba haber decidido ir a dar una vuelta. Miró la esfera del Timex y comprobó, no sin asombro, que eran casi las siete de la mañana. No recordaba muy bien a qué hora había llegado a casa, pero tenía que ser antes de las cinco menos cuarto de la madrugada porque la estación de ferrocarriles estaba cerrada todavía. ¿Qué había estado haciendo en las dos últimas horas? Recordaba haber ido hasta la calle de la Paz, y haber llegado a la farmacia del número 26, una farmacia, tenía que admitirse a sí mismo, más propia del contenido de un sueño o pesadilla, que una farmacia real. No tenía sentido, ni que estuviera abierta a esas horas, ni que dispusiera de esos enormes rótulos de neón, y menos teniendo en cuenta el texto de los mismos: —¿Problemas de insomnio? ¿Picores de cabeza? ¿Herpes en la cara? ¿Desde cuándo no puedes dormir, Hilario?", que

claramente estaban personalizados con los problemas que estaba padeciendo, e incluso con su nombre, ¿dónde se había visto cosa igual? Tenía que haber sido un sueño, pero de ser así, ¿dónde había dormido?, ¿de pie, como los caballos en la puerta de su casa? Eso no tenía ni pies ni cabeza, y además, seguía tan convencido como antes de que no había dormido en ningún momento, que olvidase cosas y no recordase algunos períodos de tiempo no significaba que hubiese estado durmiendo, eran simples —y preocupantes— lapsus de memoria. De haberse dormido lo habría hecho en la cama, en el sofá, o sentado en alguna silla, y se hubiera despertado allí mismo, de ese modo se habría dado cuenta de que se había dormido, pero no tenía ningún sentido abrir la puerta de casa como si lo que estuviera haciendo fuese entrar a la farmacia de la calle de la Paz y en ese momento darse cuenta que estaba atravesando el quicio de la puerta de su hogar. No se había dormido, tan solo se estaba volviendo loco y cada vez la cosa parecía más grave, ¿qué sería lo próximo?, ¿salir desnudo a la calle y ser detenido por la policía?, Dios, el simple hecho de pensar en la policía le erizaba los pelos de la nuca, como ácrata tenía suficientes motivos para no simpatizar con ellos, pero además, había tenido algunas experiencias desagradables y prefería mantenerse lo más alejado de ellos en todos los aspectos.

5

Tampoco recordaba haber comprobado que el Panda arrancase, pero de todos modos ya no importaba demasiado porque llegado el momento de ir a recoger a John al aeropuerto, el coche respondió de inmediato, bastando solo dos intentos de girar la llave del contacto. Sin duda las altas temperaturas ayudaron bastante a que el arranque no remoloneara demasiado. De haber sido en invierno y después de estar más de un mes sin utilizarse, otro gallo hubiera cantado. Al sentarse en el interior del vehículo no pudo evitar echar un vistazo al adhesivo pegado en la parte superior derecha del cristal y se percató, no sin cierto fastidio, de que la ITV había vencido tres meses atrás; esperaba que con el seguro no hubiera ocurrido algo parecido, cosa que por desgracia era más que probable porque no recordaba haberlo renovado. Debería comprobarlo antes de que sucediera cualquier percance, pero no lo renovaría sin más, antes de volver a pagar otra anualidad tendría que hacer algunos cálculos, porque para lo que utilizaba el coche a lo largo de todo el año, seguramente le interesaría más deshacerse de él, y en casos puntuales de necesidad,

llamar a un taxi, era absurdo tener una obligación tan constante como la que un coche supone, por modesto y económico que este coche sea, si no se hacía un uso diario del mismo. Además, para moverse por Valencia bastaban los autobuses y el metro, disponer de un coche era un lujo injustificado en su caso, y ahora que no estaba María, tendría que ser él quien controlase más de cerca los gastos.

María, de un modo u otro siempre le venía a la cabeza a diario, cualquier cosa parecía la excusa perfecta para que su cerebro rescatase algún recuerdo relacionado con ella. La última vez que había estado en el aeropuerto fue precisamente para recogerla. Había ido unos días a Londres con unas amigas, justo de donde se suponía que estaba a punto de llegar el tal John. Se preguntaba cómo sería el individuo, ¿alto, bajo?, ¿gordo, delgado?, ¿agradable, insoportable?, ¿sería de los que roncan y no dejan dormir a nadie?, esto último no es que importase demasiado en su caso, pero podría resultar molesto tener que estar oyéndolo toda la noche mientras intentaba leer un libro o miraba fijamente el televisor. El solo hecho de pensar en John, lo ponía nervioso, como si fuese a pasar un examen o una entrevista de trabajo importante. Sin duda los nervios eran generados por el absoluto desconocimiento de a qué se iba a enfrentar al meter a un completo desconocido en casa durante quince días, alguien del que además, no tenía ninguna referencia a través de otros conocidos o amigos. Un tipo que simplemente había contactado con él por internet, un extranjero que incluso podría ser moro o negro, y no es que se considerase racista, pero eran gentes con costumbres sociales muy distintas a las suyas y eso sería un problema de convivencia en un lugar tan limitado de espacio como era su piso. En lo que a él concernía, el tal John podría estar loco, ni siquiera tenía por qué llamarse John, y él no había avisado a nadie de que iba a recibir visita, nadie lo echaría de menos en meses si llegaba a pasarle algo, y en ese momento pensó que tal vez todo eso ya lo supiera John, puede que John, del que él no sabía nada, lo supiese todo sobre él, tal vez lo había estado investigando, directamente o a través de algún cómplice, y por eso lo había elegido a él, porque era alguien que tenía un perfil muy concreto, era viudo, sin familia, vivía solo, estaba jubilado y por lo tanto tampoco nadie lo echaría en falta en ninguna oficina, de carácter huraño y poco sociable... ¿quién iba a darse cuenta de su desaparición?, puede que los primeros que acabaran buscándolo fuesen los de Hacienda cuando dejase de presentar su declaración anual, ¿quién más iba a darse cuenta de que él ya no estaba? ¿Edurne?, podía decirse que el contacto entre ellos apenas existía, y de hecho, su reciente conversación en el

supermercado era la más larga que había tenido con ella, en los últimos cinco o seis años. ¿Qué pasaría si él desaparecía de pronto?, podría ser que Edurne se decidiera a ir a su casa y llamar para interesarse por él, pero cuando no le abriese, pensaría que había salido de viaje, o incluso que se había mudado, su relación no daba para sacar conclusiones más cercanas, no tenían ninguna cita pendiente y sin duda acabaría olvidándose de él y ahí terminaría todo, estaba claro que no se le ocurriría ir a la policía a denunciar su desaparición. En lo que a sus vecinos concernía, John podría ponerse a vivir en el piso después de deshacerse de su cadáver, y a nadie le llamaría la atención, y si alguien preguntaba, con decir que había salido de la ciudad y le había alquilado el piso bastaba para que nadie lo pusiese en duda. Sí, tenía motivos para sentirse nervioso y hasta un poco paranoico.

En vista de ello, tal vez fuese prudente advertir a alguien de sus preocupaciones, a la propia Edurne por ejemplo, no se le ocurría nadie más cercano en esos momentos, pero ¿qué le diría? *Oye Edurne, mira, que tengo una visita de un tipo raro que viene a pasar quince días conmigo y que igual ha venido desde Londres a matarme, ¿tú lo vigilarías por si me pasa algo?, es negro y enorme, con cara de pocos amigos y mirada de asesino* —su mente calenturienta ya lo estaba imaginando de ese modo, un negro de casi dos metros y con una caja torácica tan ancha como su Panda. Podía notar cómo unas gotas de sudor frío empezaban a correrle por debajo de las patillas.

Sabía que era todo kafkiano y no tenía ningún sentido. Decirle una cosa así a Edurne resultaba estúpido y risible, para eso más le valía dar media vuelta antes de llegar a Manises y olvidarse de John para siempre, borrón y cuenta nueva, a la mierda con el *couchsurfing,* pero una cosa era que él olvidase a John y otra muy distinta que John le olvidase a él, sabía dónde vivía y llegaba de Londres con la intención de instalarse en su casa, si no lo veía esperándolo en el aeropuerto, se limitaría a coger un taxi y presentarse en su casa, sonriente y diciéndole algo así como: “Hello, seguro que se te ha olvidado venir a recogerme, pero aquí me tienes baby...” con acento británico y cara de psicópata al estilo de Jack Torrance[10].

No, no era fácil alcanzar una solución razonable a esas alturas, no podía esconder la cabeza como las avestruces de los dibujos animados, pensando con ello que estaban a salvo de cualquier depredador. Había llegado a ese punto de no retorno por no tomar las decisiones adecuadas en el momento oportuno, y no le valía la excusa de que le costaba pensar por culpa del insomnio porque era habitual en él que cualquier cosa que se saliera de la estricta rutina

en su estúpida vida le acabara pareciendo complicada, y en gran parte, tenía que admitirlo, era por su absurda tendencia a ver el lado negativo de todo.

Siempre, desde muy joven, se había considerado un realista y se burlaba abiertamente de los optimistas que lo llamaban pesimista. ¿Pesimista yo?", les decía, "lo que soy es realista y no un jodido iluso como vosotros"; siempre había pensado que los optimistas no vivían en el mundo real, que veían las cosas injustificadamente de color de rosa por muchas experiencias negativas que acumulasen a lo largo de los años, y en cambio él, las veía por el lado negativo porque estaba convencido de que nada ocurría para bien, y si alguien te ofrecía cualquier cosa sin pedírsela, es porque por otro lado quería algo de ti, para eso existía la ley de Murphy, para que los optimistas abrieran los ojos y se dieran cuenta de una vez por todas de cuál era la auténtica realidad de la vida, ese maldito e inhóspito lugar, donde la tostada siempre caía al suelo por el lado de la mantequilla[11].

Puede que en la actualidad no fuese tan radical en ese aspecto de la vida, los años lo habían ablandado de alguna manera, y aunque seguía siendo pesimista convencido, posiblemente ya no se considerase tan realista como antes. En parte, solo en parte, parecía que se estuviese dando cuenta de que tenía un problema de percepción y se amargaba por tonterías, por no ver nunca la parte positiva de lo que le rodeaba y pensar siempre que algo malo iba a ocurrir. Pero darse cuenta de ello no era suficiente para cambiar las cosas, no para alguien con el sentido de la negatividad tan arraigado como él lo tenía.

A veces se sentía viejo para cambiar, otras sin embargo, pensaba que aún tenía alguna oportunidad de que las cosas fuesen a mejor, pero después de dos años de viudez, dos años desperdiciados en el sofá de casa o frente a un estúpido ordenador, chateando con desconocidos a todas horas del día o de la noche, y a menudo identificándose como Chester, el estúpido *nick* que ocultaba su identidad real, empezaba a pensar de nuevo que todo estaba perdido, que no tenía ningún remedio, nada de lo que él pudiese hacer cambiaría su situación, y su destino estaba grabado en piedra: morir solo, de cualquier cosa, un golpe en la cabeza al caerse de la silla mientras cambiaba una bombilla o un ataque fulminante al corazón... sin que a nadie le importase lo más mínimo. ¿Pesimista?, ¿realista?, ¿qué importaba? Ahora debería concentrarse en la llegada de John y todo lo que ello implicaba. Estaría alerta para que no lo pillara desprevenido, tenía la ventaja de que John tendría que dormir y él podría estar observándolo a cualquier hora. Era una ventaja

nada despreciable que tendría que aprovechar para no dejarse sorprender.

3
•

John

1
♦

Dejó el Panda en el aparcamiento del aeropuerto y siguió las indicaciones de los carteles que identificaban la zona de llegadas para luego localizar el vuelo procedente de Londres.

Bien, aquí me tienes Johnny, espero que sepas comportarte.

Esperaba ver a más gente en el aeropuerto, pero lo cierto era que no había ninguna aglomeración y se podía circular con bastante tranquilidad, el ambiente era sereno y eso le sirvió para tranquilizarse un poco y que el cosquilleo estomacal ocasionado por los nervios de la incertidumbre, no fuese tan agresivo y dejase de provocarle acidez, así y todo, lamentaba no haber cogido la caja de Almax. Miró por enésima vez el reloj, y como todavía faltaba algo más de media hora para la llegada del avión, decidió tomarse un tentempié en una de las cafeterías que a esas horas estaba desierta. Se sentó en un moderno e incómodo taburete de la barra, aparentemente diseñado para que los clientes lo utilizasen el tiempo justo de hacerse el café y dejaran pronto el espacio libre a otros viajeros. Pidió un cruasán y un café con leche, especificando que quería la leche muy caliente, cosa que pareció no entender la camarera que al final se la puso fría destrozándole las expectativas de tomar un buen café a su gusto. Siempre pasaban esas cosas y él, mejor que muchos, lo sabía muy bien, el mundo estaba lleno de incompetentes por todas partes, en todos los oficios y en todas las empresas, los motivos de tanta incompetencia podían ser muy variados, pero al final todo se limitaba a que la gente, normalmente no amaba su trabajo, como a él mismo le había ocurrido a lo largo de toda su vida laboral. El comportamiento poco profesional, distante y antipático de la camarera, le hizo reflexionar una vez más sobre la manera en la que él atendió, durante lo que le parecieron cien años de condena, a los clientes del banco. Siempre en su línea, con cara agria, como si sufriese de estreñimiento crónico, apático, sin ganas de saludar a nadie ni de intercambiar sonrisa alguna, y sin prestar atención a las diferentes necesidades de los clientes, solo pensando en lo despacio que avanzaba el reloj que tenía justo enfrente de su

puesto de trabajo, y cuyo tictac podía oír en los momentos de mayor tranquilidad. ¡Tic... ! ¡Tac... ! Cada segundo le parecía un minuto completo, y por lo tanto las jornadas se le antojaban eternas y frustrantes, días enteros que llenaba como podía, mirando a cada momento el reloj de pared y escuchándolo, como si este pudiera hablarle y decirle algo más que la hora. A veces incluso lo imaginaba, largas conversaciones mentales entre él y el reloj: —¿Por qué no avanzas más rápido?", "Yo hago mi trabajo, ¿y tú?", "Pues claro que sí, ¿qué te crees?", mientras se quedaba mirándolo con expresión perdida en el horizonte, hasta que otro cliente se acercaba a cobrar un cheque o a que le actualizasen la libreta de ahorro para luego discutir sobre el por qué de los recibos de Telefónica o de Iberdrola, como si él tuviese la culpa de las llamadas que hacían los clientes, o de lo que le cobraba la compañía eléctrica.

Los peores eran los jubilados cuando iban a retirar la pensión, o tan solo a comprobar que se la habían ingresado en la cuenta y que su dinero seguía en orden y custodiado por los gruesos muros de piedra del banco, o la típica ama de casa que iba cada día a retirar ínfimas cantidades para la compra del día. Algunas —las menos—, incluso volvían a última hora para ingresar lo que les había sobrado, y todo, para repetir la maniobra al día siguiente, retirada del dinero a las nueve de la mañana, paseo de compras, y nuevo ingreso paupérrimo con los restos de la batalla diaria en una mano, y las bolsas de la compra en la otra.

Un trabajo con alguna anécdota que otra, pero aburrido después de todo, porque incluso las anécdotas acababan repitiéndose y siendo las mismas, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, un trabajo repetitivo y de poca creatividad, en gran parte por culpa suya, por no aspirar a nada mejor en el banco, por no preocuparse de su formación ni de las posibilidades de promoción que cada cierto tiempo aparecían entre los empleados y a las que, solo por antigüedad, ya tenía derecho. Sí, ahora no podía esgrimir ningún argumento para quejarse si la estúpida camarera no le ofrecía una sonrisa amigable y servicial, o no le daba con una dosis de cariño los buenos días al ver cómo se acercaba a la cafetería, ni le aconsejaba sobre los mejores y más frescos productos del día, o el café más aromático, como tampoco tenía que quejarse por el hecho de que le estropease sin remedio el café con la leche fría y le hubiese dado el cruasán más reseco de entre todos los que había a la vista en la barra, un cruasán que parecía tener la edad de su abuela y que, además, hubiese sufrido algún tipo de accidente sospechoso en la manipulación previa antes de llegar a su plato completamente

despellejado. Y lo peor de todo era que al final le acabaría cobrando una pequeña fortuna, por una mierda de desayuno que tendría que haberse tomado en casa antes de salir, o en alguno de los bares de los chinos que tenía enfrente.

Estaba acostumbrado a ese tipo de incidentes, y lo que acababa de ocurrir no era más que una pequeña muestra entre miles —millones—, que confirmaba algo que para él resultaba obvio, pero que mucha gente no entendía o no percibía; que las actitudes negativas tenían un carácter repetitivo, multiplicador y que acababan expandiéndose por el planeta de manera exponencial y a velocidad vertiginosa, al igual que siempre había ocurrido con los chismes y las leyendas urbanas.

Si alguna vez se decidía a escribir un libro sobre el tema podría titularlo: *El poder de lo negativo*, poder que se nutre de los millones de malos pensamientos que entre todos los habitantes del planeta se lanzaban al universo a cada instante y en cualquier parte. Y él, precisamente él, era uno de los que alimentaba esa crítica y lamentable situación, no solo por su mala actitud durante todos los años pasados en su puesto de trabajo, sino porque, incluso ahora, todo lo que pensaba a lo largo del día resultaba ser negativo en mayor o menor medida. Nunca había sido capaz de ver la botella medio llena, ni se lo había propuesto nunca, para él, siempre estaba medio vacía, además de pensar que podía romperse en el momento menos pensado y derramar sin remedio el poco contenido que le quedaba. No podía evitarlo, era algo que por lo visto había heredado de su madre y era congénito. Ya se había hecho a la idea de que moriría con ello, como de hecho le sucedió a su madre, que incluso en el lecho de muerte no dejó de quejarse de su mala suerte y de todo lo que había padecido a lo largo de su vida. Para él, considerarlo como algo hereditario era excusa bastante como para no luchar contra el destino y aceptar esa negatividad como algo inamovible. Le resultaba mucho más cómodo aceptar ser negativo, antes que luchar contra ello, porque en cierto modo esa negatividad le hacía ver que de nada serviría rebelarse. Bastaba con mirar a su alrededor y ver cómo se comportaba la mayoría de la gente. ¿Cómo podría cambiar las cosas con tantos factores en su contra? Al menos —se consolaba—, se daba cuenta de ello. Otros muchos pasaban por la vida sin tan siquiera cuestionarse lo que estaba ocurriendo en su entorno, como las gallinas en una granja, cada una en su limitado espacio acotado por las paredes de la jaula, comiendo, bebiendo y poniendo huevos sin parar. Huevos que tal y como los ponían, se escapaban rodando hacia un destino que ellas desconocían.

—¿Hilario? —una voz profunda se dirigía a él mientras seguía pensando en la jodida camarera y en todo el jodido universo sobrecargado a diario de oscuras y tenebrosas energías negativas. Le costó reaccionar al estímulo exterior de la voz del desconocido.

Se dio la vuelta y vio un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien rasurado —lo cual le hizo llevarse una mano a la barbilla, recordándole que esa mañana tampoco se había afeitado y que su aspecto general dejaría mucho que desear—, y vestido de manera informal, pero adecuada. Limpio y sonriente, con unos vaqueros nuevos de marca indefinida y un polo imitación de Ralph Lauren, y lo que más sorprendió a Hilario cuando dedujo que se trataba de John: no era negro ni medía dos metros como había temido.

—Sí, soy yo...

—Encantado, soy John —le dijo mientras le ofrecía la mano con el fin de estrechársela.

—John... —miró el reloj de pasada, sin saber muy bien por qué, y sin llegar a percatarse de la hora porque su mente seguía estando un tanto dispersa en varios mundos a la vez.

—El vuelo se ha adelantado un poco —se anticipó John a la pregunta no planteada.

Su castellano era perfecto, y apenas tenía un ligero acento británico que le daba una cierta musicalidad graciosa a todo lo que decía. Musicalidad a juego con su cara sonriente y su actitud abierta y un tanto descarada.

—¿Ya has recogido tu equipaje?

—Sí —le mostró un único macuto levantándolo con una mano, macuto no muy grande, pero en apariencia bastante pesado.

—Vaya, no llevas mucho. En el último viaje que hizo mi mujer a Londres se llevó tres maletas enormes, y a punto estuvo de cargar también con el baúl de la abuela, y eso que solo iba para cuatro días.

—Yo siempre viajo con lo indispensable, y a veces ni eso —rio—, el equipaje excesivo y los objetos innecesarios acaban esclavizándote, ¿no te parece?

—Sí, puede que tengas razón, pero a mí me gusta tener a mano mis cosas. Siéntate y toma algo, aunque permíteme que no te recomiende, ni el café con leche, ni los cruasanes —miró de reojo a la camarera mientras hacía esa afirmación, pero ella seguía a lo suyo sin prestarles atención—, sencillamente horribles.

John miró el reloj, y no era la primera vez que lo hacía desde que había llegado a la cafetería, cosa que no le pasó inadvertida a Hilario.

—No gracias, he tomado café en el avión, podemos irnos ya...

Bueno, cuando termines tu café... no tengo prisa.

¿Por qué miras con tanta insistencia el reloj si no tienes prisa?, ¿cómo me has encontrado? Me estás mintiendo, sí que tienes prisa por salir del aeropuerto y quieres que nos vayamos ya, ¿por qué? ¿Acaso te preocupa encontrarte con alguien?

Era una sensación extraña, entre física, espiritual y mental, difícil de definir, como si de alguna manera pudiese leerle el pensamiento a John, aunque no eran literalmente los pensamientos lo que escuchaba dentro de su cabeza, pero sí que sentía las emociones que transmitía, y que parecía saber interpretar sin dificultad, como si se tratara de una habilidad que hubiese tenido toda su vida, a pesar de que nunca antes le había sucedido una cosa parecida... ¿o tal vez sí? En el supermercado le ocurrió algo similar con Edurne, pero no se percató en aquel momento. Estaba demasiado nervioso como para darse cuenta. Era como si se estuviese volviendo más perceptivo. Sí, con la camarera le había sucedido también, y había pensado, aunque desechado enseguida, que ella le había puesto la leche fría a propósito, no por desidia, poca profesionalidad o por error, sino a conciencia, sabiendo que él se la había pedido muy caliente. Y lo mismo ocurría con el cruasán, había elegido el peor de todos, solo por fastidiar, pero no a él, sino a su jefe, estaba harta del trabajo y quería provocar incomodidad en los clientes para que no volvieran, para que hablaran mal de la cafetería y de esa manera perjudicar a su jefe lo mejor que ella sabía.

Dios, ¿cómo era posible?, ¿de verdad no se lo estaba inventando su cerebro?, era como si supiese también que la chica había tenido una aventura amorosa con el propietario de la cafetería, y que hacía unos días que él la había desechado como a un clinex usado y sustituido por otra en la cama, tal vez por la empleada del otro turno. Sí, la chica se estaba vengando de su amante-jefe con su actitud negativa frente a los clientes. Hilario lo había visto todo como en un relámpago instantáneo, un *flash* mental, algo fugaz pero cargado de información, una sola fracción de segundo en el momento exacto en que ella dejaba la taza del café con leche descuidadamente sobre la barra, mientras derramaba parte del líquido sobre el plato, mojando el sobre de azúcar —cuánto odiaba que hicieran eso—, en el mismo instante en que se percató de que no estaba en absoluto humeante porque la leche había enfriado el expreso. Ese fue el desencadenante del *flash*. Hubo un momento de conexión mental entre los dos, tal vez al estar tocando ambos a la vez el plato... ¿De qué más cosas era capaz de darse cuenta sin llegar a percatarse conscientemente de ello? Era asombroso, no podía estar inventándoselo, nunca había

tenido tanta imaginación, no podía ser una alucinación más, ¿o sí?, era demasiado elaborado, ¿podía hacerlo más perceptivo el insomnio al igual que le estaba pasando con la forma de ver las cosas y de oírlas?

Si acababa "oyendo" las mentes de los que le rodeaban, terminaría loco de atar, ya le parecía poco soportable el hecho de tener alucinaciones, o que olvidara algunas cosas, o se borraran horas enteras de su existencia sin saber lo que había hecho con ellas ni dónde había estado. Aunque esto podría ser mucho peor, sería horrible que se le llenara la cabeza de pensamientos ajenos, pero no le resultaba creíble, debía de ser una jugarreta más de su cabeza, ¿cómo llamaba María a esas cosas?, "una ida de bola", sí, algo de eso tenía que ser, no era real, ¡no podía serlo!, era solo un cortocircuito neuronal que le hacía ver y sentir cosas absurdas.

Volvió a la realidad sin saber el tiempo que había estado desconectado de la conversación, pero John lo miraba un tanto extrañado, lo cual le hizo suponer que había sido demasiado tiempo.

—Mejor no, esto está incomible —volvió a dejar el cruasán intacto sobre el platillo—. Vamos a casa, tengo el coche en el *parking* y creo que cobran una pasta por cada minuto que estamos aquí.

—¿Cuánto te debo? —añadió, dirigiéndose esta vez a la camarera, que se limitó a dejarle el tique encima del mostrador sin tan siquiera mirarlo a los ojos.

Esta vez él le prestó más atención, quería ver si sentía algo más, quería ser consciente de ello, pero no hubo otro *flash*, ni información adicional, solo algunas conclusiones lógicas; la camarera tenía los ojos rojos, seguro que había estado llorando, puede que esa noche no hubiese dormido en absoluto pensando en el canalla de su jefe, en cuánto lo odiaba, en que se estaría tirando a su compañera, la rubia de las tetas grandes que no sabía ni preparar una infusión leyendo las instrucciones. Esto último lo había captado antes, ahora no parecía existir ninguna conexión entre él y la camarera, lo cual le tranquilizó en parte, no le apetecía estar sintiéndolo todo, resultaba agobiante, algo como lo que debía ocurrirles a quienes eran capaces de ver los fantasmas de los muertos, y no es que creyese en esas cosas, pero hasta unos minutos antes tampoco creía en lo que le estaba pasando, ¿qué era? ¿Telepatía? Y también estaba lo de su mujer, la veía...

... o creía verla.

Hilario dejó el importe exacto sobre la barra para no tener que esperar la vuelta. John le seguía un paso por detrás, como un niño al que hubiese recogido su papá del colegio, cargado con su macuto en dirección al aparcamiento.

2

♦

A John le dio la sensación de que su anfitrión se había puesto nervioso al haberse presentado antes de la hora de llegada prevista del vuelo. Se reprendió a sí mismo mentalmente porque había sido torpe en su comportamiento y tendría que haber esperado en la zona de llegada a que Hilario hubiese ido a recogerlo, tal y como habían acordado. Todo hubiera sido mucho más natural. Tenía la sensación de que, por la forma en que había actuado, Hilario se sentía incómodo con la situación, y en cierto modo era comprensible, además de ser extranjero y un completo extraño, iba a pasar quince días en su casa sin que se conocieran de nada.

Esperaba poder transmitirle una mayor tranquilidad en las próximas horas para relajar el ambiente, que ya notaba muy tenso entre ellos. Por supuesto, él no podía ser el único causante de toda esa tensión, Hilario tenía la pinta de no haber dormido en toda la noche, además de ir muy desaliñado, como si su aspecto no le preocupase en absoluto. Puede que la tensión que había sentido John al saludarlo fuese ajena a él, tal vez Hilario estuviese pasando una mala racha, que hubiese tenido algún desengaño amoroso reciente, o que no estuviese bien de salud, esa extraña mancha en la frente parecía evidenciar algo malo. ¿Y si le habían diagnosticado un cáncer informándole a bocajarro de que le quedaban apenas tres meses de vida? Podía ser cualquier cosa, no sabía lo que le pasaba, pero lo que estaba claro era que la mente la tenía en otro sitio, como habitando un cuerpo distinto al suyo. Se perdía en una conversación simple, como si de pronto se desconectara, y hacía cosas raras. Ahora andaba con premura delante de él, sin dirigirle la palabra, con unas anticuadas gafas de sol que se había puesto nada más salir del aeropuerto, sin preguntarle por cómo le había ido el viaje, o si estaba cansado, o si quería ir a algún sitio antes de llevarlo a casa, ese tipo de cosas que la gente pregunta aunque sea por simple cortesía cuando recoge a alguien del aeropuerto. Eran reglas de urbanismo internacionales que solían cumplirse de manera automática, pero lo único que le había ofrecido Hilario era la posibilidad de hacerse un café en la cafetería, eso sí, matizándole que no se lo aconsejaba, ¿quería o no quería que se hiciese allí el café? Por su parte no es que le apeteciese demasiado, prefería salir del aeropuerto cuanto antes porque nunca le habían gustado esos lugares y se sentía incómodo en ellos, era como si lo estuvieran vigilando a cada paso que daba, se

sentía observado, había cientos de cámaras por todas partes, además de vigilantes, policías de uniforme y de paisano, rateros, y gente con todo tipo de intenciones, definitivamente no era un lugar en el que se pudiera relajar. Mejor irse de allí y ver qué tipo de habitáculo le ofrecía Hilario para las próximas dos semanas.

No es que le importasen demasiado las condiciones del alojamiento, estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte, y si tenía que hacerlo en un sofá, eso no le supondría ningún problema, ya lo había hecho antes, aunque no le haría ascos a una buena cama, por supuesto. De cualquier modo, iban a tener que convivir durante bastantes días en un espacio que suponía de antemano que sería muy reducido. Por la dirección debía de tratarse de un piso viejo y pequeño, seguramente falto de una buena reforma y —sonrió al imaginarlo— lleno de manchas de humedad por todas partes. Pero si iban a estar solos los dos, tampoco eso le supondría ningún problema.

Al llegar al coche Hilario abrió el maletero sin hacer uso de la llave.

—Tengo la cerradura rota, pero puedes dejar el macuto, nunca me han robado nada.

—No, no te molestes, prefiero llevarlo conmigo, soy un poco especial con mis cosas.

—Como prefieras —dijo cerrando el maletero con un golpe seco. John adivinó cierto fastidio en la actitud.

Abrió la puerta del conductor y subió para abrir desde dentro la otra puerta, era un coche viejo y no tenía cierre centralizado, ni aire acondicionado, ni regulador interior de espejos, asientos calefactables, ni ninguno de los extras que ahora solían llevar de serie casi todos los coches, pero él no echaba en falta nada de eso, el Panda, a pesar de que parecía un coche endeble a primera vista, en realidad era mucho más duro y resistente de lo que por su aspecto se pudiera deducir, y tampoco era muy dado al tipo de averías que otros vehículos más modernos solían sufrir, apenas tenía electrónica más allá de la que pudiera contener el aparato de radio, y su mecánica era un tanto anticuada y rudimentaria.

Cuatro marchas, poco consumo, mínimo mantenimiento, tal vez se había precipitado antes, al pensar en deshacerse de él después de tantos años de servicio. Puede que el coche no se mereciera cambiar de manos en esos momentos, o lo que sería peor, con la edad que tenía, a pesar de estar en buen estado de conservación, lo más probable era que acabara en el desguace con el sambenito de algún *Plan Renove* o cualquier otra sentencia de muerte dictada por un

concesionario desalmado. No pudo evitar imaginárselo sin que se le encogiera el estómago, abandonado, triste en medio de un desguace enorme, rodeado de coches destrozados y viendo cómo una monstruosa maquinaria convertía a sus compañeros de viaje en paquetitos comprimidos de metal y los depositaba encima de un camión que los llevaría a un destino final, quizás mejor, pero temible. Se le antojó un final horrible para su coche, y se dijo que renovaría el seguro un año más, después de todo, tampoco andaba tan mal de dinero.

—¿Subes? —le dijo a John cuando quitó el seguro de la puerta y la abrió con cierto esfuerzo desde el interior, mientras el cambio de marchas se le hincaba en el costado, entre las costillas, arrancándole un resoplido y una breve maldición.

3

Puede que parezca extraño, pero uno no suele identificar el sonido que le despierta. En el caso de que se trate de un sonido repetitivo, como el timbre de un despertador, o una gotera, es distinto porque sigue oyéndolo después de despertarse, es entonces cuando llega la identificación racional. Pero si el sonido que ha provocado el abandono del sueño se ha producido una sola vez, imaginemos un disparo al otro lado de la calle, este no quedará registrado en la consciencia y por lo tanto será como si no hubiese existido, no sabremos nunca qué es lo que nos ha despertado.

Algo parecido le acababa de suceder a John, que después de un primer día un tanto extraño en casa de Hilario, había caído rendido en la cama de matrimonio. Por lo visto Hilario dormía en la habitación de las visitas desde que había muerto su esposa. John no entendía para nada ese tipo de manías, pero bastaba con ver la pinta de Hilario para saber que no regía de forma clara. Tampoco se lo iba a discutir, y menos cuando salía ganando al poder dormir en una cama amplia y cómoda. Hilario le había estado contando, entre otras cosas, que llevaba al menos dos semanas sin dormir, pero él no se lo creyó, que tenía problemas graves de insomnio era evidente, pero nadie podía estar tanto tiempo sin pegar ojo. Era una de esas exageraciones típicas de la gente a la que le cuesta conciliar el sueño por las noches. Lo que sí que estaba claro era que la falta de descanso, más o menos prolongada, le estaba afectando bastante, de ahí su mal aspecto, su dejadez, su forma de quedársele mirando sin pestañear con la mirada vacua mientras él le hablaba, pero sin

percatarse en absoluto de lo que le estaba diciendo, sus reacciones sin sentido, sus momentos de total apatía en contraste con otros esporádicos de hiperactividad, sus desconexiones, y algunos comentarios, dignos de un perfecto psicópata.

Empezaba a temer haberse metido en la boca del lobo sin proponérselo; tal vez se había equivocado, y pasar quince días en esa casa, en compañía de un perturbado como Hilario, no iban a ser, precisamente, sus mejores vacaciones.

No sabía qué lo había despertado, pero tenía que haber sido algo externo porque todavía tenía sueño. Puede que se hubiera producido algún ruido, o tal vez no había oído nada y tan solo se había despertado al tener la sensación de que lo observaban, no era la primera vez que le sucedía algo parecido, siempre solía darse cuenta cuando alguien se le quedaba mirando, incluso de espaldas o dormido, y de hecho allí estaba Hilario observándolo en silencio mientras dormía. ¿Era eso normal? No tenía pinta de homosexual, pero se juró que si le ponía la mano encima le partiría la boca, no iba a permitir que lo tomaran por lo que no era.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Hilario.

—Por el aspecto que tienes, creo que mejor que tú, ¿qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Tan tarde?, ¡no es posible!

—Y tanto que lo es, por lo visto llegaste cansado del viaje, eso suele ocurrir, aunque apenas haya diferencia horaria.

—¿Me has despertado tú?

—No, por Dios, he visto que te has despertado y por eso me he acercado.

¿Y cómo coño sabías que me había despertado?

—Pues nada, habrá que levantarse, ¿ya has desayunado?

—No, todavía no, si quieres me espero a que te vistas y bajamos al bar de enfrente, lo llevan unos chinos, pero tienen buen café.

—¿Un restaurante chino? —ya habían pedido comida china para cenar y no le apetecía seguir en esa línea.

—No, un bar de los de toda la vida, los chinos los han comprado casi todos por aquí cerca.

—O sea que estamos en el barrio chino.

—Al menos en cuanto a comercios y bares, prácticamente no hay otra cosa por aquí. ¿Te molestan los chinos?

—Los prefiero a otros. En Londres también tenemos un barrio chino, cerca de Piccadilly Circus, está todo lleno de dragones dorados enormes, leones y farolillos de papel.

—Aquí no es lo mismo, de hecho los bares se han quedado como

estaban, ni siquiera se han molestado en cambiarles los nombres en la mayoría de los casos.

—*Typical spanish* entonces, ¿no?

—Sí, podría decirse que sí, la España amarilla.

John se dirigió al cuarto de baño. Hilario oyó la ducha, hacía mucho tiempo que no escuchaba ese sonido, tuvo un estremecimiento al imaginarse a María en la bañera mientras John se duchaba. ¿Por qué los demás no la veían y él no podía evitar verla a cada momento? ¿Se estaba intentando comunicar con él desde el más allá?, tenía que olvidarla, hacer como si esas alucinaciones no existieran... ignorarlas, hasta que acabaran por desaparecer. Ahora era el momento de dejar a un lado a María y centrarse en John, y en sus posibles intenciones. A pesar de sus temores, el primer día había transcurrido con cierta calma y normalidad, pero apenas habían salido de casa, cosa que por una parte asombró a Hilario, y por otra le molestó porque le parecía una invasión excesiva de su intimidad. ¿Por qué venía desde Londres y se pasaba el día en un piso de mala muerte en Valencia? Apenas salió un rato a la hora de comer; John lo había invitado, pero él decidió rechazar el ofrecimiento. Prefería quedarse en casa y aprovechar así para echar un vistazo a las pertenencias de John. Llevaba muy poco equipaje para quince días y eso no era normal. Estaba claro que los hombres no solían llevar tanto como las mujeres, pero nadie se iba dos semanas al extranjero con solo un macuto. Había esperado a que saliera de casa y se asomó a la ventana para asegurarse de que seguía su camino en dirección a la calle Xátiva, no quería sorpresas. Solo entonces se dirigió al cuarto y abrió el armario para acceder al equipaje de John. Se llevó una sorpresa cuando vio que estaba cerrado con candado, juraría que cuando lo vio por primera vez en el aeropuerto no lo llevaba, y en cambio se lo había puesto luego. Evidentemente no se fiaba de él, claro que en vista de lo que había estado a punto de hacer, tenía motivos para no fiarse.

El hecho de que el macuto estuviera cerrado con llave hizo que la imaginación de Hilario empezara a desbocarse una vez más, y durante un buen rato, su cerebro estuvo funcionando a una velocidad asombrosa, era como si el simple hecho de no poder acceder al contenido del macuto le provocara tal grado de curiosidad, que tuviera que imaginar lo que había dentro a toda costa. Lo cogió de las asas y lo sopesó, resultaba evidente que llevaba algo más que ropa, Hilario se imaginó un arma, pero bien podrían ser libros. Como era un macuto flexible palpó con ambas manos todo su contorno para ver si podía deducir de algún modo lo que había dentro, pero

no encontró nada que pudiera ayudarle a adivinar lo que contenía.

Un tipo que viaja con tan poco equipaje al extranjero es porque va huyendo de algo o de alguien. ¿Y si lo buscaba la policía? Eso sería una buena explicación para haber utilizado el sistema de intercambio de hospedajes, de ese modo quedaba al margen del control policial que cada día se hacía en toda España —y suponía que en la mayor parte de países—, tanto en hoteles, como en fondas, posadas, albergues, y en definitiva, en cualquier sitio utilizado para pasar la noche "legalmente". Pero si lo estaba buscando la policía, estaba claro que gracias al *couchsurfing*, su pasaporte no aparecería registrado en ningún sitio porque nadie iría a su casa a comprobar si tenía a algún extranjero albergado o no. ¿Y si lo denunciaba?, ¿pero qué iba a decirle a la policía?, no tenía pruebas de ningún tipo, solo eran corazonadas, y no, él no se acercaría a comisaría ni aunque le robaran el coche... No quería tratos de ningún tipo con los maderos y prefería solucionarse sus propios problemas.

Pero tenía que averiguar qué escondía John en el macuto, qué era tan importante como para guardarlo bajo llave. Estaba claro que no temía que se lo robasen porque si entraba un ladrón se lo podía llevar con facilidad, lo que intentaba evitar con el candado era que Hilario curioseara en su interior, y solo Hilario, porque no compartía piso con nadie más.

¿Y si se lo preguntaba? Estaba en su derecho a saber si llevaba alguna sustancia peligrosa o que pudiera comprometerle por haberlo albergado en su domicilio. Claro que si lo hacía, John sabría que había estado hurgando entre sus cosas; si no tenía nada que esconder, se ofendería, y si por el contrario, tenía algo que ocultar, lo pondría sobre alerta y podría tener una reacción violenta.

No le cuadraba que hubiera venido en avión. De ser así tendría que haber utilizado un pasaporte falso, y si disponía de un pasaporte falso lo bastante bueno como para viajar en avión, seguro que lo era también para hospedarse en un hotel, o al menos en una pensión donde los controles no resultan tan exhaustivos. No, debía existir otra explicación. En los aeropuertos hay demasiados sistemas de seguridad... ¿o no?

Él no había viajado demasiado en avión, pero recordaba con disgusto todos los trámites farragosos, tanto con el equipaje como en el control de pasaportes, identificaciones continuas, al facturar, al entrar a la zona de embarque, al subir al avión, al bajar del avión, al comprar algo en la zona *Duty Free*... Todo eran controles y más controles. Cuando viajó a Panamá, incluso le obligaron a quitarse el cinturón y los zapatos y lo cachearon como a un delincuente común.

Claro que bien mirado, él había ido al aeropuerto a recoger a John, había aparcado el coche en el *parking*, y luego se había dirigido a la zona de llegadas sin que nadie se fijase en él ni le abordase. En ningún momento tuvo que identificarse ante nadie. Por supuesto lo de John era distinto porque había llegado en avión.

Joder... ¿cómo no he pensado antes en ello?

Todo empezaba a tener un verdadero sentido para Hilario a partir de ese nuevo razonamiento. Sí, por eso John tenía tanta prisa en salir del aeropuerto, porque no quería encontrarse con ningún posible control rutinario que le obligase a mostrar su identificación, y se había saltado todos los controles anteriores, por el simple hecho de que no los había pasado. No, lo del aeropuerto era solo una pantomima para hacerle creer que venía de Londres, pero él no lo había visto bajar de ningún avión, de hecho se le había acercado en la cafetería, incluso antes de la hora prevista de llegada. John había ido al aeropuerto en coche y lo había aparcado allí mismo, puede que muy cerca de donde él había dejado el Panda, o tal vez se había limitado a coger un taxi en Valencia, sí, eso era incluso más lógico.

Por supuesto que no se llamaría John, no, ese era un nombre demasiado corriente, y hasta puede que no fuera inglés, hablaba español demasiado bien, y en cuanto al acento, eso era algo fácil de simular, él mismo podría hacerlo. Como continuación al razonamiento, se miró en el espejo de cuerpo entero del armario y dijo imitando el acento de John: “Hola, soy John y he venido a matarte...”

Si estaba en lo cierto, incluso podría llevar armas o drogas, o ambas cosas, porque no tendría que haber pasado ningún control; había ido directamente a la cafetería. Sin duda había estado vigilando la entrada del aeropuerto desde bastante antes de que él llegara, y su intención era hacerse el encontradizo si Hilario llegaba tarde, o en el caso, como había ocurrido, de que llegara a buena hora, tendría que hacer como que bajaba del avión. Él se lo había puesto en bandeja al meterse en la cafetería, de ese modo no sabría de dónde venía John cuando se le acercase por detrás.

Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Si de verdad el avión había llegado antes de hora, lo normal era que lo hubiese esperado justo en la salida, era cuestión de unos minutos nada más. Quedaba claro que no quería arriesgarse a que Hilario terminase demasiado pronto el café y se acercase al punto de llegada. Allí le hubiera sido más difícil simular que acababa de llegar de viaje.

¡Hijo de puta!, ¿de quién te escondes?, ¿qué llevas en el maletín?

John, o como demonios se llamase, podía ser un asesino o un

narcotraficante —o ambas cosas—, y podría estar buscándolo la policía. Tendría que estar pendiente de las noticias a ver si salía su foto en algún telediario: “Peligroso asesino se ha fugado de Picassent, si lo ve, no intente detenerlo, es peligroso, póngase en contacto con...”, tendría que ir con cuidado, porque si estaban juntos cuando salía su foto en pantalla, él podría darse cuenta de que sabía más de la cuenta. De momento tendría que actuar con naturalidad y ser cauteloso.

Muy cauteloso.

¿Y si lo que pretendía era matarlo e instalarse indefinidamente en el piso?, incluso podría suplantar su identidad. John no estaba tan delgado como él, pero lo cierto era que tenían un parecido físico bastante evidente, tanto en constitución como en tono de piel, altura, etc. Si él recuperaba los kilos perdidos o John perdía unos cuantos y dejara de afeitarse unos días, seguro que se parecerían mucho más. Se le ponían los pelos de punta de pensar que lo que podía proponerse John fuera matarlo y suplantar su identidad, pero sabía que ese no podía ser el objetivo, cierto que se relacionaba poco, pero cualquiera de los vecinos, y en especial Edurne, se daría cuenta del cambio, no, la cosa no iba por ahí, pero sí que podía instalarse en el piso después de haberse desecho de su cadáver y decirle a los vecinos que le había alquilado el piso quedándose sin que a nadie le pareciese demasiado extraño. Eso era mucho más probable, pero ¿para qué? Si estaba huyendo de la policía, la verdad es que no parecía mala idea, instalarse en un lugar donde nadie lo buscaría y donde pasaría desapercibido, y más si él no era de Valencia. Se lo había imaginado como un prófugo de Picassent, pero bien podría haber huido de cualquier otra cárcel, o estar escondiéndose por algún crimen cometido. De cualquier modo, y salvo que tuviese pensado ir a otro sitio pasados los quince días, lo más lógico era pensar que se quisiera deshacer de él, y no se lo iba a permitir.

Edurne seguía siendo su mejor baza para neutralizar a John. Parecía estar loca por tener una cita... ¿por qué no quedaba con ella? Si mostraba una relación abierta con la vecina, bien a la vista de John, a este le resultaría menos atractiva la idea de deshacerse de él y quedarse a vivir allí porque sabría que Edurne no se lo creería. Sin duda John había estado investigando a fondo a Hilario y lo había elegido, entre otras cosas, porque sabía que no mantenía ninguna relación íntima con nadie. Sí, eso sería un duro golpe para sus planes.

♦

Bajó los pisos que separaban su casa de la de Edurne —la luz de la escalera seguía fundida desde hacía meses—, y llamó a la puerta. No le gustaba utilizar los timbres porque le parecían demasiado agresivos, y de hecho el suyo lo tenía desconectado desde hacía años.

No le contestó nadie.

Volvió a llamar, esta vez algo más fuerte.

No se oía nada ni a nadie en el interior, pero hizo un tercer intento.

Siguieron sin contestar.

Miró el reloj.

Ya era tarde, puede que John no tardase en llegar con la idea de cenar en casa.

—Joder, Edurne, para una vez que me decido. ¿Dónde coño estás?

5

♦

Dos años separada y apenas había tenido media docena de aventuras, y la mayoría de ellas se reducían a un simple calentón de una noche nada más. ¿A cuánto le salía la media? ¿Un ligue cada cuatro meses? Tenía que ponerse las pilas, que seguro que es lo que había hecho su exmarido desde el primer día. A él siempre le habían ido las jovencitas, y ese había sido en definitiva el motivo de su separación y posterior divorcio. Ya no aguantaba que le siguiera poniendo los cuernos con niñatas que podrían muy bien ser hijas suyas. El hijo de puta era un pervertido, y estaba segura de que también practicaba sexo con menores de edad junto con alguno de su banda de amigotes, y no le extrañaría verlo un día en la tele relacionado con cualquier trama de pedofilia. No sabía si se alegraría o no, pero en estos momentos suponía que sí, que verlo esposado y humillado en la televisión ante todo el mundo podría resultar placentero para ella. A esas alturas no tendría por qué odiarlo, debería haberse olvidado de él, pero no podía, era demasiado rencorosa, aunque a veces se sintiese un tanto rastrera por ello. Lo que más le fastidiaba era que a veces incluso lo recordaba con cariño y añoranza a pesar de todo. No se podía ser más imbécil y contradictoria. El paradigma de siempre, el binomio amor odio de cualquier relación sentimental.

Pero mejor no pensar en él porque el simple hecho de hacerlo le bajaba la libido, y no es porque no lo desease a veces, recordaba a

menudo las noches de pasión y las echaba de menos, el problema era que recordaba la escena con la jovencita y eso le ponía de mal humor. Y la verdad, pasados los cuarenta y a un paso de la menopausia, no era cuestión de coger una depresión que la llevara al final de sus días de pasión. Todavía estaba de muy buen ver, y si no ligaba más era porque no salía suficiente de casa. En el fondo le apetecía una relación estable, sin sobresaltos, duradera, con alguien a quien le gustase la vida tranquila, hogareña, por eso le atraía la posibilidad de salir con Hilario a pesar de la mala cara que lucía últimamente, pero la verdad era que el tipo se le resistía, y no entendía muy bien por qué.

Cuando lo vio en el supermercado e hizo su última intentona, en el fondo le resultó un poco desagradable su aspecto, estaba demasiado delgado y se había abandonado desde la muerte de María, pero suponía que eso sería pasajero. Lo que le ocurría era que estaba deprimido y por lo visto dormía poco y follaba menos. Menos que ella incluso, que ya era decir.

Pero tendría que dejar pasar algún tiempo más, antes de darle otro toque a Hilario, no quería parecer desesperada, aunque lo estuviese. Sí, lo estaba, tenía la impresión de que estaba perdiendo el último tren y ya podía ver el vagón de cola alejarse demasiado rápido, y eso la ponía de muy mal humor. Pero mejor ir despacio, y mientras, desahogarse de vez en cuando con algún desconocido, o en la ducha con ayuda de un poco de imaginación.

De jovencita nunca había sido de las que se masturbaban, entre otras cosas porque comenzó con las relaciones sexuales muy pronto y la mantenían satisfecha, pero con el tiempo, se había visto obligada a recurrir a esas prácticas, al principio con torpeza, sin llegar a nada más allá de algún esporádico gemido entre dientes, pero después de varios intentos, y a pesar de la vergüenza que sentía de sí misma, pudo correrse por primera vez ella sola, nada del otro mundo, más bien un orgasmo un tanto ridículo, pero orgasmo al fin y al cabo, un par de gemidos entrecortados y a dormir.

Pero no era momento de masturbarse, necesitaba un hombre de verdad, no le valía el consolador tamaño XXL que había comprado por internet, prefería uno de carne, aunque no fuese tan grande.

Y si no conseguía una noche de pasión, tendría que empezar a preguntarse si estaría perdiendo facultades. Se miró en el espejo y se dijo a sí misma que no podía fallar. Seguía estando cañón, ¿no?

Pero quería algo pasajero, no buscaba ningún compromiso, así que no lo traería a casa. Tampoco le apetecía ir a casa de nadie, de manera que, o bien la invitaban a un hotel —ella no tenía un

céntimo y no estaba para gastos—, o echaban un polvo en cualquier sitio como un par de adolescentes. Se imaginó haciéndolo en la parte trasera de un coche aparcado en plena Gran Vía y eso hizo que se humedeciera anticipándose al placer.

Ese era el motivo de que llevara un par de horas por la zona de Cánovas tomando copas de un lugar a otro más sola que la una, hasta que acabó en una cervecería de corte clásico decorada con madera y tonos cálidos, bastante más acogedora y tranquila que los bares en los que había estado antes. Disponían de un montón de tipos de cerveza entre los que elegir, pero a ella no le gustaba la cerveza, nunca le había gustado, y además, tenía fama de hacer barriga, de manera que acabó pidiendo un Gin Fizz, que solo había tomado en un par de ocasiones antes y le gustaba por su punto ácido, pero por lo visto el camarero se había pasado con el sirope y quedaba demasiado dulzón para su gusto.

Había demasiada luz, seguro que a esas horas se le había estropeado el maquillaje y las arrugas resultarían evidentes para quien se acercara a menos de dos metros. Decidió entrar en el cuarto de baño a retocarse un poco, pero en ese instante alguien se sentó a su lado con una sonrisa —que a ella le pareció exagerada— pintada en el rostro.

—Sé que me vas a decir que no estás sola, pero no he podido resistirme.

Vaya, un tipo que va al grano en plan clásico. Será cuestión de no desperdiciar la ocasión si no quiero llegar a casa peor de como he salido.

—¿Qué te hace pensar que estoy acompañada?

—Bueno, no puedo creer que no se acerque nadie a una chica tan guapa.

Vaya, "chica", qué modosito. Eso de chica ya hace años que quedó olvidado.

—No me digas que eres uno de esos galanes que se acercan a la primera "chica" que pillan, a ver qué cae.

—O por favor, ¿tengo pinta de eso? Pensé que transmitía una mejor imagen de mí mismo.

—Podría ser, sí, algo de pinta de galán y sinvergüenza sí que tienes. ¿Para qué negarlo?

—Vaya, no sé cómo tomármelo... No parece un cumplido.

—Pero no me importa en absoluto, ¿sabes?, así que no te cortes y contesta a mi pregunta, que te has ido por los cerros de Úbeda.

—Una mujer agresiva, sí señor.

Bueno, ya se ha dado cuenta de la edad que tengo. La luz, la maldita luz. Tenía que haberme dado más prisa en retocar el maquillaje.

—Sigues sin contestarme a lo que te he preguntado.

—Si te he de ser sincero, a veces uno tiene que arrimarse a lo primero que pilla. Sí, ya sé que eso no suena muy bien, pero como insistes en que te conteste... Pero he de matizar que te juro que no es el caso. De hecho, hoy he salido solo a tomar unas cervezas con mis amigos —señaló al fondo del local desde donde le devolvieron unas sonrisas un tanto cargadas de alcohol tres tipos con sendas barrigas cerveceras.

—Ya, y tus amigotes te han dicho: —¿a que no te la ligas?"

—Ja, ja, ja... no, por Dios, que no es eso, ¿cómo puedes pensarlo?

—Porque es típico de hombres, seguro que incluso te has apostado algo. Anda dime, ¿cuán difícil les he parecido a tus amigos?

—No entiendo.

—Que cuánto se han apostado a que no me ligabas.

—Eres una cachonda.

—Cuidado con ese lenguaje o no mojarás.

—¿Quieres decir que aún me queda alguna posibilidad contigo?

—Me estoy bebiendo esta porquería dulzona después de no sé cuantos Gin Tónic, y la verdad es que creo que estoy en mi límite etílico. Es el momento justo de que te aproveches de mí sin que oponga demasiada resistencia.

—...

—¿Qué? ¿No esperabas ir tan rápido? ¿O es que has venido solo a hablar?

—Bueno, la verdad...

—La noche acabará para mí cuando termine este empalagoso mejunje, así que tú decides.

—Pero... dónde...

—Ahí mismo —señaló el cuarto de baño al fondo del local—, entro a retocarme un poco el maquillaje y luego vienes tú y seguimos "charlando".

—¿Al baño de señoras?

—No me digas que es la primera vez que entras en uno. Tiene la ventaja de que está más limpio —se acercó a su oreja y siguió susurrándole—, y si lo que queremos es follar, te garantizo que allí estaremos mucho más a gusto que en el de hombres.

Dejó el Gin Fizz apenas mediado encima de la mesa, al tiempo que cogía el bolso y se dirigía al cuarto de baño sin decir nada más. Se había puesto una falda bastante corta, una medias de seda y unos zapatos de tacón que a esas horas ya la estaban matando, pero que lucían mucho al caminar. El hombre la miraba sin saber muy bien si iría en serio la propuesta o no. Quizás no había bebido todavía

bastante cerveza como para creérselo. Miró a sus amigos y estos hicieron gestos obscenos mientras señalaban a Edurne que estaba entrando en ese momento al lavabo de señoras tal y como había anunciado.

Se bebió de un trago la cerveza que le quedaba y la siguió.

—Caramba, qué rápido, no me has dado tiempo a retocarme.

—Estás perfecta, no necesitas ningún retoque.

Se acercó a ella y la besó con torpeza, ambos tenían las bocas un tanto pastosas y los alientos podían echar un pulso entre ellos, pero a ninguno de los dos le importó lo más mínimo, de hecho ni se percataron de ello.

—Vamos ahí dentro —señaló una de las puertas—, puede entrar alguna jovencita y lo mismo me quieres cambiar por ella.

—A ti hoy no te cambio por nada.

Entraron y cerraron la puerta. Olía a chicle de fresa. Todo fue bastante rápido, sin romanticismo ni preliminares. Él le metió mano por debajo de la corta falda que previamente le había remangado e intentaba a ciegas quitarle las bragas mientras seguía besándola. Ella le hizo un gesto para que parara y se las quitó dejando al descubierto un pubis recién afeitado con un pequeño tatuaje en uno de los laterales, en forma de estrella.

Iba a lanzarlas al suelo cuando él se las arrebató y se las acercó a la cara olfateándolas con ansia mientras cerraba los ojos y levantaba los hombros.

—Eres un guarro, ¿no te lo ha dicho nadie?

—...

—Pero debo decirte que me encantan los guarros. Fóllame cabrón.

6

No había sido como para echar cohetes, pero después de correrse en su interior, cosa bastante rápida y sin florituras, se interesó un poco más en explorar su cuerpo. Otro se hubiese limitado a subirse los pantalones y abrocharse la bragueta, y “hasta luego Lucas”. En cambio, este parecía un espécimen un tanto raro. Un ligón de barra de bar, ordinario y machista, pero en cambio tenía su punto de sensibilidad.

Primero le desabrochó la blusa dejando al descubierto el Wonderbra negro —a juego con las bragas—, que le mantenía las tetas bien juntas y en posición de ataque, provocando un exagerado, profundo y turgente canalillo donde pronto empezó a recibir besos

mientras él —todavía no sabía cómo se llamaba, aunque ella sí que le había dicho su nombre— le metía mano por debajo, masajeándole el clítoris y disfrutando de la suavidad de la zona pubiana libre de vello.

La primera vez que se rasuró en esa zona fue para satisfacer una petición caprichosa de su marido. Entonces no sospechaba todavía que a él le gustaban las muy jovencitas, e incluso las niñas, y el hecho de que ella tuviera "su cosita" afeitada, a él le ponía a mil porque por lo visto le recordaba a alguno de sus ligues de puerta de instituto. Más tarde descubriría que era algo que solía gustar a muchos hombres y no solo a su marido, y se preguntó si en el fondo no eran todos unos pedófilos pervertidos que se mantenían lejos de las niñas púberes solo por miedo al qué dirán, e incluso a las leyes. Si la sociedad no pusiera unos límites a esos comportamientos antropológicos, las niñas serían desvirgadas antes de alcanzar su desarrollo sexual, muchas veces incluso por los propios padres, ¿cómo podían ser tan canallas? ¿Eran todos capaces de follarse a una niña o formaba solo parte de sus fantasías sexuales más habituales? ¿Por qué si no, muchos se excitaban con los disfraces de colegiala que incluso vendían en algunas *sex shop*? Algo debía fallarles en el cerebro para ser tan desviados y verlo como algo de lo más normal.

Desde que se había separado de su marido no se había vuelto a rasurar hasta esa misma mañana, pero lo había vuelto a hacer siguiendo un extraño impulso, algo no premeditado, no podía pretender parecer una niña, eso desde luego, nada de lo que hiciese podía quitarle los suficientes años de encima como para parecerlo, pero sí que se sintió más *sexy* y deseable. El problema era que le recordó a su marido y a los motivos de su separación, los vicios ocultos que descubrió, como suelen descubrirse esas cosas, de casualidad. Ella había salido de viaje y regresó a casa un día antes de lo previsto, accidentalmente, nada planificado por su parte. De no haber estado ella en el extranjero, dudaba mucho que su marido se hubiese atrevido nunca a llevar un ligue a casa, pero por lo visto no pudo resistir la tentación y aprovechó su ausencia para hacerlo. Los pilló en plena faena, o mejor dicho, la pilló a ella desnuda y a él con los pantalones bajados. Pero no terminaba ahí la cosa, al lado de su marido había otro tipo, también con los gayumbos por los tobillos, y la cría, de rasgos asiáticos, le estaba haciendo una felación a uno mientras sostenía el miembro erecto del otro con su mano izquierda. ¡Un trío en su propia casa! Por lo visto la niña había cumplido los dieciocho —o eso le juraron todos—, pero no aparentaba más de catorce, y no tenía ni un solo pelo en el cuerpo, salvo las cejas y la

cabeza. Quiso creérselo, pero cada vez estaba más convencida de que era menor de edad, muy menor de edad. Puede que el hecho de que fuera china, o japonesa, la hiciera parecer más joven de lo que era, pero cada vez que la recordaba, en su imaginación la veía más niña. Aquello fue el principio de la caída en picado de su matrimonio, hacia el fondo más insondable del precipicio. Intentó perdonarlo, se juraba a sí misma que lo había intentado, pero no era cierto. Aún así, de no haberse repetido, si él no hubiese seguido poniéndole los cuernos, puede que a estas alturas siguiesen casados a pesar de la humillación sufrida, aunque por lo visto la tentación era demasiado para él y volvió a ocurrir, y no una vez, sino varias. Pero mejor no seguir pensando en esas cosas, y menos ahora.

Se desabrochó el sujetador liberando sus pechos que todavía mantenían el orgullo a pesar de los años. Se separaron y cayeron un poco —tal vez algo más que un poco—, y él desvió la boca hacia los pezones y se puso a lamerlos con delicadeza, con los ojos cerrados como si de un manjar de ambrosía se tratase.

Edurne no tardó en correrse, y luego se preguntaría con sentimiento de culpa, si parte de su excitación no habría sido provocada al recordar a aquella niña chupándole la polla a su marido, y sintió vergüenza de sí misma.

—Tengo que irme, mis amigos se preguntarán dónde me he metido —le dijo él susurrándole al oído.

—¿Tú crees que no lo saben?

—Oye, que esto no lo hago todos los días.

—¿Crees que yo sí?, anda, vete con Dios.

—¿Nos volveremos a ver?

—No cuentes con ello.

—Una lástima, me gustas.

—...

—*Mucho.*

—Así los dos recordaremos esto con cierto cariño. No lo estropeemos. Ha estado bien.

—Como quieras —se acabó de abrochar los pantalones y salió del cuarto de baño dejándola sentada sobre el váter con el maquillaje hecho un desastre.

Edurne se sentía confusa. Por una parte no podía negar que le había gustado la experiencia, tenía necesidad de sexo desde hacía un par de meses y le estaba haciendo mucha falta un desahogo. Por otra parte ya no se sentía como una jovencita que sale de copas a una discoteca y echa un polvo con el pinchadiscos de turno antes de volver a cenar a casa de sus padres como si nada hubiera pasado. Ya

tenía una edad que no era para ir de un aquí-te-pillo-aquí-te-mato a otro, sin que acabaran tomándola por una puta o por una desesperada, o ambas cosas a la vez. Tenía que sentar de nuevo la cabeza, y si no, volver a casarse, al menos sí que necesitaba encontrar una pareja estable que diera un sentido a su vida. O eso, o acabaría como una solterona amargada. No servía para vivir sola, sin familia y sin nadie con quien compartir ni siquiera el desayuno.

No se reconocía a sí misma en sus reflexiones, ella no hubiera pensado algo ni remotamente parecido cinco años antes, pero la gente acababa madurando y cambiando, por mucho que existiese el tópico de decir que no se cambia la manera de ser.

No es cierto, todos evolucionamos, no siempre para bien, cierto, pero existe una evolución.

Se sentía sola, muy sola. Puede que después de la sesión de sexo se sintiera incluso más sola y vacía que antes. Había disfrutado, pero la experiencia no la había llenado en absoluto. No le importaba lo que pensara de ella el tipo que la había follado, o tal vez sí que le importaba, ¿por qué negarlo? Se lo imaginaba ahora soltando unas risas mientras se tomaba otra cerveza con los tres amigotes que lo esperaban en la barra. Tal vez todavía estuvieran allí reunidos, esperando a que ella saliera para cuchichear cualquier tipo de palabra soez, mientras la miraban con lujuria poco disimulada. ¿Habrían intercambiado apuestas? Ella se lo había dicho un tanto en broma, pero en el fondo pensaba que era muy posible que lo hubieran hecho, y se sentía como una mercancía de segunda mano un tanto pasada de fecha. ¿Cómo habría sido lo de la apuesta? «Mírala tío, es un adefesio y está sola, ¿a que no te la tiras?». Dios, se sentía humillada, utilizada y mancillada, por mucho que hubiera sido ella quien había salido de cacería esa noche, vistiéndose con sus ropas más atrevidas, y quien le había propuesto hacerlo en el cuarto de baño... pero nada de eso importaba. El daño estaba hecho, siempre solía ocurrir algo así, el sexo no era lo mismo para las mujeres que para los hombres, ahora él estaría sacando pecho y comentando detalles íntimos, muchos de ellos inventados y exagerados, y rememoraría la escena cada vez que se juntaran a tomarse unas cervezas en el local, exagerando cada vez más lo ocurrido y contándoselo a otros amigos, que a su vez se lo contarían a otros, cerveza en mano. En cambio, ella terminaría yéndose a casa avergonzada, y no se le ocurriría comentar con nadie que se la había tirado un desconocido en el cuarto de baño de señoras de una maldita cervecería, alguien del que no conocía ni el nombre y que probablemente estaría casado. No le había visto el anillo, pero los

hombres solían quitárselo cuando se querían acercar con la intención de flirtear.

Había días especialmente críticos en los que pensaba demasiado en su marido, incluso en momentos como en los de hoy, mientras tenía sexo con otro —cuando pensaba en él y no lo llamaba por su nombre, todavía usaba el término “marido”, a pesar de llevar dos años divorciados—, en el fondo todavía lo quería, y a veces, se sentía tentada de llamarlo y darle otra oportunidad, perdonarle todas las perrerías que le había hecho y volver a vivir juntos un segundo idilio. Se preguntaba cómo podía pensar en humillarse tanto, cómo podía ser tan rastrera a veces y tenerse tan poco respeto a sí misma. Además, ella cada día estaba más vieja y a él le seguirían gustando muy jóvenes, ni la cosa tenía arreglo, ni él se merecía que ella se rebajase lo más mínimo.

—¿Dónde coño están mis bragas?, ¡mierda!

El muy cabrón se las había llevado como trofeo, hasta era posible que ahora las estuvieran olisqueando todos entre risas y comentarios soeces. La mayoría de los hombres eran unos auténticos cerdos que solo pensaban en ese tipo de guarrerías humillantes. Tendría que volver a casa sin ropa interior, y con lo corta que era la falda no le hacía ninguna gracia ir paseándose así. Además, le dolían horrores los pies. Lo mejor sería coger un taxi y que la llevara a casa, aunque estaba bastante cerca y le parecía un derroche lo del taxi, solo la bajada de bandera con tarifa nocturna era una pasta, pero tenía que admitir que tampoco era prudente ir andando sola por la calle con la hora que se había hecho.

Se abrochó el sujetador y la blusa y se recolocó la falda con un movimiento de caderas que le recordó a su abuela cuando se ajustaba la faja antes de ponerse la combinación de puntillas. ¿Por qué le había venido a la mente una cosa así? ¿Tan vieja se sentía? Con el forcejeo se había hecho una carrera en una de las medias que ya no parecía tener arreglo, de manera que lo más probable era que acabase tirándolas al llegar a casa.

Alguien acababa de entrar en el cuarto de baño cuando se disponía a salir. El corazón se le aceleró. No podía ver quién era pero por la forma de andar y el sonido de sus zapatos, juraría que se trataba de un hombre y no de una mujer. Intentó no hacer ruido. Por un momento pensó que sería uno de los amigos cerveceros de su partenaire. Tal vez se habían acabado de emborrachar y habían hecho otra apuesta. «Oíd tíos, os juro que está buenísima, y ahora no lleva bragas, ¿por qué no os la folláis? Seguro que os está esperando en el cuarto de baño».

Después de todo, se había comportado como una puta, si se la había follado uno, podían follársela todos. Se sintió morir de vergüenza y quiso llorar.

Dejó de oír los pasos y se apagó la luz.

7

El corazón se le aceleró mucho más. No sabía qué hacer. Tal vez fuese el propietario del local que se disponía a cerrar pensando que no quedaba nadie. No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro, ni tampoco sabía qué hora podía ser, se había dejado llevar por los pensamientos y los recuerdos y lo mismo había pasado una hora, pero ¿y si no era el propietario? ¿Quién podría querer apagar la luz del cuarto de baño? Intentó agudizar más el oído pero no escuchaba nada, olisqueó para ver si reconocía algún perfume, siempre había sido buena en esas cosas, pero lo único que siguió oliendo era el ambientador que imitaba al chicle de fresa y del que se había percatado nada más entrar.

Creía estar oyendo sus propios latidos, y no solo eso, sino que tenía la seguridad, un tanto absurda, de que quien estuviese allí dentro los estaría oyendo también. Se acurrucó un poco más sobre la taza del váter, estaba paralizada, incapaz de reaccionar de manera coherente. Había empezado a sudar y le costaba respirar a causa de una ansiedad cada vez mayor y de su postura contraída.

No podía soportarlo más, tenía que salir de allí, tal vez ya no había nadie, de hecho no podía haber nadie. Estaba a oscuras y no se oía ningún ruido, ¿quién iba a quedarse a oscuras y por qué? Si hubiese alguien tendría que oírlo.

Le costó decidirse pero acabó abriendo la puerta, lo hizo de golpe, para acabar con sus temores sin más dilaciones. *Que sea lo que Dios quiera.* Nunca había tenido muy buena vista en la oscuridad, pero le pareció que algo o alguien se movía, a apenas unos centímetros de ella, lo notó más que lo vio. Quiso gritar pero no pudo, nada salió de su garganta salvo miedo.

Al principio no supo por qué no podía gritar, hasta que se dio cuenta de que fuera quien fuese el que había entrado y apagado la luz, le estaba tapando la boca y la nariz con una mano bastante grande, de largos y ásperos dedos, ¿o eran unos guantes?, apenas podía respirar. Si era uno de los amigos de su reciente ligue, ¿por qué usaba la violencia si lo que quería era follársela?, pero no parecía borracho en absoluto y el aliento no le olía a alcohol, olía

más bien a tabaco, tabaco rubio. Sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad y ya distinguía la silueta, pero seguía sin conseguir verle la cara. Notó cómo le arrancaba la blusa con la mano libre y oyó el crujido seco de la tela al romperse.

Iba a violarla, fuera quien fuese solo quería eso de ella. Nunca antes la habían violado, y sin saber por qué, por un momento se sintió aliviada de que lo que quisiera de ella fuera un poco de sexo. Incluso empezó a respirar con algo más de calma. ¿Qué importaba que se la follara otro desconocido? Se tomaba anticonceptivos y no iba a dejarla preñada, así que solo esperaba que no tuviese el sida, eso sería horrible, coger el sida a esas alturas por haber salido de ligue una noche, le parecía estúpido. Entonces se dio cuenta de que tampoco había utilizado protección alguna con el tipo con quien había mantenido relaciones. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente? Parecía un tipo sano, pero era un completo desconocido, un mujeriego, un vividor, y no podía ir follando por ahí con desconocidos ligeros de cascos sin usar condón. Joder, que tenía más de cuarenta años y se suponía que sabía lo que se hacía. ¿Cuándo empieza la gente a madurar de verdad?

Llevaba la falda corta, con el forcejeo se le había subido al menos un palmo, y estaba sin bragas, al tipo no le costaría nada meterle la polla y acabar pronto.

¿Por qué no lo hacía?

Se notaba mareada, le faltaba oxígeno.

Si al menos pudiera hablar…

4
•

Baño de sangre

1
♦

—¡Me cago en todos mis muertos!, hemos de solucionar esto enseguida, no podemos permitirnos tener a un Jack el Destripador suelto por Valencia —gritó el comisario.

Tenía cuarenta y ocho años y era más bajo y rechoncho de lo que a él le hubiese gustado ser, y con un carácter desagradable de sobra conocido por sus compañeros de trabajo, incluso por los más jóvenes, que en esos momentos de cambios internos, eran casi todos. Le habían dejado la comisaría con una legión de novatos y eso era algo que no contribuía a mejorar su humor, ni su eficacia.

Sus continuos exabruptos ya no causaban el efecto deseado, nadie le hacía demasiado caso porque todos sabían que la tormenta pasaba pronto sin dejar daños de consideración. Puede que la única excepción fuera el último policía que le habían colocado sin contar con su beneplácito, hacía apenas una semana. Era barbilampiño, muy delgado, con cara aniñada, y no parecía siquiera haber alcanzado la mayoría de edad. El comisario lo miraba de reojo observando sus reacciones, y por la cara que ponía, se diría que se acababa de cagar en los pantalones.

El resto se mostraba con semblante serio y más bien inexpresivo, no era cuestión de cabrear más de lo debido al comisario, así que se limitaban a dejarlo hablar y esperar a que la tensión se calmara por sí sola antes de intervenir, cosa que no solían hacer si no se les pedía expresamente, salvo los pocos que quedaban de mayor rango y antigüedad.

—Solo ha habido una muerte, comisario —se atrevió a intervenir el inspector Gregorio que era el que más tiempo llevaba en comisaría a sus órdenes y con el que más estrecha relación mantenía en el día a día.

¿Solo una?, ¿y te parece poco?

—Lo digo por lo que ha comentado de Jack el Destripador, me parece pronto para pensar que se trate de un asesino en serie. Puede ser solo eso, un asesinato aislado y punto. Uno más de violencia de género, son los más habituales en estos casos.

—Tú no has visto el cuerpo, yo he estado esta mañana en el

levantamiento del cadáver; pregúntale a tu amigo el forense, que se encontraba en su salsa, con su lupa como si fuera Sherlock Holmes, y sus guantes de goma, midiéndolo todo con esa cinta métrica oxidada que lleva siempre, y dictándole al actuario un montón de detalles macabros con su voz pomposa y demasiado aguda.

—Tampoco es que seamos amigos, comisario...

—Tú ya me entiendes, desde luego, mío no lo es. Es gilipollas y se cree el centro del universo con eso de que es el primero que se acerca al cadáver y nos puede mirar a todos, incluso al juez, por encima del hombro mientras hace sus observaciones. Un pedante de cojones. ¿Quién se ha pensado que es? No lo aguanto. En cuanto a la víctima, estaba destrozada y con pinta de haber sido violada, con sangre por todas partes, la han acuchillado al menos veinte veces, según el forense claro, yo sería incapaz de contar las cuchilladas entre tanta sangre. Joder, si es que hay que valer para ese trabajo, se comportan como carroñeros, y lo peor de todo es que parece que disfrutan incluso cuando tienen que analizar un cuerpo en descomposición.

—¿Pero qué le hace pensar que el crimen lo ha cometido un asesino en serie? No hay ningún indicio que apunte a ello.

—Porque cuando se trata de un marido cabreado no se las suelen tirar antes de matarlas. Estaba con la falda remangada y sin bragas, y además, parecía una puta, tenías que haberla visto, con su cosita bien afeitada y un tatuaje. Ahí tienes unas fotos, pero no es lo mismo. Créeme, esto no ha terminado. El asesino volverá a actuar si no lo cogemos antes, te lo digo yo.

—De todos modos, comisario, las primeras diligencias apuntan a que la víctima no se trataba de una prostituta.

—¿Has visto las fotos?, iba vestida como una puta y la han matado como a una puta, así que no me vengas con matices moralistas. Para mí es una puta como otra cualquiera.

—¿Por dónde quiere que empecemos? —el inspector se percató de que no iba por el buen camino con sus comentarios y decidió cambiar de dirección.

—El local ha sido precintado y sigue custodiado, seguirá así todo el día, no quiero curiosos hasta que no hayamos echado un último vistazo nosotros. Quiero recoger algunas huellas más, y hay que interrogar más a fondo al propietario, por lo visto podría identificar a los últimos clientes de anoche y eso sería una buena pista a seguir. Le he dicho que tendría que venir a declarar pronto.

—¿Ya se sabe la hora de la muerte?

—Habrá que esperar a la autopsia definitiva para confirmarla, pero

por lo visto, la víctima se dejó la bebida en la mesa y se metió en el cuarto de baño. El propietario dice que pensó que se había marchado sin pagar, hasta que esta mañana la ha descubierto la mujer de la limpieza. O sea, que la hora de la muerte es muy probable que podamos fijarla poco antes de la hora del cierre, que además coincide con las primeras apreciaciones del forense en función de la temperatura corporal y la temperatura ambiental y todo eso que hacen. De todos modos mañana tendremos la autopsia definitiva, ya han trasladado el cadáver a la morgue.

—De acuerdo.

—A la de la limpieza también sería conveniente interrogarla, pero esperaremos un poco porque le ha cogido un ataque de ansiedad y se la han tenido que llevar al hospital. Ya veremos lo que hacemos, no sé si podrá aclararnos alguna cosa, por lo visto es de esas histéricas que se ponen a gritar a la mínima ocasión.

—¿Quién se encargará del caso? —preguntó en voz muy baja el novato sin atreverse a mirar al comisario a los ojos.

—¡Levanta la voz, coño, que pareces marica! No lo sé todavía, pero de momento puede ir Gregorio —dijo señalando al inspector que había tomado la palabra— y lo acompañas tú mismo a ver si así aprendes algo, que falta te hace. No sé qué demonios os enseñan ahora en la academia. La mitad de vosotros no hubiera superado las pruebas en mis tiempos; ahora os llevan entre algodones, y así nos va luego a los que hemos de dirigir el cotarro.

—Y vosotros dos —añadió señalando a los subinspectores que tenía justo enfrente—, id con ellos y encargaos de buscar por los alrededores, incluyendo las papeleras y los contenedores en dos manzanas a la redonda, puede que se haya deshecho del cuchillo por allí cerca.

—¿Empezamos nosotros por el propietario del local? —preguntó Gregorio.

—Sí, a ver si puede identificar a los últimos clientes. Por un sitio u otro hemos de empezar, y cuanto antes mejor. Esto me huele muy mal y no quisiera que se nos empezara a llenar la mesa con expedientes de casos sangrientos sin resolver.

—Otra cosa —añadió—, comprobad el último domicilio conocido de la víctima y averiguad si vive con alguien... También hay que hablar con los vecinos, quiero saber a qué se dedicaba, cuales eran sus amigos, si ha tenido algún problema con alguien últimamente, quién se la tiraba, en fin, cualquier cosa. Y quiero resultados pronto, así que a mover el culo.

2

♦

El comisario no recordaba el origen de su habitual frustración ni de los continuos brotes de mal humor, pero lo achacaba, como la mayoría de los hombres, a la influencia de su exmujer. Ella era la que tenía la culpa de todo lo malo que le había pasado en su vida, incluso de lo acaecido antes de conocerla. Llevaban separados ocho años, y habían tenido dos hijas del matrimonio, una tenía ahora veintiséis y la otra estaría a punto de cumplir los dieciséis. Se llevaban algo más de diez años, evidentemente la pequeña había sido un accidente. Ni la esperaban, ni resultó una alegría su llegada. Llegó en el peor momento de su matrimonio, cuando ya prácticamente no mantenían relaciones sexuales, dormían en habitaciones separadas y apenas hablaban. De hecho, su mujer le había echado en cara en más de una ocasión que él la había violado la noche de autos, la muy jodida hablaba como la policía y usaba ese tipo de expresiones un tanto fuera de lugar en el ámbito familiar, refiriéndose a la única noche en la que habían mantenido relaciones sexuales en los últimos seis meses.

Según su mujer, la hija pequeña era eso, el fruto de un delito cometido por un policía ebrio. En realidad no dijo “policía ebrio”, recordaba que ella había utilizado la expresión “madero-borracho-hijoputa”. Y puede que fuera cierto, él ni siquiera lo recordaba. Había llegado con alguna copa de más a casa, como tantas veces en los últimos años de matrimonio, pero esa vez, algo más cargado de lo normal, y por lo visto, más agresivo. Así y todo, dudaba que fuera cierto lo de la violación, siempre había pensado que era una forma de que su mujer le echara en cara que no quería sexo con él, ella tal vez opuso algo de resistencia, le diría que se fuese a dormir la mona a casa de su madre, o que la dejara en paz, pero de ahí a que la forzara, iba un abismo. ¿Qué importaba eso ahora? No quedaba ni el más mínimo atisbo de amor entre ellos dos, ni siquiera cariño o afecto. Nada, solo mantenían un contacto frío y distante por sus dos hijas —y por la dichosa pensión—, y conforme iban creciendo las niñas, cada vez menos. Para él hubiera sido un alivio no ser el padre de la pequeña. Dado que no se acordaba del encuentro sexual, llegó a pensar que su mujer le había puesto los cuernos, pero era inútil hacer prueba alguna de paternidad porque era cagadita a él, mucho más, incluso, que la mayor, que también se le parecía. Pero el parecido era solo físico, porque en lo demás, habían salido ambas a su madre, muy a su pesar.

Como padre separado y teniendo la custodia compartida, porque lo de su extremada afición al alcohol y su violencia no salió a relucir en el proceso, tampoco había sabido aprovechar los turnos de visita establecidos en el divorcio, muchas veces, más de las que ahora quería recordar, había renunciado a ellos porque estaba trabajando en algún caso, o esa era la excusa que él mismo se daba en aquellos momentos. ¿Cuántas veces había acabado borracho y solo en casa sin haber ido a ver a las niñas? Eso había ido enfriando la relación con sus hijas, que cada vez tenían un contacto más estrecho con su madre y a la vez más distante con él, y por supuesto, esa circunstancia era aprovechada por su exmujer para hacer patria en su favor y tener siempre algo que echarle en cara cuando la situación lo requería; pero no podía evitarlo, a pesar de que eran sus hijas, a menudo sentía el mismo rechazo visceral hacia ellas que por el resto de mujeres, y ese sentimiento era algo que iba en aumento conforme pasaba el tiempo. Se agudizaba haciendo que se sintiese como una especie de padre desnaturalizado.

Se preguntaba cómo hubieran sido las cosas si en vez de dos hijas hubiera tenido dos hijos y se contestaba a sí mismo sin dudar, diciéndose que todo hubiera sido distinto y mucho mejor, pero de nada servían esas elucubraciones que no llevaban a ningún sitio.

Su misoginia había llegado a tal extremo, que cuando vio el cadáver de Edurne en el baño de la cervecería, por un momento —un momento muy fugaz— sintió una cierta admiración y envidia por el asesino, cosa que esperaba que nadie hubiera podido intuir por la expresión de su semblante y que por supuesto negaría ante cualquiera. Ese tipo de sentimientos eran de los mejor guardados y nadie tenía acceso a ellos.

En más de una ocasión había estado tentado de hacer algo similar con su mujer. Tal vez no tan sangriento, porque no le gustaban los cuchillos ni las agujas. Les tenía aprensión desde pequeño. Jugando con otros niños en clase de manualidades, había acabado con un punzón clavado en el cuello. La maestra se desmayó al verlo y tuvieron que llevar a ambos a la enfermería. Él aún recordaba cómo, después de que su compañero se lo clavara y se le quedara mirándolo aterrorizado, fue caminando con la cabeza muy erguida para que el punzón no le rozase con la camisa. Conforme avanzaba por el pasillo, otros niños de la clase se ponían detrás de él y lo siguieron hasta llegar donde estaba la maestra sentada leyendo una revista de moda. Cuando levantó la vista vio al menos a quince niños de pie ante ella, encabezados por él. No llegaron a decirle nada porque el desmayo resultó ser inmediato. Al final uno de los niños salió corriendo en

busca del director, gritando por los pasillos como si lo persiguiera una legión de zombis.

Pero cosa bien distinta eran las armas de fuego, y no le costaba imaginarse a su mujer con un disparo, o más, de su pistola reglamentaria, a la altura del corazón o en la cabeza. A veces se imaginaba vaciando el cargador completo sobre ella antes de que llegara a desplomarse acribillada y muerta en el suelo de terrazo desgastado. Siempre se imaginaba esas escenas en la cocina, que era donde más discusiones habían tenido estando casados.

Esos pensamientos le hacían sentirse bien.

El por qué odiaba a las mujeres en general, era un misterio para él, y más, teniendo en cuenta que había sido algo progresivo. Como en tantas cosas, también le echaba la culpa de ello a su exesposa y al traumático divorcio, pero en cambio, otros hombres se separaban de sus mujeres porque no las soportaban o incluso porque las odiaban a muerte, y sin embargo acababan a los cuatro días liados con otra más joven, o más alta, o más rubia, o con las tetas más grandes. Varios de sus amigos se habían casado hasta tres veces y no mostraban signos de misoginia alguna en su manera de ser. Tenía que ser otro el motivo.

Cuando intentaba poner en orden y racionalizar sus sentimientos, solía llegar a la conclusión de que el hecho de odiar a una mujer, aun en el caso de que ese odio fuese a muerte, no justificaba que dicho sentimiento alcanzara a todo el género femenino, de manera que tendría que intentar averiguar su verdadera motivación, aunque solo fuera para conocerse a sí mismo un poco más. Pero a pesar de que lo había racionalizado e interiorizado al menos cien veces, todavía no había sido capaz de llegar a conclusión alguna sobre el por qué de lo que le ocurría.

Al poco de separarse disfrutó de apenas unos días de euforia por la aparente libertad que había conseguido recuperar después de demasiados años de matrimonio frustrado, había ido unas cuantas veces con los amigos a un club de carretera cercano, se había emborrachado, y había tenido relaciones con varias de las prostitutas, pero incluso entonces, sentía aversión por ellas, y era mayor el rechazo que la diversión lograda. Por eso llevaba varios años sin acercarse a ninguna, hasta el extremo de que a esas alturas dudaba que las cosas pudieran cambiar, y nunca pensaba en mujeres como fuentes de placer sexual sino como potenciales problemas. Siempre pensaba en ellas como material peligroso a evitar.

En cuanto a esa ansiada libertad que muchos hombres parecen estar deseando y anhelando en sus últimos años de matrimonio antes

de dar el paso definitivo hacia el liberador divorcio, no había sido sino un espejismo. No se sentía ahora más feliz que antes, ¿por qué iba a sentirse así? Después de todo, tenía que seguir pasando una pensión a una mujer que odiaba, y mantener a unas hijas que preferiría no haber tenido, había abandonado su hogar para irse a vivir de alquiler a una especie de zulo con poca ventilación y mucha menos iluminación, se alimentaba de hamburguesas del McDonald's, de *pizzas* del telepizza, y de Donuts que compraba por docenas al lado de comisaría. ¿Dónde estaba esa felicidad y ese mundo perfecto que creía ver más allá del matrimonio cuando todavía estaba casado? ¿Por qué las cosas se veían tan distintas desde dentro? Seguía arrastrando toda la carga, mujer, hijas, el mismo trabajo desagradable, y las mismas frustraciones de siempre, así que ¿dónde estaba ese placer de la libertad? Tal vez si se liberara de todo lo que seguía arrastrando de un modo u otro, su situación cambiara por completo y solo entonces podría alcanzar esa libertad que creía haber tenido al alcance de la mano poco antes de separarse.

A causa de pensamientos de ese tipo, entendía a veces ciertos crímenes. Puede que quien hubiera hecho lo de la cervecería hubiera estado en su misma situación y solo así se había liberado, por eso parecía poder empatizar con el asesino, y por eso mismo, a veces tenía miedo de sí mismo y de la dirección que tomaban sus pensamientos cuando perdía el horizonte de la realidad.

En cuanto al binomio mujeres/trabajo, hasta el momento había tenido suerte y no lo habían puesto a cargo de ninguna mujer policía, pero cada vez era más habitual encontrarse con ellas en el cuerpo y eso le inquietaba porque en el caso de que le asignasen a alguna, no sabría cómo manejar la situación sin evidenciar su problema con el sexo femenino ante el resto de subordinados.

En el fondo, su mayor preocupación no era su evidente misoginia, eso era algo que tenía asumido y no le importaba lo más mínimo, sentía, eso sí, curiosidad por conocer las causas, pero era solo eso, curiosidad. Lo que en verdad le preocupaba eran sus pensamientos violentos; imaginarse a su mujer con un tiro en el corazón o acribillada en el suelo de la cocina, con ese humo azulado saliendo a cámara lenta por los agujeros de las balas, o sentir una cierta empatía y comprensión por el asesino de Cánovas, aunque fuera solo durante un instante fugaz y pasajero.

Cosas como esas eran las que lo hacían sentirse como un psicópata.

Una de las preguntas que se hacía más a menudo, era si para ser un asesino era necesario matar a alguien o bastaba con desearlo. Jurídicamente estaba claro que tenía que llegar al acto del asesinato,

o al menos haberlo intentado, pero no era el aspecto jurídico el que lo hacía pensar y el que le quitaba horas de sueño cada noche. Se preguntaba por el aspecto humano, y por mucho que no hubiese matado nunca a nadie, el solo hecho de saber que llevaba una pistola y podía ofuscarse y sacarla en cualquier momento de frustración haciendo uso de ella, le inquietaba, y eso era así porque no sabía en qué momento sería capaz de cruzar la línea roja. Lo peor de todo era que daba por hecho que antes o después acabaría atravesando el umbral y dejaría atrás su sentido común para hacer algo de lo que con seguridad acabaría arrepintiéndose el resto de su vida. Era como si sintiese que en su cabeza existía un interruptor que se mantenía a duras penas en posición "Off", pero que en cualquier momento algo o alguien podría conmutarlo dejándolo en "On" y desencadenar una catástrofe sin precedentes.

Hasta ahora había pasado siempre con éxito los tests psicológicos para la tenencia y el uso de armas, pero la eficacia de esas pruebas se la pasaba por el forro, sabía que eran puro trámite administrativo sin utilidad alguna. Nadie iba a detectar en ellos sus pensamientos más secretos. Su parte oscura era como la cara oculta de la Luna para los demás, nadie conseguiría verla nunca desde la Tierra.

—Comisario —interrumpió sus pensamientos el inspector.

—¿Qué coño pasa ahora?

—Hemos traído al dueño de la cafetería. ¿Quiere estar presente en la declaración?

—Sí, pero encárgate tú de las preguntas, ¿de acuerdo? No estoy ahora para pensar.

—Como quiera.

—Y dile al novato que las transcriba al ordenador.

—No es muy rápido con las teclas.

—No me jodas, ¿acaso tenemos a alguno en comisaría que lo sea?

—Bueno... no demasiado, pero Antonio se defiende bastante bien con el procesador de textos.

—El novato, quiero ver cómo escribe, hay que ir descubriendo aptitudes ocultas en esta guardería infantil en la que han convertido mi comisaría.

—A sus órdenes comisario —y girándose—: Juan, prepara el ordenador, vas a encargarte de transcribir el interrogatorio.

3

—¿Estoy detenido? —preguntó nervioso el propietario de la

cervecería.

Por debajo de las largas patillas podían apreciarse sendas gotas de sudor, en parte provocadas por el calor de la comisaría, donde no conseguían hacer funcionar el equipo de aire acondicionado en verano y se congelaban sin remedio en invierno, pero en parte también, y eso lo sabía el inspector muy bien, por los nervios del interrogatorio.

A nadie le gusta tener que declarar ante la policía, y mucho menos por algo tan grave como un asesinato. En el caso del hombre que tenía delante, era muy probable que no tuviera nada que ver con lo sucedido, pero el hecho de que hubieran encontrado un cadáver cubierto de heridas de arma blanca y sangre por todas partes en su negocio, sin duda hacía que tuviese miedo de que llegaran a responsabilizarlo de algo, y uno de los signos de ese nerviosismo eran las gotas de sudor, pero había más: no paraba de frotarse las manos, cada poco tiempo tenía espasmos en las piernas y se le secaba la boca visiblemente.

Todo eso es lo que él podía detectar, luego estaban los otros síntomas que sin duda tenía el interrogado, pero que no eran tan evidentes para los demás, como un posible cosquilleo o ardor de estómago, tensión elevada en las suprarrenales, responsables de la secreción de numerosas hormonas, pero que en ese momento estarían más que ocupadas generando grandes dosis de adrenalina, palpitaciones, dolor punzante de las encías, incremento de la actividad cerebral, y quién sabe cuántas cosas más.

Gregorio tenía la costumbre de sentarse a la izquierda del sujeto, cosa que sacaba de quicio al comisario porque le parecía una tontería. El comisario era más clásico en esas cosas y prefería sentarse enfrente y mirar directamente a los ojos de quien estaba interrogando, como queriendo averiguar lo que estaba pensando, o al menos, haciéndole creer que podía adivinarlo y de ese modo ponerlo más nervioso. Eran estrategias distintas dirigidas a un mismo fin, y Gregorio, a pesar de los comentarios jocosos del comisario, prefería cien veces la suya. Que el policía se sentase al mismo lado de la mesa que la persona interrogada daba un aspecto de informalidad, como de poli bueno de película, y eso podía hacer hablar al testigo o sospechoso con más soltura, pero lo que más interesaba a Gregorio de su estrategia era que el hecho de tener a la persona interrogada a su derecha, hacía que esta tuviera que mirarlo desde la izquierda, utilizando mayoritariamente la parte del cerebro con menor sentido crítico. “Chorradas”, le había dicho el comisario la primera vez que le explicó su teoría, a lo cual él prefirió no argumentar nada más,

pero no permitió que el escepticismo del comisario le afectase en lo más mínimo a la hora de seguir procediendo como él pensaba que su trabajo era más eficaz.

—No —respondió Gregorio—, no está detenido, por eso no necesita abogado, solo queremos hacerle unas preguntas para seguir con la investigación previa. Ahora le leeré los derechos y mi compañero transcribirá las preguntas que yo le haga y sus respuestas.

—Entonces no soy sospechoso.

—Caballero, de momento no tenemos ningún sospechoso, lo cual no quiere decir que no pueda serlo más adelante conforme avance la investigación, en cuyo caso, será debida y formalmente informado de ello. De momento limítese a responder a las preguntas, y no se preocupe, si no tiene nada que esconder, no hay de qué preocuparse. Entienda que han matado a una mujer en su local y que tenemos que hacerle unas preguntas.

Gregorio le leyó los derechos y le hizo firmar el documento que justificaba que habían cumplido con la formalidad.

—¿Va a declarar entonces? —preguntó el comisario un tanto impaciente por las excesivas explicaciones del inspector. Él era más directo en los interrogatorios y le traían sin cuidado las preguntas de los sujetos interrogados. Siempre acababa diciéndoles que allí las preguntas las hacía él... y punto. El inspector hablaba con más calma, intentaba hacerse amigo de todos y repetía las preguntas mil veces si era necesario. Eran dos polos opuestos, pero lo cierto era que siempre se habían llevado bien en las investigaciones. A pesar de ser muy distintos, resultaban complementarios.

—Sí... sí, claro.

—¿A qué se dedica? —empezó Gregorio con las preguntas.

—Soy empresario y regento una cervecería en la zona de Cánovas.

—¿Tiene empleados?

—Dos, pero solo en los días de más trabajo.

—¿Estaban ayer en la cervecería?

—No, ayer era un día flojo y solo estaba yo.

—Entonces atendió usted a la víctima...

—Sí, claro...

—¿Qué hizo al llegar?

—Se sentó en una de las mesas centrales.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me acerqué a la mesa, le pregunté si esperaba a alguien, me dijo que no, y entonces le tomé nota de lo que quería tomar y se lo serví.

—¿Cuándo se dio cuenta de que la mujer había abandonado la mesa?

—No sé, sería a última hora, puede que la una y media más o menos.

—¿Qué pensó cuando vio que se había ido dejando la copa medio llena?

—Que había hecho un *sinpa*.

—¿Perdón... ?

—Que se había ido sin pagar.

—¿Suelen hacer eso sus clientes?

—Siempre hay alguno que lo hace. Pero lo suelen hacer los no habituales, los que no tienes controlados cuando llegan, ni sus costumbres, pero es cierto que ocurre más a menudo cuando hay mucha gente en el local.

—Pero no era ese el caso de ayer, ¿o sí?

—No, ayer no fue un buen día... en ningún aspecto.

—Pero ella no era clienta habitual.

—Era la primera vez que la veía por el local.

—¿Solo hizo una consumición?

—Sí, y en realidad, se dejó la copa prácticamente llena.

—¿No le pareció raro que se fuera sin terminarse la copa? Lo normal cuando alguien se va sin pagar es que se termine primero la consumición, ¿no?

—Bueno, no sé... la verdad es que no pensé en ello. Tal vez... no sé... podría ser que no le gustase y ese fuera el motivo de no pagar... ¿qué se yo?

—¿Y no pensó en ningún momento en que podía haber ido al baño?

—No me di cuenta de si fue o no fue al baño, pero pensé que no, porque cuando fui a cerrar el local, las luces del cuarto de baño estaban apagadas. Bueno... de hecho... ahora que recuerdo, sí que estuvo en el cuarto de baño, pero eso fue mucho antes, y yo ya ni lo recordaba.

—¿Cuánto es mucho antes?

—No sé, una hora tal vez, cuando se le acercó el tipo con la cerveza.

—Eso no nos lo había dicho, ¿de qué tipo habla? —intervino el comisario cogiendo la voz cantante del interrogatorio desde el otro lado de la mesa.

Gregorio mostró un cierto fastidio porque sabía que ya no le dejaría seguir con las preguntas, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se conocían demasiado el uno al otro y aceptó tácitamente

el relevo.

—Uno de los habituales que le he comentado esta mañana.

—A ver, piénseselo muy bien. ¿Qué pasó exactamente? Me interesan los detalles, aunque le parezcan insignificantes.

—Ya le he dicho que yo no estoy pendiente de lo que hacen mis clientes...

—Pero ayer había muy poca gente, y la mujer iba sola y era atractiva, seguro que se fijó en ella, tacones de aguja, falda corta... ¿O no llegó sola?

—Sí, si, ya le he dicho a su compañero que llegó sola, y sí, es cierto que es... era, atractiva y llamativa, claro que me fijé, además, como ya he dicho, me pidió a mí la bebida y yo mismo se la preparé y se la serví. Precisamente ayer no tenía a ningún camarero ayudándome.

—Entonces haga un esfuerzo y piense un poco más. Concéntrese. ¿Algún detalle que no haya dicho, algo que oyó o que vio y haya pasado por alto?

—Pues no sé, ella se sentó sola en la mesa, en la del centro, la que le he comentado esta mañana a usted. Le serví lo que me pidió...

—¿De qué se trataba?

—La especialidad de la casa, después de las cervezas claro, un Gin Fizz...

—¿Cómo se escribe eso? —interrumpió el policía joven.

—Aquí todo se escribe como suena, no me vengas con mariconadas y no interrumpas —le dijo el comisario. Y volviendo al interrogado —: continúe.

—Pues estuvo sola un tiempo, hasta que uno de los cuatro habituales que estaban en la barra se le acercó y hablaron un rato.

—¿De qué hablaron? —siguió el comisario.

—¿Cómo quiere que lo sepa?, la mesa está a más de cinco metros de la barra, y ya tenían las bebidas servidas. No me acerqué en ningún momento.

—¿Y dice que ella se fue al lavabo?

—No la vi entrar, pero sí, se levantó y caminó en esa dirección, supongo que iría al lavabo. Tampoco me fijé demasiado, en esos momentos creo que estaba poniendo unas cervezas y desde la barra no se ve la puerta del baño, solo el pasillo de acceso.

—¿No la miró mientras caminaba? Con esos tacones debería ser como un imán para las miradas.

—Oiga, mire, yo... intento no mezclar el trabajo con otras cosas. Ya le he dicho que sí que la miré, vale, ¿qué hay de malo en ello?, pero no crea que estuve pendiente de ella toda la noche. No soy de

esos... Además, estoy casado.

—¿Y qué hizo él entonces?

—Nada, se quedó en la mesa.

—¿Miró él a la mujer mientras caminaba hacia el lavabo?

—Supongo, no sé, es lo normal...

—¿Tardó mucho en salir ella del lavabo?

—No tengo ni idea, pensándolo bien, tal vez ya no salió. Después de todo, la han encontrado allí esta mañana. ¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, volviendo a lo de las luces, es normal que pase algo así?

—¿Que estén las luces apagadas cuando voy a cerrar?

—Sí.

—No, pero es más habitual que ocurra en el de las mujeres que en el de los hombres. Ya sabe, las mujeres son más cuidadosas y si ven que no hay nadie, pueden tener la iniciativa de apagar las luces al salir. Los hombres es muy raro que hagan... que hagamos, algo así.

—¿Hay un interruptor general o hay que apagarlas desde varios sitios?

—Solo un interruptor, en la misma entrada, apaga y enciende todas las luces a la vez. Hay uno en el de señoras y uno en el de caballeros, puede que no sea lo más apropiado, pero es sin duda lo más práctico para no dejarse luces encendidas por la noche.

—¿Usted había encendido las luces cuando abrió el local?

—No lo recuerdo.

—Pero ¿suele hacerlo o no suele hacerlo? Piense antes de contestar.

—Si tengo tiempo acostumbro a echar un vistazo para ver que todo esté en orden, que haya papel y jabón, que la mujer de la limpieza haya vaciado las papeleras y cosas así, y es en esos casos cuando puede que encienda las luces y las deje encendidas, soy bastante despistado en esas cosas. Mi mujer siempre me riñe porque me dejo las luces encendidas en casa, las puertas abiertas y la tapa del váter levantada. Imagino que lo mismo que nos ocurre a muchos —levantó los hombros con cierta resignación, como dando por hecho que las cosas eran así y no podían ser nunca de otro modo.

El comisario no se dio por aludido y no hizo comentarios al respecto.

—¿Recuerda quién estaba en el local a última hora coincidiendo con la víctima?

—Había poca gente. Una parejita en el rincón, un par de hombres cerca de la puerta, creo que alguien más al fondo, y bueno... el grupo de cuatro en la barra. Creo que no había nadie más. Un día flojo, ya sabe.

—O sea que ya había vuelto a la barra el que había ido a hablar con la víctima.

—Supongo que sí.

—¿Eran todos clientes habituales?

—Solo los de la barra.

—¿Podría identificarlos?

—Si vuelven al local sí, no sé sus nombres ni dónde localizarlos, pero vienen bastante a menudo. Casi todas las semanas un par de veces, se toman un par de rondas o tres de cervezas y se van. Nunca utilizan mesa.

—Haga un esfuerzo, es importante, ¿no recuerda el nombre de ninguno de ellos? Si están en la barra, van tan a menudo, y hablan, alguna vez se llamarán entre sí por sus nombres de pila. Además, ustedes suelen hablar con la clientela habitual.

—Es posible, pero yo no soy de los que interfiere en las conversaciones de los clientes, ni siquiera de los habituales, salvo que sean amigos míos, y estos no lo son. Soy viejo en el oficio y sé que hay gente a la que no le gusta que uno intervenga en nada y se pueden molestar y acabar yéndose a otro sitio donde los dejen beberse unas cervezas tranquilos. Pero bueno, puede que uno de ellos sea José Antonio, y creo que hay un tal Richar, o Riqui, algo así, pero no sabría decirle con seguridad.

—Entiendo. O sea que solo los conoce de vista.

—Si...

—¿Sabría decir al menos si son del barrio?

—Fuera del horario de la cervecería nunca los he visto, o sea que pueden ser de cualquier parte, pero supongo que si van tan a menudo no serán de muy lejos.

—Le diré lo que vamos a hacer. Esta semana irá uno de mis hombres a tomarse unas cervezas a su local todos los días, en los horarios en que más o menos suele ir este grupo de gente. Usted lo servirá como a un cliente más, con cierta indiferencia y sin mostrarle ninguna atención especial. Si entra alguno de los del grupo, aunque no sea el que se acercó a la chica, cualquiera de los cuatro, usted va y le lleva un café a mi hombre, él sabrá lo que tiene que hacer.

—¡No escribas eso estúpido! —le dijo a Juan— ¿No ves que no es una pregunta?

—¿Ha entendido lo que quiero decirle? —continuó preguntando al testigo.

—Pero van a saber que los he identificado yo.

—Por supuesto. Usted tiene obligación de colaborar con la justicia. Tampoco le pido que les diga nada ni que detenga usted a nadie.

Solo debe hacernos esa señal y ya está. Es posible que luego, en alguna otra declaración previa o en el juicio, usted tenga que identificarlos formalmente, pero de momento será suficiente con que lo haga como le he dicho y ni siquiera se darán cuenta de nada. ¿Estamos?

—Si no hay más remedio...

—Pues no, no hay más remedio. Puede estar en juego la vida de más personas.

—Otra cosa —añadió—, ¿recuerda que entrase alguien y se marchase sin pedir ninguna consumición? Ya sabe, alguien que parece estar buscando a otra persona, o quiere utilizar el lavabo.

—No, tengo fichados a algunos indigentes de la zona que aprovechan cualquier descuido para ir al váter y ponérmelo todo perdido, pero suelo estar atento y no los dejo entrar. Ayer no vi a nadie sospechoso.

4

El subinspector al que habían encargado la vigilancia de la cervecería tuvo que pasar tres noches haciéndose pasar por un cliente más del local. Le aburrían ese tipo de tareas, y lo cierto era que prefería mil veces estar patrullando por la calle antes que permanecer quieto en un sitio, esperando a que suceda algo, que muy probablemente no va a suceder. Incluso hubiera preferido estar hurgando entre los contenedores de los alrededores buscando el cuchillo, que por cierto no había aparecido por ninguna parte.

Fue en esa tercera noche cuando en un momento en que ya, aburrido y cansado de estar allí —se había desconectado mentalmente de todo y tenía los ojos entrecerrados, al borde del sueño—, de pronto vio un café humeante al lado del vaso de cerveza sin alcohol que seguía intacto sobre la barra. Pensó que le vendría muy bien para combatir la somnolencia, y antes de pedir refuerzos, se lo tomó de un solo trago, sin azúcar.

Allí estaban, en el lugar que, según le había dicho el propietario, era el habitual de ese grupo de hombres. Cuatro en total, que acababan de entrar juntos, tres de ellos con prominente barriga cervecera, y otro, algo más cuidado y de mejor aspecto, pero todos de una edad similar, entre los cuarenta y los cincuenta. Por lo que habían hablado con el comisario después del interrogatorio, el que no tenía barriga cervecera, debía de ser el que se acercó a la mujer el

día en que la mataron, tenía pinta de donjuán, el típico mujeriego al que le gustaba halagar a las mujeres. No le cayó nada bien.

Después de tomarse el café salió a la calle y desde allí llamó para que le enviasen refuerzos. Suponía que no habría ningún problema con la detención, pero siendo cuatro personas y estando él de paisano, no quiso correr riesgos. Solo cuando la patrulla se detuvo a escasos metros del local, con el pirulo en marcha —únicamente las luces azules, sin la sirena—, volvió a entrar en la cervecería y se dirigió al grupo de cuatro amigos que ya se habían quedado mirando las luces y se temían lo peor.

Se le quedaron mirando un tanto incómodos cuando se acercó. Fue en ese momento cuando sacó la placa metálica que llevaba en una cartera de piel desgastada y se identificó como policía.

—¿Qué coño... ? —empezó a decir uno de ellos.

—Les ruego que no se muevan.

—Pero...

El subinspector se dirigió al que no tenía barriga.

—¿Es usted la persona que el otro día se acercó a la mesa —se la señaló con un gesto— donde estaba la señora Edurne Martínez?

—No conozco a ninguna Edurne...

—Bien, ¿se acercó a alguna mujer el otro día? Estaba sentada justo ahí —volvió a señalar la mesa, esta vez con el dedo.

El hombre miró a sus amigos sin saber muy bien qué decir, como pidiéndoles parecer, pero ninguno hizo comentario alguno.

—Bueno, el otro día, sí, me acerqué a esa mesa. ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? ¿Es eso un delito?

—No, por supuesto que eso no es un delito, pero me temo que tendrá que acompañarme a comisaría, está usted detenido como sospechoso de asesinato —cogió las esposas que llevaba colgando de la parte trasera del cinturón, ocultas por la chaqueta, mientras le informaba de sus derechos.

—¿Pero qué demonios va a hacer?

Otro policía, este vestido de uniforme, entraba en ese momento por la puerta, lo cual no le pasó desapercibido a ninguno de los hombres.

—No es necesario que me ponga eso...

—Son las normas, está usted detenido y debo llevarlo con las esposas. Espero que no me cause problemas y no me obligue a tomar medidas.

Los otros tres amigos se distanciaron, algo instintivo, solo unos centímetros porque el espacio no daba para más, pero lo suficiente como para que al detenido le diera la sensación de que lo

abandonaban a su suerte. Los miró uno a uno, y ninguno supo qué decir.

—En cuanto a ustedes —se dirigió a los otros tres—, mi compañero les pedirá los datos. Es posible que necesitemos tomarles declaración y queremos que estén localizables en todo momento. Si alguno cambia de domicilio antes de que nos pongamos en contacto, debe comunicárnoslo, y si tienen previsto viajar al extranjero, también.

Ninguno contestó.

5

El detenido se llamaba José Antonio López Arrualde, y tenía cuarenta y seis años, vecino de un pueblo cercano a Valencia, como sus tres amigos. Al llegar a comisaría le hicieron la correspondiente reseña tomándole las huellas y haciéndole las fotos para la ficha policial, le permitieron avisar a su abogado y le bajaron a los calabozos. Estaba desorientado porque nunca había sido detenido, todo era nuevo para él en esa absurda situación, y le parecía estar viviendo una pesadilla, algo irreal, sin sentido. En el calabozo olía a una mezcla de humedad, orines y sudor acre, además de otra cosa que no sabía distinguir, pero pensó que olía su propio miedo destilado a través de los poros de la piel. La luz era escasa y el calor insoportable y espeso.

Tuvo que abandonar los cordones de los zapatos, la corbata, los gemelos y las gafas, por lo que a la sensación de irrealidad se unió una especie de neblina ocasionada por su avanzada miopía, y eso aumentaba su inseguridad por no distinguir los detalles de lo que le rodeaba y amenazaba, a más de un metro de distancia.

Cuando llegó su abogado, le volvieron a poner las esposas y lo subieron a uno de los despachos, el mismo en el que habían interrogado al dueño de la cervecería un par de días antes. El trayecto resultó, como todo hasta ese momento, humillante. No recibió malos tratos físicos, pero psicológicamente sí que se sentía atacado. Uno de los policías que lo acompañaba lo llevaba cogido por el brazo, presionándolo con fuerza, el otro caminaba detrás suyo.

—¿Puedo hablar a solas con mi cliente antes de empezar el interrogatorio? —preguntó el abogado al inspector cuando llegó el detenido.

—Sí, salgan al pasillo, tienen cinco minutos.

—Gracias.

Una vez fuera, y con la desagradable sensación de que no estaban solos —aunque lo pareciera—, y los estaban escuchando, el abogado se dirigió a su cliente. Al fondo del pasillo había dos policías que impedirían cualquier intento de fuga, cosa que por otro lado no estaba en el ánimo de José Antonio, y mucho menos en el de su abogado.

—Oye José Antonio, soy tu abogado, pero soy abogado de empresa, sabes que lo mío son las sociedades y los cabrones de Hacienda, pero a ti te acusan de asesinato, y creo que debería representarte alguien especializado en asuntos penales, lo mío está a otro nivel, son dos mundos distintos, casi opuestos diría yo.

—No, yo no conozco a nadie y no me fío de que venga cualquiera a defenderme. Prefiero que seas tú. No he hecho nada, joder... lo único que hice fue acercarme a la tía esa que han matado en la cervecería.

—Tranquilízate.

—Además, ¿por qué iba a volver allí si lo hubiese hecho? Si ni siquiera sabía nada del crimen. Había oído algo en la radio pero... ¿cómo iba a pensar que había sido allí mismo, y que se trataba de esa mujer?

—Pueden pensar que de no haber vuelto, ellos hubieran podido sospechar que eras tú el asesino.

—¿Qué quieres decir? ¿Que crees que he sido yo y que he ido para que parezca que no sé nada?

—José Antonio, yo no he dicho eso, no digo que piense que eres culpable, solo quiero que entiendas cuál es su razonamiento en estos casos, para que veas que el haber ido hoy a la cervecería no te excluye como sospechoso.

—Pero es que yo no sabía nada.

—Mira, hagamos una cosa. Te represento en este interrogatorio, y según por dónde vayan los tiros te busco a alguien más ducho en este tipo de delitos, ¿vale? No quisiera que por mi desconocimiento del tema penal tuvieras más problemas de los debidos.

—Bien, pero yo no he hecho...

—José Antonio, déjalo ya, a mí no me has de convencer. Vamos a ver qué nos preguntan, y si algo no me parece conveniente, te diré que no lo contestes. No te extiendas demasiado en las respuestas y no contestes a nada que no te hayan preguntado. Limítate a responder lo más escuetamente posible.

—¿Puedo hacer eso?

—¿A qué te refieres?

—A no contestar alguna pregunta.

—Sí, claro, estás en tu derecho. Incluso podríamos negarnos a declarar ante la policía y solicitar hacerlo directamente ante el juez, pero soy partidario de que nos mostremos con ánimo colaborador con esta gente. No quiero que piensen que tenemos nada que ocultar y que estamos aprovechando el tiempo para montar alguna extraña estrategia de defensa, ¿vale?

—Lo que tú digas.

—¿Han terminado? —preguntó el inspector desde el umbral de la puerta.

—Sí, sí, ya vamos.

Gregorio siguió con su estrategia habitual, colocando tres sillas frente a la mesa, y sentándose en la de la izquierda; justo a su derecha hizo que se sentara el detenido, y el abogado lo hizo a la derecha de este último, alejado del inspector. Esa era otra cosa que le gustaba de sentarse de ese modo, mantenía al abogado un tanto distante y mal comunicado.

Al otro lado de la mesa, frente al ordenador, volvía a estar el novato, menos nervioso por el hecho de que no estaba presente el comisario. Seguía sin estar demasiado familiarizado con el teclado, lo suyo nunca habían sido los ordenadores, de haberlo sido, hubiese estudiado informática y no para ser policía. ¿Por qué los policías no tenían una secretaria que transcribiese las declaraciones? Los jueces la tenían, secretaria, o secretario. Los policías, según pensaba él, no deberían de perder el tiempo en ciertas cosas, pero por lo visto era todo cuestión de poco presupuesto y malos hábitos, algo con lo que tendría que convivir toda su vida si pensaba seguir en el oficio, así que mejor acostumbrarse cuanto antes a las distintas tareas burocráticas que se le podían encomendar, si llegaba algún día a comisario sin acabar frustrado como la mayoría, siempre podría intentar cambiar algo.

Gregorio le leyó los derechos al detenido y le hizo firmar el consabido documento a él y al abogado.

—Señor López, ¿sabe de qué se le acusa?

—Sí, pero yo...

—Con "sí" me vale. —José Antonio recordó el consejo que le acababa de dar su abogado y lamentó empezar con tan mal pie. Sabía que si añadía más de lo que le preguntaban, en algún momento podría meter la pata y ocasionarle más problemas de los que ya tenía.

—Bien.

—¿Conocía a la víctima?

—No.

—¿Con qué intención se acercó a la mesa que ella ocupaba?

—Bueno, había bebido unas cervezas, todos lo habíamos hecho, y nos pusimos a hablar de la chica... de la mujer, que bueno, ya sabe, estaba de muy buen ver, estaba sola, no parecía esperar a nadie...

—¿Entonces?

—Pues una tontería... a flirtear un poco.

—¿Está usted casado?

—Protesto —dijo el abogado.

—Oiga, vamos a ver —le dijo el inspector—, que es una pregunta de lo más normal, forma parte de sus datos personales.

—Pero no tiene nada que ver con los hechos.

—Sí, no importa, estoy casado —dijo José Antonio mostrando el anillo y recordando que ese día se lo había guardado en el bolsillo para acercarse a la mujer y luego olvidó volvérselo a poner. Se había despertado con un sobresalto a las cinco de la mañana levantándose para ir a buscarlo y ponérselo antes de que su mujer se percatase de que no lo llevaba.

—¿Estuvieron hablando mucho rato?

—No, apenas unos minutos.

—¿De qué hablaron?

—No sé, tonterías, lo normal, que si estaba sola, que cómo podía estar sola una chica tan guapa, que no la había visto nunca, yo que sé, nada del otro mundo, lo habitual en esos casos.

—¿Se fue ella al cuarto de baño en algún momento mientras estaba con usted?

—Sí, dijo que quería retocarse el maquillaje.

—¿Tardó mucho en salir?

—Bueno, la verdad...

—¿Sí?

—Yo no la vi salir.

—¿Abandonó usted el local antes de que ella saliera del cuarto de baño?

—Exactamente.

—Así, ¿sin despedirse de ella ni nada?

—Bueno, verá... no es que no me despidiera, lo que pasa es que...

—Tranquilícese y piense muy bien lo que tiene que decir.

—Creo que será mejor que no contestes a esa pregunta —le dijo el abogado al ver que dudaba.

—Prefiero contestar. Yo no la he matado, y no quiero que piensen que oculto nada.

—Como prefieras, pero piensa bien las cosas antes de contestar.

—¿Va a responder entonces? —insistió el inspector.

—Sí, bueno, pero por favor, no le digan nada de esto a mi esposa.

—Nosotros no vamos a decirle nada, pero si tiene algo que confesarle, le aconsejo que lo haga antes de que se entere ella por sí misma en el juicio.

—Bueno, es que... verá... ella me dijo...

—¿Se refiere a la víctima?

—Sí, me dijo que iba a retocarse el maquillaje y que me esperaba en el cuarto de baño.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Me acabé la cerveza y la seguí al cuarto de baño.

—Entiendo que se refiere al cuarto de baño de señoras.

—Sí, al cuarto de baño de señoras.

—¿Y qué pasó allí?

—Hicimos... Tuvimos sexo.

—¿Algo más?

—No, practicamos sexo y yo salí. Ella se quedó allí y ya no la volví a ver.

—¿Y en qué condiciones la dejó usted?

—Cuando yo la dejé, ella estaba en perfecto estado, le juro que yo no la maté ni le hice ningún daño. Sé que no está bien lo que hice, pero fue solo sexo. Nada más. Se lo juro por mis hijos.

—¿Pagó por sus servicios?

—¿Pagarle?, no, venga hombre, no era una puta. Solo era una mujer que se sentía sola y había salido en busca de algo que le levantara el ánimo. Nada más.

—¿Utilizó preservativo?

—No...

—¿Entró alguien más al cuarto de baño?

—No, que yo sepa.

—Cuando salió usted del cuarto de baño, ¿abandonó enseguida el local?

—Me tomé otra cerveza con mis amigos.

—¿De qué hablaron?

—Me temo que de las machadas típicas... Joder... No tenía que haber entrado allí.

—Sr. López, ¿de qué hablaron?

—Ya le digo, pues de que... que me la había tirado, y que estaba muy buena y... —sollozó— ¿Cómo se lo cuento ahora a mi mujer?

—Debo preguntarle otra cosa. ¿Llevaba ropa interior la mujer?

—Sí.

—¿Sabe por qué no se han encontrado las bragas en la escena del crimen?

—Me temo que sí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hice otra tontería, al salir, cuando la dejé allí, cogí las bragas y me las guardé en el bolsillo.

—¿Por qué hizo eso? ¿Es usted fetichista?

—No por Dios, fue solo un impulso, un estúpido impulso, para pavonearme ante mis amigos.

Gregorio recordó el comentario del comisario sobre los asesinos en serie y no pudo evitar desviar el interrogatorio en ese sentido.

—¿Como una especie de trofeo?

—Podría llamarse así...

—¿Sabe que ese tipo de comportamiento es muy habitual en los asesinos en serie?

—¡Eso es improcedente! — intervino el abogado.

—No incluyas esa última pregunta Juan —le dijo el inspector al novato.

—¿Le enseñó las bragas a sus amigos?

—Sí —contestó avergonzado bajando la vista al suelo.

—¿Las conserva todavía?

—...

—¿Las conserva?

—Sí, las tengo en la oficina.

—¿Nos autoriza a ir a su oficina o tenemos que pedir una orden judicial?

—Sí, pueden...

—Señor inspector... —intervino de nuevo el abogado— preferiría que pidieran la orden.

—Como quiera. Una pregunta más, ¿cuánto tiempo estuvo en el local después de salir del cuarto de baño?

—Calculo que unos veinte minutos, media hora, el tiempo de hacernos una última ronda.

—¿Y dice que en todo ese tiempo ella no salió de los aseos?

—Al menos yo no la vi.

—¿Y no le pareció extraño que no saliera en tanto tiempo?

—No, ya sabe cómo son las mujeres, supuse que se había quedado maquillándose. Veinte minutos en el lavabo no son nada para una mujer coqueta.

—Bien, ya hemos terminado por hoy, salvo que usted —se dirigió esta vez al abogado— quiera preguntarle algo a su cliente.

—No, prefiero hablar primero con él y ya preguntaré ante el juez si hay que aclarar algo.

—¿Usted tampoco quiere añadir nada a su declaración?

—No, es todo.

—Está bien.

—Imprime la declaración —le dijo al policía novato.

—¿Puedo irme ya a casa? —preguntó José Antonio.

—Me temo que no, esta noche tendrá que quedarse en el calabozo, y mañana pasará a disposición judicial.

—Pero mi mujer... ¿Es necesario?

—Podemos retenerle en el calabozo hasta setenta y dos horas desde el momento de la detención, como puede informarle su abogado, de todos modos vamos a intentar agilizarlo para que pase aquí el menor tiempo posible. Si el juez puede atendernos mañana por la mañana a primera hora, mejor para todos.

—¿Y qué pasa con mi mujer... ?

—No te preocupes, yo hablaré con ella —se ofreció su abogado.

—Por favor, dile que yo no la he matado, que no soy culpable.

—No te preocupes. Intenta dormir todo lo que puedas, te conviene ir descansado a ver al juez.

—No creo que pueda dormir...

—Inténtalo, no te servirá de nada pasar la noche en vela, y no te preocupes por tu mujer.

—Querrá saber por qué estoy aquí.

—Le diré lo justo, que eres sospechoso por el simple hecho de haber estado en la cervecería el día en que mataron a esa mujer.

—Pero no le cuentes lo que hice.

—No te preocupes, de todos modos el inspector tiene razón en lo que te ha dicho antes —inspector y abogado cruzaron fugazmente sus miradas—, puede que sea conveniente que te sinceres con ella antes de que le llegue la información por cualquier otra parte.

—No sé cómo hacerlo.

—De momento duerme y descansa, eso es lo más importante y lo único que puedes hacer en estos momentos. Mañana verás las cosas de otro modo. No te ofusques.

—¿Podemos hablar un minuto a solas antes de que lo bajen de nuevo a calabozos?

—Está bien, pero solo un minuto. Salga al pasillo.

—José Antonio, los he forzado a pedir la orden de registro para tener tiempo a ir a tu oficina si es necesario. ¿Qué más, aparte de las bragas pueden encontrar allí? No dudes que encontrarán cualquier cosa por muy escondida que esté.

El abogado estaba pensando en un cuchillo manchado de sangre, José Antonio lo miró con extrañeza.

—¿Qué crees que puedo tener allí escondido?

—Dime solo si puede haber algo más, y si lo hay, dime dónde está y quién me puede dar las llaves de la oficina. Es importante que llegue antes que ellos si hemos de interceptar algo. Vamos, joder, me estoy jugando la carrera.

—Por favor —dijo el inspector—, vayan terminando.

—¿Qué me dices? —preguntó de nuevo el abogado haciendo caso omiso al inspector.

—No hay nada.

—Quiero que estés seguro de ello, ¿lo estás?

—Lo estoy.

—Bien, mejor así. En ese caso recuerda, lo mejor que puedes hacer ahora es dormir.

Pero no durmió en toda la noche.

6

♦

—¿Cómo te ha ido con el sospechoso? —le preguntó el comisario.

Gregorio le hizo un resumen del interrogatorio y añadió:

—No creo que sea culpable, es un infeliz que ha echado un polvo cuando, y con quien no debía.

—¿Tú crees? Yo no estaría tan seguro, a veces los que tienen cara de buenos son los peores, y tu ya no eres ningún novato como para que te dejes llevar por las apariencias.

—Cuando comprobemos las huellas de la escena del crimen con las suyas, estoy seguro de que aparecerán docenas coincidentes en el cuarto de baño. Si hubiera sido él el asesino las hubiera borrado.

—¿Y si no aparecen huellas suyas?

—Así y todo seguiré pensando que no ha sido él, si no hay huellas es porque las ha borrado el que ha matado a la mujer. Ese tipo es incapaz de matar a una mosca, se lo digo yo.

—Sí, pero tu teoría de las huellas no se sostiene. Si el asesino las hubiera borrado, no hubiésemos encontrado ninguna, y en cambio, el lugar estaba lleno de ellas, así que si no hay ninguna del sospechoso, eso querrá decir que entró allí con guantes, y eso no se hace si no se va con malas intenciones, ¿no te parece? Es absurdo ponerse guantes y no usar condón.

—En ese caso aparecerán huellas suyas. No creo que sea el asesino.

—Mira, te voy a decir lo que yo pienso, y quiero que lo tengas muy en cuenta antes de descartar ninguna opción. Imagínate que este tipo es realmente un asesino, pero que esa noche no tenía pensado matar

a nadie, así y todo, acostumbra siempre a llevar un cuchillo encima, un cuchillo pequeño muy, muy afilado, casi como un bisturí. De repente se encuentra con la víctima perfecta, pero va con sus amigotes y no puede actuar abiertamente. Habla con ellos, insinúa que se la puede tirar, ellos le ríen la gracia, le dicen que eso no se lo cree ni él, y al final se pavonea con algún «ahora veréis si puedo o no puedo». ¿Me sigues hasta ahí?

—Sí.

—Luego pasa lo que él te ha contado, solo que después de tirársela, la mata y sale del cuarto de baño como si nada. Se hace otra cerveza y luego se van a casa. ¿De qué le hubiera servido borrar las huellas?

—Eso está muy bien comisario, ¿pero qué me dice de la sangre?

—¿La sangre?

—Sí, ¿como le mete veinte cuchilladas y sale del cuarto de baño sin una sola gota de sangre encima?

—Eso flojea, es cierto, pero echaron un polvo, ¿no?, igual el tío se desnudó dejando la ropa a salvo y luego se la puso. La sangre de las manos y de la cara pudo limpiársela allí mismo.

—Demasiado arriesgado.

—Pero no imposible, y de momento es el sospechoso número uno, y no quiero perderlo mientras no tengamos algo mejor, ¿está claro? Así que no se os ocurra dejarlo en libertad.

—Mañana lo llevamos ante el juez, será él quien decida lo que hacer al respecto, ya sabe cómo funcionan estas cosas.

—Sí, nosotros los cogemos y ellos los sueltan.

—No siempre es así. Eso es un tópico.

—¿Y por qué no lo retienes hasta el límite de las setenta y dos horas?

—No parece que tengamos una excusa razonable.

—No la necesitamos y no deberíamos haberlo interrogado tan pronto. Lo mejor es que maduren un poco en los calabozos, apurar las setenta y dos horas antes de subirlo aquí arriba, lo sabes muy bien, eso los ablanda.

—No le digo que no, pero no me ha parecido apropiado en este caso.

El comisario lo miró con cierta condescendencia.

—Eres bueno, pero demasiado blando, siempre te lo digo.

Gregorio no le siguió el juego al comisario y cambió de tercio.

—Por cierto, señor comisario, acabo de recoger el informe de la autopsia.

—¿Por qué ha tardado tanto? teníamos que haberla tenido al día

siguiente.

—Ya sabe, la típica falta de colaboración del ministerio de Justicia.

—¿Del ministerio de Justicia o de tu amigo el carroñero?

—¿Importa eso?

—No, no importa, pero se la tengo jurada al tipo ese. Dame a ver.

Gregorio le entregó el informe al comisario, que como era habitual, y sabiendo que todos los informes de autopsias contienen un noventa y nueve por ciento dedicado a una aburridísima y minuciosa palabrería describiendo el procedimiento utilizado, los órganos de la víctima, su estado de salud anterior a la muerte y mil cosas más que no le interesaban en absoluto, se dirigió directamente al final del documento, que tampoco le dijo nada nuevo, salvo que no parecía que la hubiesen violado. Había tenido relaciones sexuales, e incluso había un análisis del semen encontrado, pero no parecía haber sido forzada. Las cuchilladas seguían siendo las veinte que había anticipado el forense en el levantamiento del cadáver, y solo un par de ellas eran mortales de necesidad, las otras eran superficiales o afectaban a órganos menos sensibles. Tenía algunas abrasiones en la cara, aparentemente ocasionadas por una mano, posiblemente enguantada, que sin duda le impidió gritar, y poco más.

Si era así y las relaciones habían sido consentidas, o bien el sospechoso que tenían en el calabozo no tenía nada que ver con la muerte, o primero se la tiró, consentidamente, y luego, la mató. En definitiva, el informe de la autopsia no lo excluía en modo alguno, y tampoco hacía evidente su culpabilidad. Estaban casi como al principio.

—¿A quién nos falta interrogar?

—Bueno, ya hemos interrogado a los tres amigos del detenido, a la mujer de la limpieza, al dueño de la cervecería... Falta interrogar a los vecinos de la víctima, ya tenemos su último domicilio. También puede que sea interesante que interroguemos a su exmarido, estaba divorciada.

—¿Algún camarero?

—En la cervecería trabajan un par, pero el día del crimen no había ninguno de ellos por allí, a ninguna hora, ¿quiere que les hagamos alguna pregunta?

—Ya veremos, no lo descarto, pero de momento centrémonos con los vecinos y el exmarido. Oye, ¿seguro que no había ninguna cámara en el local?

—Eso parece, solo estaba la del portátil del dueño, pero tenía el ordenador apagado, y según nos dijo, nunca la había utilizado. De

todos modos, hemos conseguido la grabación de un cajero cercano, pero no está lo bastante cerca y dudo que nos sirva de mucho, de todos modos haremos todo lo posible.

—Hay que preguntar por los alrededores, envía unos cuantos hombres y que indaguen por allí. Es posible que alguien viera algo, cualquier cosa.

—Ya estuvimos preguntando el día en que se encontró el cadáver.

—Da igual, seguid preguntando, puede que tropecéis con alguien nuevo a quien no vierais el otro día y os cuente algo de interés.

—Lo haremos.

—¿Han dicho algo interesante los amigotes del detenido?

—No, estaban los tres bastante asustados, y parecía cierto que ninguno sabía nada del asesinato. Lo que está claro es que envidiaban a su amigo por haberse beneficiado a la mujer el otro día, pero estoy seguro de que todos se alegran ahora de no haber sido ellos.

—Poca cosa...

—Sí, y además, todos defienden la inocencia del detenido. Dicen que es una buena persona, solo que un poco mujeriego, de los que les gusta cuidarse, ir al gimnasio, hacer pesas, jugar al *paddle*... pero que no es ningún asesino.

—Esas cosas nunca se saben hasta que ocurren. Nadie está en el interior de la mente de otro, así que esas afirmaciones no nos sirven para nada.

—Lo sé comisario, pero como ya le he dicho, y disculpe que insista, yo estoy con ellos. No me parece culpable, por muy capullo que sea.

—¿Capullo?

—Está claro que tirarse a una desconocida sin usar condón es de ser un capullo. Cualquier día le pegarán el sida, y a tomar por culo su interés por la salud y los gimnasios. Lo malo es que acabará pegándoselo a su mujer y a saber a cuántas más antes de darse cuenta de que lo tiene.

—En eso tienes razón.

5
•

Sé que has sido tú

1
♦

Seguían pasando los días y continuaba sin dormir, se sentía tan extraño e irreal como un personaje de dibujos animados en dos dimensiones, y le llegaban a menudo frases a la cabeza que nunca sabía de dónde provenían, pero que seguramente las habría leído o serían de alguna película. Frases que se ajustaban a su realidad, si es que de algún modo estaba viviendo una verdadera realidad y no era todo una pesadilla de la que no era capaz de despertar y alejarse, como a veces empezaba a temerse; uno de esos sueños de los que uno quiere despertar y no le es posible hacerlo.

Le ocurría como a la protagonista de *Alicia en el país de las maravillas*, que se había adentrado en un mundo irreal, tropezando a cada momento con situaciones poco creíbles y un tanto absurdas.

"Nunca te duermes completamente, y nunca estás del todo despierto".

"Nunca te duermes completamente, y nunca estás del todo despierto".

"Nunca te duermes completamente, y nunca estás del todo despierto".

"Nunca te duermes completamente, y nunca estás del todo despierto".

"Nunca te duermes completamente, y nunca estás del todo despierto".

Esa era la frase que le estaba martilleando la cabeza toda la mañana, como cuando se le pegaba alguna odiosa canción del verano y no podía dejar de tararearla.

A esas alturas, ya era incapaz de distinguir muy bien si en algún momento se había dormido o no, perdía cada vez más a menudo la noción del tiempo y la confusión aumentaba a su alrededor, recordaba cosas que no estaba seguro de haber hecho porque pensaba que tal vez eran sueños... Esos malditos sueños que tenía con los ojos abiertos.

No sabía si soñaba despierto, o por el contrario, soñaba que estaba despierto, lo cual le parecía una paradoja insufrible... soñar que

estaba despierto.

La exagerada realidad que percibía en algunas de esas extrañas visiones, a veces contrastaba con otras, más raras todavía, que las percibía como si fueran copia de una copia, de otra copia... y a veces hasta desaparecían los colores en ellas, solo veía una escala de grises cambiante, escala de grises que según pasaba el tiempo aumentaba en contraste, desapareciendo los grises intermedios hasta derivar en una combinación de blanco y negro puros, sin grises de ninguna clase, y de grano muy elevado, como de fotografías que hubiesen sido ampliadas más de lo que permitía la calidad del negativo. Pero a pesar de que no había color en esas imágenes, y de la mala calidad de las mismas, sabía que había sangre en ellas, mucha sangre. Eran imágenes crudas e impactantes, aun faltándoles el componente explícito del color.

No podía distinguir el lugar, no había referencias suficientes en las imágenes que se lo permitieran, podría ser casi cualquier sitio, solo sabía que se trataba de un lugar muy estrecho y oscuro. A la vez que veía esas imágenes, podía oír gemidos ahogados en su cabeza, pero ninguna palabra inteligible que le pudiera dar pistas sobre lo que ocurría. Era una mujer, sí, la de los gemidos era una mujer. Ella murmuraba, quería gritar, quería hablarle... a él, pero alguien no la dejaba hacerlo, alguien se lo estaba impidiendo porque tenía la boca tapada con una mano enguantada, o eso parecía adivinarse en la penumbra. No las distinguía bien pero eran unas imágenes que se le repetían mentalmente desde hacía tres días. ¿Cuándo las había visto por primera vez? No estaba seguro, puede que fuera la segunda vez que bajó a llamar a Edurne, pero ella tampoco estaba en esa segunda ocasión, había vuelto a llamarla a pesar de que era de madrugada. Recordaba haber estado golpeando la puerta, era consciente de que no eran horas de ir de visita, tal vez Edurne sí que estaba y no quería abrir, o estaba durmiendo profundamente y no escuchaba los golpes. Pero lo peor de todo era que ni él mismo sabía con certeza si había vuelto a bajar a ver a Edurne o se lo había imaginado, en cualquier caso vio esas imágenes mientras su mano, en la verdadera realidad, o tal vez en alguna realidad paralela o alucinación suya, golpeaba la puerta de Edurne. Los golpes... sordos... lejanos, se transformaron en su cabeza como pasos. Las pisadas de alguien que caminaba con sigilo, pero no era Edurne, Edurne no caminaba de ese modo, y los pasos no provenían del interior de la vivienda, los pasos estaban en su cabeza, muy adentro, en el fondo, justo donde se ocultan los peores temores, aquellos que no queremos que salgan nunca a la luz.

Y eran pasos de hombre.

Golpeaba la puerta y al mismo tiempo oía las pisadas, más golpes, más pisadas, hasta que dejó de golpear la puerta y los pasos dejaron de oírse. El hombre se había detenido, y fue entonces cuando, rodeado de oscuridad, el sonido de los pasos fue sustituido por el de los gemidos.

No solo oía, sino que además, pronto empezó a "ver" esas imágenes en blanco y negro, imágenes de terror, como de película de Alfred Hitchcock, deteriorada por los años, como unas fotocopias muy oscuras y de muy baja calidad, esa copia de otra copia que le había venido a la cabeza cuando quiso definirse a sí mismo la sensación percibida. Y sangre, una gran cantidad de sangre salpicándolo todo, ¿por qué sabía que era sangre si estaba todo tan oscuro y tan negro? No había nada rojo por ninguna parte, pero tenía la certeza de que se trataba de sangre, porque no solo podía ver y oír, sino que también percibía olores, el olor del miedo... y de la sangre, ese olor tan especial, combinación de materia orgánica y metal.

Pero eso fue solo la primera vez, la segunda ocurrió esa misma noche algo más tarde, cuando John volvió a casa a altas horas de la madrugada, él ya había subido y estaba otra vez en el cuarto de John, el cuarto que había sido de María y suyo, el cuarto en el que tantas veces le había hecho el amor a su mujer...

Y era allí donde seguía estando el misterioso macuto, continuaba tan cerrado como siempre, asomando uno de sus extremos por la puerta del armario. Tentador... Hilario no había sido testigo de su apertura ni una sola vez, y el comportamiento sospechoso de John, que parecía no necesitar nunca el contenido de su equipaje, era cada vez más extraño.

Cuando llamaron a la puerta, estaba de pie justo delante del macuto, mirándolo con fijeza, sin tocarlo, como intentando averiguar mentalmente su contenido.

Llevaba varios minutos quieto, sin hacer nada, sin pensar, sin apenas parpadear, el tiempo no transcurría a la velocidad acostumbrada, ahora transcurrían los días con lentitud, nunca le había pasado a Hilario el tiempo tan despacio, salvo tal vez, cuando era niño, días antes de la llegada de los Reyes Magos, donde cada segundo de espera parecía convertirse en una hora lenta y angustiosa y le costaba tanto dormirse, hasta que el agotamiento lo vencía implacable.

Oía los golpes de la puerta pero su cerebro no sabía interpretarlos. Pasaba de las tres de la madrugada, era John quien golpeaba la puerta, pero no la puerta de Edurne —aunque sonase igual—, sino la

suya, y esos golpes, lejanos y sordos, finalmente consiguieron sobresaltarlo y empezó a confundirlos con pisadas que provenían de lo más profundo de su cabeza. No pudo evitar sorprenderse, a pesar de que estaba pendiente del regreso de John.

No parecía normal que llegase tan tarde, y desde luego no le había dejado llaves de casa, ni tenía pensado hacerlo, pero consideraba una falta de respeto por parte de su invitado llegar a esas horas de la madrugada sin avisar.

Desde que había ido a recoger a su huésped al aeropuerto, intentaba, cada vez más, mantener un cierto distanciamiento. Las sospechas y los temores iniciales se habían transformado en verdadero terror y no tenía ni idea de cómo afrontar la situación. Se sentía amenazado en su propia casa. Si pudiera hacer que desapareciera de su vida...

Finalmente abrió la puerta, ¿cuánto tiempo había estado llamando?

—Hilario, —le dijo John al abrirle este la puerta—, no sabes cuánto siento haber vuelto tan tarde y sin avisar, y más sabiendo que tenías que abrirme tú porque yo no llevo llaves.

¿De dónde vienes a estas horas?

Esto no es un maldito hotel donde puedas pedir las llaves al conserje cuando te dé la gana. Estás en un jodido domicilio particular que no puede estar a tú disposición las veinticuatro jodidas horas del día —pensó sin atreverse a decirlo en voz alta.

—Después de cenar he estado de copas y no he sido consciente de la hora, de veras que lo siento. Me he dejado llevar y he acabado liado por ahí, por la zona de Cánovas, ¿la conoces?, claro, ¿cómo no la vas a conocer si está a un paso de aquí? Yo soy el forastero, no tú. Hacía muy buen tiempo y había un montón de sitios abiertos.

John no dejaba de hablar y hablar, y cada vez Hilario prestaba menos atención a sus palabras, que se iban perdiendo en el éter sin llegar a ser interpretadas por su cansado cerebro.

—Menos mal que tienes insomnio y no te habré despertado —añadió John.

—Hombre, gracias..., todo un detalle por tu parte.

—Quiero decir, que al menos no te has despertado por mi culpa a las tres de la mañana. ¿Qué te pasa?

Hilario se había puesto lívido y sentía como una especie de vahído, con cierta flojera en las piernas y un sudor a lo largo de la columna vertebral que le provocaba escalofríos.

—Nada, no me pasa nada. ¿Vas a entrar o no? —preguntó más impaciente de lo que hubiera querido mostrarse.

—Sí, claro, voy a acostarme, tengo sueño, ¿tú no?, oh, perdona, otra vez he metido la pata. Oye, en serio, perdona, pero hay días en los que me comporto como un torpe..., deben de ser las puñeteras cervezas. He perdido la cuenta de las que he bebido esta noche.

—Déjalo ya. No pasa nada.

Hilario lo dejó entrar, apartándose todo lo que pudo de la puerta, como queriendo evitar cualquier contacto físico con John, sentía una especie de rechazo, un magnetismo opuesto. Las imágenes en blanco y negro se estaban repitiendo en segundo plano, mientras en primer plano veía a John en la puerta, moviendo los labios, pero sin poder oír todo lo que decía, ambos planos se estaban fundiendo, pero ganaba importancia el plano en blanco y negro con las manchas oscuras. Manchas de sangre... negra.

Lo estaba viendo de nuevo, cada vez eran más crudas las imágenes, más impactantes, algo alrededor de John parecía materializarse como una especie de aura, pero no un aura de colores brillantes como la de los estudios que hacían en la feria esotérica que él solía visitar todos los años en Nuevo Centro, la de John era un aura oscura, distorsionada, un aura que le estaba diciendo que John acababa de hacer algo horrible, no sabía qué, pero sintió miedo, rechazo. ¿Era John quien sujetaba la boca de la mujer de su extraña visión? No podía verle la cara.

—¿De veras que no te pasa nada? —insistió John.

El aura desapareció espontáneamente y los oídos le silbaron hasta hacerle daño.

—Ya te he dicho que no me pasa nada. Entra.

Hilario se quedó mirando la ropa que llevaba puesta John, los vaqueros, que eran parecidos a los que tenía puestos al salir, pero no eran los mismos, ¿o sí?, y el polo, parecía de otro color, y la marca no coincidía, ahora se parecía más al que él mismo llevaba puesto en esos momentos, sí, y los vaqueros también eran muy parecidos, claro que al final casi todos los vaqueros se parecen entre sí. Se había cambiado de ropa y lo había hecho después de irse. La ropa que ahora llevaba tenía que haberla comprado esa misma tarde porque no la había cogido del macuto, pero ¿qué había hecho con la otra? No tenía sentido que la hubiera tirado; era ropa nueva. ¿Y por qué se había vestido como él? ¿Qué pretendía?

John se desvistió y se acostó en calzoncillos dejando la puerta del dormitorio entreabierta. Hilario prefirió no ir a su cuarto y quedarse en un lugar desde el que pudiese controlar cualquier movimiento nocturno de su huésped. No sabía lo que había hecho John esa noche, pero estaba seguro de que era algo muy grave, de eso parecía

no haber duda. Veía manchas de sangre pero no sabía cómo se habían producido. Se maldijo por las cosas que le ocurrían y por no saber cómo manejarlas, le faltaba decisión. Si al menos, ya que parecía tener de pronto extrañas habilidades psíquicas, estas aprovecharan para algo..., pero ¿de qué le servían?, no podía distinguir entre los extraños sueños lúcidos que tenía de tanto en tanto sin llegar a dormirse, con las alucinaciones o la sensación de estar leyendo la mente de la gente. Ni siquiera sabía si lo que oía era real o imaginario. Era todo tan extraño que al final lo único que escuchaba dentro de su cabeza era como si un centenar de grillos se hubieran puesto de acuerdo para anidar en su interior y cantaran todos a la vez sin nadie que dirigiese su estrafalaria sinfonía.

Se cogió la cabeza con ambas manos presionándose las sienes y cerrando los ojos con fuerza intentando acallar el cricrí de los grillos, tenía la sensación de que iba a estallarle el cerebro en cualquier momento.

Cri...
Cri...
Cri...
Cri...
Cri...
Cri...
Cri...
Cri...

¿Cómo sonaría un cerebro al colapsarse y estallar?

¡Pluf!
¡Bum!
¡Chof!

Acabó riendo. Carcajeándose de sí mismo, de su propia locura.

¿Qué había hecho John esa noche? ¿Por qué se había cambiado de ropa? ¿Qué escondía en el macuto?

¿Cómo pretendía saberlo si ya ni siquiera estaba seguro de lo que él mismo había estado haciendo?

¿... ?

2

♦

No terminaron ahí sus visiones, la crisis continuaba y dos días después todavía se repetían, aún así, seguía sin distinguir nada que le permitiera identificar a ninguno de los intervinientes en su particular alucinación.

John salía de casa y volvía a entrar sin dar demasiadas explicaciones, y lo cierto era que él tampoco se atrevía a pedírselas. Se limitaba a vigilarlo con una mirada extraviada mientras dormía, y por si fuera necesario defenderse, llevaba un cuchillo afilado en el bolsillo. Le hubiera gustado tener una pistola, pero no sabía cómo, ni dónde conseguirla. Tal vez una escopeta... creía recordar que en algún sitio debía de tener guardada la de su padre, pero no recordaba dónde. Ni siquiera estaba seguro de conservarla después de tantos años, y además, una escopeta no podría llevarla de cualquier manera escondida en el bolsillo. Tendría que conformarse con el cuchillo y el factor sorpresa que seguía estando a su favor. Al fin y al cabo, John no podía sorprenderlo durmiendo porque él siempre se mantenía despierto, alguna ventaja tenía que tener ser insomne.

Lo que más le molestaba era que John seguía llegando muy tarde por las noches, sin importarle, al menos en apariencia, las molestias que esto le pudiera suponer a Hilario, y no podía evitar que le molestara ese comportamiento, a pesar de que bien mirado, le favorecía porque mientras estaba fuera no necesitaba vigilarlo.

Así y todo, la segunda noche que llegó tarde, estuvo tentado de no abrirle, a modo de castigo, pero no soportaría que John siguiera llamando a la puerta una y otra vez, como en una letanía de percusión africana, y sabía que no dejaría de hacerlo hasta que acabara abriéndole. Cada nuevo golpe en la puerta le retumbaba como si recibiera un mazazo en las sienes y sentía la necesidad de cubrirse la cabeza con las manos y gritar, aunque se contuvo y acabó abriéndole.

Lo vigiló una noche más, pero su capacidad de concentración se había deteriorado en los últimos días y le resultaba casi imposible mantener la atención, ni siquiera podía leer. El picor de cabeza se había incrementado, así como la mancha visible de la frente. Tendría que comprar alguna crema antes de que siguiera creciendo. Cada vez que avanzaba varias páginas de cualquier libro, tenía que detenerse porque no recordaba nada de lo leído y se veía obligado a retroceder una y otra vez, hasta hartarse y acabar lanzando el libro contra la pared. Con la televisión le pasaba algo parecido, se quedaba mirándola, pero apenas distinguía unos programas de otros, y empezaba a temer que a pesar de no dormir, llegase el momento en que no se percatara de los posibles movimientos de John a su alrededor.

Cada día que pasaba, John estaba más horas fuera de casa que dentro, al contrario de lo que le sucedía a él que apenas salía para

nada. Seguía alimentándose de las conservas compradas en el supermercado la semana anterior y encargando alguna *pizza* de vez en cuando, rechazando todas las invitaciones a comer o cenar que le hacía su extraño huésped con una amabilidad que a él le parecía fingida y falsa. Pensaba que cuanto menos tiempo pasasen juntos, menos peligro correría.

Estaba viendo de nuevo la televisión, cuando llamaron a la puerta. Como no esperaba a nadie, pensó que sería John a pesar de la hora temprana y abrió sin preguntar. Para su sorpresa, dos policías muy jóvenes se identificaron, placa en mano, diciéndole que necesitaban hablar con él sobre un crimen sucedido días antes.

—¿Un crimen?, ¿cómo que un crimen?

—Sí, ¿no ha oído hablar de ello?

Lo cierto era que no había oído nada al respecto, claro que llevaba varios días sin salir de casa y tampoco había visto las noticias en la tele, pero sintió una cierta inquietud al imaginar que el crimen del que hablaban podría estar relacionado con sus últimas visiones y con sus sospechas sobre las actividades nocturnas de John.

—Se trata de su vecina, la del primer piso...

—¿Edurne... ? —sintió como un desfallecimiento y le fallaron las piernas—, perdón, ¿me permiten sentarme?

—Por supuesto, está usted en su casa.

—Pasen por favor —los invitó a pesar de que no quería ser amable con ningún policía, y menos si iban a su casa a interrogarlo, pero se trataba de Edurne, y la sorpresa había bajado sus defensas. ¿Cómo era posible que la hubiesen asesinado y que ni siquiera se hubiese llegado a enterar?

Los policías entraron tomando nota mental del desorden y la escasa limpieza reinante en toda la estancia. A ambos les había llamado también la atención el mal aspecto de Hilario, e intercambiaron una mirada de complicidad entre ellos.

—¿La conocía personalmente?

—Sí, claro, éramos vecinos desde hace bastantes años.

—¿Vive usted solo?

Por un instante estuvo a punto de decir que vivía con John, y que John era a quien tenían que interrogar porque a buen seguro sabía algo de lo sucedido con Edurne, pero prefirió no mencionarlo, sin saber muy bien por qué. Se limitó a seguir un impulso del que posiblemente se arrepintiera más tarde.

—Sí, desde que me quedé viudo hace un par de años.

—Lo sentimos.

—... con el tiempo uno se va haciendo a la idea, aunque nunca

nada vuelve a ser como antes.

—Lo imaginamos —dijo uno de ellos mientras el otro se limitaba a asentir, como compartiendo opinión.

—¿Les importa que fume? —dijo mientras sacaba un pitillo y lo encendía sin esperar a que le contestasen.

—No, por supuesto —contestó amablemente uno de ellos.

—¿Quieren uno?

—No, gracias, ¿a qué se dedicaba su vecina?

Le pareció una pregunta curiosa; tantos años de vecinos, y lo cierto era que no tenía ni idea de a qué se dedicaba Edurne. Suponía que tendría algún trabajo, aunque también era posible que viviese de la pensión que sin duda le pasaba su exmarido.

—Pues la verdad es que no lo sé. No teníamos una relación más allá de un "hola" y "adiós" cada vez que nos cruzábamos en la escalera.

—¿Tampoco sabe si recibía visitas de algún tipo?

—No, como ella vive en el primero, lo cierto es que si recibía a alguien no pasaba por aquí, así que difícilmente iba yo a enterarme. Sé que llevaba bastante tiempo separada, pero no tengo ni idea de si mantenía alguna relación o compartía piso con alguien.

—¿Y usted?, ¿nos puede decir a qué se dedica?

Y ahora a qué viene esa pregunta. ¿Qué coño queréis de mí? ¿Acaso soy sospechoso del crimen?

—Me jubilé hace un par de años. Trabajé durante treinta años en un banco. Era cajero.

—Es usted muy joven.

—Bueno, no tanto, tengo cincuenta y siete años.

—Entonces se jubiló con cincuenta y cinco.

Vaya, veo que en la academia de policía os enseñan a contar.

—Sí, entré en un programa de jubilaciones anticipadas, ya saben, por todo eso de las fusiones bancarias y el cierre de oficinas. Están cada vez más informatizadas y se necesita menos personal. Cuando yo entré a trabajar éramos unas veinticinco personas en la oficina, y ahora son solo cuatro o cinco y puede que tengan más clientes que entonces.

—Le vamos a dar el teléfono de comisaría por si en un momento dado se entera de alguna cosa. También es posible que necesitemos que venga un día de estos a tomarle declaración. ¿Tendría algún inconveniente en ello?

—No, en absoluto, pero díganme, ¿cómo ha ocurrido?

Los policías intercambiaron otra mirada entre ellos. Mirada que captó Hilario y que interpretó como que ya habían sacado alguna

conclusión precipitada. Tal vez pensasen que como no les había preguntado nada sobre el asunto, pudiera ser que supiera más de lo que decía. Por un momento sintió un cierto alivio por haber preguntado, no le hacía ninguna gracia estar en el ojo de mira de la policía.

—La asesinaron en una cervecería de la zona de Cánovas.

—¿Qué día fue eso?

—Hace cuatro días.

—¿Por la noche?

—¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada, simple curiosidad.

—Fue de madrugada.

Todo parecía coincidir; la habían matado justo la noche de esas extrañas visiones, y John llegó a casa pasadas las tres de la madrugada. Estaba la sangre, el aura, todas sus alucinaciones... No había llegado a distinguir su rostro ni su voz, pero la mujer de la visión era Edurne, y la mano enguantada...

—No somos nadie —le había salido la afirmación como en una película de serie B en blanco y negro. Pensó que había sonado cursi y poco sincero.

—Aquí tiene nuestro teléfono. Por favor, si decide llamar, pregunte por el inspector Gregorio que es el encargado de la investigación.

—Lo haré.

—¿Nos da su teléfono por si necesitamos que se pase por comisaría?

—Sí, claro, tomen nota.

Hilario les dijo el número y notó que tuvo cierta dificultad por recordarlo. Su propio numero de teléfono y por un instante sintió como que lo había olvidado. Era preocupante.

Los policías salieron tras haberse despedido con amabilidad fingida. Hilario se quedó sentado donde estaba, mirando la puerta con la mirada extraviada, pensando si había sido prudente no decirles que compartía piso desde hacía algunos días con un extranjero de comportamiento sospechoso. Tal vez debiera decirlo si lo llamaban a declarar.

Edurne... así que eres tú a quien estoy viendo desde hace días en mi cabeza. La que quiere gritar y no puede. Pensar que te fui a buscar para que en cierto modo me protegieras de John, y al final tú eres la que ha resultado muerta. Dios Bendito...

Estaba casi seguro de que John era quien lo había hecho, ¿pero cómo podía decirle eso a los policías? ¿En qué podía basarse para hacerlo? ¿En unas visiones en blanco y negro? ¿Iba a decirles que

tenía percepciones sensoriales ocasionadas por un insomnio galopante?, ¿que leía la mente de la gente y que veía las cosas como en una película de colores brillantes y en 3D? No podía hacer una cosa así sin que lo tomaran por loco y marcaran con una enorme cruz roja su expediente, como sospechoso número uno.

No podía decirse que lamentase la muerte de Edurne de una forma especial, se sentía extraño por el hecho de que no volvería a verla nunca más, ni se le volvería a insinuar en ningún momento, pero se engañaría a sí mismo si se decía que sentía profundamente su muerte, más bien le resultaba indiferente, como algo muy ajeno y lejano que no pudiera llegar a afectarle. Lo único que sentía, era que él tenía metido en casa al posible asesino y que en cualquier momento podría decidir hacer lo mismo con él. Solo le quedaba una opción razonable, y era deshacerse de John antes de que él decidiera matarlo. Sonaba duro, nunca había planeado matar a nadie, pero tenía que hacerlo. Era su vida o la de John.

3

—Señor inspector, tal y como nos ha encargado, ya hemos interrogado a los vecinos de la víctima, y a los propietarios de los comercios cercanos. Solo nos falta localizar al exmarido que por lo visto está de viaje en el extranjero.

—Muy bien, preparadme un informe de todo para poder comentarlo con el comisario. ¿Algo destacable?

—Uno de los vecinos es un tipo muy raro.

—¿Quién?

—El del cuarto, un tal Hilario Ruiz. Un tipo delgado, hecho un desastre, con ojeras que le llegan a las rodillas, sin afeitar, una especie de infección en la frente, y que por lo visto lleva un par de años jubilado. Además, parece que se drogue.

—No creo que nuestro asesino sea tan mayor.

—Bueno, no es tan mayor, solo tiene cincuenta y siete, pero parece que lleve un siglo sin dormir.

—¿Has dicho Hilario Ruiz? —intervino el comisario que acababa de llegar con un café humeante en la mano y un cruasán recién comprado en la panadería de enfrente en la otra. Todavía estaba caliente.

—Sí, señor comisario. ¿Lo conoce?

—Hace un montón de años conocí a uno que se llamaba así.

Siempre me quedé con ganas de enchironarlo. Trabajaba en un banco.

—Pues puede que sea el mismo, este dijo que estaba prejubilado, pero que había trabajado como cajero.

—Sería interesante que fuera el mismo —pasadme copia de ese informe cuando lo terminéis.

—Sí comisario.

—Ha insistido en que no tenía ninguna relación con la víctima, pero en cambio, la mujer del supermercado cercano recuerda haberlo visto hablar con ella hace apenas unos días en su establecimiento.

—¿Cómo sabes que se refería a él?

—Bueno, por la descripción. La mujer sabía que eran vecinos, y lo ha descrito como una persona un tanto extraña, delgado, con los ojos saltones y enrojecidos. Podemos seguir indagando, pero creo que debe de tratarse del mismo, ningún otro vecino coincide con esos rasgos.

—¿Habéis estado preguntando en otros comercios de la zona?

—Sí, la mayoría son regentados por chinos, ninguno parecía conocer a Edurne y no recordaban haberla visto por ahí, ni siquiera los que tienen los bares o las peluquerías a pocos metros.

—Está claro que no quieren verse involucrados, la mayoría estarán aquí sin papeles y lo último que les interesa es que los llamemos a declarar y les pidamos el jodido pasaporte.

—Sí, es posible.

—Buen trabajo.

—Gracias comisario. ¿Quiere que lo traigamos?

—¿A Hilario?, seguramente lo haremos pronto, terminad primero el informe y ya decidimos qué hacer. Por cierto —dijo dirigiéndose al inspector—, ¿sabemos algo del video del cajero?

—Lo tengo para revisar de nuevo, apenas se distingue nada en la grabación. A duras penas se reconoce a la víctima entrando al local, y se ve gente entrar y salir, pero sería imposible hacer identificación alguna basándose en esas imágenes.

—¿No se pueden ampliar?

—La grabación no es muy buena, lo único que se aprecia bastante bien son las imágenes cercanas, la cervecería no solo está al otro lado de la calle, sino algo alejada a la derecha, es visible en la cinta de puro milagro, es de noche, sin apenas luz y se ven como hormiguitas que se mueven a lo lejos. No lo he consultado con ningún técnico, pero dudo que se le pueda sacar más partido.

—De todos modos haz una copia y llévala a algún sitio a ver si pueden mejorar la imagen. No hemos de descartar nada. Espera, en

mi despacho tengo la tarjeta de un tipo que hace montajes de video y cosas así y que es bastante bueno con los efectos especiales, tal vez pueda ampliar la imagen lo suficiente metiéndola en algún programa de edición de esos modernos.

—Como quiera, pero ya le digo que el video es de pena.

—¿El detenido sigue en el calabozo? —cambió de tema el comisario.

—No, lo han llevado hace un par de horas a los juzgados, sigue retenido a la espera de que el juez le tome declaración.

—Quiero que me informes de cualquier novedad.

—Por supuesto, pero ya sabe que lo normal es que el juez lo deje en libertad provisional con cargos después de tomarle declaración.

—¿Ni siquiera tienes esperanza de que le imponga alguna fianza?

—Podría ser, pero en caso de que pida fianza no creo que sea muy elevada y le será fácil cubrirla y salir en libertad. Es un tipo que lleva veinte años en el mismo domicilio, casado, empresario, en fin, que no creo que el juez determine que haya peligro de fuga.

—Hay que joderse. ¿No tenemos ninguna posibilidad de localizar a ningún otro cliente de la cervecería que estuviera allí esa noche?

—Va a ser muy difícil. El propietario tiene instrucciones de avisarnos si ve a alguno, pero ha insistido en que no eran clientes habituales y tampoco creo yo que se fijara lo suficiente en ellos como para reconocerlos en el caso de que alguno acuda de nuevo por allí.

—¿Y si solicitamos la colaboración ciudadana?

—¿Algún anuncio en radio o prensa buscando testigos, por ejemplo?

—No sé, tal vez sea pronto para ese tipo de cosas, pero parece que hemos entrado en una vía muerta demasiado rápido y algo tendremos que hacer antes de que el asesino siga matando.

—Sigue pensando que puede tratarse de un asesino en serie, ¿por qué?

—Pues si quieres que te diga la verdad no lo sé, pero tengo ese pálpito —se tocó el corazón con la palma de la mano.

—¿Por qué no interroga usted al vecino que dicen los muchachos?, ese del banco.

—Lo haré, cuenta con ello, pero quiero leer primero el informe completo con todo lo que han averiguado, de esa manera podré apretarlo más. Si es el mismo tipo, le tengo ganas.

—¿Puedo saber qué ocurrió?

—Yo era inspector, hace bastante de eso, y lo interrogué con referencia a dos casos distintos entre sí. El primero fue un atraco al banco donde trabajaba, creo recordar que era el Banco Central, ese

del Mario Conde.

—Se referirá entonces al Banesto.

—¿Banesto?, es posible, siempre me han parecido todos iguales. El caso es que estoy convencido de que tuvo algo que ver con el robo, colaboró con los atracadores, o incluso puede que fuera el cerebro de todo.

—¿No pillaron a los atracadores?

—No, quedó sin resolver y el seguro del banco se hizo cargo de lo robado. Todo quedó en nada. Tampoco era demasiado, se trataba de un atraco de poca monta, pero me jodió no poder demostrar que el tipo este tenía algo que ver cuando yo estaba convencido de que lo había hecho. Ya sabes a qué sensación me refiero, es una jodida impotencia que no se te va de la cabeza por mucho tiempo que pase.

—¿Y dice que estuvo relacionado con otro caso?

—Hubo otro más reciente, quizás un par de años o tres después de lo del atraco, una estafa en la que había implicadas un montón de sociedades. Una de esas investigaciones de blanqueo de capitales con una trama complicada que acaba en la Audiencia Nacional. Una de las cuentas en la que se movía bastante dinero estaba en ese mismo banco, y curiosamente... muy curiosamente, todos los reintegros en efectivo que se hicieron durante meses a diario los atendió este individuo, a pesar de que había cuatro o cinco cajeros distintos en el banco.

—No parece una coincidencia.

—Puedes jurarlo.

4

—Comisario —era uno de los novatos quien lo llamaba con el auricular en la mano—, le llaman al teléfono.

—Pásamelo al despacho.

El comisario entró en su despacho, un habitáculo de escasas dimensiones que pedía a gritos una nueva mano de pintura y una ventana más grande, iba todavía con restos de otro café en el vaso que ya no humeaba desde hacía varios minutos. Tomaba demasiado café.

Voy a hacerme polvo el hígado con tanta cafeína. ¿Quién coño llamará a estas horas?

—Dígame.

—Vaya Pablo, por fin puedo hablar contigo.

Por un momento se quedó sin saber qué decir. Era su mujer, no

podía dejar de reconocer su voz en extremo aguda y molesta, además de que era la única que a esas alturas lo seguía llamando Pablo, cuando todos lo llamaban “comisario” a todas horas, tanto en el trabajo como fuera del trabajo, pero no esperaba su llamada.

—¿No te han dejado ninguna nota de que te he estado llamando? —continuó ella.

—Pues no, no tengo ninguna nota, aquí no tenemos de eso. ¿Y a ti qué mosca te ha picado ahora?

—Ya veo que te alegras mucho de oírme.

—Sí, claro, un montón, mira, no estoy para que me vayas tocando los cojones, así que dime qué quieres y terminemos pronto que tengo cosas que hacer.

—Tú nunca estás para nada, eres uno de *Los intocables de Eliot Ness*.[12]

—Suéltalo y acabemos de una vez, que tengo trabajo por hacer.

—¿Vas a decirme que no sabes por qué te llamo? No te hagas el inocente.

—Pues no, y sinceramente, no creas que me apetece saberlo. Nunca eres portadora de buenas noticias, cada vez que llamas me amargas el día. ¿Qué te pasa ahora?

—Pues que tengo que llevar una casa yo sola sin ayuda de nadie, con otras dos bocas que alimentar, y aquí no ha llegado el dinero.

—¿Qué dinero?

—Joder Pablo, ¿qué dinero?, la pensión, ¿qué dinero va a ser?, ¿por qué no la has ingresado este mes?

—Y a mí qué me cuentas, ¿has preguntado en el banco?

—Pues no, no he preguntado en el banco. Eso es cosa que lo hagas tú, así que llámales a ver por qué no la han ingresado, a no ser que hayas sido tú mismo el que haya dado instrucciones de no hacerlo, cosa que no me extrañaría.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Tú sabrás.

—La verdad es que hay veces que no me faltan ganas, no te mereces ni un céntimo y llevas sangrándome toda la vida. ¿Por qué no te pones a trabajar de una puta vez? Es muy cómodo vivir del dinero de los demás.

—¿Tus hijas tampoco se merecen ni un céntimo de ti?, además, el dinero que tú ganas es tanto mío como tuyo.

—Oye, que estamos divorciados desde hace casi una década, no digas tonterías, y no metas a tus hijas de por medio, que solo intentas tocarme la fibra sensible, además, una de ellas ya es lo bastante mayorcita como para ganarse la vida. Yo a su edad tenía el

culo pelado de trabajar y llevaba años aportando un sueldo entero a casa. No me quedaba ni para ir al cine.

—Te crees que ahora las cosas son como antes. No es fácil encontrar trabajo, y tienen que estudiar para poder llegar a ser alguien.

—No entiendo esa manía actual de que todo el mundo deba tener al menos una carrera y una par de másteres, alguien tendrá que ser fontanero, o dependiente de unos grandes almacenes, o policía, ¿no?

—¿Es eso lo que quieres para tus hijas? ¿Que estén en una panadería despachando barras de pan, o que sean policías como su padre?

—¿Y por qué no?

—Joder Pablo, son tus hijas, se merecen algo más.

—¿Y yo no merezco nada más?, ¿voy a tener que estar toda la vida alimentándolas? Lo que tenían que hacer es casarse y chuparle la cartera a otro más joven y con más años por delante para trabajar.

—Pues no haberlas tenido, para algo son tus hijas.

—A buenas horas mangas verdes. Lo que no tenía que haber hecho nunca en mi vida es acercarme a ti, ni a dos manzanas de distancia.

—A ver si te crees que yo me alegro de haberte conocido, más me hubiera valido quedarme soltera... o mejor todavía: viuda.

—Eso quisieras tú, haberte quedado viuda. Escucha, el sentimiento es mutuo, y mira por donde, puede que yo me quede viudo antes que tú, que esas cosas... nunca se saben.

—Pero ¡qué macho eres!, se te va toda la fuerza por la boca y en el fondo no sirves para nada, de hecho ni para follar servías.

—Amparo, ya está bien, no juegues con mi paciencia. Me has llamado para reclamarme la pensión. Tomo nota y veo por qué no te la han enviado. Mañana vuelves a mirar en tu maldita cuenta. A ver si te la gastas toda en medicinas.

—Hijo de puta.

El comisario colgó el teléfono con un fuerte golpe, que sonó a baquelita astillada. No quería continuar discutiendo porque sabía por experiencia que nunca le servía de nada. El simple hecho de haber escuchado a su mujer parecía haberle provocado una subida de tensión, se notaba la cara roja como un tomate maduro puesto al sol, y las sienes palpitantes. De haberla tenido delante en esos momentos le hubieran entrado ganas de estrangularla. En realidad las ganas eran las mismas a pesar de la distancia, pero no tenerla cerca resultaba frustrante. Lo más que podía hacer para desahogarse era colgar el teléfono con violencia, era como golpearla a ella. Un golpe que sin duda habían oído sus subalternos, como las voces. No se

había dado cuenta hasta ese momento de que toda la conversación se había desarrollado a gritos, y ahora lo lamentaba porque no quería que la gente de la comisaría conociese su parte más frágil y humana, eso lo hacía vulnerable.

Hija de puta, hija de puta... un día de estos voy a hacer contigo lo que tendría que haber hecho hace veinte años. Maldita la hora en que te conocí.

No se dio cuenta, pero mientras pensaba en su mujer, su mano derecha acariciaba la fría pistola que llevaba en el cinto.

—¿Algún problema, comisario? —le dijo el inspector desde la puerta.

—No, nada, mi mujer, que me tiene hasta los huevos. Por lo visto los del banco no le han abonado la pensión. Tendré que ver si ha habido algún problema o me he quedado sin saldo. Esto del divorcio es como una condena a cadena perpetua, nunca termina. No te divorcies jamás, si algún día no os soportáis tu mujer y tú, que sea ella la que se largue de casa si quiere. Hijas de puta, que son todas unas grandísimas hijas de puta.

—Los chicos ya han terminado el informe. ¿Quiere que se lo traiga con otro café? Ese se le habrá enfriado ya.

El comisario miró un tanto desconcertado el vaso que sostenía en la mano, la discusión con su exmujer lo había abstraído hasta el punto de olvidar que estaba tomando café. Gregorio tenía razón, el contenido del vaso ya se había enfriado sin remedio y debía de saber a demonios. Odiaba el café frío.

—Sí, tráeme uno bien cargado y le echaremos un vistazo a ese informe mientras. Gracias... Y hazme caso con eso de las mujeres. A la más santa deberían de quemarla en la hoguera, y no te rías, coño.

El inspector, que ya conocía el carácter de su comisario y su aversión hacia las mujeres, no pudo evitar sonreír ante tales muestras de frustración, y en el fondo sintió lástima por su superior, que parecía vivir solo para su trabajo, sin ningún otro aliciente ni objetivo en su vida. Tenía que ser triste vivir de ese modo y con tanto odio acumulado. Salió al pasillo y metió unas monedas en la máquina de café que les habían instalado apenas un par de meses antes. Ahora ya no tenían que pedir al bar de la esquina que les trajeran los cafés, y por eso el consumo de cafeína se había disparado entre toda la plantilla. Pasar decenas de veces por delante de la flamante máquina incitaba a sacar un café detrás de otro.

Pulsó a la vez los botones de café largo y café amargo, para que la máquina lo preparase sin azúcar, como sabía que le gustaba al comisario, y aprovechó para sacar otro muy dulce y con leche para

él. Sabía que eso le acabaría abriendo el apetito y tendría que salir a comprarse unos dónuts de azúcar —nunca le habían gustado los de chocolate— que le acabarían produciendo ardor de estómago al combinarse con la mezcla explosiva del café con leche extra dulce, pero tampoco estaba con ánimo de privarse de esos pequeños vicios de tanto en tanto, a pesar de que el uniforme ya le venía más que ajustado por culpa de los kilos ganados en los últimos meses. Al menos con el café con leche se le calmaría el ansia del tabaco, o no, porque ¿qué hay mejor que un buen pitillo después de tomar café?

Se tocó la barriga con la mano con gesto de culpabilidad, en la próxima renovación de uniformes tendría que pedir una talla mayor, eso haría que se sintiera menos gordo durante unos meses, hasta que el cinturón volviera a presionarle más de lo que él querría. Su mujer ya le había dado algún toque de atención, pero en el fondo no parecía importarle demasiado.

Entró al despacho llenándolo de aroma con los dos vasos de café humeante, uno en cada mano, y el informe, de apenas cuatro o cinco hojas grapadas en la esquina superior, sujeto bajo la axila.

—Aquí tiene comisario —le dijo dejándole uno de los vasos frente a él y el informe.

—Joder con los novatos. Vaya mierda de informe. ¿Aquí está lo de todos los vecinos y lo de los comerciantes de la zona? ¿Qué han hecho? ¿Una encuesta de sí o no?

—No sé, la verdad es que no lo he leído todavía, he pensado que usted querría tenerlo enseguida.

—Bueno, la ventaja es que no me va a llevar mucho tiempo.

El comisario dio un trago a su café.

—¡Joder!, ¿Qué es esto?

—¿Perdón?

—¡Esto está asqueroso!

—Es el café de la máquina.

Gregorio miró su vaso y vio que el contenido era más oscuro de lo normal. Por lo visto le había dado al comisario su café con leche, con extra de azúcar.

—Lo siento, creo que le he dado el mío.

—¿Y cómo coño puedes beberte una bazofia así?

5

Tal y como había predicho el comisario, el informe no decía gran cosa, aunque bien mirado, puede que no hubiese demasiado que

decir; después de todo, se trataba de unos simples vecinos y algunos tenderos de los alrededores que apenas tenían relación con la víctima. Lo más significativo del informe era precisamente lo que ya había anticipado uno de los policías: el mal aspecto del tal Hilario, su aparente consumo de drogas o alcohol, o ambas cosas, y la posibilidad de que fuera el mismo tipo que en cierto modo se le escurrió de entre los dedos en dos ocasiones anteriores en sus primeros tiempos de inspector.

Pero quitado de eso y del comentario de la mujer del supermercado que lo identificaba como que había estado manteniendo una conversación íntima con la víctima, no había nada. Y si lo analizaba fríamente y sin prejuicios —cosa que le costaba un esfuerzo considerable al tratarse de Hilario—, nada de eso lo incriminaba tampoco, al menos no de forma contundente. Conocía por experiencia ese tipo de declaraciones maliciosas, ¿a qué se referiría la mujer del supermercado con una conversación "íntima"?, ¿qué intimidades se pueden hacer en un supermercado? Tampoco decía que se hubiesen besado ni nada por el estilo. Tal vez tendría que hablar con la mujer, pero se temía que no serviría de nada, a la gente le gustaba darse importancia en esas situaciones sin darse cuenta de que podían perjudicar a alguien sin motivo. Era lo mismo que con las identificaciones realizadas por los testigos, por mucho que le pesase, sabía que eran muy poco efectivas, y eran el caldo de cultivo para condenas injustas, pero aún así, eran el pan nuestro de cada día en las investigaciones y se usaban como prueba. Él no desistía de utilizarlas a pesar de que no confiaba en ellas, pero en más de una ocasión había tenido serias dudas a la hora de escribir el informe policial de conclusiones.

Con las ruedas de reconocimiento ocurre como cuando un turista le pregunta a alguien de la ciudad por una dirección, si a quien le preguntan no sabe dónde está lo que busca el desconocido, es muy probable que le indique cualquier cosa antes de admitir que no lo sabe. Muchas veces los testigos dan por hecho que en la rueda de reconocimiento, necesariamente ha de estar el culpable, y eso no siempre es posible y se acaba identificando al que más se parece, provocando serias consecuencias para la persona supuestamente reconocida.

De todos modos, a él le venía de perlas una declaración como la de la vendedora porque así tenía la excusa perfecta para interrogar a Hilario más a fondo. Incluso podría detenerlo si lo creía conveniente sin que nadie pudiera acusarlo de aplicar una medida desproporcionada. Había indicios policiales suficientes para hacerlo

si le parecía oportuno.

Confirmaría que fuera el mismo tipo de la otra vez, y vería si le podía sonsacar algo. Por lo menos se divertiría un poco jodiéndole la vida, oportunidad que no iba a desperdiciar en modo alguno.

—¿Qué piensas de todo esto Gregorio? —dijo señalando el informe.

—No parece que podamos sacar mucho jugo de los vecinos. En cuanto al exmarido, por lo visto ya estaba en el extranjero un par de días antes de cometerse el crimen, al menos tiene una buena coartada.

—Sí, pero ese tipo de coartadas no dicen nada si finalmente el crimen se ha hecho por encargo. Es muy fácil contratar a alguien y salir pitando para crearse una coartada *ad hoc*.

—¿Cree que puede tratarse de un sicario? Parece demasiado sangriento y explícito para serlo, ¿no?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí, claro.

—Pues sinceramente, no lo creo, pero tampoco es cuestión de descartarlo a la primera, cosas más raras ocurren, y en vista de lo mal que andamos con la investigación, hay que tener los ojos abiertos en todas direcciones. Esto no parece que avance demasiado, y como no nos espabilemos, todo va a quedar en agua de borrajas.

—Por cierto señor comisario...

—¿Sí?

—El juez ha soltado sin fianza al detenido.

—¿Se folló a la víctima el mismo día y en la misma cervecería donde la mataron y lo suelta sin fianza? Espero que al menos sea con cargos, ¿no?

—Sí, eso sí, con cargos.

—Bien, pues si lo hemos de meter adentro otra vez, lo meteremos. No estaría de más que uno de tus hombres se dedicara a averiguar algo más de su vida privada. Por lo visto no es tampoco ningún ángel, y si encontráramos alguna mancha en su historial, nos vendría muy bien. Quiero conocer todos sus vicios y debilidades.

—Se lo diré a uno de los chicos y que empiece a trabajar en el asunto.

—Dime lo que averigüéis y ya decidiremos qué camino tomar. De momento podrías traerme al Hilario. Voy a echar un vistazo a ver si pillo algo en el ordenador sobre él. De este interrogatorio me vas a permitir que me encargue yo.

—Como usted quiera. ¿Lo traemos ya?

—Sí, pero no lo llames por teléfono, envía una patrulla a su casa y

que lo traigan a mi despacho. Que vayan con instrucciones de detenerlo y esposarlo en el caso de que no quiera subir al coche.

—No creo que le agrade la opción de subir al coche patrulla delante de su casa si no lo detenemos previamente.

—Bueno, ya te lo he dicho, si hace falta se le detiene y Santas Pascuas, tenemos indicios más que suficientes de que puede tener algún vínculo con el asesinato, así que no pasaría nada, conocía a la víctima desde hace muchos años, es un tipo solitario que podría estar buscando sexo, joder, puede ser un pervertido, la víctima era vecina suya, tenemos lo de la declaración de la tendera, la cervecería queda cerca de su casa, en fin, que no necesitamos más justificación para detener a alguien, pero le daremos la ocasión de que venga a declarar sin detenerlo.

—¿Y si es así, por qué no lo detenemos ya?

—Gregorio, si me lo traes como testigo, no necesitará abogado y lo podré apretar un poquillo más, ¿no te parece?

—Si ese es el motivo, no cabe duda de que mejor que venga como testigo. Daré las instrucciones oportunas.

—Siempre estaremos a tiempo de detenerlo otro día, o incluso aquí mismo una vez le haya hecho algunas preguntas.

—O.K.

—Un par de cosas más...

—¿Sí?

—Pásate por el supermercado y que te aclare la chafardera esta —señaló el informe abierto— qué entiende ella por una conversación íntima en el supermercado. Quiero más detalles, saber si escuchó algo, estos chicos —dijo refiriéndose a los policías que habían confeccionado el informe— no parece que se lo hayan preguntado. Y quiero saber tu opinión sobre ella, ya sabes, si es de fiar o es la típica cotilla que tiene afán de protagonismo y nos está jodiendo con fantasías de verdulera.

—Controlado, ¿algo más?

—Si detenemos a Hilario me pasáis las fotos de la reseña enseguida que las tengamos, pero si no se le detiene, quiero que cuando lo dejéis en mi despacho, que alguien le haga, sin que se dé cuenta, una foto. Quiero mostrársela al dueño de la cervecería a ver si le suena el careto.

—Cuente con ello.

Gregorio salió del despacho.

—¡Gregorio! —lo llamó el comisario cuando ya estaba en el pasillo.

—¿Sí?

—¿Me das mi café? —le dijo señalando el que sostenía entre sus manos.

—Sí, claro.

—Y llévate esto, por favor —le dio el azucarado sosteniendo el vaso con dos dedos y con un gesto de asco exagerado dibujado en su rostro.

Con el nuevo café humeante sobre la mesa, posiblemente el quinto o sexto de ese día, el comisario accedió al ordenador e introdujo los datos de Hilario que figuraban en el informe. Tal y como preveía, se trataba del mismo individuo. No constaban antecedentes policiales porque hacía mucho tiempo de esas detenciones, pero el ordenador mantenía todavía una buena parte de la información. Al menos la suficiente como para que el comisario estuviera seguro de que se trataba de la misma persona. También tuvo acceso a la foto del D.N.I., no cabía duda de que era su hombre.

Cerró la puerta del despacho, abrió el ventanuco y se encendió un cigarrillo. Era el momento adecuado para disfrutarlo en solitario haciendo caso omiso de la normativa antitabaco.

6

Estaba demostrado que, los policías eran unos hijos de puta, no cabía ninguna duda, siempre se lo habían parecido, y cada vez que tenían ocasión se lo demostraban de nuevo. ¿A qué tantas buenas palabras... —¿Nos da su teléfono por si necesitamos que se pase por comisaría?” si después enviaban un coche patrulla y lo coaccionaban para llevarlo a declarar?

Además, por si fuera poco, habían llegado con las luces en marcha y aparcado justo delante de su edificio en doble fila. Al tratarse de una calle muy estrecha, los coches que venían detrás tuvieron que esperar. Ninguno se atrevió a hacer sonar el claxon, al darse cuenta de que se trataba de la policía, que iba, aparentemente, de servicio. Les hubiera costado bien poco echar el coche apenas diez metros más adelante hasta el cruce y haberlo dejado en la esquina, sobre la acera. De ese modo el resto de vehículos hubieran podido seguir su camino sin tener que esperar, pero lo que querían —siempre hacían lo mismo—, era crear espectáculo, un espectáculo, tan bochornoso como innecesario, claro que ellos disfrutaban con esas cosas, era una de las diversiones que podían conseguir por el simple hecho de llevar placa, y demostrar a los demás, a los simples y mortales ciudadanos, quiénes eran los que mandaban allí.

Hilario no podía evitar imaginarse a la pareja, como el *sheriff* y el ayudante del *sheriff* respectivamente, de una pequeña y tranquila ciudad del oeste, y pronto pudo “verlos” con sendos tiros entre pecho y espalda disparados por el primer forajido que apareciera por allí, tirados sobre el suelo polvoriento, mientras silbaba el viento con un sonido fantasmal alrededor de los cadáveres levantando nubes de polvo amarillo. Eran demasiado jóvenes, inexpertos e inútiles, además de bravucones, en especial esto último: bravucones. Pero en Valencia y en pleno siglo XXI todo era diferente, aquí nadie les pegaría un tiro por dejar el coche en medio de la calle por mucho que le apeteciera a más de uno.

El policía que había entrado a su casa lo "invitó" a subir al coche sin ser detenido, y por lo tanto sin ser esposado, advirtiéndole, eso sí, que si se negaba, tenían instrucciones de detenerlo, en cuyo caso lo esposarían y subiría al coche igualmente. En resumen, que subía al coche patrulla, sí o sí.

Aceptó hacerlo sin esposas, al menos podría salir con la cara bien alta. Todo el vecindario lo estaría mirando porque algunos coches habían comenzado a tocar el claxon, sin duda los más alejados que no veían que el atasco lo estaba provocando la policía.

—Antes necesito ir al cuarto de baño un momento.

—Está bien, puede hacerlo, pero no se entretenga demasiado.

Hilario entró al cuarto de baño y se sacó el cuchillo que todavía llevaba escondido. No quería arriesgarse a que lo cachearan en comisaría, o antes de subir al coche patrulla, y vieran que iba armado, no le pareció apropiado, y ni siquiera sabía si era legal o no, llevar un cuchillo de esas dimensiones encima. Apartó la cortinilla de la bañera y lo dejó detrás de la misma. Ya lo recuperaría al regresar. No pudo evitar cerrar los ojos con fuerza al hacerlo porque le impresionó el simple hecho de tocar la cortina de plástico. Su mujer se había desangrado allí mismo y no quería volver a tener las temidas visiones, pero sabía que él nada podía hacer al respecto. Si le llegaban tendría que verlas por mucho que intentara no hacerlo, y con independencia de tener los ojos abiertos o cerrados. Por suerte en esa ocasión no sintió nada, salvo la extraña aspereza de la cortina.

Cuando salió a la calle acompañado del policía, ambas aceras estaban llenas de vecinos y viandantes, muchos de ellos orientales, curiosos de todas las edades que querían ver a quién se llevaban. Sin duda quedaron decepcionados al ver que no sacaban a nadie detenido ni a la fuerza, pero así y todo, a la ciudadanía siempre le gusta ver a la policía en acción, es un vicio bastante generalizado que no parece tener ni pies ni cabeza, pero la gente se suele

comportar de ese modo. Ahora tendrían tema de conversación para lo que quedaba del día, especulando sobre a quién se habían llevado, el aspecto que tenía, los delitos que sin duda habría cometido... unos incluso dirían que iba esposado, otros que no llevaba esposas, alguno diría que conocía el motivo de la detención de buena fuente y lanzaría el primer bulo que se le ocurriera; bulo que pronto habría dado la vuelta a Valencia. Puede que incluso alguno se atreviera a hacerle alguna foto; en plena era de los teléfonos móviles con cámara, uno nunca estaba a salvo de salir en una fotografía, o incluso en un video que luego alguien colgaba impunemente en Facebook, Twitter o YouTube. Pero la verdad era que todo eso le importaba más bien poco.

Intentó mantener la dignidad todo lo que pudo, la poca que le quedaba, en su estado de total abatimiento. Más de uno pensaría que se trataba de algún asunto de drogas, porque si era sincero consigo mismo, su aspecto, que acababa de confirmar en el espejo del baño unos minutos antes, empezaba a ser el de un yonqui en toda regla, a pesar de que no tomaba drogas de ningún tipo desde hacía años, salvo el canuto que por "razones médicas" se había fumado unos días antes, y sus dosis continuas de Chesterfield, con sentencias escritas en las cajetillas que pretendían evitar que se fumase: "Fumar puede matar" o "Fumar perjudica gravemente su salud", entre otras muchas que hacía tiempo que había dejado de leer. ¿Qué fumador tenía interés en leer esos mensajes?

Pensó en John, y no supo si hubiera preferido que apareciese o no, por un lado habría sido la excusa perfecta para "presentárselo" a la policía, pero por otro lado, pensaba que el mejor aspecto de John, haría más creíble su posible versión de los hechos que la suya propia. No estaba ahora en condiciones de acusar a nadie, ni tenía pruebas de nada, así que era preferible no mencionarlo, y mejor si no aparecía por allí.

Si lo trasladaban como no detenido, lo normal era que esa misma tarde pudiera estar de vuelta en casa, claro que no podía tener la garantía de que una vez en comisaría no lo detuvieran, eso nunca se sabía, y le constaba que podían hacerlo. De hecho podían hacer muchas cosas, tanto legal como ilegalmente, así que intentaría actuar con prudencia y cautela. Tal vez solo querían preguntarle algunos detalles más sobre Edurne, de manera más oficial que cuando los otros policías estuvieron en su casa, pero no podía olvidar la última visita a comisaría en la que estuvo retenido durante tres días completos en unas condiciones infrahumanas.

El policía que lo había acompañado, le abrió la puerta trasera para

que subiera al coche. El asiento trasero era de plástico rígido, muy incómodo, y pronto se dio cuenta de que las puertas no podían abrirse desde el interior, el ambiente estaba muy cargado y el aire resultaba denso y con escaso nivel de oxígeno. Un tufillo a vómito se distinguía al fondo, indicios de que algún detenido borracho había vomitado allí mismo semanas atrás. Ese olor era prácticamente imposible de eliminar del todo en mucho tiempo.

Una vez dentro, el policía cerró la puerta y subió delante. El otro policía estaba al volante y lo miró por el espejo retrovisor con aire de superioridad mientras se puso unas gafas de sol, imitación de Ray Ban, muy parecidas a las suyas que había olvidado coger. Hilario no pudo evitar sentir unos retortijones en la barriga; sabía que eso era solo el principio de lo que sin duda iba a ser un día muy malo.

Pusieron la sirena en marcha, Hilario se preguntó por qué hacían una cosa tan estúpida, pero prefirió no darle importancia. Estaba demasiado cansado como para seguir pensando en nada.

La comisaría no quedaba muy lejos. Los agentes habían apagado la sirena al llegar, pero las luces seguían dando vueltas iluminando toda la calle con tonos de un azul brillante. La gente ya se había asomado a las ventanas al oír llegar el coche y toda la atención estaba sobre él cuando se apeó para dirigirse al interior de las dependencias policiales.

Hay quien le tiene aversión a los hospitales, con ese eterno olor a alcohol y medicinas, llenos de médicos, microbios, enfermos y heridos por todas partes, pero a lo que Hilario tenía verdadera aversión era a las comisarías de policía. No olían a alcohol y desinfectante ni a medicinas, ni estaban llenas de enfermos, pero sí que tenían sus propios olores característicos que las identificaban, mezcla de humedad, tinta y sudor, entre otras cosas. Esa desprendía un sutil aroma a café poco usual. Solían ser dependencias viejas, con muebles igualmente viejos y desparejos, con mesas y sillas de todos los tamaños y colores, que parecían sacadas de un mercadillo de viejo, o de una película en blanco y negro de escaso presupuesto, equipos informáticos desfasados, y algo en el ambiente que solía resultar desagradable y agobiante, algo que mucha gente sentía, pero que pocos podían interpretar, Hilario sabía que era la tensión y el miedo, que iban dejando sus huellas indelebles agarrándose a las paredes y en cada uno de los rincones del edificio. Algo parecido a lo que ocurría en los tanatorios, que acababan teniendo un aura muy particular.

Las batas de los médicos eran sustituidas por los uniformes de los policías, y todo era caos alrededor, pero no un caos por exceso de

actividad como a veces se podía apreciar en la sala de urgencias de un hospital, sino por desidia y falta de medios. De hecho, los policías no solían estar moviéndose rápidamente; tenían un comportamiento más bien apático, de lentos gestos, muchos se limitaban a esperar su turno de patrulla, aburridos y apalancados en algún rincón, otros se encargaban del papeleo acumulado o se limitaban a removerlo cambiando de lugar pilas de documentos, y alguno había frente al ordenador; Hilario suponía que jugando al Buscaminas o al Tetris. Los demás salían a la calle por turnos para fumarse el cigarrillo de rigor, una de las pocas cosas que parecía hacerlos más humanos.

Esta comisaría no era una excepción a la norma, salvo por el aroma a café y por la cafetera que pudo ver en el pasillo de donde supuso que provenía el olor, era lo único nuevo, brillante y destacable. Todo lo que él ya conocía sobre comisarías se repetía en esa, mismas dependencias deterioradas y faltas de calor humano, mismo tipo de mobiliario, y similares olores y sensaciones. Algo se le revolvía en el estómago recordando las anteriores veces en las que había pasado por una situación parecida. Empezaba también a notar la presión de la adrenalina en las encías y en las suprarrenales, a la vez que las glándulas salivales parecían estrecharse, secándole la boca.

Atravesaron un par de salas hasta llegar a un pequeño despacho, donde se suponía que iban a interrogarlo. No era un despacho habitual de interrogatorios, solían hacerlo en lugares donde había varias mesas y puestos de trabajo, allí había una única mesa, bastante pequeña, y unas pocas sillas. Un armario metálico en la parte de atrás, peligrosamente inclinado hacia delante, que parecía amenazar con desplomarse encima de la mesa y de su ocupante en cualquier momento.

Lo invitaron a sentarse en una silla de imitación a cuero de color marrón claro que le recordó los retortijones de barriga que estaba teniendo. La silla tenía un par de cortes transversales por donde asomaba el relleno de esponja. Un relleno de color verde pálido muy sucio y a buen seguro lleno de ácaros, quién sabe si de alguna especie mutante solo presente en dependencias policiales.

Frente a él, una mesa de oficina de los años setenta, no porque imitara el estilo de esa década, sino porque sin duda tenía cerca de cuarenta años, llena de desconchones en el railite, triste sucedáneo que cubría su superficie, y un ordenador cuya fuente de alimentación pedía a gritos un soplado urgente con una pistola de aire a presión para que dejara de emitir el infernal ruido que recordaba al de un Boeing 747 en pleno despegue.

Durante un par de minutos se quedó solo en el despacho, luego entró un policía que se puso a toquetear el ordenador y una patética webcam en forma de muñequito extraterrestre de un solo ojo, a modo de cíclope, luego se marchó dejándolo solo de nuevo hasta que el comisario hizo su aparición con cara de pocos amigos.

Hilario lo reconoció enseguida, había acumulado algunos kilos más y sin duda estaba más viejo y cabreado, el anillo de casado había desaparecido de su mano y no quedaba huella de él, lo cual le hizo pensar en un divorcio antiguo, pero era el mismo policía que le había complicado la vida en los dos asuntos del banco. Por lo visto no importaba que hubiese un montón de policías en Valencia, porque su destino parecía unido al de aquel hombre malcarado y prepotente.

Llevaba una taza de café en la mano, sin duda proveniente de la flamante máquina dispensadora que le había llamado la atención en el pasillo, y tenía los ojos vidriosos y enrojecidos. Su mirada bífida, emitía odio y satisfacción en cantidades iguales y contradictorias.

6
•

El síndrome del delfín

1
♦

El comisario, tras la mirada de odio y satisfacción, tenía un aspecto pletórico que contrastaba con el agotamiento y el deteriorado estado físico de Hilario. Sin duda, el hecho de tener la ocasión de interrogarlo de nuevo, le había levantado el ánimo, haciéndole olvidar los problemas con su exmujer y lo poco que avanzaba la investigación, llena de vías muertas por todas partes. Poco le importaba más en esos momentos que tener ante sí a Hilario, al que consideraba como una mancha en su expediente policial, a pesar de que nunca nadie le recriminó por ello. Solo él se culpaba de que por dos veces no pudiera demostrar la implicación de Hilario en sendos delitos.

—Inspector —se dirigió en voz alta a Gregorio que permanecía fuera del despacho, pero atento a las necesidades de su superior.

—Sí, comisario...

—Dile al muchacho que ya puede entrar a transcribir.

—¿Necesitará algo más, quiere que esté yo presente en el interrogatorio?

—No, no será necesario... de momento. Pero no te vayas muy lejos.

—Buenos días señor Ruiz. ¿Nos conocemos? —dijo esta vez dirigiéndose a Hilario.

—Eso me temo.

—No parece contento de volver a verme.

—En cambio a usted se le ve muy feliz y satisfecho, lo que son las cosas.

—Bueno, tampoco es que me traiga buenos recuerdos, pero ¿quién sabe?

—Imagino que el motivo del interrogatorio no serán sus viejos recuerdos.

—No... tiene razón, no lo son, pero los recuerdos están aquí encerrados —se señaló con el índice una de las sienes apretando con fuerza hasta que el dedo perdió color—, y a veces se empeñan en quedarse agazapados y en molestar de vez en cuando, como unas migrañas recurrentes, por muchos años que pasen, arañando la cabeza por dentro. Algo parece despertarlos cada cierto tiempo y

exigen atención renovada. ¿A usted no le ocurre algo así? ¿No tiene recuerdos mal cicatrizados que quisiera eliminar, o tener la oportunidad de modificar para que terminaran de otro modo y no quedaran enquistados en una especie de bucle sin fin? Seguro que sí, seguro que a veces siente ese raspado interior, crac, crac, crac, como las uñas de un gato afilándose en el tronco de un árbol —acompañó el sonido con unos gestos de su mano derecha que había puesto en forma de garra y la movía a modo de balancín como uno de esos gatos chinos de la buena fortuna—, pidiendo que se les atienda, que se les dedique un tiempo, para que no nos olvidemos de ellos porque saben que su única subsistencia consiste en que les prestemos atención.

—Yo suelo tener tendencia a olvidar las malas experiencias —mintió Hilario intentando que la conversación no siguiera avanzando por esos derroteros que temía peligrosos.

—¿Me considera usted así? ¿Una mala experiencia?

—Puedo decirle que no me alegro de verle. Si eso le resume lo que quiere averiguar, y en cuanto a recordarle, le recuerdo muy bien, pero no le guardo rencor, no conservo detalles superfluos y negativos de nuestros encuentros anteriores. ¿De qué sirve eso? Quiero pensar que usted tenía sus motivos personales para actuar como lo hizo y no se lo reprocho.

—Oh, pues claro que no me guarda rencor, porque sabe que yo siempre me limité a cumplir con mi obligación, y lo hice hasta donde pude. Después de todo, usted se libró dos veces. A fecha de hoy todo hubiera sido distinto si yo...

—¿Me libré? —interrumpió Hilario—, habla como si me considerara culpable de algo. Se supone que existe la presunción de inocencia. ¿Por qué ahora hubiera sido diferente? ¿Se dedica a encerrar a inocentes? ¿Es eso?

—Bueno, digamos que yo entonces era un inspector novato, ahora tengo mucha más experiencia y no tengo al comisario por encima mío tocándome las narices cuando quiero llevar una línea específica de investigación.

—Claro, ahora es usted el comisario, pero aún así, supongo que para tocarle las narices tendrá al comisario principal...

—Veo que se conoce el escalafón —sonrió con cierta malicia.

—Lo leí en alguna novelita barata hace poco, si usted era inspector, seguramente luego llegó a inspector jefe, y ahora es un orondo comisario.

—¿Tan gordo se me ve? —rio; en el fondo se le notaba molesto.

—No me refería a eso, más bien a que lo veo como muy contento y

pagado de sí mismo, un poco presuntuoso, si me permite la expresión. Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Es usted el que tiene que contestar a mis preguntas, además, sabe perfectamente lo que yo consideraba entonces, y lo que sigo considerando a pesar del tiempo transcurrido, ¿a qué negarlo? Las cosas son como son.

—Para usted son como quiere que sean, no le importa la verdad, sino lo que se adapta más a sus encorsetados informes policiales.

El comisario movió la cabeza de lado a lado con cierta condescendencia.

—Y espero que esos prejuicios no afecten al asunto que ahora nos ocupa —siguió hablando Hilario.

—Veamos primero cómo se desarrolla todo. No avancemos acontecimientos tan pronto.

El joven policía ya estaba sentado frente al ordenador. Hilario sacó el paquete de Chesterfield y el zippo, poniéndose un cigarrillo en los labios.

—Aquí no se puede fumar, haga el favor de guardar los cigarrillos.

—Pues huele a tabaco, alguien ha fumado hace poco aquí dentro.

—Guarde eso... Gracias.

Hilario se guardó el tabaco y el encendedor, y pensó que seguramente ese era el despacho del comisario, y fumaba en él a escondidas, lo más probable era que todo el mundo en la comisaría lo supiera, pero el comisario debía de pensar que era un secreto. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no estaba sacando conclusiones, sino que percibía algunos sentimientos y pensamientos del comisario y del joven que estaba frente al ordenador. Eran imágenes fugaces, acababa de ver al comisario allí mismo, sentado, con una taza de café humeante, la ventanita abierta y fumando un cigarrillo. No distinguía la marca, pero parecía tabaco negro. Y del muchacho podía sentir su confusión, no sabía qué transcribir y qué no, del extraño interrogatorio del comisario. Quedaba patente que no estaba siendo muy ortodoxo en la forma de hacer las preguntas. No había ningún otro policía presente, lo cual tampoco era lo habitual; el comisario había tomado el asunto como algo personal, y desde luego eso no iba a beneficiarlo de ninguna de las maneras, seguro que hacía todo lo posible para incriminarlo de un modo u otro por el simple hecho de que se sentía fracasado. ¿Cómo podía durarle tanto tiempo una estúpida frustración?, además, ¿qué había hecho él después de todo?, cuando ocurrió el atraco a mano armada, los atracadores sabían lo que estaban haciendo porque entraron justo en el momento en que más dinero tenía él en la caja, seguramente por

eso se había convertido en el mayor sospechoso, si no como cómplice directo, sí como posible informante de la banda a cambio de alguna posible participación en el botín, pero eso no era cierto, él no conocía a nadie de la banda ni había informado de cuándo iba a entrarle el dinero de las nóminas. Tampoco sabía que iban a atracarlo. Que los atracadores sabían que ese día y en esa ventanilla en concreto había más dinero del habitual, era evidente, pero eso no implicaba que él hubiera tenido nada que ver. Cualquiera del banco podía haberlo hecho, pero los demás no le parecieron sospechosos al comisario.

Era cierto que en un descuido había apartado doscientas mil pesetas en billetes de cinco mil, que luego no había dudado en quedarse. ¿Qué había de malo en ello? De todos modos los ladrones se lo hubieran llevado todo y el seguro habría pagado lo mismo. ¿Qué importancia podía tener que él hubiera distraído una pequeña cantidad como indemnización por el susto? Pero esas no fueron nunca las sospechas del entonces inspector Pablo, los interrogatorios nunca fueron en esa dirección, sino hacia una posible colaboración directa con los atracadores. En definitiva, que era cierto que había cometido un delito, pero ese delito era minúsculo y no había perjudicado a nadie más que a los atracadores. ¿Cómo era eso que se solía decir?: “El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón”. Puede que jurídicamente hablando eso no sea así, pero él no tenía ningún cargo de conciencia por lo que había hecho y volvería a hacerlo de repetirse la situación.

En cuanto al otro asunto, ni tuvo nada que ver, ni se llevó un solo duro de los muchos millones que pasaron por la cuenta. Por lo visto la persona que retiraba el dinero de ventanilla siempre lo hacía en la suya, pero no porque tuviera ningún acuerdo económico con él. A veces esas cosas ocurrían, un cliente simpatiza más con un empleado en concreto y siempre se dirige al mismo, claro que pensar que acudía a él porque le caía más simpático que los demás no parecía muy creíble dado que él nunca se había mostrado agradable con nadie, al menos no de forma reiterada. Hilario imaginaba que el motivo era otro, tal vez acudió a su ventanilla por casualidad la primera vez y luego no quiso ir tentando a la suerte en otras ventanillas por si a algún otro le llamaba la atención su operativa, él siempre había sido bastante laxo en detectar anomalías o comportamientos raros de los clientes porque apenas les prestaba atención, quizás fue eso lo que vieron en él, alguien que hablaba poco y preguntaba menos; otros más habladores hubieran acabado preguntando que cómo es que iba todos los días a retirar cantidades

pequeñas en efectivo. Él nunca se lo preguntó, ni le importaba lo más mínimo.

Se preguntaba por qué resultó ser el sospechoso número uno para el inspector, y suponía que era por haber sido sospechoso en el caso anterior del atraco, y ese tipo de antecedentes, aunque no se hubiese llegado a demostrar su participación en el asunto, siempre parecía afectar en el momento de acusar a la persona de otra cosa, una vez ha pasado uno por comisaría ya entra en la lista de "sospechosos habituales", por otra parte, era evidente que si solo él atendía los reintegros, también eso podía llamar la atención de la policía, pero nada había hecho, y cuando detuvieron a los partícipes de la trama, ninguno declaró en su contra, solo fue identificado en un reconocimiento fotográfico por la persona que retiraba el dinero, pero como el cajero del banco que lo atendía y no como un colaborador externo de la trama, a pesar de que suponía que la policía lo presionaría en el interrogatorio para que declarase en su contra. Tuvo que acudir a juicio y sufrir los ataques del fiscal que iban en la misma línea que el informe policial del entonces inspector, y la cosa se alargó durante años hasta que el asunto quedó sobreseído en cuanto a su imputación.

Después de tanto tiempo y recordando las circunstancias, no entendía ese empeño del ahora comisario con él. Ambos casos resultaron de poca enjundia, no eran asuntos importantes ni relevantes, y en uno, incluso detuvieron a los implicados, ¿por qué entonces tanta frustración por no haber podido demostrar su supuesta culpabilidad? ¿Qué tenía el comisario en su contra? ¿Cómo podía convencerlo de que nada había tenido que ver en ninguno de los casos? A esas alturas veía muy difícil poder hacerlo, el prejuicio estaba tan enquistado en la mente del comisario que cualquier cosa que él intentase acabaría siendo sospechosa.

Su imagen en el banco, que nunca había sido buena, no mejoró con esos dos asuntos, pero como acabaron retirándole los cargos, el banco no tomó medidas, aunque supuso que fue una de las cosas que tuvieron en cuenta a la hora de proponerle la jubilación anticipada. Si se tenían que librar de alguien, ¿quién mejor que él?

Hilario oyó la puerta tras de sí. Era Gregorio que entraba y se situaba a su espalda. El comisario lo miró incómodo, pero no le recriminó por entrar sin que lo hubieran llamado.

Recordaba que incluso había llegado a amenazarlo con un arma, algo sin duda muy poco protocolario.

—Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara.

El comisario no hizo ningún comentario al respecto, posiblemente al ser interrumpido por el policía encargado de la transcripción.

—Estoy listo, señor comisario.

—Bien, imprime una hoja de lectura de derechos a testigos y que la firme el señor Ruiz.

—¿No me los va a leer?

—No tiente a la suerte, está aquí como testigo nada más, pero eso puede cambiar en cualquier momento y usted lo sabe.

—Sí, lo sé, es cuestión de "indicios", para ustedes los policías todo son indicios, y esos indicios, a su manera de ver las cosas, lo acaban justificando todo. ¿No es cierto?

—Creía que había dicho que no me guardaba rencor —sonrió.

—Y no se lo guardo, no es cuestión de rencor, solo detesto sus métodos, y no los suyos personales, sino los de la policía en general.

—Así que no le parece bien cómo trabajamos.

—Podría decirse de ese modo, ¿pero qué importa eso? Seguirán haciendo lo que les dé la gana.

—Seguro que usted es de los que cree en la violencia policial y todas esas cosas.

—Hay muchas formas de violencia. No es necesario llegar a las manos. Yo mismo la he sufrido y no necesito que nadie me lo cuente.

El policía le pasó con claro desprecio la hoja a Hilario junto con un bolígrafo Bic de color azul, casi agotado, con el capuchón mordido hasta la saciedad, y deformado. Hilario no las vio, pero adivinó la presencia de babas policiales en el maltratado bolígrafo y se limitó a firmar el documento, no sin cierto asco. Se prometió a sí mismo llevar bolígrafo propio a partir de ese momento.

El comisario le leyó los datos personales a Hilario y le preguntó si eran correctos o quería cambiar algo.

—Son correctos.

—Ya podemos empezar entonces.

—...

—¿Qué relación tenía usted con la víctima?

—Eramos vecinos, como ya le dije a sus hombres.

—No importa lo que le dijo a mis hombres, aquí empezamos de cero y le ruego que conteste a mis preguntas. Mis hombres le hicieron una visita de cortesía, no era ningún interrogatorio y nada de lo que les dijo será utilizado, salvo para el informe previo de carácter interno.

—Adelante, pregunte lo que quiera.

—¿Nunca ha tenido ninguna relación, además de la de estricta vecindad, con ella?

—No, ninguna, hemos sido vecinos durante muchos años, eso es todo. Ella en el primer piso y yo en el cuarto. Como siempre se ha dicho, cada uno en su casa ... y Dios en la de todos.

—Pues aquí tengo un testimonio curioso, de alguien que asegura que los vio hablar de forma, digamos... íntima, apenas unos días antes del crimen.

—¿Hablando de forma íntima?

—Eso parece.

—Eso no es cierto.

—¿Niega que se vio con la señora Edurne en el supermercado?

—No, ¿por qué iba a negar eso?, pero fue un encuentro casual y apenas cruzamos unas palabras. ¿Qué ha querido decir con lo de hablar de forma íntima? Es absurdo.

—¿De qué hablaron?

—No recuerdo, creo que me recomendó un remedio contra el insomnio.

—¿Padece usted de insomnio?

—Sí, ¿no se me nota?

—¿Qué le recomendó?

—Jack Daniels con miel.

—¿Funcionó?

—Ya ve que no, pero el Jack Daniels estaba bueno. ¿No le gusta? Es el güisqui típico de los investigadores.

—¿Desde cuándo padece insomnio?

—Pues ya estará cerca del mes, he perdido la cuenta.

—¿Y a qué se debe?

—¿El insomnio?, y yo que sé.

—¿Cargos de conciencia tal vez?

—Oiga, ¿qué clase de preguntas son esas?

—Normalmente cuando alguien no puede dormir, hay un motivo de fondo que conviene analizar, un problema, una discusión, un temor, una enfermedad... o un cargo de conciencia por algo que ha hecho, o que quiere hacer y no se atreve. Esto último, lo de los cargos de conciencia, ocurre muy a menudo, las personas tenemos tendencia a sentirnos culpables por algo, ¿cuál es su caso?

—Mi mujer murió hace un par de años, vivo solo y a veces la echo de menos, eso es todo. No me siento culpable de nada ni tengo ningún cargo de conciencia.

—¿De qué murió su mujer?

—¿Qué tiene eso que ver con la investigación?

—Vamos, no se complique la vida con su actitud, ¿de qué murió su mujer?

—Se suicidó en la bañera.

—¿Tenían problemas?

—Como cualquier matrimonio. Nada destacable.

—¿Dejó nota de suicidio?

—No.

—¿Conoce los motivos de su suicidio?

—No.

—Pero usted vivía con ella, tendrá alguna teoría.

—No la tengo, y en cualquier caso sería una teoría, no algo que deba constar en una declaración.

—A veces me sorprende contestando como un abogado.

—Pues no soy abogado, será que veo muchas películas.

—¿Le interrogaron en algún momento por aquellos hechos?

—Sí, pero fueron preguntas de mero trámite, nunca fui acusado de nada, por suerte no caí en sus manos.

—¿Quiere decir que yo hubiera podido averiguar algo que mis compañeros pasaron por alto?

—No tergiverse mis respuestas, quiero decir que con usted uno acaba teniendo problemas siempre, sea o no inocente.

—Confunde dedicación al trabajo con una especie de acoso.

—El exceso de celo no es una virtud, más bien es un defecto, y si acaba perjudicando a los demás, pues todavía peor, puede ser incluso delito según tengo entendido.

—Lo que no entiendo es cómo, si eso ocurrió hace dos años, ¿por qué lo del insomnio es de hace solo un mes?

—Ya le he dicho que a veces la echo de menos, supongo que será alguna crisis pasajera, no soy médico.

—¿Y no ha ido a ver a ninguno?

—Sí, pero los médicos no lo saben todo, pasa igual que con los policías.

—¿No ha pensado en volver a casarse?

—No, ¿y usted?

—¿En ningún momento en estos dos años? —el comisario seguía ignorando las preguntas de Hilario.

—Nunca me lo he planteado. Salgo poco y estoy bien solo, hago lo que me da la gana y no tengo que darle explicaciones a nadie. Tampoco tengo una exesposa que me exija una pensión o me amargue la vida con sus problemas, ni tengo hijos que me pidan dinero, ¿qué más puedo pedir?

—Visto así... ¿y problemas de otro tipo?, ¿económicos tal vez?

—Cobro una pensión de jubilación, muy modesta, pero estoy solo y no tengo hipoteca que pagar, además, tengo algunos ahorrillos, pero

lo cierto es que con la pensión me sobra para mis gastos.

—Así que tampoco tiene vicios.

—Solo el tabaco, fumo tres paquetes al día desde muy joven, pero no ceno en restaurantes caros, ni bebo en cantidad, ni voy de putas. ¿Es tan importante mi situación financiera en este caso? ¿También me quiere acusar de robo, o chantaje, o algo por el estilo?

—No, pero es bueno tener una idea global de todo.

—Pues nada, ni problemas económicos, ni sentimentales, mi único problema es el insomnio y que cierto comisario la haya tomado conmigo.

—Pero tendrá o habrá tenido relaciones con alguna mujer... Dos años sin sexo es mucho tiempo para un hombre sano. ¿No?

—No creo que eso sea de su incumbencia, pero ya le he dejado claro que no tengo gastos, y una mujer es un gasto muy importante. Vaya al grano comisario.

—Tal vez ha intentado en alguna ocasión llevarse a la cama a su vecina. Después de todo, es algo lícito y normal, y muy humano, usted es viudo, está solo... ella era separada, más joven que usted, de muy buen ver... Seguro que alguna vez le ha echado los tejos y la ha invitado a subir a su casa para una cenita romántica con velas y algunas flores. ¿Me equivoco?

—Pues sí, se equivoca.

—¿No será que ella lo rechazaba sistemáticamente y no quería subir?

—No, nunca ha pasado nada de eso, de manera que no tenía motivos para matarla si es ahí adonde quiere usted llegar.

—¿No le gustaba?

—Tampoco he dicho eso. Era una mujer atractiva, es cierto, pero no me ha parecido nunca conveniente intimar. Al principio, todas las relaciones son buenas, pero deje que pasen un par de años y verá en qué se convierte la mejor de todas, en un infierno.

—¿No le parecía conveniente con ella en particular, o con ninguna mujer en general?

—No voy a contestar a eso. Mi vida sexual es cosa mía.

El comisario empezó a pensar que en cierto modo, y muy a pesar suyo, tenía algo en común con Hilario, puede que la aversión hacia las mujeres fuese compartida, sería un buen tema de conversación en un bar tomándose unas cervezas, pero eso nunca llegaría a ocurrir, no con Hilario. Y si él había sido el asesino, tenía que recordar que por unos momentos, al ver el cadáver, sintió una cierta admiración, tal vez porque alguien se atrevía a hacer cosas de las que él era incapaz, pero no quería sentirse identificado con Hilario, para él era

un delincuente, alguien que se creía muy listo y que se movía en una línea peligrosa, y él no era así, ¿por qué tenía que sentir alguna afinidad con gente de esa calaña?

—¿A qué se dedicaba ella?

—No tengo ni idea, ya le comenté a sus hombres que no lo sabía.

—¿No ha oído nunca comentarios de que recibiera hombres en su casa de forma habitual?

—¿Que recibiera hombres? ¿A qué se refiere?

—Ya sabe, que era posible que se sacara unos ingresos extra.

—¿Me está preguntando que si era puta? ¿Por qué no habla claro?

—Tampoco he dicho eso.

—Mire, ya le he dicho que no sé a qué se dedicaba, pero dudo que con los vecinos puritanos que tenemos en el edificio, se lo hubieran permitido sin armar un escándalo del que hasta yo me hubiera acabado enterando. Al fin y al cabo yo no me fijo en lo que hacen los demás, pero hay alguno que suele estar más pendiente de esas cosas. Supongo que habrán interrogado a los otros vecinos también, ¿no?, ¿o solo han pensado en mí? Estoy seguro de que ellos conocen más detalles sobre la vida de Edurne de lo que yo pueda aclararle por muchas horas que estemos aquí.

—¿Pero cuál es su opinión? ¿Cree que ha sido de esa clase de mujeres?

—No lo sé.

—¿Cómo iba vestida normalmente?

—No me he fijado, supongo que bastante normal.

—¿Y el día en que murió? ¿Le parece que iba vestida normal, o que podía incitar a alguien a comportarse de maneras poco apropiadas?

—¿Qué tal si empieza por enseñarme alguna fotografía? De esa manera puede que incluso acabe dándole mi opinión.

—Todo en su momento.

—Ya, pero ¿cómo se supone que puedo opinar sobre cómo iba vestida si no la vi?, déjeme adivinar... claro —añadió con un tono cínico y pausado en su voz—, usted da por hecho que fui yo quien la mató y por eso debía saber cómo iba vestida.

—¿Sabe si su exmarido la seguía visitando?

—Ya le he dicho que ni sé a qué se dedicaba, ni he controlado nunca quien entraba o salía de su casa. Eso incluye a su exmarido.

—¿Lo conocía?

—Sí, claro, antes de divorciarse vivían allí los dos.

—¿Se llevaba bien con él?

—¿Ella o yo?

—Usted.

—Pues ni bien ni mal, un vecino más. Mire, si pregunta por mí a los vecinos, verá cómo coinciden en que no me relaciono mucho con ellos. Puede que no les caiga bien, lo admito, ellos tampoco me caen bien a mí, pero desde luego no soy de los que crea problemas. Voy a mi rollo y no me meto nunca con nadie, pago mis cuotas de la comunidad y ni siquiera acudo a las reuniones de vecinos.

—¿Se considera usted una persona solitaria?

—Sí, puede definirme así. No soy muy sociable.

—Los sociópatas tampoco lo son.

—Oiga, que no sea muy sociable y amigable no quiere decir que sea un sociópata. Si va buscando eso se ha equivocado de puerta. Llame a otro sitio. Cuando estoy solo, que es casi siempre, no echo de menos la compañía de nadie. Puedo pasar días sin salir de casa, y eso no me convierte en lo que usted insinúa.

—No se ponga nervioso, aún nos quedan algunas preguntas por hacer.

—¿Se ha dado cuenta de que aún no me ha preguntado nada realmente relacionado con lo sucedido?

—Se equivoca, estoy intentando establecer unos vínculos y unas pautas previas.

—¿Pero estoy aquí como testigo o como imputado?

—Como testigo, ya lo sabe usted.

—Pues no entiendo mucho de leyes, pero las preguntas que está haciendo me parecen más bien dirigidas a un imputado, y si sigue en esa línea tendré que pedir educadamente que me permitan traer a un abogado.

—¿Acaso tiene algo que ocultar?

—No tengo nada que ocultar, pero no me gusta el cariz que está tomando este interrogatorio. Me parece todo una farsa.

El comisario hizo caso omiso de las quejas de Hilario y siguió preguntando.

—¿Cuándo vio por última vez al exmarido de la víctima?

—No lo sé, hace años, puede que desde que se divorciaron.

—¿A qué se dedicaba?

—Ni idea, pero por lo visto viajaba bastante.

—¿Cómo sabe eso si no mantenía una relación con ellos?

—Cuando todavía estábamos los cuatro, alguna vez cenamos juntos, pero nada más.

—¿No hicieron nunca ningún intercambio de parejas?

—¡Señor comisario!, ¿pero por qué tiene esa mente tan calenturienta?

—No es algo tan raro, dos matrimonios jóvenes sin hijos, intiman después de pasado el ímpetu inicial de sus respectivas relaciones, y un buen día piensan en animar un poco la cosa compartiendo la cama, o intercambiando parejas. Pasa todos los días.

—Le veo muy informado. ¿Tantas veces lo ha hecho usted?

—Lo que importa es si usted lo hizo o no.

—Pues no, y no creo que importe un carajo.

—¿Y nunca lo llegó a proponer ninguno de los cuatro?

—Desconozco si entre ellos dos lo hablaron alguna vez, a nosotros nunca nos lo propusieron, y a mí nunca se me hubiera ocurrido una cosa así, además, no llegamos a intimar lo suficiente, hablo de un par de cenas.

—¿Cuándo vio por última vez a la señora Edurne?

—El día del supermercado, pero no hubo nada íntimo en ese encuentro.

—¿Cuándo fue eso?

—No estoy seguro, calculo que tres o cuatro días antes de que la mataran.

—¿Podría ser más concreto con la fecha?

—Supongo que conservaré el ticket de la compra por casa si es que eso es muy importante. Si quiere lo busco.

—¿Dónde estaba usted el día que la mataron?

—En casa.

—¿Se acuerda perfectamente de eso?

—No, pero salvo raras ocasiones suelo estar en casa todo el día, y mucho más, a altas horas de la noche que es cuando me dijeron sus hombres que ocurrió.

—¿Con quién estaba?

—Vivo solo, ¿recuerda?

—O sea que nadie podría confirmarlo.

—Nadie, salvo que algún vecino me viera entrar y pudiera asegurar que estuve dentro todo el día sin volver a salir.

El comisario decidió "olvidar" definitivamente el comentario de Hilario sobre la necesidad de disponer de un abogado en vista de que parecía estar aceptando las preguntas de nuevo, y siguió con ellas.

—¿Quién podría tener algún motivo para matar a la víctima?

—Según las películas, el primer sospechoso siempre es el marido... o el exmarido. ¿No es eso lo que dice el manual del buen policía que les entregaron en la academia?

—Le ruego que no sea cínico en las respuestas. Según ese imaginario manual, otro sospechoso habitual es el amante.

—Sí, es cierto, ¿es eso lo que está buscando? ¿Un amante? ¿Por eso

insiste tanto en mis hipotéticas relaciones íntimas con la víctima? ¿Cree que me acostaba con ella y que discutimos y por eso la maté? Pues ha errado el tiro, y ya es la tercera vez conmigo, al final se va a frustrar de verdad y tendrá que pedir cita a algún psiquiatra.

—¿Nunca le comentó nada que le haga sospechar que alguien deseara matarla?

—¡No!, ¡pero si apenas hablaba con ella! Ya le he dicho mil veces que éramos vecinos, y no manteníamos ninguna relación de confidencialidad, ni de amistad, ni íntima, ni nada de nada. Lo último que hablamos fue lo del Jack Daniels...

Hilario evitó hablarle al inspector de las insinuaciones que Edurne le hacía y que él siempre rechazaba. Eso lo único que haría sería generar más sospechas de las que ya habían y en nada iba a beneficiarlo. Mejor mantener la boca cerrada en ese aspecto.

—¿Conoce a alguna de estas personas?

El comisario le mostró una hoja tamaño DIN A4 que previamente había impreso, con un total de nueve fotografías de fichas policiales en blanco y negro, entre la que se encontraba la de José Antonio López. Hilario las miró con aparente interés, pero no hizo comentario alguno sobre ellas.

—¿Y bien... ?

—No, no conozco a nadie.

—¿Está seguro?

—Son fotos de fichas policiales, tienen mala calidad y están sacadas en un mal momento, pero no recuerdo a ninguna de estas personas. Puede que haya visto a alguno de ellos, pero desde luego no son amigos míos, ni conocidos, ni gente con la que trate a menudo. ¿Le parece bien así?

—¿Alguno de ellos se parece o le recuerda a alguien que conozca?

—Este de la esquina le da un aire a Mourinho.

—Es usted un jodido cachondo, pero eso no le va a ayudar.

—¿Por qué me tenía que ayudar? Yo no necesito ayuda. No he hecho nada.

—¿Conoce la cervecería donde ocurrieron los hechos? —el comisario seguía con su estrategia de no darle cuerda a los comentarios de Hilario, siguiendo son su interrogatorio previsto.

—Uno de los policías que estuvo en casa me dijo que estaba en la zona de Cánovas, pero no suelo frecuentar el lugar.

—¿Pero la conoce?

—¿La zona?

—La cervecería.

—Si no me dice cuál es, difícilmente podré decirle si la conozco o

no.

El comisario se frotó con nerviosismo las manos, estaba claro que Hilario no iba a caer en una trampa tan fácil, de todos modos optó por no decirle de momento cuál era la cervecería, de ese modo igual cometía un desliz más adelante.

—¿Suele salir por la noche?

—Como no puedo dormir, alguna vez he salido a dar una vuelta, pero no acostumbro a hacerlo. Oiga, eso ya se lo he dicho, tampoco suelo salir de día, la verdad es que me paso la mayor parte del tiempo en casa. ¿Es tan difícil de entender? Soy un hombre solitario y hogareño, después de todo soy jubilado.

—Tal vez no sea difícil de entender, pero ya sabe, esas cosas complican el establecimiento de coartadas.

—Mire, yo no tengo por qué probar que soy inocente, es usted quien debe demostrar que soy culpable. ¿Capta el matiz? ¿Por qué se empeñan siempre en que el sospechoso es quien debe demostrar su inocencia? Eso es absurdo, y supongo que ilegal. Para algo está la presunción de inocencia.

—Nadie lo está acusando de nada.

Hilario empezó a percibir los nervios del comisario y sus dudas. Al principio parecía muy seguro de poder acusarlo de algo al terminar el interrogatorio, posiblemente tenía incluso previsto detenerlo, pero ahora notaba cómo se iba deshinchando como un globo viejo.

Podía sentirlo, el comisario estaba pensando en los casos anteriores, el asunto del atraco al banco y el otro de los reintegros. ¿Por qué lo hacía? Ninguna de esas acusaciones tenían nada que ver con su posible implicación en el asesinato de Edurne.

Hilario interpretó que estaba allí por una especie de venganza personal del comisario que quería resarcirse por no haber podido nunca demostrar su implicación en los otros casos, pero le estaba saliendo mal la cosa. Algo pasaba también con su mujer, o mejor dicho, con su exmujer, sí, llevaba separado bastantes años y algo había ocurrido, los pensamientos del comisario parecían ir en muy distintas direcciones, no se estaba concentrando lo suficiente en el interrogatorio y su mente se dispersaba por momentos.

El comisario sacó un paquete de Ducados, tal vez buscando recuperar la concentración perdida.

—Tenga, fume uno si quiere —le ofreció a Hilario mientras cogía uno para sí.

—Gracias, pero prefiero el rubio, ¿puedo?

—Sí, ¿por qué no?

Hilario sacó el paquete de Chesterfield y el zippo y encendió uno

de los cigarrillos sin ofrecerle fuego al comisario. Le supo a gloria, y algo parecido le sucedió al comisario con su Ducados. Ambos tenían ansiedad acumulada y necesitaban fumar para calmarla. El policía joven los miró un tanto confundido sin entender esos cambios de actitud.

—¿Quieres uno? —le dijo el comisario al policía.

—No, gracias, no fumo.

—Mejor para ti. Esto es un puto vicio.

—Yo sí que me fumaría uno —dijo Gregorio que había permanecido callado todo el tiempo.

—Disculpa, como no has abierto la boca en todo el rato me había olvidado de ti —sonrió mientras le ofrecía el paquete.

—¿A alguien le apetece un café? —preguntó el comisario.

—Sí, eso estaría bien —contestó Hilario.

—¿Cómo lo quiere?

—Solo, si no le importa.

—¿Tú quieres otro, Gregorio?

—Sí, gracias.

—Juan, tráenos unos cafés, dos solos y el otro azucarado y con leche, y tráete uno para ti si te apetece. Toma —le dio un puñado de monedas que llevaba en el bolsillo de los pantalones—, pero devuélveme lo que sobre.

—Sí, señor comisario.

—No vamos a poder dormir con tanto café en la barriga —dijo el comisario.

—Yo desde luego que no, y no es precisamente por los cafés —dijo Hilario refiriéndose a su problema de insomnio.

—Debe ser un coñazo eso de no poder dormir.

El comisario sacó del fondo de uno de los cajones un cenicero de cristal con síntomas de haber sufrido más de un accidente y lo depositó encima de la mesa con un gesto de complicidad. Era un cenicero pesado, y en el fondo podía apreciarse el viejo logotipo de la Caja Rural. Hilario conocía esos ceniceros, él mismo había tenido uno hacía más de veinticinco años. Se preguntaba qué habría sido de él.

—¿Qué más puede contarme?

Hilario valoró la posibilidad de sacar a escena a John, pero seguía temiendo que fuera peor el remedio que la enfermedad. ¿Qué podría decirle al comisario de John sin que pareciese que estaba loco? Tal vez podría intentar convencerlo diciendo que en los pensamientos del propio comisario había entrevisto algunas cosas que él no sabía, como lo de su mujer, pero eran cosas muy vagas que el comisario

interpretaría como conclusiones de una persona muy observadora. De hecho lo del divorcio lo había deducido antes por la falta del anillo. Tal vez si llegaba a captar algo más concreto se arriesgaría a decírselo. De ese modo podría mencionar a John y contarle lo de sus visiones y lo de su aura oscura sin parecer un psicópata desesperado en busca de coartada.

—Pues con relación a lo ocurrido creo que en nada más puedo ayudarles. Nada sé del asunto y por lo tanto no veo por qué tengo que ser más sospechoso que cualquier otro ciudadano. ¿Acaso existe alguna identificación? ¿Alguien ha mencionado a un posible asesino que se parezca físicamente a mí? Si es así tampoco soy yo, sigan buscando, hay más gente en el mundo.

—No, no tenemos ninguna descripción... todavía.

El policía joven entró con los tres cafés y tosió, dando a entender que le molestaba el humo del tabaco. El comisario no mostró ninguna preocupación ni reparo por ello y cogió su café y las monedas sobrantes.

—¿Sabe?, esta máquina no hace el mejor café del mundo, pero es mucho mejor que el del barucho de enfrente, el problema es que acabo bebiendo una docena de cafés cada día y me cuesta dormir por la noche, pero tendría que probar el del bar, es horrible, sabe a amoníaco.

—Pues en lo de dormir no puedo ayudarle, creo que en cuestiones de sueño tengo yo más problemas que usted.

—¿Ha probado los somníferos?

—Lo he probado todo, y nada funciona.

—Pero tal vez fumar y seguir tomando café no sean los mejores remedios contra el insomnio.

—Ya he probado a no tomar café y tampoco sirve de nada. En cuanto a lo de no fumar, llevo toda mi vida fumando desde los doce años y no pienso dejarlo. Moriré fumando.

—A veces las personas nos comportamos de manera extraña.

El policía observaba la conversación entre Hilario y el comisario, y no sabía si debía transcribir alguna de las preguntas y respuestas o no, le parecía algo intrascendente y no sabía si el comisario pretendía relajar el ambiente o es que ya no sabía qué más preguntar. Gregorio tomaba su café con leche y extra de azúcar a sorbos cortos en completo silencio.

—Si, cada persona es un mundo.

—En confianza, ¿cómo era la tal Edurne?

—Era una chica, bueno, una mujer madura, muy atractiva, no cabe duda, pero en lo personal no sabría decirle, parecía bastante

extrovertida y festiva.

—¿Festiva?

—Sí, de las que les gusta salir a tomar unas copas.

—Supongo que es lo que estaba haciendo cuando la mataron.

—Si fue en una cervecería, es muy probable.

2

John estaba deambulando por las cercanías de la casa de Hilario, todavía no tenía ningún plan para ese día y se limitaba a matar el tiempo recorriendo el vecindario y sacando algunas fotos con el móvil. Fue entonces cuando vio llegar a la policía, y su intuición le dijo que esa llegada, con las luces encendidas y a una velocidad bastante elevada, estaba relacionada con Hilario, o en el peor de los casos consigo mismo. No podría decir por qué pensó eso, pero estaba convencido de ello. Decidió quitarse de en medio manteniéndose en algún lugar desde el que poder observar lo que ocurría, de manera que entró en uno de los bares que estaba frente a la casa y se sentó cerca del ventanal. Desde allí pudo ver todo lo que ocurría y comprobar que su intuición, una vez más, no le fallaba. Había pedido una caña para tener una excusa y quedarse en el bar el tiempo que fuera necesario, desde allí tenía un buen punto de vista, a la vez que no resultaba fácil que lo vieran por el reflejo de la luz en el cristal. El chino que estaba tras el mostrador le ofreció la cerveza con una sonrisa estereotipada en el rostro.

El coche de policía se detuvo en la calle, justo a la puerta de la finca donde vivía Hilario, bajándose de inmediato uno de los policías y quedando el otro al volante. Al cabo de unos minutos bajaba ese mismo policía acompañado por Hilario, y ambos entraron al coche patrulla. No parecía que estuviese detenido, pero tampoco le pareció muy normal que se fuese con los policías sin estarlo, aunque como no conocía muy bien el funcionamiento policial español no supo qué pensar.

El hecho de que Hilario se hubiese ido con los policías y, al menos en apariencia sin estar detenido, excitaba la imaginación de John, que entre otras cosas pensó que la visita policial bien podía estar relacionada con él. Tal vez lo estuviesen buscando y lo que acababa de ver no fuera otra cosa que la colaboración de Hilario en un supuesto plan de detención, pero ¿por qué? Tenía claro que no estaba limpio, hacía muchos años que no lo estaba y había tenido numerosos roces con policías de distintos países, incluidos los

agentes de la Interpol, pero si lo buscaban a él, ¿cómo lo habían localizado? No estaba en ningún hotel, de hecho eso era algo que hacía años que evitaba, al menos siempre que lo obligaban a identificarse, lo cual ocurría en la mayoría de los casos, salvo en algunos hostales, pensiones o casas rurales donde el control era más laxo.

La policía española no era tan eficaz, hacían mucho ruido, pero se les escapaban las cosas de entre los dedos, claro que hasta el policía más tonto podía tener un buen día y un golpe de suerte y encontrar alguna pista que lo llevase hasta él. Tampoco sabía si en esos momentos estaría en búsqueda y captura o no, eso ya le había pasado en otras ocasiones y había acabado detenido a las tantas de la madrugada en más de un hotel, y ese era el principal motivo de moverse a través del sistema *couchsurfing*, mucho más barato y sin controles policiales de ningún tipo. También evitaba los aeropuertos y se movía por toda Europa en coche, usando la treta de la llegada falsa para que sus respectivos anfitriones lo recogieran del aeropuerto, dando la impresión de que llegaba en avión, pero sin necesidad de utilizar el pasaporte en ningún momento. No usaba móvil, y la única persona a la que mantenía informada de sus movimientos era a su hermana en Londres, solo ella podría localizarlo en caso de emergencia familiar.

En esta ocasión estuvo falto de tacto y se había precipitado demasiado al acudir al encuentro de Hilario en la cafetería, tuvo la sensación de que él llegó a sospechar algo, cosa que no era de extrañar dada su torpe actuación en el aeropuerto. Tenía que haberse esperado en el punto de llegada, pero lo hecho, hecho estaba. Tal vez desde entonces, Hilario había ido atando cabos y al final las sospechas acabaron siendo demasiadas y había decidido denunciar a John, pero si era así, ¿por qué acudía la policía cuando él no estaba en casa? ¿Por qué se iba Hilario con ellos? No tenía sentido, tendría que existir otra explicación más plausible.

Desde luego, su anfitrión actual tenía muy mala pinta, y parecía ser cierto eso de que nunca dormía, al menos él no había conseguido verlo dormir en ningún momento. A veces se quedaba con los ojos abiertos, con la mirada vacía, como ausente, y él tenía la teoría de que era en esos momentos cuando Hilario dormía a pesar de no cerrar los ojos. Tampoco era un experto en asuntos de sueño y bien podría tratarse de algún síndrome poco conocido. Una semana antes había estado leyendo un artículo sobre los delfines. Recordaba que el reportaje hablaba sobre la respiración de esta especie; por lo visto, a diferencia de la de los humanos y otros animales, se trataba de un

acto voluntario, con lo cual, si se durmieran, dejarían de respirar y por lo tanto morirían ahogados. El mecanismo de supervivencia que habían desarrollado era el de desconectar el cerebro por mitades alternativamente, de esa manera descansaban sin llegar a dormirse en ningún momento. Esa sensación era la que le daba Hilario cuando lo veía con los ojos abiertos, mirándolo, pero sin verlo, ausente de la realidad, como si estuviera colocado. La única diferencia era que los delfines, a la vez que desconectaban uno de los hemisferios cerebrales, cerraban uno de los ojos, y a Hilario siempre lo había visto con los dos ojos abiertos.

¿Quién sabe?, puede que Hilario tuviera una extraña enfermedad, algo así como "el síndrome del delfín".

Cuando el coche de policía se fue llevándose a su anfitrión, decidió subir a casa para ver si podía averiguar algo más, alguna pista que le permitiera saber si buscaban a Hilario o lo estaban buscando a él. Por supuesto no llevaba llaves y lo sabía, Hilario nunca se las había querido dar a pesar de que él, sin pedírselo, se lo había insinuado en distintas ocasiones, pero eso era algo normal, sus anfitriones no solían dejarle la llave, y tampoco era cuestión de forzar la situación dando a entender que podría estar interesado en desvalijar la casa en ausencia de su propietario, por mucho que él no haría nunca nada parecido, era como eso que se dice de no mearse dentro del convento, o algo así, ¿cómo era la frase?, no la recordaba, era muy torpe para esas cosas, pero la idea era que no había que mezclar trabajo con otras cosas, y él solo buscaba el *couchsurfing* para tener dónde hospedarse alejado del control de la policía, para nada le interesaba hacer algo inapropiado que pudiera acabar con una denuncia del anfitrión. Lo que tenía que hacer debía hacerlo siempre fuera, nunca dentro.

Pero aunque no tenía llave, lo cierto era que con el tiempo que llevaba hospedado allí, conocía a la perfección el tipo de cerradura de que se trataba, siempre se fijaba en esas cosas, cualquier detalle percibido podía serle de utilidad en un momento dado y no perdía la ocasión de acumular información de su entorno. En lo que concernía a la casa de Hilario, la cerradura era muy vieja, de un solo punto de anclaje, y además, Hilario nunca le daba la vuelta a la llave al salir, una mala costumbre que mucha gente, incluso los que se gastaban una pequeña fortuna en puertas de seguridad, tenían, con lo cual, la puerta, además de que en este caso no era ni mucho menos de seguridad, se mantenía cerrada tan solo con el resbalón de la cerradura, en este caso extremadamente deslizante por lo pulido y desgastado que estaba después de años de uso continuado. Bastaría

con una tarjeta de crédito o algo duro y flexible, como el actual carnet de conducir, o el D.N.I., para hacerla saltar con facilidad, ya lo había hecho otras veces con cerraduras similares y nunca había tenido problemas, de manera que rebuscó en los bolsillos hasta encontrar una tarjeta de plástico apropiada a sus necesidades.

Esperaba no encontrarse a ninguno de los vecinos mientras subía por la escalera, había un par de ellos muy cotillas que no perdían ocasión de vigilar las idas y venidas del resto, algo por otra parte muy habitual en cualquier comunidad de vecinos.

Subió rápido las escaleras, pero lo más silenciosamente que pudo, y llevaba la tarjeta preparada en la mano para perder el menor tiempo posible ante la cerradura. Una vez arriba y situado frente a la puerta, fue cuestión de apenas quince segundos, un profesional lo hubiese hecho en un máximo de tres, pero él no podía considerarse como tal, a pesar de conocer algunos trucos del oficio. Entró y cerró la puerta tras de sí para evitar miradas indeseadas. Una oleada de satisfacción inundó su cuerpo excitándolo, era una de esas situaciones que tanto le gustaban, donde se mezclaba el factor riesgo, con lo inesperado, la combinación ideal para subirle la adrenalina, cien veces mejor que el *puenting*.

Tenía claro, porque lo había visto desde su posición privilegiada en el bar, que uno de los policías había subido hasta allí, John dudaba que hubieran realizado algún registro, habían estado muy poco tiempo, pero lo primero que hizo fue comprobar que el macuto siguiera en su sitio y con el candado cerrado e intacto, y así era, todo parecía estar igual que como lo había dejado. Echó un vistazo al resto del piso sin detectar nada extraño, hasta que entró en el cuarto de baño y encontró el cuchillo en la bañera, justo detrás de la cortina de plástico.

—¿Pero... qué coño hace aquí mi cuchillo? —habló en voz alta, como si hubiese estado presente Hilario y se lo estuviese preguntando a él.

John lo cogió y lo guardó sin más en el bolsillo del pantalón, se había puesto nervioso, no recordaba haber dejado allí el cuchillo, y si no lo había hecho él, solo podría ser cosa de Hilario, pero ¿por qué? ¿Cuándo se lo había cogido? ¿Para qué? Estaba convencido de que lo tenía guardado en el macuto. Por un momento pensó que podría tratarse de un cuchillo idéntico, pero a él mismo le pareció absurdo ese pensamiento porque se trataba de un modelo poco común. Así y todo, se dirigió a su cuarto y abrió el candado que mantenía cerrada la cremallera de su bolsa de viaje.

Allí no estaba. ¿Era posible que no lo hubiese guardado, o había

estado Hilario hurgando en el macuto? Era un candado muy fácil de abrir, de escasa, por no decir nula seguridad, a pesar de lo cual no aparentaba haber sido forzado. Él podía abrirlo con un simple clip, pero Hilario no parecía que tuviese ese tipo de conocimientos ni habilidades. Después de revisar todo el contenido, aseguraría que estaba todo en orden, salvo el cuchillo que ahora tenía en el bolsillo. Si Hilario había registrado el macuto, ¿por qué había sacado precisamente el cuchillo y por qué lo había dejado en la bañera? ¿Era alguna especie de mensaje? ¿Una advertencia? ¿Quería que se sintiera vigilado? Nada de todo eso tenía ningún sentido. En ese momento se percató del bolsillo exterior del macuto, cerrado también con cremallera, y una duda lo asaltó. ¿Lo había guardado allí en vez de en el interior? Era posible, la noche que lo llevaba llegó cansado, y ahora que lo recordaba, Hilario parecía no quitarle los ojos de encima, pero no estaba seguro, había bebido más de la cuenta y eso siempre le acababa afectando, no debería hacerlo en situaciones delicadas.

Cuanto más lo pensaba más se convencía a sí mismo de que eso era lo que había ocurrido, entró en la habitación mientras Hilario permanecía en el recibidor, y en lugar de buscar la llave y entretenerse en abrir el candado, puede que dejara en el bolsillo exterior el cuchillo con la intención de guardarlo al día siguiente, cosa que olvidó. Y no era la primera vez que sufría ese tipo de olvidos después de haber bebido demasiado. Años atrás pensaba que eso era un mito, algo imposible, y que se podía beber mucho y hacer muchas tonterías, pero no se podía olvidar lo sucedido, pero poco a poco se fue convenciendo de que sí que existían los lapsus de memoria cuando se bebía en exceso, cosas que simplemente desaparecían de la cabeza y que por mucho que uno intentara recordarlas nunca volvían a aparecer. Bien mirado no se trataba de olvidos porque cuando alguien olvida una cosa siempre cabe la posibilidad de recordarla en un momento dado. Lo que parecía ocurrir con la bebida era que en momentos puntuales los acontecimientos no llegaban a registrarse, el resultado era que se podía haber hecho algo que uno nunca llegara a recordar.

Eso era lo que podía ocurrirles a algunos maltratadores, salían de casa, se emborrachaban, volvían a casa, le pegaban una paliza a su mujer, se acostaban a dormir la mona y al día siguiente juraban y perjuraban no haber hecho nada, y puede que no estuvieran mintiendo, puede que simplemente no lo recordaran, de ahí que en esos casos el abuso del alcohol podía tener dos acciones perjudiciales, por una parte incitaba a la violencia, y por otra, peor

todavía, negaba la evidencia, con lo cual no podía existir el propósito de enmienda, ni el arrepentimiento, tan simple como que no había sentimiento de culpabilidad.

Pero en el caso del cuchillo, y puestos a admitir que podría haberlo olvidado, también cabía otra explicación. Tal vez lo llevara encima cuando fue a ducharse, puede que lo sacara del bolsillo y lo dejara allí pensando en guardarlo después, olvidándolo al vestirse. No solía olvidar las cosas, pero con el alcohol todo era posible, además, ¿cómo puede nadie asegurar que no suele olvidar las cosas? El simple hecho de olvidarlas ya impide el control sobre si se ha olvidado o no, en especial si lo que se olvida, se hace de forma permanente y nunca llega a recordarse.

Esa segunda explicación, la de la ducha, parecía más creíble que el hecho de que Hilario hubiese sacado el cuchillo de su macuto. Eso no parecía tener demasiado sentido, ya no solo el haberlo sacado, sino el dejarlo luego en la ducha. ¿Para qué iba a hacer una cosa como esa?

De un modo u otro, haber encontrado el cuchillo fuera de su sitio lo había puesto muy nervioso, y acostumbrado a desconfiar de todo, pensó que podría tratarse de una especie de cebo. Tal vez había sido Hilario quien había llamado a la policía para tenderle una trampa, dejándole allí el cuchillo para que lo encontrara y lo escondiese. Si era así, puede que hubiesen puesto alguna cámara escondida por algún sitio y hasta era posible que ahora lo estuviesen observando a través de una conexión tipo webcam o algo parecido desde la propia comisaría. Si era así, ya poco podía hacer, pero tenía que comprobarlo, revisar toda la casa hasta asegurarse de que no existía —o sí ninguna cámara de vigilancia.

Para una comprobación de ese tipo tenía que ser metódico, debía olvidarse de los nervios y empezar desde el principio para ir avanzando poco a poco, no debía dejarse sin revisar ningún rincón de la casa, por muy poco probable que le pareciese que pudieran estar vigilándolo.

Lo de ser metódico era una de sus mayores virtudes, y lo había sacado de más de un apuro en muchas situaciones críticas, lo revisó todo, centímetro a centímetro, y en especial el cuarto de baño y los rincones que apuntaban hacia la bañera. No encontró nada, estaba en disposición de jurar que no había ningún equipo de vigilancia instalado, pero eso no hizo que los nervios lo abandonaran, seguía estresado porque no entendía la situación, pero lo que estaba claro era que no iba a volver a dejar el cuchillo donde lo había encontrado, y tampoco lo iba a dejar en el macuto, ni en el interior

ni en el bolsillo externo. Llevarlo encima no era una opción que le gustase demasiado, pero lo conservaría hasta encontrar un lugar que le pareciese más seguro.

De momento saldría de la casa, eso era prioritario, Hilario no tenía por qué saber que había entrado sin la llave, eso solo le traería problemas y un seguro enfrentamiento que debía evitar a toda costa. Esperaría a que volviese para entrar llamando a la puerta como hacía siempre.

3

El comisario dudó entre detener a Hilario o dejarlo marchar después del interrogatorio, sabía que podía detenerlo sin problemas y seguir interrogándolo después en presencia de su abogado, ya como imputado y sospechoso de asesinato, pero de momento prefirió dejarlo en libertad, eso sí, dándole instrucciones a Gregorio de que lo vigilasen de cerca, quería conocer sus movimientos en los próximos días, dónde iba, con quién, a qué horas, cualquier cosa, o confirmar que efectivamente, tal y como le había insistido Hilario, pasaba la mayor parte del tiempo en casa sin salir. Estaba en un momento de la investigación en la que no parecía tener nada claro, tampoco tenía ninguna verdadera intuición de que Hilario pudiese ser el asesino. Estaba claro que, más que considerarlo culpable, deseaba que lo fuera.

—Aquí tiene la foto que había pedido —el inspector le dejó una fotografía de bastante mala calidad impresa en blanco y negro. Era de Hilario y había sido tomada con la webcam del ordenador del propio comisario.

—Gracias, me la quedo, pero sácate una copia y se la muestras al de la cervecería, o se la das a alguno de los muchachos para que se la lleven. Quiero saber si lo conoce o le suena como cliente, aunque sea esporádico.

—Iré yo mismo.

—¿Tienes alguna novedad de la grabación?

—Más que novedad, tengo confirmación de lo que ya sospechábamos, definitivamente no vamos a poder sacar nada en limpio de ella. Además de la víctima, que se intuye más que distingue, entran otras tres personas solas, pero no podemos saber si iban solas o se reunían con alguien al entrar en el local. No se aprecia nada de lo de dentro.

—¿Y qué tipo de identificación se puede hacer?

—¿Identificación?, hombres de edad indeterminada, ni siquiera podemos saber la raza. Los tres más bien delgados y de una estatura que puede rondar entre el metro setenta y el metro ochenta, alguno incluso podría ser una mujer con pantalones, es imposible concretar.

—No ayuda mucho, pero esa identificación incluye a nuestro buen amigo Hilario.

—Sí, al menos no lo descarta, pero tengamos claro que no lo podremos usar como prueba, el técnico me ha dicho que ya no se puede mejorar más y lo que se ve es de pena. Le traeré de todos modos la copia ampliada para que pueda verla y juzgar por sí mismo.

—Gracias, la veré.

En ese momento sonó el teléfono en el despacho interrumpiendo la conversación.

—¿Sí?

—Es su mujer, señor comisario —le dijo el encargado de la vieja centralita.

—Yo no tengo ninguna mujer.

—Perdón, su exmujer.

—Joder, pásamela.

Se oyó un clic metálico en la línea al transferir la llamada.

—Dime.

—Pablo, ¿se puede saber qué pasa?

El comisario adivinó que lo llamaba porque seguía sin recibir el importe de la pensión. Se le había olvidado por completo hacer la gestión en el banco.

—No pasa nada, solo que he ido muy liado y no he podido hablar con los del banco. Han matado a una mujer, ¿sabes?, y lo estamos investigando.

—Solo necesitas dos minutos para llamar al banco y otros dos minutos para llamarme a mí y darme una explicación.

—Llevo ocho años pagándote la pensión con puntualidad alemana, no te he fallado ni una sola vez, no veo por qué te has de poner así por un simple retraso.

El inspector abandonó el despacho con un gesto de saludo que no fue respondido por el comisario, concentrado como estaba en la conversación.

—Eso no quiere decir que no necesite el dinero ahora. He hablado con mi abogado...

—¿Has hablado con tu abogado? —la interrumpió el comisario levantando la voz.

—Pablo, tienes que entender...

—Ni Pablo ni leches, me retraso veinticuatro horas una sola vez en ocho años y llamas a tu puto abogado. ¿Qué pretendes? ¿Pero quién te has pensado que soy? ¿Un delincuente? Si te parece me acusas también de malos tratos y que me metan en el calabozo, así no hace falta que vaya a casa por la noche.

—No te pongas así, no pretendo nada, solo quería advertirle de la situación.

—Advertirle, ¿de qué?, debes de estar mal de la azotea, ¿cuál es la situación según tú?

—Pablo, no me faltes, hablando de malos tratos, sabes que hay muchas formas de maltratar a una persona.

—¿Y tú a mí sí que me puedes faltar? ¿Crees que me merezco que vayas con paparruchas a tu abogado hablando mal de mí? ¿Qué coño le has dicho?

—Solo le he preguntado qué podía hacer si no recibía la pensión.

—Pero ¿qué te hace pensar que no la vas a recibir?, joder, que hace menos de dos días, que no te debo seis meses. ¿Tan obcecada estás?

—Eres tú el que está obcecado, y no lo sé, pero creo que tengo mis derechos...

—¡Derechos!, ¡derechos!, todo son derechos, ¿y dónde están las obligaciones?, se supone que alguna debieras tener.

—Mis obligaciones son impedir que falte el sustento en esta casa y que tus hijas estén atendidas.

—Pues trabaja, joder.

—Estás muy mal Pablo.

—Sí, estoy mal, pues claro que estoy mal, ¿cómo voy a estar bien?, estoy mal por aguantarte, por no poder olvidarme de ti, eres mi pesadilla diaria. ¿Voy a tener que mantenerte toda la vida? ¿Es ese mi castigo? ¿Tenerte colgando del cuello para siempre?

—Eso no es justo.

—Yo te diré lo que es justo.

—No, déjalo estar, solo quiero lo que es mío.

—¿Estás en casa?

—Sí, claro, dónde voy a estar.

—Pues deja que me pase por el banco, saco el puto dinero y te lo llevo personalmente ahora mismo.

—No hace falta, basta con que me lo ingreses en la cuenta.

Pero el comisario ya había colgado el teléfono con un fuerte golpe que sonó a mezcla de metal y plástico, agudo y grave a la vez. Volvía a estar muy alterado y sentía palpitaciones. Cualquier día iba a tener un ataque al corazón y quedarse frito allí mismo. Sabía que no

debería tomarse las cosas tan a pecho, pero nunca nadie había tenido la habilidad de sacarle de quicio con la facilidad con que lo hacía Amparo, si le sucediera lo mismo con los detenidos, a esas alturas ya habría matado a alguno a golpes.

Tenía la sensación de haber perdido gran parte de su vida por un solo error, el simple hecho de casarse con Amparo se la cambió para siempre, y desde entonces, que recordase, todo había ido siempre a peor. Desde el divorcio tenía algunos cortos periodos de tranquilidad, hasta que a ella le daba por llamarlo por cualquier tontería, las notas de la pequeña, o las vacaciones de la mayor, o para pedirle más dinero para ropa, o cuando surgía un imprevisto que ella decía no poder atender con la pensión pactada, siempre lo mismo, nunca lo había llamado para felicitarlo en su cumpleaños, o para desearle unas felices fiestas, siempre lo llamaba para echarle en cara que no iba a ver a las niñas o para pedirle dinero.

Salió del despacho dando un portazo y se dirigió al banco cabizbajo y pensativo. Hizo un reintegro por el importe equivalente de la pensión, tuvo unas palabras malsonantes y quizás poco adecuadas con el director, que le explicó que habían tenido un problema en el ingreso de las nóminas y eso les había obligado a paralizar la emisión de la transferencia.

Unos hijos de puta, eso eran los de los bancos, ¿qué problema tenían en dejarlo al descubierto un par de días? ¿Acaso creían que iba a salir huyendo y no cubriría el importe?

Con el dinero en el bolsillo y los nervios a flor de piel se dirigió a su antigua casa, la que se había quedado su mujer con las niñas, de donde había tenido que salir como un refugiado de guerra para ir a vivir a un lugar miserable, lo bastante barato como para pagarlo con su exiguo sueldo de policía y que aún le sobrase para cubrir la pensión, y por supuesto, con unas características en consonancia con el precio, pequeño, mal situado, mal ventilado, menos iluminado, y con humedades y cucarachas. No era justo, al menos a él no se lo parecía. Nunca se había planteado rehacer su vida con otra mujer, pero de haberlo pretendido, no le hubiera sido posible, con su sueldo no podía mantener dos familias. Desde el divorcio no había ahorrado ni para un alfiler de corbata. Por más que lo intentaba, a final de mes nunca le quedaba nada para guardar, y las pagas extra pronto desaparecían en reparaciones o cosas que tenía que ir aplazando un mes tras otro, y eso viviendo solo y sin grandes vicios. ¿Cómo podría haberse casado de nuevo?

Llamó a la puerta con insistencia. Amparo abrió con una cara extraña, mezcla de sorpresa, preocupación, y tal vez miedo.

—¿Por qué has venido?, te he dicho...
—He venido a traerte el dinero.
—Te he dicho que no hacía falta.

Segunda parte

“La razón es lo que más asusta en un loco”

Anatole France

7
•

¿Un asesino en serie?

1
♦

Estaba de nuevo respirando aire puro y no podía dejar de sentirse confundido al salir del ambiente cargado de la comisaría. El interrogatorio había resultado de lo más extraño y todo parecía apuntar a una especie de necesidad personal del comisario por intentar involucrarlo de alguna manera en el asesinato de Edurne.

Parecía bastante evidente que él se había convertido en una especie de herida mal cicatrizada para el comisario, como una pústula sangrante y repleta de pus en el culo que no había forma de hacerla cicatrizar, algo que no acababa nunca de cerrarse a pesar de los años transcurridos. No entendía a qué venía tanta fijación en su persona.

Se había vuelto a cruzar con el comisario, accidentalmente, el destino parecía haberlos unido de nuevo, y sin duda eso había sido suficiente para provocar que todos esos malos recuerdos afluyeran de nuevo en la calenturienta cabeza del comisario, y puede que pensase que a la tercera iba la vencida y estuviese convencido de poder enchironarlo por fin. Si creyera en la reencarnación, el karma y las vidas pasadas, pensaría que ya habían coincidido en otras vidas y que tenían algo pendiente, algo que no tenía nada que ver, ni con los asuntos del banco ni con el asesinato de Edurne, pero que de un modo u otro él tenía que pagar por un karma negativo y el comisario era el encargado de reclamarle el precio. Pero todo eso le parecían bobadas, para él no había más que una vida, y terminada esta, todo acababa, o comido por los gusanos, o incinerado, y eso era todo.

Se preguntaba si bastaba con que Edurne fuera vecina suya para que él resultase sospechoso de asesinato, y la respuesta era que sin duda no era motivo suficiente, pero de un modo u otro sí que justificaba la apertura de cualquier investigación, en eso no podía criticar la actuación policial. Otra cosa muy distinta era la manera en que habían actuado, del todo improcedente; no era necesario haber ido a su casa con amenazas de detención si la verdadera intención del comisario era interrogarlo como testigo; esa forma de proceder evidenciaba una especie de sutil venganza en la que él tan solo era la

víctima propiciatoria y tal vez su error había sido no saber plantarle cara con propiedad. Ahora, con la mente algo más despejada, pensaba que se había comportado de forma demasiado sumisa porque el interrogatorio no había sido muy ortodoxo, y muy bien podría haberse negado a responder a muchas de las preguntas, pero algo le decía que esa era posiblemente la excusa perfecta que estaba esperando el comisario para dar un paso al frente y detenerlo como imputado, acusado de forma oficial del asesinato de Edurne.

De haberlo detenido, sabía que se hubiera pasado los próximos tres días encerrado en el calabozo porque el comisario agotaría los plazos legales como ya había hecho antes. Los recuerdos que tenía de ese tipo de experiencias, le removían el estómago, lo hacían sentirse muy mal, tanto física como anímicamente, y no le apetecía en absoluto volver a pasar por algo parecido. Los calabozos eran una de las peores experiencias por las que había pasado en toda su vida.

Tampoco podía dejar de preguntarse por qué lo habían dejado en libertad sin imputarlo. Al comisario le hubiera resultado muy fácil hacerlo, no tenía pruebas de que fuera el asesino, pero los indicios eran más que suficientes para justificar la medida. Sabía que el hecho de no detenerlo no quería decir, ni por asomo, que el comisario creyese en su inocencia, y en cualquier momento podría hacerlo sin tener que darle demasiadas explicaciones a nadie. Si no lo había hecho ahora, pudiendo vengarse de él de ese modo era porque buscaba otra cosa, o tal vez esperaba dejarlo para más adelante. Quizás solo estaba jugando con él, soltando algo de hilo antes de volverlo a tensar. Tendría que ir con mucho cuidado por si le ponían alguna vigilancia.

—Muy bien, eso es todo —le había dicho el comisario al terminar el interrogatorio—, ahora le diré a mis hombres que lo acompañen de vuelta a casa.

—No gracias, prefiero ir andando, o ya me cojo un taxi.

—Como prefiera, ¿no se siente a gusto en el coche patrulla?

Hilario intentó analizar el tono del comisario, lo miró a los ojos, no parecía cínico, a pesar de que la pregunta le pareciera un tanto fuera de lugar. Al final prevaleció la prudencia y prefirió no contestar, limitándose a realizar un leve gesto de despedida un tanto cansino con la mano antes de abandonar la comisaría.

Eso había sido todo, al principio el comisario había estado bastante agresivo con las preguntas, cosa que era de esperar dado su carácter, luego cambió de estrategia de un modo brusco, sin demasiado sentido, con un acercamiento personal al ofrecerle tabaco, curiosamente después de haberlo reprendido por intentar fumar

media hora antes, y finalmente se despedía de él con total cordialidad, como si fueran amigos de toda la vida, manteniendo un tono suave difícil de analizar, incluso para él que solía percibir los matices.

Era como si a lo largo del interrogatorio, el comisario hubiese estado ejerciendo de poli malo y de poli bueno a la vez, en un sinsentido de desdoblamiento de personalidad, una estrategia poco eficaz en un interrogatorio, salvo que la llevaran a cabo dos policías. Si analizaba lo que había estado notando, quizás ese extraño comportamiento tenía una justificación por todo lo que parecía atormentar al comisario, Hilario pudo percibir esas sensaciones, algunas de ellas íntimas y bastante inquietantes. Tenía la sensación de que conforme avanzaba el interrogatorio, el comisario había ido perdido interés en él, a la vez que en su cabeza pasaba a estar más presente su exesposa, y los pensamientos que tenía de ella no eran precisamente tranquilizadores, se destilaba odio y violencia a partes iguales en lo que Hilario podía sentir. No pudo llegar a visualizar ninguna imagen, tampoco palabras claras, solo sensaciones, emociones, y la certeza de que se trataba de la exmujer, aunque ni la conocía, ni tampoco podía "verla" en la cabeza del comisario. Eran cosas difíciles de explicar porque le llegaban al cerebro como una especie de *flashes* cargados de información, y podía representarlos como eso, unos fogonazos de luz muy blanca saturada de datos, y solo le llegaba si no se proponía hacerlo. Si lo intentaba por su cuenta queriendo "leer" la mente de alguien no lograba nada en absoluto, más que una nueva habilidad parecía una especie de don que se activaba o desactivaba de manera ajena a su voluntad.

Hilario intentaba analizar esa información percibida, y se preguntaba qué podía haber ocurrido recientemente, o qué estaba recordando el comisario, para que sus pensamientos acabaran tan lejos de lo que parecía que era su prioridad en esos momentos. El interrogatorio parecía haber pasado a un segundo plano, a algo sin apenas importancia, mientras todas las energías del comisario se centraban en esos pensamientos, tensos, llenos de odio, y un tanto caóticos sin sentido aparente.

También pudo sentir que en varias ocasiones el comisario pensaba en Edurne, lo cual en un primer momento le pareció normal, puesto que estaba realizando un interrogatorio relacionado con el crimen, pero no pudo evitar tener la desagradable sensación de que esos pensamientos no tenían nada que ver con la investigación, no estaban relacionados con las preguntas que tenía que hacerle. El comisario parecía sentir placer cuando pensaba en Edurne, cuando la

recordaba cubierta de sangre y llena de cuchilladas por todo el cuerpo, y no era un placer sexual, eso lo hubiera podido entender, era un placer de otro tipo, más sórdido, un placer con un componente de sadismo evidente, y lo más llamativo era que todo parecía estar unido, el comisario, Edurne, y la exmujer, y parecía odiarlas a ambas. ¿Qué relación podía existir? ¿Conocía el comisario a Edurne con anterioridad al asesinato? ¿Había tenido alguna relación con ella? ¿Qué tipo de individuo era? Eran demasiadas las preguntas que se le planteaban, y quizás por eso, a pesar de que se había estado sintiendo muy incómodo durante todo el interrogatorio, hubiera preferido que este se hubiese prolongado para tener la ocasión de escarbar durante más tiempo en los extraños y un tanto oscuros pensamientos del comisario.

Dos sonidos muy distintos pero provenientes de una misma dirección, se fundieron en el ambiente convirtiéndose en uno solo, un claxon muy agudo y el ruido chirriante de unos neumáticos al intentar agarrarse desesperadamente al asfalto caliente. El ruido lo sacó de la ensoñación que lo tenía apartado de la realidad desde que había salido de la comisaría. Por primera vez fue consciente de sí mismo, dándose cuenta de que estaba cruzando la calle y ni siquiera se había percatado de ello. En ese momento tuvo la desagradable sensación de que podría haber muerto allí mismo, arrollado por el vehículo, y todo, por dejarse llevar por una serie de pensamientos que le absorbían demasiado y no le llevaban a lugar alguno.

De un tiempo a esta parte no parecía capaz de hacer dos cosas a la vez, su cerebro había perdido agilidad, y visto lo sucedido, eso podría acabar matándolo si no iba con más cuidado. Pidió disculpas al conductor con un torpe gesto de su mano derecha, mientras la mano izquierda la ponía sobre el corazón que parecía querer explotar en su interior. Volvió a subir a la acera desorientado mientras los otros viandantes lo miraban con condescendencia, e incluso alguno de ellos con cierto desprecio.

Por lo visto llevaba bastante rato andando sin rumbo fijo, pensando en sus cosas, en el comisario, la exmujer de este, Edurne, y mil cosas más que le venían sin sentido a la cabeza, y todo eso debió hacerlo sin fijarse en lo que le rodeaba porque estaba en la calle de la Paz, bastante cerca de su casa y había llegado allí sin percatarse de nada. Una puerta de cristal corrediza se había abierto automáticamente al subirse a la acera con un ruido deslizante que le hizo volver la cabeza para ver el origen del sonido. Se encontró con la misma farmacia en la que supuestamente había estado unas noches atrás y pensó que podría tratarse de algún tipo de señal, algo

que tenía un significado oculto, pero no llegó a ninguna conclusión.

El establecimiento frente al que ahora estaba detenido nada tenía que ver con la farmacia de la otra noche. La que ahora podía ver estaba tal y como la recordaba, era la farmacia de siempre y no tenía los absurdos y enormes letreros de neón parpadeantes: ¿Problemas de insomnio? ¿Picores de cabeza? ¿Herpes en la cara? ¿Desde cuándo no puedes dormir, Hilario?", tampoco era tan grande como la de su... ¿alucinación?, ¿pesadilla?, ni en su interior estaban los extraños farmacéuticos altos y delgados con pinta de alienígenas mirándolo de manera extraña. Ahora todo era distinto, se encontraba en el mundo real, a pesar de que seguía viéndolo todo con esa especie de hiperrealismo que lo acompañaba desde hacía algún tiempo, pero lo que veía ahora no lo estaba imaginando, estaba seguro de ello.

En la ocasión anterior, al atravesar la puerta de la farmacia con la intención de entrar en ella, acabó apareciendo dentro de su propia casa, como si se hubiera teletransportado al igual que tan a menudo ocurría en su vieja serie favorita de *Star Trek*, y tal vez eso, por muy absurdo que pudiera parecerle, fue lo que lo impulsó a entrar de nuevo en la farmacia, lo hizo con la secreta e inconfesable esperanza de llegar a casa de forma instantánea. Lanzó el cigarrillo que estaba fumando sobre la acera y entró, pero en esta ocasión no ocurrió nada parecido, la farmacia que había visto desde fuera, seguía existiendo dentro al atravesar la puerta corrediza, y no había ni rastros de su casa al otro lado. Un hombre delgado de algo más de cincuenta años, con bata blanca y de aspecto normal, lo atendió de inmediato. Había sido una estupidez por su parte pensar que podría ocurrir algo tan absurdo como una teletransportación, y no pudo evitar que el rubor invadiera su rostro, como si el hombre que estaba al otro lado del mostrador pudiera saber el verdadero motivo por el que acababa de entrar a la farmacia.

—¿Qué desea?

¿Cómo iba a explicarle que había entrado dejándose llevar por su inconsciente, pensando que de ese modo llegaría a casa atravesando no sabía muy bien qué tipo de agujero negro interestelar, sin necesidad de seguir caminando hasta la calle Pelayo? Nadie iba a creer una cosa así y no le apetecía que lo tomaran por loco.

—¿Tiene problemas de insomnio? —le siguió preguntando el farmacéutico al ver que no contestaba.

Hilario se alegró de que le facilitara la conversación porque se había quedado bloqueado sin saber qué decir.

—Sí, sí, llevo algún tiempo sin dormir.

—¿Cuáles son los síntomas? ¿Le cuesta coger el sueño al acostarse,

o se despierta a media noche y ya no puede dormir a partir de ese momento? Es bueno diferenciar el problema.

—Pues ni una cosa ni la otra: no duermo nada.

—Supongo que dará alguna cabezadita entre horas, o durante el día. ¿Tiene sensación de somnolencia continua? ¿En casa?, ¿en el trabajo?, ¿cuando está en la sala de espera de algún sitio?, ¿al conducir?

Hilario desistió de explicarle que lo suyo era distinto a todo, que simplemente no dormía, cero, ni lo más mínimo... Y lo peor de todo era que ante tanta insistencia de que no se podía vivir sin dormir, ya empezaba a pensar que podrían tener razón todos los demás y que era él quien no se enteraba de cuándo se dormía. Hasta era posible que lo de la farmacia de los alienígenas no hubiera sido una alucinación sino un sueño. Así de sencillo. Se había dormido y acabó despertándose cuando "entró" en casa. Pero era tan real... Siempre había sabido distinguir los sueños de la vigilia, ¿era posible confundirlos? En ese caso, ¿qué era real y qué no lo era? ¿Venía ahora de la comisaría? ¿Lo había estado interrogando el comisario? Tal vez lo había soñado mientras caminaba como un sonámbulo hasta llegar a la farmacia. Llegado a ese punto la teoría le parecía tan creíble como otra cualquiera.

—Me encuentro cansado en todo momento, pero no suelo tener mucha somnolencia.

—¿Algún otro síntoma destacable?, ¿dolores de cabeza?, ¿fatiga mental?, ¿síntomas de sentirse deprimido o abatido?, ¿hambre?

—Bueno... me cuesta pensar, a veces me quedo como bloqueado, no presto atención suficiente a las cosas...

Prefirió no comentar que lo veía todo de forma hiperreal, ni que a veces era capaz de leer la mente de los demás, o de que oía con mayor agudeza que antes, ni que tenía alucinaciones en las que acababa teletransportado hasta su casa.

—A veces me molesta también la luz diurna —añadió.

—¿Fuma?, ¿toma café?, ¿alcohol?, ¿estimulantes?

Hilario tuvo la sensación de que el farmacéutico había fruncido la nariz, como si le hubiera olisqueado el aliento para determinar si bebía o no sin esperar a su respuesta.

—Café y alcohol apenas, tabaco bastante, puede que tres paquetes diarios.

—Eso es mucho tabaco, veré qué puedo darle.

El farmacéutico entró en la trastienda, muy iluminada, en eso sí que se parecía a la otra farmacia, el interior estaba decorado con decenas de tarros cilíndricos de cerámica, antiguos pero muy bien

conservados —vacíos casi con total seguridad—, con nombres de distintas hierbas y compuestos escritos artísticamente sobre los mismos, con brillantes colores de entre los que destacaba el azul cobalto: “Salvia”, “Albahaca”, “Tomillo”, “Tila”, “Orégano”, “Ruibarbo”, “Ajenjo”, “Romero”, “Sulfato de Quinina”, “Acibar Polvo”...

Un par de minutos después, aparecía de nuevo el farmacéutico sonriente, como satisfecho consigo mismo por haber encontrado el remedio que estaba buscando. Llevaba en las manos una caja de cartón que metió en una pequeña bolsa de plástico con la identificación de la farmacia, apenas un poco más grande que el envase de la medicación. Le cobró y lo emplazó a que le informara del resultado en unos días para seguir con el tratamiento o proponerle una solución alternativa. Hilario sabía de antemano que no iba a funcionar, pero aún así, se propuso tomárselo a ver qué ocurría.

—También sería conveniente que se dejara de fumar y abandonara el alcohol y el café, al menos hasta recuperar su ciclo de sueño normal.

—Lo intentaré.

—Tenga en cuenta que la ingesta de cualquier excitante afecta al sueño en situaciones normales, pero en el caso de insomnio, los perjuicios pueden ser mayores y llegar incluso a anular los efectos de los somníferos o de otros remedios.

—Gracias por el consejo.

Al salir de nuevo a la calle, y a pesar de que sabía dónde se encontraba, se sintió otra vez desorientado, tardando más de un minuto en decidir qué camino debía tomar para llegar a casa sin acabar dando un rodeo innecesario.

2

Cuando poco después llegó a casa, dejó la caja de las pastillas encima de la mesita de la entrada, no se molestó en sacarla de la bolsa, había perdido todo el interés por ella y su intención de tomarse la medicación ya no era tan evidente como en el momento de abandonar la farmacia. Otras cuestiones ocupaban en ese momento su mente, acababa de recordar que al salir de casa para ir a la comisaría, había dejado el cuchillo en la bañera y tenía que recuperarlo antes de que John volviera a casa.

Entró en el cuarto de baño, accionó la clavija para encender la luz

y un fuerte chisporroteo iluminó la estancia como un relámpago en una noche de tormenta, durante un par de segundos, para de inmediato acabar en total oscuridad. Se habían fundido a la vez ambas luces, la del cuarto de baño y la de la entrada, quedándose a oscuras mientras el ambiente se llenaba de un olor desagradable, mezcla de plástico recalentado y pescado poco fresco. Era un olor penetrante, parecido al de un enchufe que llevara sobrecargado varias horas. En ese mismo instante comenzó a oír pasos que cesaron al cabo de unos segundos, justo cuando comenzaron a oírse los gemidos, una mujer intentaba gritar y no podía hacerlo. Era Edurne, tenía que ser Edurne porque era la misma escena que ya había visto repetida otras veces, pero esta vez parecía estar viéndola desde otro ángulo, o más bien sintiéndola, porque apenas distinguía nada, rodeado de oscuridad como estaba.

Todavía no era de noche pero al salir había dejado todas las persianas cerradas, y en ese momento no había ninguna luz encendida. Algo le impedía moverse, estaba paralizado y con todos sus músculos rígidos.

Sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad muy poco a poco y empezó a distinguir unos contornos; un minuto después seguía totalmente quieto, sin atreverse a mover ni un solo músculo. El contorno que había comenzado a ver poco antes, se definía cada vez más... Era Edurne, ya no cabía duda, y estaba sentada sobre el váter; más que sentada, desplomada y con la espalda apoyada en la pared, llena de sangre por todas partes. Se encontraba en su cuarto de baño, pero lo que estaba viendo era distinto, tenía que tratarse del cuarto de baño de la cervecería donde habían matado a Edurne, y tal como podía verla en esos momentos, sin duda era como había quedado después de recibir las puñaladas mortales, en la misma postura en que sería encontrada por la mujer de la limpieza a la mañana siguiente.

Dio un paso atrás, como queriendo huir, despacio, sin hacer ruido. No sabía de quién ni de qué, pero no quería llamar la atención, quería pasar desapercibido... salir de allí lo antes posible o desaparecer, volatilizarse en el espacio.

Fue entonces cuando, intentando ver algo más a su alrededor, su vista se detuvo en la bañera. Ya no estaba la cortina de plástico que había instalado después de la muerte de María... pero lo peor de todo era que allí mismo, en la bañera, llena de agua, volvía a estar su esposa, tal y como la había visto tantas veces.

Giró de nuevo la cabeza hacia la izquierda y Edurne seguía sentada sobre el váter... las dos estaban muertas... y las dos abrieron los ojos

a la vez, justo cuando tenía la vista situada en un punto intermedio, lo cual le dio la oportunidad de darse cuenta de la sincronicidad con que ambas abrían los ojos al mismo tiempo mostrando unas cuencas vacías.

Unos segundos después, una tercera mujer apareció delante suyo, de pie, era mayor que Edurne y María, puede que tuviera cincuenta, o quizás incluso sesenta años, no podía distinguirlo con tan poca luz, en la frente tenía una especie de círculo de alrededor de un centímetro de diámetro. Estaba llorando, y a sus pies, un charco de orina se extendía en todas direcciones. No la conocía, ni recordaba haberla visto nunca antes.

Salió del cuarto dando tumbos y cerrando la puerta con un fuerte golpe tras de sí, para acabar apoyando la espalda sobre la misma al otro lado, como queriendo impedir que la abrieran. El corazón le latía más rápido cada vez. Se sintió desfallecer, un sudor frío le cubrió todo el cuerpo, y mientras mantenía la espalda rígida y en tensión sobre la puerta, sus pies resbalaban poco a poco hacia delante a la vez que las rodillas se flexionaban solas por el propio peso del cuerpo, hasta acabar sentado sobre el suelo, que le pareció que estaba muy frío.

A través de la puerta cerrada, seguía oyendo los gemidos y los sollozos, o eso le parecía, sin que pudiera estar seguro de ello. Sintió ganas de llorar de impotencia por no poder dormir y por ser incapaz de dejar de ver ciertas cosas. Se cogió la cabeza con ambas manos presionándola con fuerza hasta hacerse daño en las sienes. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

No supo el tiempo que estuvo en esa posición, hasta que acabó levantándose y abriendo las persianas para inundar de luz el piso. Tuvo que entrecerrar los ojos. Cuando recuperó el ritmo de sus pulsaciones se acercó de nuevo al cuarto de baño y puso su mano derecha sobre el pomo, los latidos volvieron a incrementarse, tenía miedo de lo que pudiese encontrar al otro lado, a pesar de que los gemidos y los llantos habían cesado.

Pasaron un par de minutos antes de que abriera la puerta de golpe tras hacer acopio del valor suficiente, y su sombra, producida por la luz de la ventana recién abierta, se alargó proyectándose en el interior del cuarto de baño. Nada de lo que había visto antes seguía a la vista, todo había desaparecido como si nunca hubiese existido, lo cual, después de todo, era lo más probable. Todo estaba en su imaginación.

La cortina de plástico volvía a estar en su sitio, como tenía que ser desde que dos años antes, había decidido ponerla para evitar ver la

bañera cada vez que entraba al cuarto de baño.

Era evidente que acababa de tener otra de sus alucinaciones, pero... ¿quién era la tercera mujer? ¿Qué tenía en la frente?, ¿por qué lloraba? Tanto María como Edurne habían fallecido violentamente, pero en cambio la tercera mujer parecía estar viva. ¿Quería comunicarse con él de alguna manera? ¿Le estaba pidiendo ayuda? Puede que nunca lo supiese, y lo cierto era que tampoco estaba muy seguro de querer averiguarlo.

Se acercó a la bañera y apartó la cortina de plástico para coger el cuchillo. Lo hizo con un movimiento rápido, queriendo asegurarse de poder cogerlo antes de que las alucinaciones volvieran a aparecer. Las anillas hicieron un ruido tintineante que le recordó al cascabel de un gato. Un gato negro que tenían en casa cuando era pequeño.

Contra toda previsión, el cuchillo no estaba en el lugar en que lo había dejado, y tenía la certeza de que era justo en ese sitio donde lo había escondido, oculto tras la cortina, antes de irse a comisaría. ¿Dónde estaba ahora?

Pensó en John, pero John no tenía llave, de hecho nadie tenía llave después de la muerte de María, salvo él, y la cerradura no parecía forzada, estaba seguro de haber abierto del modo habitual, con la llave de siempre, la única que existía de la casa. Sabía que no era prudente tener una sola llave, pero nunca había sentido la necesidad de hacer un duplicado.

No es habitual que nadie se lleve a la tumba unas llaves, pero su mujer lo había hecho. Nadie se percató de que las llevaba en uno de los bolsillos de la ropa que le pusieron, hasta que fue demasiado tarde, y desde entonces nunca hubo otra llave disponible, además de la suya. A veces le gustaba pensar que María se las había llevado a propósito porque tenía pensado volver, pero nunca regresó, salvo en su imaginación.

Puede que no tuviera respuesta a lo sucedido, pero alguien tenía que haber cogido el cuchillo, eso estaba claro, lo que no tenía tan claro era que no hubiera sido él mismo, ¿pero cuándo?, acababa de llegar de comisaría después de un paseo más largo de lo habitual, se había dirigido de inmediato al cuarto de baño después de dejar las medicinas sobre la mesa, y entonces comenzaron las visiones. No recordaba haber llegado en ningún momento hasta la bañera, no podía haberlo cogido, salvo que otro lapsus se hubiese colado en su memoria y no recordase algunos minutos de su presencia en el cuarto de baño.

Se agarró con ambas manos a la cortina, sentía frustración, impotencia, rabia, estaba teniendo uno de los peores días de su vida

y tenía la certeza de que podía empeorar aún más. Tiró con fuerza moviendo los brazos hacia la izquierda con un giro de cintura, como un torero con su capote. Las anillas ahora no sonaron como un cascabel, sino más bien como un montón de monedas que hubieran sido lanzadas al suelo con violencia, algunas de ellas cayeron rotas sobre el terrazo, el plástico crujió, y fue en ese momento cuando Hilario sintió un ligero alivio, como si al arrancar la cortina, hubiese desprendido algo más. Parte de la tensión había desaparecido...

... como el cuchillo.

3

Lo había visto llegar, cabizbajo, casi arrastrando los pies y con una bolsa de plástico minúscula en una de sus manos. Por lo visto no lo habían detenido, o tal vez sí y habían acabado soltándolo. El caso es que volvía a casa. Se preguntaba si le habría hablado a la policía de él, y de haberlo hecho, ¿qué les habría contado? No se fiaba de Hilario desde hacía días.

Decidió tomarse una cerveza antes de subir a casa, no quería dar la sensación de haber estado esperándolo, tenía que mostrarse casual e intentar sonsacarle información sin mencionar para nada a la policía, al fin y al cabo se suponía que él no sabía nada.

Subió al cabo de veinte minutos, después de dos cervezas y un plato de cacahuetes y llamó a la puerta de la manera habitual, ya se había acostumbrado a no pulsar el timbre que no funcionaba. Tuvo que esperar unos minutos a que Hilario le abriera la puerta. Nada fuera de lo normal.

Se miraron ambos a los ojos, como interrogándose mútuamente, pero ninguno de los dos se atrevió a articular palabra alguna.

—Hola —saludó John al cabo de lo que pareció demasiado tiempo.

—Hola, ¿dónde vas tan temprano?

—No me apetece seguir paseando por ahí, estoy cansado.

—¿No vas a salir esta noche?

—Me echaré un rato en la cama a ver si descanso —evitó mencionar la palabra “duermo”—, pero no creo que esta noche esté para muchas fiestas.

—¿Has estado aquí esta mañana?

—¿Dentro de casa quieres decir?, no, acabo de llegar, además, recuerda que no tengo llave.

—Lo sé, pero podría haberte abierto yo.

John estaba algo desconcertado.

—En ese caso sabrías que he venido, ¿no?

—Ese es el problema, que creo que olvido cosas que me han pasado, tengo algunos lapsus de memoria.

—Eso es la edad —dijo con cierto aire de burla—, nos hacemos mayores y es normal olvidarse de cosas.

—No, no es normal, lo que me ocurre a mí no es normal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no se trata de que se me olvide dónde he dejado las llaves, o dónde he aparcado el coche, eso sí que es algo normal, pero de ahí a tener lagunas de incluso varias horas, como si no hubieran existido...

—¿Sigues sin poder dormir?

—Nada en absoluto.

—Puede que eso tenga algo que ver, el cuerpo necesita descansar. ¿No será que te has quedado dormido sin saberlo y por eso crees haber perdido varias horas?

—Ya no sé qué pensar. Hasta hace poco hubiera jurado que eso era imposible, que tenía la certeza de que no dormía nada, pero ahora ya no estoy seguro.

—Tampoco le des mucha importancia.

John estuvo tentado de preguntarle por el cuchillo, quería saber por qué se lo había cogido, pero también él tenía sus problemas de memoria, al menos cuando bebía, y no se atrevió a sacar el tema por si Hilario no tenía nada que ver con el asunto y había sido él quien lo había dejado olvidado en la bañera.

También Hilario pensó en preguntarle a John si sabía algo del cuchillo, pero no podía estar seguro de una cosa así, y además, era cierto que no tenía llaves de casa.

4

Nunca antes había pensado fríamente en matar a nadie, y no dejaba de sorprenderle el hecho de estar mirando a John a los ojos y al mismo tiempo pensar en que debía matarlo. No sabía muy bien por qué, pero se sentía intimidado, y tenía miedo.

Si lo mataba y abandonaba su cadáver a las afueras de Valencia, nadie podría relacionarlo con él, de ese modo terminaría el problema y la amenaza.

Se preguntaba qué hacía que una persona, hasta cierto punto normal, pudiera llegar a planear algo así sin sentir ningún escrúpulo ni cargo de conciencia. John podría tener una familia que lo

estuviese esperando, incluso podría estar casado y tener hijos. ¿Qué le hacía sentirse con derecho a quitarle la vida a un ser humano? Tal vez en el fragor de una fuerte discusión, y en defensa propia, cualquiera pudiera acabar con la vida de otro con cierta facilidad e incluso justificación, pero no era el caso, John nunca lo había amenazado explícitamente de ninguna manera, ni habían discutido.

Era un tipo muy extraño, pero eso no parecía un motivo para pensar en matarlo. ¿Bastaba con sentirse amenazado y creer que John era el asesino de Edurne?, si la había matado a ella también podría matarlo a él. Incluso había llegado a pensar que ese era el plan de John desde el principio. Venía huyendo de alguien, se estaba escondiendo, y había encontrado el lugar ideal para hacerlo. El por qué había matado a Edurne no lograba adivinarlo, tal vez porque pensaba que mantenía alguna relación con él y era mejor eliminarlos a los dos; eso parecía un argumento un tanto forzado, pero nunca se sabe lo que pasaba dentro de la mente de un asesino.

No pudo evitar reírse de sí mismo al pensar algo así: *nunca se sabe lo que pasa dentro de la mente de un asesino*. Estaba claro que se refería a John, pero también podía considerarse a sí mismo como un asesino, al menos en potencia, alguien que estaba dispuesto a matar a otra persona a sangre fría. Matarlo y deshacerse del cadáver, de manera que bien podía saber lo que pasaba el el interior de una mente criminal porque él mismo estaba pensando en convertirse en uno de ellos.

Conseguir un cuchillo lo bastante afilado para cortarle el cuello a John mientras dormía no sería complicado. Alguno habría en la cocina con filo suficiente. Esperar a que se durmiera profundamente para asegurarse de que no se despertara al acercarse a la cama, tampoco parecía difícil. Gracias a su insomnio podía esperar durante horas hasta estar seguro de que John no se despertase. Eso le hizo recordar de nuevo a su vieja mascota. El gato, ¿por qué no recordaba su nombre? ¿O lo llamaban así?: Gato. No importaba, lo cierto era que podía pasarse horas quieto en un mismo lugar esperando a que la presa elegida acabara despistándose durante una fracción de segundo.

Ahora él podría hacer lo mismo, esperar horas observando, hasta que llegara el momento oportuno de actuar.

¿Cómo sería la experiencia de cortarle el cuello a alguien? Puede que no resultara tan fácil como se veía en las películas. ¿Y si no ejercía suficiente presión y John acababa despertando con el cuchillo en la garganta? Eran muchas las incógnitas que se le planteaban, pero estaba decidido a seguir adelante a pesar de todo. Después

tendría que deshacerse del cadáver, cosa nada fácil. Estaban en un cuarto piso sin ascensor y no había acceso directo al garaje, tendría que bajarlo por la escalera, sacarlo a la calle y meterlo en el coche.

También estaba la sangre, seguro que sangraría mucho y lo pondría todo perdido. Otra incógnita era la policía, tendría que asegurarse de que no le estuvieran vigilando.

Se le ocurrió una posible solución para no tener que cargar con el cadáver hasta la calle. El piso de Edurne estaba vacío y si conseguía abrirlo, podría dejar allí a John. No era una idea brillante, pero evitaría tener que sacarlo a la calle y que nadie pudiera verlo, incluyendo un posible control de vigilancia policial que le hubiera enviado su *amigo* el comisario.

5

Estuvo rebuscando en los cajones de la cocina pero no encontró ningún cuchillo con filo suficiente. Al final se decantó por uno alemán, de sierra y de aspecto robusto. Lo miró como hipnotizado, girando unos pocos grados el mango y produciendo unos destellos en la hoja al reflejarse la luz de la cocina sobre el reluciente acero. Pudo leer: “ZWILLING J.A. HENCKELS GERMANY”. El mango era de plástico negro, suave al tacto, y bastante ligero. A simple vista no parecía el arma más adecuada para lo que tenía previsto hacer, pero bastaría si sabía manejarla. Intentó guardarlo en el bolsillo del pantalón pero no le cabía, era demasiado grande. Decidió dejarlo en la cocina hasta que llegase el momento de utilizarlo.

John se había acostado y no tardaría en dormirse. Podía darse cuenta de ello porque acostumbraba a roncar, no muy ruidosamente, pero sí de manera constante. De todos modos lo prudente era esperar hasta las tres o las cuatro de la madrugada para asegurarse de pillarlo en lo más profundo del sueño. No quería arriesgarse a que un ligero ruido, lo despertara echando por tierra sus planes.

Se había asomado varias veces e incluso había bajado a la calle para mirar coche por coche y asegurarse de que no hubiera ningún equipo de vigilancia cerca. Nunca podría estar seguro, pero juraría que no había ningún policía por los alrededores, ni de uniforme ni de paisano. Con los bares no había problema porque estarían todos cerrados cuando él bajase el cuerpo hasta el coche que acababa de aparcar muy cerca del edificio. Los vecinos eran unos cotillas pero a esas horas estarían durmiendo, y si se tropezaba con algún viandante, simularía que John estaba borracho y lo iba a acompañar

a casa a dormir la mona. Una vez en el coche ya habría pasado lo peor, lo sentaría en el asiento del acompañante, le pondría el cinturón de seguridad y saldría de la ciudad. Si tuviera un coche mayor quizás se planteara meterlo en el maletero, pero en el Panda eso era impensable.

Miró el reloj por enésima vez; era casi la una de la madrugada. Saldría a la calle de nuevo para ver si veía algo sospechoso. Si lo estaban vigilando desde algún lugar fijo, como un piso o una terraza, al verlo marchar tendrían que contactar con otro policía para que le siguiesen porque querrían saber a dónde se dirigía. Era entonces cuando tenía que estar atento a cualquier persona que pudiera acercársele.

Si no veía a nadie sospechoso, acabaría por dar una vuelta y subiría de nuevo a casa para seguir con sus planes.

Todo parecía tranquilo, avanzó hasta la calle Xátiva fumando el enésimo cigarrillo de ese día, y luego se dirigió hacia la plaza del Ayuntamiento, siempre muy atento a cualquiera que pudiera estar siguiéndolo de lejos. Deambuló por algunas de las calles adyacentes haciendo algo de tiempo, pero evitó acercarse a la zona de Cánovas. Puede que esa parte de Valencia sí que la tuvieran vigilada en previsión de que el asesino volviera a actuar, y sería sospechoso que apareciera él por allí.

Estuvo de vuelta en casa a las dos y media de la madrugada, abrió la puerta con cuidado de hacer el menor ruido posible, oyendo de inmediato los ligeros ronquidos de John. Entró en la cocina y cogió el cuchillo. Estaba decidido a hacerlo, sabía que era capaz de ello y se había convencido a sí mismo de que se trataba de un asunto de defensa personal, era la vida de John o la suya y lo había estado meditando lo suficiente como para convencerse de que era lo mejor.

Lo sostenía en su mano derecha, hubiera preferido que fuese más pesado, eso le hubiera dado una mayor seguridad a la hora de utilizarlo, el hecho de que resultara tan ligero le hacía dudar de su eficacia, y sabía que solo dispondría de una oportunidad, no podía permitirse el lujo de que John se despertara al sentir el tacto del cuchillo en su garganta, el corte tenía que ser solo uno, profundo y rápido, y con los guantes se sentía algo torpe. Igual se los quitaba, no parecían necesarios.

No estaba nervioso, pero su respiración se había hecho más profunda y ruidosa conforme se iba acercando a su futura víctima. Las palmas de ambas manos estaban empapadas de sudor, un sudor que olía a amoniaco, tal vez por la tensión. Se acercó, cuchillo en mano, a la habitación donde dormía John, deteniéndose unos

instantes al llegar a la puerta que estaba abierta. John no se movió y siguió roncando al mismo ritmo, ajeno a la presencia de Hilario.

Siguió acercándose poco a poco, despacio y pendiente de cada una de sus pisadas para no hacer ruido alguno.

Se colocó al lado derecho de la cama porque era diestro y sería mucho más fácil realizar el corte, John dormía como siempre boca arriba, lo que le facilitaría la tarea.

Asió el cuchillo apretando el mango hasta que los nudillos se le blanquearon por la presión al tiempo que el corazón se le aceleraba, levantó la mano y la acercó al cuello de John.

6

El movimiento fue rápido y certero, Hilario se ayudó con la otra mano para ejercer una mayor presión y poder cortar también los tendones del cuello de una sola vez, John no llegó a gritar pero sí que abrió los ojos, puede que fuera un acto reflejo, pero Hilario se impresionó de tal modo al verlo que dio un paso atrás, trastabilló y acabó de culo en el suelo. Nunca sabría si John llegó a verlo o ya estaba muerto al abrirlos, de lo que sí que estaba seguro era de que esa imagen de John abriendo los ojos con el cuello seccionado se iba a repetir muchas veces a partir de ese momento. La sangre salió disparada con una presión inusitada salpicándolo todo, incluyendo la cara de Hilario, que no pudo evitar lanzar un pequeño grito de sorpresa y asco al sentir el líquido caliente y viscoso recorriéndole toda la cara mientras caía al suelo. Se intentó limpiar con el antebrazo y lo único que consiguió fue remover la sangre y mancharse todavía más. Sintió su sabor y escupió con aprensión.

Ahora que lo había matado, el corazón le latía, incluso con más fuerza que antes y estaba más nervioso, tal vez por la tensión liberada del momento, o porque se daba cuenta de que había llegado a un punto de no retorno. Ya no valía arrepentirse, no tenía que seguir elucubrando si estaba bien o mal matar a John. Estaba hecho y solo le quedaba seguir adelante y terminar lo planeado, y sabía que no era fácil.

Muchas cosas podían salir mal todavía.

Lo primero que hizo fue poner el cadáver boca abajo y en el borde de la cama, de manera que la sangre acabara de fluir, aunque una vez que el corazón había dejado de latir, la sangre que abandonaría el cuerpo sería mínima a pesar de que el boquete en el cuello era enorme.

Una de las cosas en las que no había pensado era que tendría que vestir a John, y para que no terminara toda su ropa manchada, lo mejor sería bajarlo de la cama y limpiar primero la sangre de su cuerpo. Le puso un pañuelo atado al cuello y lo vistió como pudo con la ropa que llevaba antes de acostarse y que había dejado tirada sobre la silla. El hecho de llevar los guantes —había decidido no quitárselos—, no le facilitaba la tarea, pero no quería arriesgarse a dejar ninguna huella en el cadáver que pudiera acusarlo.

Ninguno de los pasos resultó fácil a partir de ese momento, manejar un cuerpo muerto era complicado y daba la sensación de pesar más de lo que parecía razonable, y además, no siempre se movía en la dirección esperada. Vestirlo resultó agotador y cargarlo al hombro para bajar los cuatro pisos lo fue todavía más. Antes de bajarlo se había tenido que lavar y cambiar de ropa, y aún así, tenía la sensación de estar pegajoso, sucio, lleno de sangre por todas partes... y además... olía a desolladero y cobre.

Al llegar al portal, sentó a John en el suelo y salió a abrir el coche, momento que aprovechó para mirar de nuevo a su alrededor y asegurarse de que no hubiera nadie por allí cerca. Volvió a entrar, levantó a John con esfuerzos renovados, le pasó un brazo por encima de sus hombros y lo sacó, saliendo a la calle como si de dos borrachos se trataran, al menos esperaba que eso fuera lo que pensara cualquiera que pudiera estar viéndolos desde algún balcón vecino.

Lo sentó en el asiento del pasajero, le puso el cinturón y le ajustó el pañuelo del cuello para, a continuación, subir al coche, arrancarlo y salir con mucho cuidado y a baja velocidad para no llamar la atención. Lo único que podría estropear su plan en esos momentos era encontrar algún control policial a la salida de la ciudad, era algo en lo que no había pensado y que ahora le preocupaba bastante.

Dudó entre salir de Valencia con dirección a Barcelona, Madrid o Alicante. Se decidió por Alicante, era como una apuesta, que tanto podía ganar como perder, y se maldijo por su falta de previsión. Cerca de la salida, un coche de policía local lo adelantó y pensó que el corazón se le acabaría saliendo por la boca, pero pasó de largo sin que ninguno de sus ocupantes le prestara atención, entró en la rotonda, realizó un giro completo, y volvió a entrar a la ciudad en sentido contrario.

Hilario inspiró hondo y cogió esa misma rotonda en dirección a Alicante mientras conducía a una velocidad constante de noventa kilómetros hora y siempre por el carril de la derecha. No veía el momento de terminar y volver a casa para ponerse a limpiar toda la

sangre.

No sabía dónde parar porque en la carretera había muchas cámaras y no quería que quedara grabado el momento en que bajaba a John del coche, sería mejor salir de la carretera, pero ¿dónde?

Al final se decidió por la salida de Alberic y fue hasta las afueras, donde no había ningún tipo de iluminación ni cámaras, evitando los caminos de tierra porque tampoco quería dejar huellas visibles de neumáticos que luego pudieran identificarse con relativa facilidad.

Se puso de nuevo los guantes antes de coger a John y lo arrastró como pudo hasta una acequia cercana. No tardarían en encontrarlo, pero en cualquier caso no podrían relacionarlo con él.

El regreso resultó mucho mejor, su cuerpo se fue relajando poco a poco conforme se alejaba del lugar donde había depositado el cadáver, si ahora lo paraban en algún control policial no habría ningún problema, en el coche no llevaba armas y la documentación la tenía en regla, excepto la ITV que seguía caducada, si le preguntaban de dónde venía, se limitaría a decir que no podía dormir y que había salido a dar una vuelta.

7

—¿Qué le hace pensar que esta muerte pueda estar relacionada con la de la cafetería? —le preguntó el inspector Gregorio al comisario.

—No lo sé, después de todo, tampoco hay tantos casos sangrientos por aquí y en ambos se ha utilizado un cuchillo. Además, a falta de lo que diga la autopsia, una cosa está clara, a este tipo lo han llevado allí después de muerto. El asesino no quería que lo encontráramos en el lugar del crimen, tal vez para evitar que lo relacionásemos con el primero.

—En este caso no parece que haya habido ensañamiento.

—No, solo un corte en el cuello. Un corte muy profundo.

—¿Descartamos a una mujer como asesina?

—Se necesita cierta fuerza para hacer un tajo así en el cuello de una persona sana, pero tampoco hace falta ser ningún musculitos. Una mujer fuerte podría hacerlo, pero no creo que sea el caso. Tampoco el otro crimen parece probable que lo haya cometido una mujer, y si hablamos de un asesino en serie, las probabilidades todavía son menores. No entra dentro de la psicología femenina.

—¿Va a pedir que nos asignen el caso a nosotros?

—Sí, pero tampoco importa demasiado, si no podemos investigarlo

directamente, pediremos información y la contrastaremos con nuestro caso, tal vez nos aporte alguna prueba adicional. Estén o no relacionados los crímenes, nos interesa aclarar el de Edurne que es el que nos ha caído en suerte.

—¿Han identificado a la nueva víctima?

—En eso parece que ha habido mucha suerte, llevaba en el bolsillo del pantalón una tarjeta de crédito, curiosamente caducada desde hace varios años, pero sin foto y sin ningún documento de identidad. Puede que la tarjeta sea de otra persona, pero se está investigando. Si es suya, se trata de un inglés, John no sé qué.

—Tal vez sea una pista falsa dejada por el asesino.

—Puede ser, pero me inclino más bien a que el asesino se ha quedado con la documentación y se le ha pasado por alto la tarjeta de crédito.

—¿Para qué iba nadie a llevar una tarjeta de crédito caducada?

—Y yo qué sé, la gente es muy rara, puede que la llevase en esos pantalones un montón de tiempo y estuviera olvidada.

—¿Tenemos alguna foto?

—Sí, aquí tienes, de hecho quiero que se la enseñes también al de la cervecería, así vamos adelantando acontecimientos. Si conseguimos una identificación podemos forzar que nos asignen el caso a nosotros.

—Con referencia a eso tengo buenas noticias.

—¿A qué te refieres?

—Le llevé la foto de Hilario como me dijo, y el propietario lo ha identificado.

—¡No jodas!, ¿y a qué esperabas para decírmelo?

—Me acabo de enterar, no lo pillé en el establecimiento y le dejé la foto en un sobre. Acaba de llamarme.

—¿Estuvo la noche del crimen en el local?

—Eso no puede asegurarlo. Dice que no es cliente habitual y que no recuerda cuándo lo ha visto, pero que no hace mucho tiempo. Tampoco sabe si le suena de verlo por la calle o en su local, pero juraría que sí que ha ido por allí.

—No es suficiente, pero es una pista más.

—¿Quiere que lo detengamos?

—No, todavía no, de momento quiero que me vayáis informando de lo que hace.

—Ahora es cuando debo darle una mala noticia.

—¿Qué ocurre?

—Cuando el otro día ordenó que lo vigiláramos...

—¿Sí... ?

—No sé lo que ocurrió, hubo una confusión.

—Y no ordenaste la vigilancia.

—Sí que lo hice, y la vigilancia ha estado en marcha.

—¿Entonces?, ¿cuál es el problema?

—Que se han equivocado de calle.

—¡¿Cómo que se han equivocado de calle?!

—Han estado en Convento de Jerusalén, justo la paralela...

—¡Sé dónde está Convento de Jerusalén!, lo que no sé es por qué coño estaba allí la vigilancia.

—Los chicos...

—¡Chicos!, ¡chicos!... tenemos la comisaría llena de críos novatos, eso es lo que pasa, ¡joder!, ¿cuándo nos hemos dado cuenta de la metedura de pata?

—Esta mañana, me han pasado el informe y me ha extrañado que en todo este tiempo no vieran entrar ni salir a Hilario. Tampoco me había llamado la atención hasta ahora porque de lo que se trataba era de comprobar si lo que decía de que se pasaba la mayor parte del tiempo en casa era cierto, pero que no bajara ni a tirar la basura me ha parecido un poco fuerte. He estado hablando con ellos... y nos hemos dado cuenta de que la vigilancia no estaba donde correspondía.

—Pero en ese caso se ha podido estar moviendo a su antojo después del interrogatorio, y la idea era dejarlo suelto y sin ninguna imputación para que se confiase y metiera la pata.

—Sé cual era la idea, señor comisario, y lamento lo ocurrido, ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Tal vez no les expliqué correctamente la ubicación.

—Pero les dijiste que era en la calle Pelayo, ¿no?

—Sí...

—¡Pues qué coño!, ¿qué no saben leer?

—Debí haber hecho un seguimiento más cercano.

—En eso sí que debo darte la razón, pero tanta culpa tienes tú como yo en ese caso. Tampoco me he preocupado demasiado de pediros datos. ¡Al carajo!, olvidemos el tema. ¿Ya los has cambiado de sitio?

—Sí, ya están donde corresponde y alerta.

—Bien, pues pásame dos informes diarios, uno por la mañana y otro por la tarde.

—De acuerdo.

—¿Vas a ir a la cervecería a ver tú lo de la foto?

—Sí, iré yo mismo.

—Ten en cuenta que no estamos investigando este segundo caso de forma oficial, así que si puede ser no le dejes ninguna copia.

—No se preocupe, si no está volveré más tarde.

—De acuerdo.

8
•

La exmujer del comisario

1
♦

Nada más llegar a casa, Hilario recogió todas las sábanas manchadas, las metió maquinalmente en una bolsa de basura grande, limpió toda la sangre del suelo y del cabezal de la cama, y por último colocó los trapos utilizados en el interior de la misma bolsa. La bolsa era opaca y negra, bastante gruesa, de las que se usan en los cubos de basura comunitarios de algunas ciudades, olía mucho a petróleo y, cuando ese olor se mezcló con el de la sangre todavía fresca que cubría las sábanas, le provocó arcadas hasta el punto de acabar vomitando sobre el suelo. Parecía increíble lo que llegaba a caber en el estómago de una persona. A ese paso no acabaría nunca de limpiar, cogió unos trapos limpios, recogió todo el vómito y, cuando fue a lanzarlo al interior de la bolsa, un pensamiento fugaz le hizo cambiar de idea. Si encontraban la bolsa, la policía podría sacar algunas pruebas del ADN y llegar a identificarlo; no era prudente mezclar sus vómitos con la sangre de John porque la relación resultaría demasiado evidente.

Fue hasta la cocina y metió los trapos en la lavadora mientras se daba unos pequeños golpes en la frente con la palma de la mano reprendiéndose mentalmente a sí mismo por la estupidez que había estado a punto de hacer. Tenía que estar atento a los detalles, por mucho que en su estado le resultara difícil pensar con claridad.

El principal problema seguía siendo el colchón, no había demasiada sangre en él porque casi toda había sido absorbida por las sábanas, pero sí que eran visibles unas manchas que parecían imposibles de quitar. Llevarse el colchón era impensable; se decidió por darle la vuelta y dejar las manchas en la parte inferior, nada que un registro policial a fondo no pudiera encontrar, pero esperaba que no llegase a hacerse tal registro.

Bajó la bolsa de basura una vez atada y la metió en el maletero del Panda, tuvo que presionar con ambos brazos para que cupiese y poder cerrar el portón.

Tampoco era conveniente dejar la bolsa con las sábanas en un contenedor cercano a su casa, por lo que puso el coche en marcha y acabó tirándola en uno bastante alejado después de dar varias

vueltas por la ciudad y asegurarse de que no lo estaban siguiendo. Lo ideal hubiera sido quemarlas, pero en el piso no le era posible hacer una cosa así, de manera que tendría que conformarse con lo que había hecho y esperar que sus precauciones fueran suficientes. Lo más probable era que las sábanas manchadas terminaran en un vertedero sin que nadie mirase en el interior de la bolsa y acabaran quemadas junto con toneladas de basura de distintas procedencias, eso era lo que ocurriría con casi total seguridad, pero no dejaba de ser otro cabo suelto, y ya eran muchos: las manchas en el colchón, las sábanas, no haber previsto un posible control de carretera... y seguro que se le olvidaba algo más.

Cuando llegó a casa de nuevo, eran las cinco de la madrugada, y se sentía mucho más tranquilo y relajado. La amenaza de John había desaparecido y, por un momento fugaz pensó que incluso podría dormir, cosa que no ocurrió.

Estuvo pensando en todo lo ocurrido desde el día en que dejó de dormir y ni él mismo podía creer el giro que había dado su vida en tan corto espacio de tiempo.

Cerró los ojos varias veces intentando recordar lo que se sentía al dormir, era como si hiciera años que no pudiera hacerlo, como si formara parte de otra vida, probó a dejar la mente en blanco, e incluso se tomó dos de las pastillas que el farmacéutico le había recetado, pero su cuerpo se negaba a entrar en esa fase tan ansiada de sueño.

Fue al rato de permanecer en el sofá, cuando recordó que el macuto de John seguía sin abrir en su cuarto. Ahora podría por fin conocer su contenido. Solo pensar en ello le generó ansiedad e impaciencia, por lo que si había tenido alguna posibilidad de dormirse, esta desapareció de inmediato.

Estuvo más de media hora buscando la llave del candado por toda la habitación y, al final, supuso que la tendría el propio John en algún bolsillo de la camisa o en los pantalones que le había puesto. Había sido un error no registrarlo antes, porque podría llevar consigo algo más comprometedor que de un modo u otro lo relacionase con él, tal vez su dirección anotada en alguna tarjeta o cualquier otra cosa que hiciese referencia a la calle Pelayo. Otro cabo suelto a añadir a una lista cada vez más amplia.

—He sido un estúpido —dijo en voz alta—, no se puede hacer una cosa de estas sin planearla y siendo descuidado con los detalles.

Pero ahora ya estaba todo hecho, nada podía hacer para enmendarlo, salvo quizás, volver al lugar donde había dejado el cadáver y registrarlo. Todavía no había amanecido y lo normal era

que no lo hubiesen encontrado, pero resultaba demasiado arriesgado... El asesino que volvía a la escena del crimen, ¿a cuántos habían pillado de manera tan tonta? Prefirió arriesgarse a dejarlo como estaba y asumir que podría aparecer algo en los bolsillos de John. La llave, de todos modos, no podría llevar a la policía a ningún sitio, era de un candado corriente, muy pequeño, y suponía que sería imposible seguirle la pista comercialmente, y aun en ese caso, ¿qué podría saber el tendero que se lo había vendido a John sobre él? No debía preocuparse de cosas tan nimias, y tampoco necesitaba la llave para abrir el macuto de tela, le bastaría con unas tijeras o un cuchillo.

Se decidió por el cuchillo de la cocina, el mismo que había utilizado para acabar con la vida de John. Una vez lo tuvo en la mano, pensó que tampoco había sido prudente conservarlo, tendría que haberlo tirado en algún contenedor, limpio de huellas y de sangre. Lo había comprado hacía varios años y tampoco se le podría seguir la pista, pero si lo encontraban en su casa a causa de un registro ordinario, tal vez, solo tal vez, podrían relacionarlo con el crimen. Esos pequeños errores, y en especial cuando se iban acumulando, eran los que acababan delatando siempre al asesino.

¡Asesino!, la palabra le resonó con violencia en el interior de su cabeza, definirse a sí mismo de ese modo le pareció extraño, sonaba como si se estuviera refiriendo a otra persona, pero era así de crudo, no se trataba de un extraño, era él mismo, acababa de matar a un hombre, y no solo no estaba nervioso ni sentía remordimiento alguno por ello, sino que además, se sentía mucho mejor que antes. ¿Era así como se sentían los asesinos después de matar? ¿Podían seguir viviendo sus vidas como si nada hubiese ocurrido? Años atrás se había quedado con parte del dinero del robo al banco y eso tampoco le supuso ningún cargo de conciencia, le bastó con convencerse a sí mismo de que, de no haberse quedado él con el dinero, se lo hubieran llevado los ladrones, ¿y ahora?, ¿cuál era la justificación actual para lo que acababa de hacer?: defensa propia.

Pensar que había actuado en defensa propia y que, además, había matado al asesino de Edurne, le exculpaba de la etiqueta de “asesino”, como pensar que robar a un caco, le eximía de la de “ladrón”, pero lo mirase por donde lo mirase, él, Hilario Ruiz, era un ladrón y un asesino, ambas cosas, lo demás eran matices que a la policía le importarían un carajo en caso de que lo descubrieran. Y puede que no todo acabara ahí, ¿qué otras cosas sería capaz de hacer?

Con el cuchillo en la mano, y con la imagen del cadáver de John

en mente, rajó el macuto y vació su contenido sobre la cama, la misma cama donde unas horas antes había segado una vida humana, la misma cama donde tantas veces le había hecho el amor a su mujer.

No había gran cosa: un fajo de billetes de veinte euros sujeto con una goma elástica bastante deteriorada, cincuenta libras esterlinas, algunas monedas sueltas, un bolígrafo Bic de color verde, unos libros, un mapa de Europa, un pasaporte, algo de ropa limpia, y lo que más llamó su atención, una pistola con su correspondiente cargador de repuesto lleno de balas.

La cogió y la sostuvo en su mano derecha como hipnotizado, nunca antes había tenido un arma de fuego en sus manos, salvo la escopeta de su padre siendo un crío. Tenía un peso considerable que le producía una sensación de seguridad al empuñarla, y una especie de euforia, a pesar de que siempre había sentido aversión por ese tipo de armas, el tacto era frío a la vez que agradable, olía a aceite y metal, y se preguntaba si había sido utilizada en alguna ocasión, si John habría matado a alguien con ella, y si había estado destinada a matarlo a él, esa era la magia de algunos objetos inanimados, la incertidumbre de lo que habrían hecho sus dueños con ellos. La empuñó con ambas manos, abrió un poco las piernas como tantas veces había visto hacer en las películas desde la época en que seguía a *Starsky y Hutch* en la televisión, y apuntó al espejo cerrando el ojo izquierdo, un cosquilleo agradable le recorrió la espina dorsal hasta el coxis.

—Bang... Bang.

¿Qué se sentiría al disparar con ella? Sin duda sería mucho más fácil matar a una persona con esa pistola que con el cuchillo que él había utilizado. De haber sabido que John tenía un arma de ese tipo en el macuto, la hubiera sacado antes para utilizarla. Un solo disparo en la sien de John habría bastado. Incluso hubiera podido simular un suicidio, aunque no era tan fácil, la policía hubiera detectado que el cadáver había sido movido después de la muerte y eso hubiese destrozado cualquier posible teoría del suicidio.

Dejó la pistola sobre la cama y cogió el pasaporte. Era un pasaporte británico, lo abrió y pudo ver la foto de John algo más joven, y su nombre: John Freeman.

—De manera que sí que eras un jodido inglés.

Acababa de confirmar que estaba equivocado en una de sus deducciones, el hecho de que hablase perfectamente castellano le había llevado a pensar que el acento era ficticio, pero por lo visto no era así. Claro que todavía quedaba la posibilidad de que el pasaporte

fuera falso. Lo analizó detenidamente fijándose especialmente en la calidad de las filigranas y no llegó a nada concluyente, no entendía de documentos, y menos de documentos extranjeros. Parecía auténtico, pero podría ser una buena falsificación, de cualquier modo, ya poco importaba, salvo por un pequeño detalle, si en eso se había equivocado, también podría haberse equivocado en otras cosas. ¿Era cierto que llegó en avión al aeropuerto o, como él pensaba, lo había hecho en taxi? No había rastros de ningún pasaje de avión en el pasaporte ni en el resto de pertenencias encontradas en el macuto, eso parecía apoyar su teoría de que lo del aeropuerto era una farsa de John para hacerle creer que llegaba desde Londres por ese medio, pero tampoco demostraba nada, podría haberlo tirado en una de las papeleras del aeropuerto, o en el propio avión, o también, cosa que le preocupaba algo más, podría estar en los bolsillos de la ropa que llevaba puesta.

¿Y qué decir del asesinato? ¿Había matado él a Edurne? ¿Por qué no utilizó la pistola? La respuesta a eso podría ser sencilla, la pistola no tenía silenciador y un disparo no hubiese pasado desapercibido en la cervecería, pero una vez demostrado un error, todas sus conclusiones podrían ser equivocadas, y en ese caso cabía la posibilidad de que hubiese matado sin motivo alguno a una persona inocente, pero, ¿qué hacía una persona inocente con una pistola?

Volvió a coger el macuto para registrarlo con más detenimiento, por si se había quedado algo en su interior, pero no había nada, solo el típico polvo, arenilla, pedacitos de papel y otros desperdicios que acababan llenando el fondo de todas las maletas, mochilas y macutos. Observó que tenía un bolsillo exterior cerrado con una cremallera y lo abrió esperando encontrar algo nuevo, también estaba vacío, pero notó una extraña sensación, como si ya antes hubiera realizado esa maniobra, sí, antes había abierto esa misma cremallera, pero no podía recordar qué había ocurrido, era una de esas cosas que olvidaba últimamente. La sensación era como la de un *déjà vu*, una experiencia que ya había vivido con anterioridad, solo que en la ocasión anterior, había encontrado algo en ese mismo bolsillo que ahora se encontraba vacío. ¿Qué era?, ¿por qué no podía recordarlo? ¿Qué había de cierto y qué de imaginación en esa extraña sensación?

2

—Así, con el cuello rajado y esa pinta de muerto no sabría decirle,

agente, pero la verdad es que la cara me resulta familiar.

—¿Cómo de familiar? —insistió el inspector Gregorio mientras seguía sosteniendo la fotografía de John—, es muy importante. ¿Cree que puede haber estado aquí en su local?

—Es muy posible, sí, pero no puedo jurarlo.

—Vamos a dar por hecho que sí que ha estado. Solo es una hipótesis de trabajo. ¿Cuándo cree que puede haber sido eso?

—Le digo lo mismo que con el de la otra foto, son caras que me suenan, desde luego, ninguno de los dos ha sido cliente habitual, eso sí que puedo asegurarlo, pero ambos pueden haber estado aquí recientemente. Por este local pasa mucha gente, con la crisis ha bajado la clientela, pero aún así, hay mucho movimiento de caras nuevas, gente que viene una vez y no repite, son clientes de paso, turistas, o que van con otra persona y se juntan aquí casualmente, ya sabe, una cosa es la clientela habitual y otra muy distinta este tipo de clientes volátiles, no siempre es fácil fijarse en ellos salvo que se comporten de una manera poco usual.

—¿Y asocia esta cara con otra persona?

—No entiendo la pregunta.

—Si recuerda que estuviese con alguien la última vez que lo vio.

—Ni idea, ya le digo, ni siquiera podría jurar que lo haya visto alguna vez, quizás solo me recuerda a alguien, tampoco es una cara muy especial. ¿No le parece?

—Bien, si recuerda algo más, hágamelo saber. Ya conoce el teléfono de comisaría.

—De acuerdo, ¿puedo quedarme con la foto?

—No, de momento hay secreto de sumario —improvisó Gregorio como excusa—, si puedo dejársela, ya vendré a traerle una copia.

—Como quiera, pero va a ser difícil que recuerde nada más si no tengo la foto como referencia para refrescarme la memoria.

—No importa, haga lo que pueda. En cuanto a la foto del otro día, ¿no ha recordado nada más sobre el individuo?

—No, nada.

—¿Y no ha venido ningún cliente que le haya parecido sospechoso o se haya comportado de manera extraña?, haciendo preguntas sobre lo ocurrido, o cosas así.

—No, bueno, sí que ha habido quien me ha preguntado, la gente es muy morbosa, ya sabe lo que pasa, pero nada extraño. Me han preguntado cosas como si conocía a la víctima, si llegué a ver el cuerpo ensangrentado... Tonterías de curiosos.

—Veo que ha instalado una cámara —dijo Gregorio señalando con el dedo una webcam situada en uno de los ángulos del local.

—Sí, me la ha instalado un amigo informático.

—Si graba alguna cosa interesante no dude en decírmelo.

—Cuente con ello.

Gregorio salió del local, un tanto decepcionado por no haber concretado nada más, pero a la vez, bastante animado por la posibilidad de que existiera un cierto nexo de unión entre los dos casos. Tal vez el comisario no estaba tan desencaminado con lo de la teoría de que ambos crímenes fueran obra de un asesino múltiple. Si era así, a buen seguro que seguiría matando.

Tan pronto llegó a comisaría, informó de todas las novedades al comisario y pudo apreciar un leve brillo en sus ojos.

—Parece ser que podemos tener algo —le dijo el comisario.

—Puede, pero va a ser difícil de concretar. Desde luego, lo que tenemos no nos servirá en un juicio, eso seguro. El testimonio es muy endeble.

—Tal vez podamos reforzarlo con el de algún cliente. Podríamos preguntar a la clientela habitual y ver si alguno de ellos recuerda a cualquiera de estos dos —señaló las fotos de Hilario y John que tenía sobre la mesa, junto con un sinfín de papeles desordenados.

—No perdemos nada intentándolo.

—¿Alguna novedad con la vigilancia de Hilario?

—No, no parece haberse movido de casa.

—¿Estamos seguros de que está dentro?

—...

—No me digas que no lo habéis comprobado.

—No lo he dicho expresamente, deberían haberlo hecho, pero ya me ocupo de confirmar.

—No des nada por hecho con estos novatos o la vamos a liar. No sirven ni para tacos de escopeta. Les falta sangre a todos y apenas nos queda gente valida en comisaría, supongo que eres consciente de ello.

—Sí, lo soy, no se preocupe, ¿cree que con la identificación de John nos pasarán el caso a nosotros?

—No creo, al menos no si la identificación no es algo más concreta, pero lo intentaremos. De momento hay que procurar enterarse de alguna cosa más, para poder presionar. ¿Por qué no encargas lo de que vayan enseñando las fotos a la clientela habitual? Igual suena la flauta cuando menos lo esperemos y alguien los relaciona con el escenario del crimen.

—Hoy mismo lo organizo todo para que empiecen a preguntar, voy a sacar unas copias.

3

♦

Estaba sentado en el viejo sillón orientado de cara a la ventana que, no obstante, estaba con la persiana agachada para que no le molestase la luz. Seguían sin funcionar la mayor parte de las luces de la casa y aún no se había decidido a salir a comprar nuevas bombillas. Sostenía un Chesterfield —otro más— entre el pulgar y el índice porque estaba apurando la colilla, mientras pensaba en encenderse otro. La casa estaba llena de humo hasta el punto de que el ambiente era casi irrespirable, necesitaba de una buena ventilación, a pesar de lo cual seguía resistiéndose a abrir las ventanas. Quizás al anochecer, cuando la luz no fuera tan molesta.

Miró el reloj y vio que todavía eran las once de la mañana, pensaba que sería mucho más tarde, pero por lo visto, el tiempo había decidido transcurrir despacio desde que John no estaba con él. Volvía a estar solo, como lo había estado durante los dos últimos años desde la muerte de su esposa. Se respiraba de nuevo esa extraña paz, relajante y agobiante a la vez, que unas veces lo tranquilizaba y otras le generaba cierta ansiedad. Lo más curioso era que, de alguna manera, echaba de menos a John, sus comentarios intrascendentes al llegar a casa, y sus ronquidos nocturnos.

Había localizado su cenicero de vidrio de la Caja Rural, el que llevaba tantos años sin utilizar. Ver uno de esos viejos ejemplares en la comisaría le trajo buenos recuerdos y se alegraba de haber encontrado el suyo. Era un cenicero de escasa capacidad, y con su volumen de ingesta de tabaco lo había colapsado en muy poco tiempo. Algunas de las colillas habían caído sobre la mesa al no poder aguantar por más tiempo el difícil equilibrio sobre las otras. Sería cuestión de vaciarlo si iba a seguir fumando a ese ritmo, pero incluso levantarse del sillón, le parecía un esfuerzo sobrehumano en esos momentos.

Mientras pensaba en si se decidía a levantarse para vaciar el cenicero o no, llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, nunca esperaba a nadie, y menos ahora que ya no estaba John. Imaginó que sería la policía de nuevo y un sentimiento de rabia y frustración le llenó el estómago arañando su interior. Muy pronto sentiría ardor y tendría que tomarse un par de Almax si no quería acabar pasándolo mal el resto del día. Esta vez puede que quisieran detenerlo, y si lo hacían, era casi seguro que acabarían por registrar la casa, ¿qué pasaría entonces con el colchón y el cuchillo? Y lo que era peor, la pistola, que ahora tenía sus huellas.

Dejó la última colilla en equilibrio precario sobre el montón que llenaba el cenicero de cristal y se levantó para abrir.

—¡Hola!, ¿Hilario?

Una joven de algo menos de treinta años, un tanto descarada y de muy buen ver, estaba ante la puerta, con una maleta grande de un rosa chillón en la que bien podría caber ella misma. En contraste, un bolsito minúsculo le colgaba del hombro. Falda vaquera corta, algo deshilachada y descolorida, una blusa también azul que conseguía destacar, y mucho, su generoso escote, y ni restos de maquillaje ni carmín, ni nada parecido, salvo quizás unas gotas de perfume dulzón que le recordó al Chanel número 5 que una vez, bastantes años atrás, le regaló a su esposa y que ella solo se puso en una ocasión porque decía que era un perfume de puta. Era una de esas cosas de su mujer que no valía la pena discutir si no quería terminar con el bote de perfume hecho añicos sobre la cabeza. Una lástima de perfume, que acabó un buen día en el fondo del cubo de la basura.

—¿Y tú quién eres? —increpó Hilario con voz carrasposa por el exceso de tabaco matinal.

—Soy Adela, del Facebook, contacté contigo por lo del *couchsurfing*, ¿no recuerdas?

—¿Adela? ¿Facebook?, ¿*couchsurfing*?, ¿de qué estás hablando?

—Quedamos en que vendría hoy, me diste la dirección —le mostró una hoja con un e-mail impreso donde estaba su nombre y su dirección—, ¿de verdad que no te acuerdas de mí?

Hilario sostenía la hoja entre sus manos un tanto temblorosas, podía tratarse de una manipulación, pero parecía que fuese un e-mail enviado desde su cuenta de correo de Gmail. La miró de nuevo a la cara.

—Parece que lleves toda la noche sin dormir —le dijo la chica con voz cantarina y alegre.

—Sí, toda la noche, así es.

—¿Me vas a dejar pasar o no?

—¿Vienes sola?

—Sí, claro, siempre viajo sola.

—¿De dónde eres?

—De Zaragoza.

—Zaragoza...

—¿Has estado alguna vez?

—Sí, un par de veces, ya hace tiempo, pero solo de paso, no conozco la ciudad.

—Pues a ver cuando vienes y te alojas en mi piso unos días... Ya sabes... ¡¡*couchsurfing*!!, ¡todo un invento!

—...

—Entonces ¿qué?, ¿me dejas pasar?

—Sí, claro, pasa, pasa.

Se apartó a un lado para dejarla entrar. La maleta parecía bastante pesada, pero hacía mucho tiempo que había perdido la costumbre de mostrarse caballeroso con las mujeres, de manera que no hizo ningún gesto de acercamiento para cogérsela.

—¡Veo que eres de los míos!

—¿Por... ?

—Esto está a tope de humo... Menos mal que fumo, porque si no, me hubieras matado con el recibimiento, ja, ja...

"Matado", la palabra le retumbó en la cabeza como un mazazo en un gong japonés. *Si tu supieras de qué hablas, no estarías aquí tan tranquila. Estás ante alguien que acaba de matar a su anterior huésped.*

—Así que fumas, ¿quieres un Chester?

—Sí, ¡me encanta el tabaco rubio!, y ese es de los clásicos.

—Y tanto, yo ya lo fumaba antes de que tú nacieras.

Hilario le dio un cigarrillo y acto seguido se lo encendió con su Zippo.

—Oye, ¿no está esto muy oscuro? —siguió preguntando la chica mientras ojeaba a su alrededor, abriendo mucho los ojos con aspecto de fingida sorpresa infantil.

—Sí, es que me has pillado descansando —señaló el ajado sillón.

—Oh, siento haberte molestado.

—No, no te preocupes, así dejo de fumar cinco minutos. Le vendrá bien a mis pulmones.

—¿Todo eso es de hoy? —señaló con un dedo el cenicero repleto y todavía humeante por los restos del último cigarrillo que lo colmaba.

Hilario se percató de que tampoco llevaba las uñas pintadas. Las tenía muy bien cuidadas, pero cortas y sin restos de esmalte, ni siquiera transparente, manos pequeñas de niña, pero sí que se apreciaba una mancha de nicotina importante entre el índice y el corazón de la mano izquierda que se la afeaba bastante.

—Sí, la verdad es que fumo demasiado.

—Uf, y yo que pensaba que era una fumadora empedernida.

—Bueno, ya veremos cuando llegues a mis años, yo a tu edad no fumaba tanto como ahora, no te creas.

—Pues vaya una perspectiva de futuro que me pintas. Oye, ¿tú te crees todo eso de que el tabaco provoca cáncer?

—Yo solo sé que hay mucha gente que se muere de cáncer sin haber fumado nunca, y hay otros que llegan a viejos fumando desde críos. Que sea lo que Dios quiera.

—Pues yo a veces me lo planteo y me da mal rollo, me imagino mis pulmones todos negros y llenos de alquitrán pegajoso por dentro intentando pedirme socorro mientras yo voy a lo mío sin hacerles caso. He intentado dejar de fumar alguna vez... pero es tan difícil.

—...

—¿Tú no?

—Yo ahora me conformaría con poder dormir un poco.

—Ah, perdona, por mí puedes acostarte. Prometo no hacer ruido —cruzó los dos dedos índice y se los llevo a los labios dándose un beso en ellos a modo de gesto infantil.

—No, si da igual que me acueste como que no, hace tiempo que no puedo dormir nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Desde cuándo?

—No sé, hace un mes, más o menos.

—¡Un mes!, ¡cómo mola!

—¿Tú crees que eso mola?

—Debe de ser una pasada disponer de tanto tiempo para hacer cosas, y leer, a mí me encanta leer, en la maleta llevo siempre varios libros.

—Sí, disponer de tanto tiempo para no tener ganas de hacer nada. Estoy hecho polvo y necesito descansar. ¿De veras crees que me apetece leer por las noches?

—Yo tenía un amigo que no podía dormir y se tomaba unas sopas de cebolla frías o algo así.

—Creo que he probado todo lo que se puede probar y no funciona nada.

—¿Pero has ido al médico?

—Sí, y he rezado también, pero ya te digo que no sirve de nada.

—Yo no soy creyente.

—Bueno, yo tampoco, por eso creo que he rezado ya a todos los dioses, quizás alguno me acabe escuchando.

—¡Pues qué putada eso de no poder dormir, tío!

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Tres o cuatro días si no te importa.

—No, por mí va bien.

—¿Dónde puedo instalarme?

—Ah, sí, perdona, acompáñame.

Hilario la llevó hasta la habitación donde había estado John.

—Aquí mismo, está libre.

Hilario se percató de que al lado de la cama estaba todavía el

macuto rajado... Otro cabo suelto. ¿Cuántos llevaba contados?

—¡Qué guay!, esto es enorme. En el último sitio donde he estado he tenido que dormir en un sofá minúsculo al lado de la puerta de la calle, y no te lo pierdas, éramos seis personas en el piso.

—Bueno, esto no es muy grande, pero estoy solo y utilizo la habitación pequeña, así que esta es toda tuya. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Pero a mí no me importa, quiero decir, que puedes quedarte tú aquí y yo me voy a la pequeña.

—No, no, qué va, en serio. Yo no duermo aquí desde...

Los ojos se le humedecieron.

—¿Qué te pasa?

—Nada, a veces, los recuerdos...

—¿Qué ocurrió?

—Mi mujer, hace dos años... Pero prefiero no hablar de eso ahora.

—Disculpa, es que soy un poco chafardera, ¿sabes? Pero no preguntaré, si te apetece, ya me cuentas en otro momento lo que quieras. ¿Puedo ducharme?

—Sí, al fondo tienes el cuarto de baño.

—Esto va a ser genial. ¡Sí!

—Me alegro de que te guste.

—¿Que si me gusta? ¡Ya lo creo!, si no te importa, dejo esto aquí y me ducho antes que nada, creo que huelo a tigresa —rio— luego ya desharé el equipaje.

—Lo que prefieras. Yo estaré por aquí todo el día.

Adela entró en el cuarto de baño, momento en el cual, Hilario aprovechó para ir hasta el ordenador. No era posible que no recordara nada de la chica. ¿Y si era policía y se quería infiltrar de ese modo en su casa para tenerlo vigilado haciéndose pasar por una turista del *couchsurfing*?

Llevaba varios días sin utilizar el ordenador, a pesar de que estaba enganchado a las redes sociales, le parecía increíble no haber utilizado Facebook, ni Twitter, ni siquiera el correo electrónico, tendría cientos de mensajes por revisar. Sin duda el agotamiento físico y mental estaba llegando a tal extremo que no le apetecía hacer nada. Cualquier cosa le parecía un esfuerzo insufrible y se pasaba las horas muertas en el sillón o en el sofá fumando y mirando en dirección a una ventana por la que no se podía ver nada porque estaba casi siempre cerrada. Muchas veces no tenía fuerzas ni para ver la televisión. Ante tanto agotamiento, no dejaba de sorprenderse de lo que había hecho con John, especialmente lo de cargar con él por toda la escalera y subirlo al coche.

Entró en Facebook, introdujo su dirección de correo y la contraseña, la cual tuvo que pensar porque, por un momento, se quedó en blanco y creyó haberla olvidado. Sería prudente apuntar esas cosas en algún sitio en previsión de que su problema de memoria fuera más acuciante, las claves de internet, el *pin* del teléfono, y cosas así.

De momento, al menos, había recordado correctamente la clave porque pudo entrar en su perfil. En la foto no se le reconocía; era una fotografía tomada a propósito a contraluz, en la cual solo se distinguía el contorno de la cabeza, se la había hecho con el móvil, estirando el brazo derecho al máximo. El resultado, sin pretenderlo, había quedado bastante artístico por una serie de reflejos de colores provocados por la luz del sol al chocar contra el cristal sucio de la ventana.

Puso "Adela" en la barra superior de buscar y le aparecieron varios perfiles en los resultados de búsqueda, pero pronto reconoció la foto de su huésped en la tercera línea: "Adela Siempreyo". Estaba claro que no era un nombre real, supuso que era el nick que utilizaba para Facebook porque lo de "Siempreyo" no parecía un apellido precisamente, tal vez ni siquiera se llamaba Adela tampoco, mucha gente usaba nombres supuestos, apodos, o cualquier cosa que se les ocurría, además de recurrir a fotos de personajes famosos o incluso del mundo del cómic, existía una cierta contradicción a veces con la necesidad de mostrarse en la red y la de querer mantener el anonimato, cosa que él nunca había entendido, cierto que en su foto no se le reconocía, pero al menos era su foto y no la de Bugs Bunny, pero nombre falso o no, era cierto que la chica estaba en Facebook y figuraba entre sus amigos virtuales, además de ser reconocible por la foto, donde se le veía tan atractiva como al natural, pero parecía incluso más joven, apenas una niña de quince años. Miró en el apartado de conversaciones privadas pero no encontró ninguna relacionada con Adela, así que salió del Face y entró en su cuenta de correo de Gmail poniendo a continuación en la casilla de buscar mensaje: "Siempreyo" y pulsó intro. Apenas dos segundos después le apareció una conversación completa tal cual guardaba Gmail los correos. El primer mensaje de Adela decía:

"Hola, soy Adela Siempreyo. Nos conocemos del Facebook, me aceptaste como amiga hace un par de semanas y acabo de ver que estás también en un foro de intercambio de *couchsurfing*. ¿Tienes un sofá libre por ahí? ;-)"

Por increíble que le pudiera parecer, incluso después de haberla visto en Facebook y leer el e-mail, no recordaba para nada todo

aquello, y tampoco su respuesta:

—¿Para qué fecha tienes previsto venir? Espero otro visitante, pero estará solo unos días.”

Y así hasta un total de doce mensajes entre entradas y salidas. ¿Y si habían manipulado su ordenador? ¿Podía hacer la policía una cosa así? Le parecía imposible, pero resultaba tan increíble no recordar nada en absoluto de lo que estaba leyendo que era capaz de creer en cualquier otra posibilidad por absurda e imposible que le pareciera. Hacía poco había oído algo sobre la policía alemana que había desarrollado una especie de virus que le permitía entrar en los ordenadores y activar las *webcams* para transformar los equipos en verdaderos espías.

¿Quién sabe?, puede que ahora los españoles hubieran desarrollado algo parecido que les permitiera modificar el contenido del disco duro.

Al fondo, mientras seguía tecleando y cambiando de pantallas, se oía correr el agua en la ducha y estuvo tentado de ir al dormitorio a registrar la maleta, mientras Adela seguía en el cuarto de baño, pero pensó que tendría mejores ocasiones para hacerlo y no quería arriesgarse a ser sorprendido.

El siguiente mensaje era la respuesta a su pregunta:

“Aún no sé los días, pero me organizaría para que a los dos nos vinieran bien las fechas, estoy viajando en autobús por toda España y no tengo un rumbo del todo fijo. ¿Te he dicho que soy de Zaragoza? Estaría poco tiempo por ahí, ya conozco Valencia de otra vez que estuve hace un par de años y ahora solo iría de paso.”

Dejó de oír la ducha y al poco escuchó unos pasos. Pudo distinguir que andaba descalza. Levantó la vista y la vio pasar ante él en dirección a la habitación, desnuda y todavía mojada. Tenía un cuerpo menudo bastante voluptuoso, y en especial unos pechos enormes y firmes, aunque algo caídos, el hecho de estar mojada aumentaba su atractivo sexual. Ella no lo miró, tal vez ni siquiera se percató de que estaba allí sentado viéndola pasearse sin nada de ropa.

Muy a su pesar, notó una leve e inesperada erección que tuvo un efecto turbador porque no recordaba haber pensado en sexo desde que se había quedado viudo. Ni siquiera con la insistencia intermitente de Edurne, había sentido el más mínimo deseo, a pesar de que le gustaba. Claro que tampoco se había paseado desnuda ante él como ahora hacía con descaro Adela, y eso en algo tendría que influir para que despertaran sus instintos después de tanto tiempo dormidos.

—¡Oye Hilario! —gritó ella desde la habitación con su voz cantarina y juvenil—, no he traído toallas, ¿tienes alguna para dejarme?, no he visto en el cuarto de baño y pensé que yo llevaba una en la maleta, debo habérmela dejado en el anterior piso, o me la cogería alguno de los otros inquilinos, éramos tantos por allí deambulando...

—Sí, claro.

Se levantó y fue hasta un minúsculo armario empotrado de donde sacó una, no muy grande. Nunca había tenido toallas de ducha. Se giró y allí estaba Adela, apenas a un par de metros, con sus dos pechos apuntándole. La respiración de la muchacha hacía que se movieran tentadores, arriba y abajo, arriba y abajo, mientras unas gotas provenientes del cuello los recorrían hasta llegar a unos pezones erectos.

—Gracias, es que pensaba que tendrías alguna en el cuarto de baño —dijo extendiendo el brazo derecho. Hilario no pudo evitar quedársele mirando los pechos más tiempo del que hubiera sido prudente, cosa que a ella no pareció importunarle lo más mínimo.

Cogió la toalla, dio media vuelta y volvió al dormitorio, dándole la espalda, seguía desnuda y no hizo el menor gesto de cubrirse con la toalla, era de cintura estrecha y caderas anchas, lo cual, a pesar de ser bastante menuda, la hacía parecer muy exuberante. La erección de Hilario se consolidó y tuvo que obligarse a cerrar la boca que se le había quedado entreabierta.

Volvió a sentarse frente al ordenador, todavía no podía creer lo que había leído por sí mismo y le daba vueltas a la posibilidad de que se tratara de un montaje. Un *hacker* profesional podría haber accedido a su ordenador y cambiar el contenido de su correo y de su cuenta de Facebook dando vida a Adela Siempreyo, pero ¿con qué fin? ¿Solo para tener a una infiltrada en casa? ¿Podía ser Adela policía y estar investigando la muerte de Edurne? Eso tampoco podía creerlo, ¿cómo iba una policía a comportarse de ese modo a la primera de cambio?, claro que bien mirado, sería una buena tapadera eso de andar desnuda por su casa.

Le dolía la cabeza, posiblemente por la presión de los pensamientos contradictorios que le invadían, debería tomarse algún Ibuprofeno, pero también tenía que relajarse, si Adela era policía, que lo fuese, ¿qué importaba?, bastaría con comportarse de forma natural, no tenía nada que esconder, las únicas pistas que quedaban en la casa eran las manchas del colchón y el cuchillo, y eso ni siquiera estaba relacionado con Edurne, la policía todavía no estaría investigando la muerte de John. En cualquier caso, tendría que

haberle dicho a Adela que durmiera en la habitación pequeña, al menos de ese modo le hubiera sido más fácil mantenerla alejada del colchón grande y de los restos de sangre que no había podido eliminar.

El macuto, que no se me olvide el macuto —pensó al recordar que lo había visto al lado de la cama.

—¿Esto lo quieres para algo? —era Adela de nuevo que volvía a salir del cuarto, ya se había vestido, casi, llevaba una camiseta con un enorme rótulo que decía "Soy tu Baby" y que le marcaba los pezones, estaba claro que no se había puesto sujetador, y de cintura para abajo, solo llevaba unas braguitas que apenas le tapaban el monte de Venus. Llevaba el macuto en las manos y seguía descalza y con el pelo mojado.

—No, es que estaba haciendo limpieza y lo he dejado olvidado. Dámelo y lo tiraré, está roto.

—Sí, ya he visto que parece que lo hayan asesinado.

—Je, je, más bien ha sido un accidente. Dame.

Adela le dio el macuto a Hilario, aparentemente sin darle ninguna importancia al hecho de que estuviera rajado y con un candado todavía cerrando la cremallera.

4

En la comisaría se habían reunido de nuevo el inspector Gregorio y el comisario Pablo, ambos en el despacho de este último, cuya mesa seguía atestada de papeles de distintos casos, el comisario nunca se había distinguido por ser una persona ordenada, y tampoco le iban las labores de despacho, era más bien un policía de calle, pero siendo comisario, a menudo tenía que delegar cosas en sus subordinados y él tenía que pasar más tiempo del que hubiera querido en su minúsculo despacho tomando un café tras otro.

—¿Y bien? —preguntó el comisario esperando que Gregorio lo pusiera al día, al tiempo que aceptaba el café que este le ofrecía.

—Tenemos algunas cosas interesantes.

—¿Sí?

—Nada importante, pero nunca se sabe, tal vez sean nuevas puertas que se están abriendo y nos lleven a otros lugares.

—Al grano Gregorio, no me seas poeta.

—Sí, comisario. Verá, los chicos siguen con la vigilancia, pudieron confirmar que Hilario está en casa en un momento dado en que abrió una de las persianas.

—¿Las tiene cerradas habitualmente?

—Sí, por lo visto se pasa todo el día con las persianas bajadas y no las sube hasta la noche, y no todas.

—Joder qué tipo más raro.

—Y lo mejor de todo es que ha llegado alguien.

El comisario hizo un gesto de interrogación con las cejas mientras saboreaba el café humeante.

—Una chica, una chica joven y por lo que dicen, muy atractiva.

—¿No le han hecho fotos?

—No tenemos una cámara en condiciones y solo tenían la del móvil, de todos modos no esperaban que entrara allí, y cuando se dieron cuenta había desaparecido en el portal.

—¿Saben con certeza que está en casa de Hilario? Podría haber ido a cualquier otro piso, incluso podría ser la nieta del viejo del tercero.

—La han visto cuando Hilario ha levantado una de las persianas, y por lo visto tampoco ha salido en todo el día desde que ha llegado sobre las once de la mañana.

—¿Qué tendrá ese piso que les gusta tanto estar allí? Descríbeme a la chica, ¿o solo sabemos que está buena?, no es una descripción apropiada para plasmarla en el informe.

—Unos veinticinco, tal vez treinta años, cara de niña, muy buena delantera, *sexy*, rubia de pelo largo... y dicen que llevaba una maleta enorme de color rosa chillón.

—Una maleta. Esto se pone interesante. O sea que ha venido para quedarse.

—Eso parece, y a juzgar por el tamaño de la maleta podría ser durante bastante tiempo.

—Más cosas...

—De momento eso es todo.

—En ese caso te gano con las novedades.

—¿Me gana?

—Sí, ¿te acuerdas del caso del tanatorio?[13]

—Sí, claro, aunque nosotros no intervenimos para nada entonces.

—Ya, ya, lo llevó el inspector Esteban, lo conoces, ¿no?

—Sí, el mujeriego al que trasladaron.

—Bueno, no tanto, es más lo que se dice que otra cosa. Y no sé si pidió el traslado o se lo quitaron de encima, lo cierto es que desde entonces no está en Valencia.

—¿Sigue todavía como inspector?

—Sí, y me temo que se jubilará como tal, no están por la labor de ascenderlo, aunque ahora tiene un caso entre manos que si le sale bien lo puede dejar en buen lugar.

—¿Qué caso?

—El del inglés.

—Pero ese caso es n..., quiero decir...

—Sí, sé lo que quieres decir, pero de momento me parece que nosotros no lo vamos a catar. De todos modos, ya me he enterado que lo lleva Esteban de manera bastante personal, y desde luego no lo quiere soltar, aún así, sabes que me debe más de un favor, de manera que le he apretado las tuercas para que nos mantenga informados de sus avances.

—¿Y lo hará?

—Ha aceptado hablar solo conmigo, pero sí, me irá diciendo cosas. De hecho ya sé algo.

—Me tiene en ascuas comisario.

—Te resumo. Está claro que no lo mataron allí, eso ya lo sabíamos, lo trasladaron en coche, pero como no hay camino de tierra, no se han conseguido huellas determinantes que sirvan de identificación. El móvil no era el robo porque llevaba dinero encima, no mucho, cincuenta euros, pero bastante dinero como para descartar que lo matasen para robarle, también llevaba una minúscula llave sujeta de un llavero dorado del Big Ben. Es una llave de un candado de esos pequeñitos que se usan a menudo en los aeropuertos para las cremalleras de las maletas. También llevaba la tarjeta de crédito caducada de la que hablamos y que es con lo que están trabajando para identificarlo. Ya están en contacto con Londres y puede que pronto confirmen si se trata o no del John no sé qué, nunca recuerdo el apellido, es como el de un actor conocido... uno negro muy famoso...

—¿Poitier?

—No, uno más reciente, y más feo.

—¿Freeman?

—Sí, eso, Freeman. John Freeman.

—¿Y le ha dicho algo más el inspector Esteban?

—Sí, que el tipo llevaba también en el bolsillo un cuchillo —los ojos del comisario brillaron por un momento, cosa que no le pasó desapercibida al inspector.

—Adivino que se trata de un cuchillo interesante, ¿no?

—Un cuchillo que coincide con el descrito por el forense de nuestra víctima.

—¡Bingo!

—Bueno, sabes que eso es muy circunstancial, no es como una pistola que se pueda identificar entre todas las demás por balística, pero algo es algo, es una coincidencia a tener en cuenta.

—Quizás si analizan posibles restos de sangre.

—Eso ya lo han hecho y el cuchillo está limpio, salvo por unas huellas de la propia víctima, pero bueno, un cuchillo de ese tipo no es difícil de limpiar, por lo que no se puede descartar que haya sido utilizado para matar. Ah, y ya tienen la autopsia terminada. Está claro que murió del corte del cuello, no hay señales de lucha de ningún tipo y el tajo es muy limpio, el forense incluso apunta la posibilidad de que lo mataran estando dormido, pero no lo puede asegurar. El cuchillo utilizado es completamente distinto en este caso.

—¿Cómo de distinto?

—Es un cuchillo relativamente grande, de los de sierra. Un cuchillo de cocina, vaya, pero de los que cortan bastante, ya sabes, uno de esos japoneses o alemanes, lo más probable.

—Eso no une ambos casos.

—No, no los une directamente, pero si el cuchillo que lleva en el bolsillo pudiésemos demostrar que fue el utilizado con Edurne, se podrían sacar conclusiones interesantes, ¿no te parece?

5

Amparo había rehecho su vida después del divorcio, o al menos eso era lo que ella había estado pensando en los últimos años, pero todo era un espejismo, rehacer la vida era otra cosa muy distinta a lo que ella había hecho. Estar casada con un policía resultó ser algo insufrible, su marido no la comprendía, no la había comprendido nunca. No entendía que su comportamiento resultara agresivo casi que a diario, a pesar de que nunca le hubiese llegado a pegar, salvo tal vez en un par de ocasiones en las que acabó empujándola hasta tirarla al suelo, pero eso no contaba, ella no quería que eso contase y no lo tenía en cuenta. Otra cosa eran las continuas agresiones verbales, los horarios insufribles que la obligaban a criar sola a sus dos hijas, y el sinvivir de si el día menos pensado podría ocurrir alguna desgracia en la comisaría y que la llamaran diciéndole que su marido había muerto en un tiroteo.

Eran muchas las cosas que la hacían vivir en tensión, demasiadas, y llegó un momento en que no pudo soportarlo más, ¿se atrevería a plantearle el divorcio a su marido? Eso podía ser el desencadenante de una violencia física que ella sentía latente a diario, Pablo era un hombre recio y le bastaría un solo puñetazo para desgraciarla de por vida, físicamente hablando, porque desgraciada en otros aspectos ya

se sentía. Pero tenía que hacerlo, tenía que dar el paso, y después de muchas veces de proponérselo y arrepentirse, un día acabó diciéndoselo.

Todavía recordaba la cara de sorpresa de su marido, parecía que no supiese de qué le estaba hablando, primero el rostro se le puso pálido, como si le hubiera bajado la tensión por la sorpresa, al poco recuperó el color, color que siguió subiendo hasta que su rostro enrojeció como nunca antes lo había visto, mostrando una furia inusitada. Amparo sintió miedo, mucho miedo, sabía que era el momento en que todo podía estallar y acabar de manera violenta. Las niñas no estaban en casa, las había dejado con su abuela para, en cierto modo, obligarse a que no pasara un día más sin decirle a su marido lo que quería, pero recordaba que la voz apenas le salió en un murmullo, un susurro agónico de alguien a quien el pánico no deja expresarse con claridad.

Se quedó paralizada en la silla donde estaba sentada, sabía que Pablo se estaba conteniendo, pero lo que no sabía era si iba a conseguirlo o si acabaría levantándose dando gritos y puñetazos a diestro y siniestro, o lo que era peor, sacar la pistola y pegarle un tiro allí mismo. ¿Cuántos casos como ese había escuchado en televisión a lo largo de su vida? Ese era otro de los problemas de estar casada con un policía de carácter violento, que no solo tuvieran acceso a armas, sino que llevasen una continuamente, incluso cuando estaban en casa. Cualquier discusión se podía transformar de inmediato en un tiroteo. Nunca había ocurrido, nunca la había llegado a amenazar con el arma, de hecho, nunca la había visto fuera de su funda, jamás, ni siquiera sabía cómo era, no quería saberlo.

Pablo había demostrado ser muy cuidadoso con eso y la mantenía siempre alejada de las niñas, tenían una pequeña caja fuerte en la que guardaba la pistola cada vez que llegaba a casa. Era una caja muy pequeña en la que apenas cabía nada más que el arma y un cargador de reserva que siempre solía tener. Pero eso no era suficiente garantía, sabía que podía levantarse en cualquier momento de la silla, ir hasta la caja fuerte, abrirla, sacar la pistola y pegarle un tiro, todo en cuestión de menos de un minuto. ¿Le daría tiempo a huir? Posiblemente, salvo que él la retuviese, cosa que no le resultaría difícil, y menos estando paralizada como estaba, y también podía darse el caso de que le pegara una paliza y luego acabara rematándola con la pistola... Pero no pasó nada de todo eso, la rabia contenida de Pablo llegó al límite con el hinchazón de las venas del cuello, y luego, poco a poco, sin que ni una sola palabra saliera de su boca, volvió a la normalidad. Solo entonces se levantó de la silla,

Amparo no pudo evitar echarse un poco hacia atrás en ese momento, justo lo que le permitía la silla donde seguía sentada, apenas nada. Su marido pasó por su lado sin decirle ni una sola palabra y salió de casa dando un portazo. Ni siquiera se molestó en coger la pistola de la caja fuerte.

Pasaron tres días, tres largos días en los que no volvió a casa, ella nunca supo si esos días acudió al trabajo o no, y si lo hizo, desde luego tuvo que hacerlo sin la pistola porque seguía en el interior de la caja, de eso no cabía duda. En todo ese tiempo no se atrevió a hacer nada para averiguar lo que estaba ocurriendo, ni habló con nadie sobre lo que había pasado. A su madre le dijo que todo iba bien y pasó a recoger a las niñas a la mañana siguiente. De ese modo, la vida continuaba en el hogar. Las niñas no echaron de menos a su padre durante ese tiempo porque era muy habitual que se fuera de casa cuando aún dormían y volviera estando ya acostadas, para ellas nada había cambiado, pero para Amparo era distinto. Se pasó los tres días dándole vueltas a lo sucedido, a lo que le había dicho sobre el divorcio, a la reacción contenida de Pablo, a su huída del hogar sin darle una respuesta, sin replicarle tan siquiera. Fueron tres días muy angustiosos, posiblemente los más angustiosos de su vida.

Hasta que volvió su marido. En ese momento el miedo que sentía se convirtió en terror, no sabía cual sería su reacción final ni lo que había podido estar haciendo durante todo ese tiempo. Oyó el ruido de la cerradura, era media mañana, un horario poco habitual para que su marido se presentase en casa.

—Toma —recordaba que le dijo su marido mientras le ofrecía las llaves en un tono calmado y frío. Ella tendió la mano y cogió el llavero.

—¿Por qué me las das?

—Me voy, y esta vez para no volver. Arregla tú lo del divorcio como quieras, búscate un abogado.

—Pero...

—¿No es eso lo que querías?

No supo qué contestarle. ¿Era eso lo que quería? ¿Esperaba que él intentara convencerla de no divorciarse? ¿Que le prometiera que iba a cambiar y a comportarse de otro modo a partir de entonces? Tal vez era eso, ella no lo sabía, pero no quería divorciarse, lo que quería era que su vida cambiara, que Pablo fuera más cariñoso, más atento, que tuviera un horario más normal, como el de un oficinista o el de un funcionario de Hacienda, un horario que le permitiera estar con las niñas, compartir su vida familiar, en definitiva, ser una familia de verdad y no algo totalmente desestructurado con apariencia de

normalidad.

Pero si quería eso ¿por qué no se lo había dicho así a Pablo el otro día? Tal vez porque ya lo había intentado muchas veces a lo largo de los años, tal vez porque era la única manera que podría forzarlo a cambiar, pero su marido volvía a sorprenderla, le dejaba claro que no le importaba nada su matrimonio y que no iba a intentar salvarlo. Ni siquiera preguntó por las niñas, ni se interesó por lo que pasaría a partir de entonces, los turnos de visita, cuándo podría ir a recogerlas, esas cosas por las que normalmente se pelean los matrimonio rotos. Nada de eso parecía importarle. Se limitó a ir a su cuarto, abrir la caja fuerte, coger la pistola y llevársela. Ni siquiera se llevó una muda limpia.

Ella quería saber dónde estaba viviendo, qué es lo que estaba haciendo, por qué había pasado tres días fuera de casa y volvía sin avisar a media mañana de un día cualquiera a recoger su pistola y le daba las llaves, dejando claro que no tenía pensado volver. Quería saber por qué no preguntaba por las niñas, por qué le interesaba tan poco su matrimonio después de tantos años de casados, y si estaba con otra... Pero no se atrevió a preguntarle nada de eso, en cambio se quedó mirando a Pablo, cómo, abatido y falto de energía, se dirigía al cuarto, abría la caja fuerte como había estado haciendo cada día durante todos los años de matrimonio, se llevaba la pistola, y se marchaba de casa sin un adiós, sin un hasta luego. Nada.

6

Y eso había sido todo. Ella buscó a un abogado como le había sugerido su marido y lo arreglaron unilateralmente, Pablo se limitó a firmar el acuerdo y no puso ningún problema con las condiciones, y desde entonces había estado recibiendo la pensión cada mes. A las niñas casi nunca las veía, no respetaba los turnos de visita, pero eso a ella no le importaba, salvo por las niñas, que consideraba abandonadas, como si fueran huérfanas. De hecho, a la pequeña le suponía un trauma la llegada de su padre, no estar acostumbrada a que la recogiera cuando correspondía, convertía sus visitas en algo inesperado, y la niña no llevaba bien ese tipo de sorpresas. Se la notaba incómoda, y a su padre también. Ese fue el motivo de que en los últimos años todavía se hubieran distanciado más las visitas, pero la pensión nunca le había faltado.

Ella no quería que todo terminase de esa manera, incluso en la actualidad, y sabía que era una barbaridad lo que pensaba, estaría

dispuesta a dejar que su marido volviera a casa. Nunca, en todos esos años, había entrado un hombre en su vida, para nada, salvo el abogado, profesionalmente hablando. Ni una sola relación, ni un solo beso, ni un solo deseo, solo el recuerdo de su matrimonio, en especial en días señalados como el aniversario. En el fondo, tenía la esperanza de que algún día volviera, cosa que ni ella misma podía entender.

El paso de los años había hecho que la forma de actuar de Pablo se convirtiera en rutinaria y que todos se acostumbraran a ella. Lo único que había roto esa rutina fue el retraso en el pago de la pensión de ese mes. Todas las alarmas saltaron en la cabeza de Amparo. Volvió a sentirse en peligro, como un animal acorralado por las fieras. ¿Qué haría ella sin la pensión? ¿Qué pasaría con las niñas? No tenía ningún tipo de ingreso que le permitiera sobrevivir, y no había ahorrado nada en todo el tiempo que llevaban divorciados. No recibir la pensión el día acordado desestabilizó toda la apariencia de normalidad que le había permitido seguir viviendo hasta el momento. Ahora se daba cuenta de que había actuado de forma exagerada, no pensó ni por un solo momento que se tratara de un pequeño retraso por cualquier motivo justificado, posiblemente burocrático, o incluso un error bancario. No, de inmediato supuso que su exmarido había dado instrucciones al banco para que dejaran de pagarle la pensión, y eso la asustó hasta el extremo de no dejarla pensar, de impedirle razonar lo más mínimo. Había agobiado a Pablo e incluso había consultado al abogado. El mismo abogado le había quitado importancia al asunto, un retraso de poco más de un día después de años de pagar cada mes la pensión no parecía anunciar ninguna catástrofe, pero ella no hizo caso y volvió a llamar a Pablo. Ahora se arrepentía de haberlo hecho.

No quería con eso justificar en modo alguno el comportamiento de su marido a partir de ese momento, pero en cierto modo lo entendía.

Cuando Pablo llegó a casa con el dinero de la pensión, supo que había metido la pata, que no tenía que haberlo agobiado tanto, que bastaba con decirle que no había recibido la pensión, pero ella no supo hacerlo, tenía que ser desagradable, insistente, tenía que amenazarlo, insultarlo... Y todo por su maldita inseguridad, porque tenía miedo.

—¿Por qué has venido?, te he dicho...

—He venido a traerte el dinero.

—Te he dicho que no hacía falta.

Él entró y dio un portazo.

—¿Están las niñas?

—No, a estas horas...

—Mejor así, tú y yo, solos. Toma —le dio unos billetes que sostenía en la mano y que se suponía que eran el importe de la mensualidad pendiente.

Ella alargó la mano temblorosa.

—¡Cógelo coño!, son tuyos, ¿no me has llamado para reclamarlos?

Los cogió, y sin contarlos los dejó sobre la mesa.

—Yo solo...

—Eres una hijaputa, eso es lo que eres... Y no me sorprende, porque siempre lo has sido.

—Pablo, por favor —sollozaba Amparo.

—Ni Pablo ni leches, me has destrozado la vida y no pararás hasta acabar conmigo.

—Necesitaba ese dinero, es por las niñas, sabes que dependo de la pensión.

—Joder, que no llega a dos días de retraso, ¿era preciso que hablaras con el cabronazo del abogado?

—Solo quería...

—...joderme, solo querías joderme, como siempre, desde que nos casamos, toda la vida jodiéndome, día tras día, sin contemplación, haciéndote la mártir, la santa, la buena madre...

—Pablo, por favor... perdóname, no quería...

—Sí, es muy fácil joderle la vida a alguien y luego querer arreglarlo pidiendo perdón. Es demasiado fácil pedir perdón, solo una palabra basta: “perdóname”, para que todo se olvide, pues no, no es así de fácil, me tienes harto, harto hasta la saciedad, y no pienso soportarlo por más tiempo, ¿me entiendes?

—...

—¡Contesta coño!

—Pablo...

—Sí, Pablo, Pablo, Pablo, Pablo...

El comisario llevó la mano al cinto apartando la chaqueta y cogió el arma. Amparo pudo verla por primera vez después de tantos años de haber convivido con ella en la misma habitación. Él se la acercó a la frente de ella, justo en el centro, y presionó con fuerza. Amparo sollozaba pero no hacía nada por apartarse.

—Voy a reventarte los sesos, ¿me oyes?

Seguía llorando, y para vergüenza suya, acabó meándose; el charco de orina se agrandaba a sus pies mientras continuaba llorando.

9
•

Continúan los crímenes

1
♦

Era una noche muy oscura, una buena noche para morir, ¿por qué no?, una noche para abandonar las raíces más mundanas que lo mantenían atado a un mundo que cada vez le parecía más absurdo, lejano y ajeno. Hilario tenía la sensación de que él ya no pertenecía a la vida terrenal, de que se estaba empezando a mover en otro plano de la realidad, o de lo que hasta ese momento consideraba real, y era una sensación relativamente nueva que empezó a germinar a los pocos días de no poder dormir, pero que, conforme fue avanzando el tiempo, se implantó cada vez más en su mente, hasta convencerlo de que algo muy especial estaba ocurriendo, no sabía muy bien si dentro, o fuera de él. Lo que sucedía, fuese lo que fuese, debía tener un significado, sería absurdo que no lo tuviera, ¿por qué si no, había evolucionado tanto? Lo mirara por donde lo mirase, lo suyo había sido una evolución hacia un plano distinto de la vida terrenal, los seres humanos normales —él seguía considerándose un ser humano, pero distinto a los demás— no veían su entorno como él era capaz de apreciarlo desde hacía algunas semanas, tampoco disponían de la percepción auditiva que él tenía, y mucho menos, tenían la capacidad de captar imágenes o sentimientos del interior de la mente de otras personas, esa facultad todavía no la tenía muy desarrollada, pero intuía que acabaría siendo perfeccionada. Lo que estaba experimentando era una combinación de hiperrealidad y telepatía, cosas ambas, desconocidas para él hasta ahora.

Todos esos cambios le habían ocurrido paulatinamente, eso sí, a una velocidad bastante grande. No recordaba con exactitud cuándo habían comenzado sus primeros problemas de insomnio, pero su situación actual de no dormir nada en absoluto, la estaba sufriendo desde hacía poco más de un mes, tal vez cinco semanas, o seis, ya había perdido la cuenta. Y había sido durante ese período de pocas semanas, cuando su verdadera evolución hacia un plano desconocido estaba teniendo lugar, cada vez con mayor rapidez. En más de una ocasión había pensado que se estaba volviendo loco, pero ya había asumido que no era cuestión de locura, no podía serlo. De alguna manera sabía que se había convertido en un elegido. ¡Elegido!, ¿por

quién y para qué?, eso era algo que no sabía, que no le había sido revelado todavía, pero de alguna manera tenía la seguridad de que era así.

Le gustaría saber con certeza cuál era su misión, a pesar de que no podía evitar pensar que, quizás, eso fuese algo que no se le llegara a revelar nunca. Tal vez solo se le irían descubriendo los detalles poco a poco, conforme los fuera necesitando para hacer lo que estuviese destinado a hacer. De momento ya había ocurrido, ¿no?, había matado a John porque de algún modo sabía que tenía que hacerlo, puede que en defensa propia como había pensado, puede que como mano ejecutora de un castigo dirigido a John, por haber matado a Edurne... no lo sabía.

También cabía la posibilidad de que no tuviera que seguir esperando más señales, tal vez ya había cumplido con su misión particular en este mundo, y por eso tenía la sensación de que lo estaba abandonando, de que su alma, o su espíritu, se estaba desprendiendo de su soporte material, era una experiencia mística, o puede que un viaje astral, notaba un hueco en el estómago, un vacío que se estaba agrandando. Pero todo ese convencimiento de que era un elegido y de que tenía una misión terrenal que hacer antes de abandonar este mundo, a veces contrastaba con la vocecilla que oía en su cabeza tan a menudo:

Tonterías Hilario, tonterías, se te está yendo la olla, el no dormir ha acabado matando miles de millones de tus neuronas, te ha frito el cerebro y eso te está afectando seriamente, puede que no te queden las suficientes ni para recordar quién eres. ¿No te das cuenta?, te estás dejando llevar por un estado de locura que te impide pensar con claridad, estás dando por hecho cosas que sabes que son imposibles, que no pueden existir, son todo alucinaciones tuyas. ¿Hiperrealidad?, ¿telepatía?... ¡reacciona!

¿Era así como se moría por falta de sueño? ¿Eran esos los síntomas, era esa la sensación de abandono que se notaba cuando uno se estaba muriendo? No sentía dolor, pero todo había comenzado notando una rara vibración a su alrededor, algo muy sutil, lejano, como un terremoto a muy baja escala, imperceptible salvo para equipos de medición sofisticados o para personas ultrasensibles. Nada se movió a su alrededor, pero la vibración la notaba en el plexo solar, justo cuando comenzó a experimentar el vacío del estómago, a la vez que sentía también una especie de pitido en los oídos que le provocaba una cierta desorientación y vértigo. Después, esa extraña percepción de que algo abandonaba su cuerpo, y mientras todo eso ocurría, veía pasar su vida como en una película de imágenes rápidas, fogonazos de información, *flashes*, como había

oído que les ocurría a menudo a los moribundos cuando veían la luz al final del túnel. Él no veía ninguna luz, tal vez eso ocurriría después de las imágenes, o puede que él siguiera otro camino distinto, o que no estuviera destinado a regresar... Recordaba cosas que hacía años que tenía olvidadas, y las recordaba con detalle, como si lo estuviera viviendo todo en esos momentos desde una perspectiva extracorpórea.

En los primeros recuerdos se vio salir de un lugar oscuro, pero cálido y agradable, un lugar en el que se sentía protegido de todo, y al salir, empezó viendo el mundo boca abajo, a la vez que un extraño olor que nunca antes había percibido, le invadía sus todavía minúsculas fosas nasales, mientras, un desconocido enorme, vestido con una bata blanca, con manchas que bien podían ser de sangre, lo sostenía con una mano por ambos pies, y con la otra, le golpeaba el trasero provocando unos chasquidos que le ocasionaban más miedo que dolor. No sabía qué era lo que le rodeaba, pero de algún modo sabía que lo estaba viendo del revés, que esa no era la posición en la que debiera estar todo, algo malo estaba ocurriendo. El desconocido siguió golpeándolo, hasta que sintió la necesidad de llorar, no sabía si de dolor, de miedo o de frustración, mientras, estiraba sus pequeños brazos y abría y cerraba las manos continuamente, y la cara pasaba, de lívida a roja y, de roja, casi que a morada.

Había más gente a su alrededor, no solo el gigante que lo sostenía por los pies y le pegaba en el trasero, pudo ver al menos a otras dos personas de pie por allí cerca vestidas de manera similar, y otra, que estaba acostada en una cama y lo miraba. De alguna forma esa mirada que le parecía conocida, lo tranquilizó lo suficiente como para dejar de llorar. Empezó a tambalearse a derecha e izquierda, y seguía abriendo y cerrando sus manitas al mismo compás que se balanceaba su pequeño y desnudo cuerpo, el gigante se había puesto a caminar hacia la mujer que estaba en la cama y eso era lo que provocaba que él se moviera a un lado y a otro, como el péndulo de un enorme reloj de pared. Sintió una especie de nudo en el estómago, aunque él no sabía todavía que tenía estómago.

El gigante lo depositó sobre la mujer de mirada dulce, que lo arropó entre sus brazos y pechos. Se sintió de nuevo protegido, como antes de salir del lugar oscuro, la amenaza del gigante desapareció, y pronto pudo olvidarse de él, ya nada importaba, aparte de la mujer de ojos llorosos que lo sostenía con dulzura y suavidad entre los brazos. Olía bien. ¿Por qué lloraba ella? ¿También le había pegado el gigante?

Estaba en el patio de la escuela, tendría tal vez cuatro o cinco

años, unos niños, algo más grandes que él, pero de su misma edad, lo empujaban de un lugar a otro entre gritos y burlas. Uno de ellos estaba intentando cogerle la botella de leche que su madre le había comprado para el recreo. Era una botella de cristal grueso, retornable, de veinticinco centilitros, en letras grandes y azules podía leerse: Leche esterilizada RAM. A él le costaba acabársela cada tarde. Hubiese preferido que las botellas fuesen más pequeñas, pero sabía que su obligación era bebérselas enteras y eso hacía siempre. Ahora esos niños querían quitarle la botella, de hecho ya podía darla por perdida en vista de la superioridad numérica de sus contrincantes. Estaba todavía cerrada y la sostenía con ambas manos, no le había dado tiempo a pedirle al profesor que se la abriera, como hacía cada tarde con un destapador metálico, que tenía grabado el logotipo de Coca-Cola y que llevaba colgando del mismo llavero que un montón de llaves. Muchas veces se había preguntado qué abrían todas esas llaves, sabía que una era del aula donde les daba clase, la otra, de un pequeño almacén subterráneo al que se accedía por unas empinadas escaleras de piedra, donde a veces vendían por las tardes, bollos y botellas de leche RAM, como las que le compraba su madre, pero ¿y las otras llaves? Eso siempre fue un misterio para él.

El profesor lo estaría echando de menos, a esas horas ya tenía que haber ido a que le abriera la botella, cuando lo hacía, siempre acababa guardándose el tapón metálico en el bolsillo. Otra de las cosas que se preguntaba su mente inquieta y curiosa era, ¿qué hacía el profesor luego con esas chapas?, ¿volvían a usarse para tapar las botellas después de llenarlas de nuevo con más leche?

¿Qué pensaría su maestro cuando viera que no acudía a abrirla como cada tarde? Los niños seguían empujándolo, uno consiguió arrebatarle la botella y, cuando él intentó recuperarla, la lanzó por arriba, como si fuera el balón de reglamento con el que solían jugar por las tardes en el patio. El niño que había detrás suyo y que ya esperaba una maniobra de ese tipo, la cogió al vuelo, Hilario se giró e intentó cogerla de nuevo, pero este segundo niño se la pasó al tercero, también por encima de él, que inútilmente levantaba los brazos todo lo que podía, intentando interceptarla, y así estuvieron bastante rato hasta que la botella acabó cayendo al suelo y se rompió al golpearse con una piedra, derramando su blanco contenido. Pudo oler la leche al mismo tiempo que se puso a llorar. De pronto estuvo solo, los niños salieron corriendo en distintas direcciones y él se quedó mirando los restos de su merienda destrozada. El tapón seguía agarrado al cuello de la botella, intentando sin éxito evitar que el líquido se derramara.

Tendría unos doce años, unos niños lo habían encerrado en el vestuario de las niñas. Uno de ellos podría ser el que le había quitado la botella de leche unos años antes. Hilario estaba aterrorizado, e intentó salir de allí golpeando la puerta, pero le fue imposible. Cuando estaba prácticamente desfallecido por el esfuerzo y el miedo, oyó unas voces. Estuvo tentado de pedir socorro para que lo sacaran de su encierro, cuando se percató de que eran las niñas que llegaban para la clase de gimnasia. ¿Cómo iba a gritar diciendo que estaba encerrado? No podía hacerlo, se sentía avergonzado, notaba cómo el rubor le invadía todo el rostro, y en especial le quemaba por detrás de las orejas. Optó por quedarse quieto y no hacer ruido.

Las niñas eran incluso más escandalosas que los niños, todas gritaban y decían cosas que él no entendía, el ruido fue subiendo de volumen hasta que empezó a decaer y desapareció por completo. Volvía a estar solo y seguía tan atrapado como al principio.

Solo se oía el silencio, las niñas habrían salido al patio a hacer gimnasia, él tenía ahora clase de matemáticas, ¿qué diría el profesor cuando viese que no estaba? ¿Informaría de ello a sus padres? Su padre le pegaría una paliza, sabía que lo haría, porque era muy estricto con las normas, y pensar en eso le hizo temblar, y no precisamente de frío. Se mantuvo quieto y en silencio durante toda la clase de gimnasia, lloriqueando en un rincón del vestuario sintiendo vergüenza de sí mismo. Las niñas volvieron una hora después, una de ellas intentó entrar donde estaba encerrado. “Está atascado”, dijo otra de las chicas que ya lo había intentado la primera vez. A continuación escuchó las duchas, primero el rechinar agudo y metálico de los viejos grifos al girar sobre las cañerías, y luego, el murmullo del agua al caer, conocía las voces y se las imaginó a todas desnudas, eso lo excitó a pesar de que todavía no pensaba mucho en las chicas como fuentes de placer, pero en ese momento estaba rodeado de docenas de ellas, a pocos metros... desnudas, oliendo a sudor y jabón, a hormonas y desodorantes. ¿Era así como olía el sexo? La erección lo hizo sentirse todavía más incómodo y se ruborizó, a pesar de estar a solas y a salvo en su encierro, lo cual no impidió que se sintiera otra vez avergonzado de sí mismo.

Los ruidos volvieron a desaparecer al cabo de un rato, pero no los olores, que permanecieron durante horas, se quedó solo de nuevo, la noche acabó venciendo al día, se durmió allí mismo, acurrucado en posición fetal y con el puño en la boca. No lo encontraron hasta el día siguiente, cuando por lo visto, uno de los niños que lo había encerrado confesó la trastada. Sus padres habían dado parte a la policía y al director del centro, los primeros le dijeron que era

todavía demasiado pronto para ponerse a buscarlo, que quizás no hubiera desaparecido y que acabaría llegando a casa a la hora de cenar, el director, quizás por el problema que se le vendría encima si no aparecía el chico, se mostró más colaborador desde el principio.

Todavía recordaba la paliza que esa noche recibió de su padre y que le impidió volver al colegio en tres días. Hoy en día su padre hubiera tenido problemas, pero eran otros tiempos, en los que esas cosas se consideraban normales y no se acusaba de maltrato a ningún padre por muy severo que fuera con la educación de sus hijos.

Era la más fea del colegio, bueno, tal vez no, había otra más gorda, llena de granos y con cara de calabaza bonetera, que podía considerarse bastante más fea que Matilde, pero Hilario, con quince años, ya se había dado cuenta de que uno, a menudo, tenía que conformarse con lo que tenía más a mano si no quería quedarse sin nada, y ese día, a quien tenía más a mano era a Matilde. Ninguna chica del colegio le hacía caso, y su timidez le impedía acercarse demasiado a ellas, en especial a las más guapas, que siempre estaban rodeadas de chicos con mejores dotes sociales de las que él nunca llegaría a tener. Matilde estaba allí, lo cierto es que siempre había estado aunque no lo pareciera, apartada de las demás, solitaria, con algunos kilos extra, y bastante feúcha; las gafas, las coletas y la dentadura un tanto desordenada, no contribuían a hacerla más bonita, pero era una chica al fin y al cabo, olía como una chica, y él sentía que necesitaba tocarle las tetas a alguna antes de que fuera demasiado tarde. ¿Y si se moría de un accidente o de una rara enfermedad antes de tener su primera experiencia sexual? Presentía que el tiempo, a pesar de su juventud, le estaba empezando a pasar muy rápido y que podía acabar convirtiéndose en un lobo solitario en el momento menos pensado. ¡Tenía ya quince años y todavía no había besado a ninguna chica! En el curso anterior un compañero de clase fue atropellado por un camión al salir del colegio, una de las ruedas le pasó por encima de la cabeza aplastándola como una nuez, provocando un crujido, seco al principio y húmedo al terminar, que muchos de los presentes tardarían años en olvidar. Nunca se era demasiado joven para morir.

Matilde olía bien, olía a limpio, en definitiva, olía como su madre, en cierto modo le recordaba a ella, de manera que cerca de Matilde se sentía en calma, tal vez no feliz, pero sí a gusto consigo mismo, relajado, sin miedo. ¿Pero qué era la felicidad sino eso? Coincidieron esa tarde en una esquina del pequeño campo de fútbol del colegio, nadie alrededor parecía fijarse en ellos, unos jugaban el partido y otros lo miraban, excepto un grupo de niños más pequeños que

jugaban en un rincón al gua con las canicas a riesgo de recibir un balonazo. Él la miró a ella, y ella, le rehuyó con timidez la mirada durante unos segundos, pero luego, como arrepintiéndose del gesto, levantó la cabeza y con las mejillas coloradas volvió a mirarlo a los ojos. En esos momentos no le pareció tan fea, se acercó a ella, y sin saber cómo, ambos acabaron escondidos detrás de unos cipreses especialmente frondosos que con toda seguridad ya habrían servido de refugio a más de una pareja de adolescentes. Se besaron con pasión juvenil, sus movimientos eran torpes, algo bruscos, toscos, pero los dos sintieron placeres nuevos y prometedores. Él intentó meterle mano por debajo de la falda, en busca de esas enormes bragas de color carne que sabía que usaba porque alguna vez había visto en un descuido de ella al sentarse, y que tenía la esperanza de poder apartar, cosa que ella le impidió con un gesto tierno, pero tajante. En su retirada, su mano pasó por delante de los pechos, los más grandes del colegio si no se tenían en cuenta los de Cara de Calabaza, y ella se dejó manosear por encima de la ropa sin demasiados remilgos mientras unos jadeos apenas audibles, se escapaban de sus labios. Se besaron, pero ella no se atrevió a tocarlo a él, aunque se dejó hacer abandonándose al placer. Cuando Hilario empezó a jadear, mucho más fuerte de lo que lo había hecho ella minutos antes, Matilde pareció asustarse e intentó retirarse confundida por lo que estaba sucediendo, pero él la tenía ya bastante agarrada y siguió besándola y tocándole las tetas con ambas manos y cierta desesperación, hasta que se corrió manchando la ropa interior. Matilde no podía haberse dado cuenta de su inesperado orgasmo, pero a pesar de ello, se sintió avergonzado, hasta el extremo de que salió corriendo de entre los cipreses dejando a Matilde tirada sobre la poca hierba y las muchas piedras que cubrían el patio.

Había conseguido la llave del cajón del bedel en un descuido de este, cosa fácil de hacer porque era bastante distraído. Con esa llave había conseguido entrar en su objetivo que era la sala de proyecciones y estaba desmontando un proyector de diapositivas. Lo estaba haciendo a oscuras porque no quería que nadie se percatase de su presencia, y esa falta de luz no le facilitaba las cosas. El proyector estaba sujeto con unas abrazaderas que le costaron de soltar, entre otras cosas porque carecía de las herramientas adecuadas, y cuando lo tuvo en su poder después de arduos esfuerzos, se percató de que era demasiado grande y pesado como para salir con él en brazos y pasearse por los pasillos del instituto como quien lleva una mochila llena de libros. Lo había cogido con la intención de transformarlo en una ampliadora para el cuarto oscuro

que se estaba montando en casa. Era su época de experimentar con el revelado de fotografías y no le llegaba el presupuesto para todo el equipo que necesitaba. Había pensado en la posibilidad de transformar un simple proyector en una ampliadora, para ello bastaría con un soporte que podría hacerse él mismo con madera, un poco de cola blanca y una sierra de marquetería, y confiar con que el proyector tuviera la capacidad de enfocar a corta distancia. El problema era que ahora que lo tenía en sus manos no sabía qué hacer con él. ¿Cómo no había pensado en ello? Después del esfuerzo y del no poco riesgo corrido, tuvo que decidirse por abandonarlo desmontado, y acabar saliendo del aula con las manos vacías. La mala fortuna quiso que el bedel que a esas horas tendría que estar arreglando las flores de la entrada, estuviera holgazaneando por los pasillos del instituto sin otra cosa mejor que hacer y lo viera salir. Una cosa es que fuera haragán y negligente, además de despistado, y otra muy distinta, que fuese tonto de remate; cuando lo vio salir del aula de proyección en un horario en el que se suponía que debía de estar en clase, enseguida adivinó que le había robado la llave y se puso a correr detrás de él. Todo acabó en un susto, Hilario pudo esquivar al bedel, que entre otras cosas cojeaba por un accidente de motocicleta que a punto estuvo de dejarlo paralítico unos años antes al chocar contra un autobús. Eso, y un poco de suerte, le permitieron a Hilario coger la ventaja suficiente como para salir al patio y, desde allí, perderse entre la maleza para esperar un buen momento de volver sin ser visto. El bedel era algo corto de vista, y gracias a ello nunca lo reconoció ni pudo informar al director sobre quién había desmontado el proyector.

Había oído a sus padres en un par de ocasiones, hablando y haciendo planes de mudarse a Valencia. ¿Por qué?, él no quería marcharse de la finca, allí estaba muy bien, podía estar a solas todo el tiempo que le apetecía, y cuando quería, podía ir de fiesta con los amigos a cualquier pueblo cercano. ¿Qué haría él en Valencia? ¿Dónde vivirían? Sin duda en algún piso minúsculo del barrio viejo de una ciudad que no conocía y que estaba seguro de que no iba a gustarle, ¿qué era eso comparado con la enorme finca en la que estaban viviendo, rodeada de pinos y aire fresco? Tuvo ganas de gritar, de rebelarse, de salir huyendo, ganas de mil cosas, pero se contuvo y no hizo ninguna de ellas, tenía miedo de su padre, y tenía miedo también de irse de casa y perder de ese modo la protección familiar. No se sentía preparado para la independencia.

Tal vez no estaba todo perdido, todavía podían cambiar de opinión sus padres, o puede que se tratara de uno de esos planes absurdos

como el de montar una embotelladora de agua en la finca por el simple hecho de haber encontrado un pozo que apenas podía abastecer sus necesidades personales. Su padre era también así, además de estricto, un tanto inconsciente a veces.

Durante varias semanas, en un intento desesperado de que sus padres se olvidaran de Valencia, recuperó su devoción cristiana y rezaba cada noche pidiendo que todo quedara en un plan inacabado de su padre, pero no sirvió de nada, al cabo de unos meses, esos planes se convirtieron en oficiales cuando su madre se lo dijo. Su padre, en cambio, nunca llegó a comentarle nada, era demasiado orgulloso como para dirigirse a él, salvo cuando tenía que pegarle una paliza, en esos casos prefería hacerlo personalmente. El resto de cosas siempre habían corrido a cargo de su madre. Recordaba haber llorado como un niño abrazado a ella cuando le comunicó su decisión.

En Valencia fue su padre quien le había buscado el trabajo, un trabajo odioso que no soportaba. Lo único bueno que tenía era el horario, solo de mañana, pero su carácter huraño y su frustración habitual, le impedían disfrutar de esas horas libres. Horas que solo dedicaba a sentirse todavía peor, invertidas en pensar que era un desgraciado y que nunca llegaría a ser nada en la vida, y al día siguiente, de nuevo al banco, así día tras día, semana tras semana.

Llevaba bastantes años trabajando en el mismo banco, cuando ocurrió por primera vez algo que lo sacó de la rutina y el tedio diarios, un hombre al que le temblaba el pulso, y al que el sudor le corría por las sienes se acercó un tanto dubitativo a su ventanilla, depositando a continuación sin decir nada, un pequeño papel arrugado y escrito a mano con letras mayúsculas: “DAME TODO EL DINERO Y NO PULSES LA ALARMA”. El hombre se abrió la chaqueta como para mostrarle alguna pistola, cosa que Hilario solo supuso porque lo cierto es que no llegó a verla.

Se lo quedó mirando a los ojos y notó miedo en su expresión. Hilario pensó que podría ir armado, a pesar de que no había llegado a ver nada amenazador bajo la chaqueta, y se dijo a sí mismo que de todos modos era una tontería intentar evitar el robo. ¿Por qué iba él a arriesgarse por defender un dinero que no era suyo? ¿Y si era cierto que guardaba una pistola en la chaqueta? ¿Iba a morir por el banco?

El ladrón debía de estar informado del momento oportuno en el que realizar el atraco, o tuvo un verdadero golpe de suerte porque precisamente ese día era el que más dinero tenía en su ventanilla a lo largo de todo el mes, y justo era en su ventanilla y no en las otras, donde se pagaban en efectivo las nóminas de una importante

empresa. Hoy en día eso no hubiera ocurrido, ahora ninguna empresa se plantea pagar en efectivo a sus trabajadores, lo normal es domiciliar las nóminas y cada empleado retira el dinero cuando le parece, pero por aquel entonces aún era una práctica habitual de algunas empresas. Algunas incluso lo hacían cada semana.

Llegó a la conclusión de que el ladrón sabía que existía una importante cantidad de dinero en esa ventanilla a esa hora, pero también dedujo que no podía saber cuánto dinero podía haber en total porque no siempre era el mismo. Fue en ese preciso instante cuando se le ocurrió la posibilidad de apartar una cantidad para quedársela él. Aprovechó un hueco en una de las estanterías inferiores, y mientras colocaba el dinero en una bolsa, apartó la cantidad que le pareció prudente despistar.

Nadie se enteró nunca de eso, pero en cambio sí que llegó a estar acusado, no de quedarse con una parte del botín, sino de ser cómplice del ladrón. Ahí fue donde había conocido al inspector Pablo.

Estaba con su mujer, María agitaba la sartén y hacía un amago de golpearle con ella en la cabeza. Hilario se apartó poniéndose a la defensiva y cogió instintivamente un cuchillo que había sobre el poyo de la cocina.

—¿Vas a matarme? —le increpaba María con los ojos chispeantes.

—¿Pero qué coño te pasa? Eres tú la que has intentado golpearme con la sartén.

—¡Eres un hijo de puta! —volvió a levantar la mano para golpearle. Él la empujó y ella cayó al suelo con un quejido que a Hilario se le antojó falso y patético.

María se levantó con odio en los ojos sin soltar la sartén y salió de la cocina mientras seguía gritando.

—¡Te vas a arrepentir!

—¡Has perdido la razón! —Hilario empezó a perder el aplomo y levantó el tono de voz para equipararlo con el de María.

Hacía tiempo que no perdía la compostura. Siempre había sido de respuesta fácil y violenta, pero con los años, el carácter se le había relajado, al menos en parte, a pesar de lo cual en esos momentos todo parecía perdido de nuevo. Ya no pensaba con calma, los músculos se le tensaban, la vista se le nublaba. Oía gritar a María pero no sabía lo que gritaba. Solo oía gritos. Oyó también un portazo. Era la puerta del cuarto de baño que todavía cimbreaba cuando él salió de la cocina.

Seguía sujetando el cuchillo, con los nudillos blancos de tanto apretar el mango. Miraba alternativamente la puerta del baño y el

cuchillo. La respiración se le aceleraba, las venas de las sienes le latían cada vez con mayor fuerza.

Empujó la puerta del cuarto de baño, su mujer estaba allí, con la sartén en la mano, la bañera, casi llena de agua caliente, seguía llenándose, por lo visto María había dejado el grifo abierto para tomar un baño. Le dio un fuerte empujón, la sartén cayó al suelo quedando cerca del bidé, perdió uno de los zapatos por el impulso al caer levantando los pies del suelo, el otro acabó dentro de la bañera junto con María. Se había golpeado la cabeza con el borde de la bañera, estaba inmóvil, pero seguía respirando. Hilario se quedó mirando el cuchillo que llevaba en la mano.

Una vez más intentó abrir el macuto de John, pero este seguía cerrado con un pequeño candado, y no tenía ni idea de dónde podía estar la llave, lo más probable era que la llevara encima. Fue en ese momento cuando se percató de la existencia de la cremallera lateral, ¿tendría algo guardado John es ese bolsillo del macuto? La abrió con manos temblorosas y, ¡bingo!, acababa de encontrar un cuchillo. Un cuchillo pequeño y pesado, de filo muy afilado.

La sensación de estar, de algún modo flotando y, de que algo estaba desprendiéndose de su cuerpo, se invirtió, si era cierto que su alma o cualquier otra cosa, estaba abandonando el cuerpo y emprendiendo un viaje al más allá mientras veía pasar por delante de él algunos momentos de su vida, sin duda había cambiado de opinión y volvía a entrar agarrándose como una garrapata. Ya no se sentía ligero, ni notaba el vacío de antes en el estómago, tampoco tenía la sensación de flotar que había experimentado antes. Volvía a estar sobre la tierra, y seguía sin poder dormir. Durante unos minutos se había sentido bien, como si de algún modo todo fuese a terminar y pudiera descansar por fin, esperaba haber visto el túnel y la luz de las que tanto había oído hablar y poder seguirlos hasta llegar a su destino, lejos del mundo, lejos de los problemas y las obligaciones, lejos de todo, pero no resultó de ese modo y volvía a estar como antes.

2

El comisario había estado fuera casi toda la mañana, después de la última visita a su exmujer no había pegado ojo, y no conseguía centrarse en el trabajo. Aprovechó para visitar al dueño de la cervecería y tantearlo personalmente sobre las identificaciones de Hilario y John, pero no le sacó nada más de lo que ya había hecho

Gregorio, en el fondo tenía claro que no iba a servir de nada su visita, pero necesitaba estar fuera de la comisaría durante más tiempo, le agobiaba permanecer encerrado mientras veía cómo parecía estancarse la investigación que lo mantenía atrapado en un cúmulo de dudas. Los últimos avances resultaban tan sutiles y tan poco prometedores, que bien mirado estaban en la misma situación que el día del asesinato. Era necesario darle un giro a la investigación o que ocurriera un milagro con las diligencias que en la otra comisaría estaban haciendo sobre el caso de John, algo que conectase ambos asesinatos y diese nuevas respuestas a todo. En el fondo seguía convencido de que ambos casos tenían mucho en común, pero no podía probarlo, ni tan siquiera sabía qué era lo que podía unirlos. Era solo una puñetera sensación, una de esas intuiciones que tenía a menudo pero que tantas veces habían quedado en poco menos que vapor de agua, algo que acababa desvaneciéndose sin dejar rastro de ninguna clase.

Pensar que Hilario pudiera tener algo que ver y que se le escapara por tercera vez de entre los dedos, lo enfurecía, no sabía si podría soportar algo así, necesitaba aclarar el caso, no podía quedar en uno de esos asuntos sin resolver que acababan archivándose por falta de pruebas, y no podía ocurrir eso porque tampoco estaba seguro de que Hilario fuera el culpable. Si se archivaba el caso, siempre tendría la duda de si Hilario había participado o no, y ya eran demasiadas las veces que se había cruzado en su camino y lo había esquivado. Puede que fuera mucho más listo de lo que parecía, de manera que debía de ir con mucho cuidado.

Se estaba planteando visitarlo personalmente en su casa, ahora que sabía que tenía una huésped un tanto peculiar. Puede que fuera algún familiar, alguna sobrina que vivía en el extranjero y había venido a pasar unos días en Valencia, pero no le encajaba, era todo demasiado frágil y no se sostenía ningún argumento. La muchacha había salido un par de veces pero no la habían seguido porque solo tenía un hombre apostado en la vigilancia y quería darle prioridad a que vigilara los posibles movimientos de Hilario, que por cierto, todavía no se había movido de casa en ningún momento.

Otra vía muerta.

Y el exmarido de Edurne, ¿qué pasaba con él?, seguía sin aparecer, y no es que creyese que pudiera tener nada que ver con el asesinato, pero le fastidiaba no poder interrogarlo, al igual que le molestaba también que no hubiese adelantado su vuelta. Después de todo, habían asesinado a su exmujer, eso era algo que tampoco podía entender. ¿Por qué no había venido al entierro?

Le estaba dando vueltas a otra posibilidad de interrogatorio, a pesar de que se trataba de algo poco usual y no estaba muy bien visto, pero si la cosa no avanzaba, tendría que intentar interrogar a alguno de los amigos del primer detenido, ¿cómo se llamaba?, cada vez se le olvidaban más pronto los nombres... y eso que era bastante corriente... José Antonio López, eso era, sí. Sus amigos, o al menos uno de ellos, estando situados en la barra como estaban, puede que vieran a quienes entraban y salían del local. En el primer interrogatorio afirmaron no recordar nada, pero el comisario pensaba que tenía una posibilidad de hacerlos recordar, y estaba decidido a hacerlo si no averiguaban nada rápidamente.

Volvió a comisaría caminando, sin prisas, quería que le diera el aire, poder pensar libremente, sin que lo molestaran a cada momento con preguntas estúpidas, porque por lo visto, nadie en comisaría, salvo Gregorio, parecía ser capaz de hacer o decidir nada por sí mismo. Seguro que lo estarían esperando como agua de mayo para solucionar problemas, lo malo de haberse ido era que ahora le lloverían todas las preguntas a la vez, y acabarían por agobiarlo.

Al entrar, algunos le esquivaron, otros lo miraron con brevedad para, a continuación, desviar la mirada hacia otro lado, como si no quisieran enfrentarse a él, pero enfrentarse ¿a qué?, había esperado que le preguntaran mil cosas nada más llegar y parecía estar ocurriendo todo lo contrario, ¿por qué le esquivaban entonces?

Llegó a su despacho, y al entrar, vio con sorpresa al inspector Gregorio. No es que sus hombres tuvieran prohibida la entrada al despacho, pero no era habitual, ni le hacía ninguna gracia, que anduvieran deambulando por allí cuando él no estaba.

Gregorio, a diferencia del resto de sus hombres, no le esquivó la mirada, pero tampoco lo miró de una manera que pudiera considerarse normal, le estaba escondiendo alguna cosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comisario.

—¿No le han dicho nada?

—¿Decirme?, ¿quién?, todos me han esquivado como si tuviera la peste, ¿me quieres decir qué coño está ocurriendo?

—Han venido a poner una denuncia esta mañana.

—¿Y bien?...

—Un vecino de su exmujer.

—¿Un vecino de Amparo?, ¿aquí?

—Sí...

—Suéltalo de una vez, ¡joder!

—Su mujer...

—Ex, si no te importa.

—Su exmujer...

—...

—La han asesinado...

El comisario se puso lívido.

—¿Cómo que asesinado?, ¿está muerta? ¿Amparo?

—Lo siento, señor comisario, es mejor que se siente.

El comisario se acercó hasta su silla, y más que sentarse en ella, lo que hizo fue desplomarse provocando un quejido metálico al dejar caer todo su peso de golpe sobre el desgastado asiento.

3

—¿Tú crees que ha podido hacerlo el comisario? —era Lourdes, la mujer del inspector quien se lo preguntaba mientras freía unas patatas cortadas a rodajas finas.

Gregorio se quedó sin saber qué responder, para él había sido muy duro tener que anunciarle al comisario la muerte de su exmujer, pero todavía había sido mucho más duro hacerle ver que era considerado sospechoso.

—Espero que no, Lourdes, pero la verdad... No lo sé.

—Es que me parece tan increíble...

Puso unos ajos enteros en el aceite caliente, cosa que siempre hacía antes de añadir las patatas para darles algo más de sabor y para evitar, según le decía su madre, que se quemaran. Esto nunca lo había tenido muy claro, pero de cualquier modo lo hacía siempre. Los ajos empezaron a chisporrotear expandiendo de inmediato un grato y característico aroma en el ambiente de la cocina.

—Sí, y más después de tantos años, pero estas cosas pasan cuando uno menos se las espera. Se acaba perdiendo la paciencia, a veces por una tontería, y eso es el desencadenante de todo. ¿No pones ya las patatas?

—Para Amparo tuvo que ser difícil convivir con el comisario —dijo Lourdes.

Metió las patatas en el aceite caliente reavivando el chisporroteo y cambiando los aromas de la cocina.

—Sí, supongo que por eso se divorciarían, pero ya hace de eso siete u ocho años.

—Pero habrán seguido las visitas, recoger y devolver a las niñas, problemas que surgen cuando se ponen enfermas... La familia sigue ahí, aunque esté destrozada por el divorcio.

—Supongo que sí, el divorcio no tiene por qué ser una solución, a

veces incluso puede empeorar las cosas, y luego está el asunto de la pensión.

—¿Qué asunto?

—Bueno, esto es confidencial...

—Por Dios, Gregorio, pues claro que es confidencial, pero soy tu mujer y estamos en casa friendo patatas en la cocina, solos, siempre me has hablado de tus casos, ¿qué tiene este de especial?

—Sí, disculpa, lo sé, pero es que este caso es tan diferente para mí...

—Te pilla muy de cerca, y eso hace que todavía sea más importante que puedas compartir las cosas conmigo, deberías estar agradecido por ello.

—Y lo estoy, Lourdes, lo estoy, no pienses que no, pero...

—¿Qué es eso de la pensión? —insistió Lourdes cortante sin darle tregua a su marido.

—Por lo visto la ha estado pagando todos estos años sin retraso alguno, y precisamente este mes, estuvo llamando varias veces Amparo reclamándola.

—¿No se la había pagado?

—Parece que no, pero recuerda que este mes, es justo cuando hemos tenido un retraso en el cobro de las nóminas, y ya sabes cómo son los bancos, si no había saldo suficiente el día en que tenían que hacer la transferencia, pues no se la habrán hecho.

—¿Quieres decir que él no sabía que no había pagado la pensión?

—No quiero decir nada, es solo una posibilidad, el caso es que las veces que ha estado llamando Amparo, han habido gritos y no solo los he oído yo, sino muchos de los chicos que andaban por comisaría.

—Claro, una discusión poco antes del crimen es un indicio.

—Así es, no es más que un indicio, pero indicio al fin y al cabo, y luego está su visita.

—¿Fue Amparo a verlo a comisaría?

—No, al contrario, fue el comisario a su casa, y bastante cabreado.

—¿Cómo lo sabes?

—La última vez que llamó Amparo, el comisario se molestó más de lo normal, todo eran gritos, y por lo que yo pude deducir, después de colgar y casi romper el teléfono, se fue al banco a retirar el dinero y llevárselo a casa.

—Mala idea.

—Sí, muy mala idea, y la cosa debió de acabar como era previsible.

—¿Matándola?

—No, mujer, me refiero a que acabaron discutiendo, eso es lo que

declaró el mismo vecino que denunció la muerte. Los gritos telefónicos continuaron en un cara a cara. Primero todos en comisaría lo oímos, y luego fueron los vecinos de Amparo, y en especial el que vino a denunciar.

—¿Solo los oyó discutir, o también hubo amenazas?

—Por lo visto no viven pared con pared y solo escuchó gritos sin entender muy bien lo que decían, nada más, pero lo único que en cierto modo salva al comisario no es eso, sino que la muerte no ocurrió entonces, sino al día siguiente.

—¿En ese caso...?

—Está claro que la cosa no es tan evidente como si hubiera muerto ese día, pero el comisario sigue siendo sospechoso. Quedan evidencias más que sobradas de que hubo unas fuertes discusiones, primero por lo de las llamadas, y luego por la visita al domicilio.

—Pero dices que murió al día siguiente.

—El comisario tampoco tiene coartada para esa hora, y bien pudo discutir un día y volver al día siguiente a matarla.

—Parece que tengas claro que ha sido él.

—Solo me pongo en lo peor.

—¿La han matado fuera del horario laboral del comisario?

—No, y eso es lo más jodido, el comisario apenas sale de comisaría normalmente, pero lleva unos días que se va sin decirle nada a nadie y se pasa horas fuera. Está muy raro, y eso complica más las cosas, si fuera habitual que anduviera por ahí no sería problema, pero lleva años sin salir apenas de comisaría y de repente está unos días deambulando más de lo habitual y coincide con la muerte de su mujer.

—¿Y qué habéis hecho? ¿Está detenido?

—Es un asunto muy delicado, no, de momento no se le ha detenido, pero el comisario principal me ha pedido a mí que interceda porque tengo más relación personal. Me ha encargado que sea yo quien le pida la pistola. El muy cabrón no se ha querido manchar las manos.

—¿Para hacer la prueba de balística?

—Sí, por lo visto el calibre de la bala extraída del cuerpo coincide, según los primeros indicios, pero eso no prueba nada, hay muchas armas con el mismo calibre. Hay que ver si el arma se ha disparado recientemente y si la prueba de balística demuestra que el proyectil procede de la misma pistola.

—¿Y si es así?

—Pues no habrá más remedio que detenerle, así que espero que no coincida. No quiero verme en la tesitura de tener que ser yo quien lo

haga.

—¿Y el comisario te ha dado el arma sin problemas?

—Le dije que era la única manera que tenía de no verme obligado a detenerlo, y lo entendió.

—En ese caso ahora todo depende del informe de balística.

—Todo no, si la bala es de su pistola, desde luego lo va a tener muy complicado, pero si la bala no es de la pistola, seguirá siendo sospechoso.

—¿Y eso?

—Pues por las otras pruebas circunstanciales que existen, después de todo, podría haber utilizado otra arma. De hecho, el que la mataran al día siguiente de la discusión, no es que pruebe nada, pero podría apuntar a que el comisario no quiso utilizar su arma en ese momento para no implicarse y buscó otra para volver al día siguiente y matarla.

—Pero eso sería ya un asesinato a sangre fría.

—Efectivamente, a mí ya no me cuadra tanto. Puedo entender que en una fuerte discusión, y con mucho estrés encima como el que acumula el comisario, fuera capaz de hacer alguna barbaridad, pero actuar a sangre fría buscando otra arma, volver al día siguiente y pegarle un tiro en medio de la frente a quemarropa, me parece menos creíble.

—¿Puede tener acceso a otras armas?

—Cualquiera puede tener acceso a un arma si sabe por dónde moverse, y para bien o para mal, un policía lo tiene mucho más fácil que cualquier otro. Podría haberse quedado con el arma de algún registro, o robarla del almacén de pruebas de casos viejos, o ir directamente al mercado negro y comprarla, él sabría dónde acudir, no te quepa duda.

—Pobre Amparo, la verdad es que estar casada con un policía es una putada.

—¿Lo dices por ti?

—Cariño, nosotros nos llevamos bastante bien, pero has de admitir que para una mujer, resulta complicada vuestra profesión. Por una parte están los horarios, por otra, la gente con la que os relacionáis, el peligro que corréis a menudo... Se os agria el carácter y sois más violentos de lo normal, y encima, si os coge un calentón, os pilla con una pistola a mano con la que podéis hacer muchas tonterías. No es lo mismo discutir con un fontanero que con un policía.

—No, claro, el fontanero se limita a abrirte la cabeza con una llave inglesa cuando lo cabreas.

—Pero ¡qué tonto eres! —se rio Lourdes relajando la tensión que

había ido tomando el ambiente.

—Anda saca las patatas antes de que se te quemen y vamos a comérnoslas.

Gregorio se acercó. La risa de su mujer siempre lo había excitado, y seguía haciéndolo. Le dio un beso y acabaron en la cama después de terminar con las patatas y algo de fiambre.

4

Otra cosa que no le contó Gregorio a su mujer era que no dejaron que el comisario acudiera a la escena del crimen. No parecía muy apropiado que anduviese por allí, y podrían, además, acusarlo de contaminar el lugar de alguna manera para entorpecer la investigación, teniendo en cuenta que en esos momentos era el principal sospechoso, existía pues, una completa incompatibilidad entre formar parte de la investigación y aparecer a la vez como posible asesino. Era mejor para todos, que se mantuviera alejado de allí, y esperaban, o al menos Gregorio lo esperaba, que el vecino denunciante no armara demasiado alboroto y los dejara trabajar a su manera. Tendrían que estar preparados para una mala reacción, porque si después de haber interpuesto la denuncia, veía que no habían detenido al comisario, podría llegar a hacer alguna declaración desafortunada ante los medios de comunicación y crear una polémica innecesaria que los obligara a detenerlo sin disponer de más pruebas, o a dar demasiadas, e inoportunas explicaciones de por qué no lo habían hecho. Una situación delicada, se mirase por donde se mirase.

Y lo que más molestaba al inspector era que si el vecino hacía algo así, en el fondo tendría razón porque a cualquier otro, en las mismas circunstancias, lo hubieran detenido inmediatamente, hubiera pasado entre veinticuatro y setenta y dos horas en el calabozo, lo habrían interrogado en comisaría como imputado, para luego acabar poniéndolo a disposición judicial, y por último, el juez sería quien determinaría si quedaba en libertad con cargos, o si por el contrario ingresaba en prisión preventiva, con posibilidad, o no, de depositar una fianza para eludirla.

Sí, eso era cierto, y mirándolo de ese modo, no parecía justo no detener al comisario, como poco, esa forma de actuar de la policía resultaba un claro agravio comparativo frente a cualquier otro ciudadano que se encontrase en las mismas circunstancias. Por otra parte, si después de todo, el comisario resultara ser culpable, y

aprovechaba su situación de libertad para huir, tendrían muchos problemas en comisaría, o al menos los tendría el comisario jefe como principal responsable de la decisión, una decisión que él mismo compartía pero que, afortunadamente, no era quién para tomarla. Lo que él pensase sobre la inocencia o no del comisario era indiferente, como amigo y compañero de trabajo deseaba con sinceridad que se demostrase su inocencia, como profesional, le quedaba la duda sobre si estaban actuando correctamente o no en este caso.

Y no es que lo tuviera claro, ¿cómo podía estar seguro?, pero a pesar de los indicios que apuntaban a una posible culpabilidad de su superior, pondría la mano en el fuego por él, y esperaba que fuese inocente, pero también deseaba que descubrieran cuanto antes al verdadero asesino, era importante, y mucho, encontrar pronto a quien hubiese matado a Amparo, porque de otro modo, siempre quedaría la duda, y sería muy incómodo para todos seguir trabajando en comisaría bajo las órdenes de un presunto asesino. Por experiencia sabía que esas manchas no se quitaban nunca por mucho tiempo que transcurriera, y si no condenaban a nadie por el asesinato de Amparo, todo el mundo, y puede que incluso él mismo por mucho que le pesase admitirlo, acabarían pensando que el comisario se había librado de la cárcel, lo cual, no era lo mismo que pensar que fuese inocente. A ojos de la opinión pública, el resto de su vida seguiría siendo un “asesino afortunado”, que gracias a su cargo como comisario de policía, había sabido librarse de la cárcel. Un sambenito que lo acompañaría a la tumba y que sin duda le sobreviviría.

El comisario había aceptado a regañadientes no estar presente en la escena del crimen, asumiendo que era lo mejor para todos, pero le exigió a Gregorio que le trajesen una fotografía del cadáver a cuerpo entero, otra tomada de más lejos, de manera que se apreciara el entorno, y por último, una más, en la que se viera la herida en primer plano.

—¿De verdad le parece conveniente ver esas fotos?

—Gregorio, te he dado el arma sin replicarte, y acepto no participar en la investigación, porque entiendo que los motivos que alegas son coherentes. También agradezco que no se me haya detenido, pero no voy a quedarme de brazos cruzados aquí sentado, quiero saber lo que ocurre, tanto para poder defender mi inocencia, como para vengar la muerte de mi exesposa. En mi situación tú harías lo mismo.

—Se las traeré.

Esa misma tarde el inspector le pasó copia de todas las fotografías tomadas, y no solo de las tres que le había pedido. Cuando se las entregó en el interior de un sobre de papel manila, intentó analizar la reacción del comisario. Se mostró bastante frío, tal vez demasiado tratándose de las fotos de su mujer asesinada, pero los ojos se le humedecieron, cosa que, bajo su punto de vista, decía mucho en favor suyo.

—Gregorio, tenemos que coger al cabrón que ha hecho esto.

—Por supuesto comisario. ¿Tiene alguna sugerencia de por dónde empezar?

—Se están cometiendo muchos asesinatos violentos últimamente. ¿Crees que hay posibilidad de vincular este con los otros dos?, ¿podríamos estar hablando de un mismo asesino?

—A simple vista no parece tener nada en común. En los otros dos casos, que por cierto, tampoco tenemos pruebas de que tengan una vinculación real, se ha utilizado un cuchillo, o mejor dicho, se han utilizado cuchillos distintos, pero al fin y al cabo, arma blanca en ambos casos, en cambio en este se ha utilizado una pistola. Los otros se han cometido de noche, y este a pleno día. Los primeros cuerpos han aparecido fuera de sus domicilios, y este ha aparecido en su propia casa. No sé, me parece muy forzado querer meterlos todos en el mismo saco, al menos en un primer análisis de los hechos.

—Puede, pero tengo la intuición de que los tres son obra del mismo tipo.

—No le niego la posibilidad, y si le sirve de algo, no lo descartaremos, pero tampoco podemos centrarnos en esa teoría, al menos mientras no demostremos de algún modo que los otros dos sí que tienen una relación clara.

—Esteban me ha dicho que ya han contactado en Londres con un familiar de John. Puede que pronto confirmemos su identidad, y quién sabe si algún detalle más.

—¿Para cuándo espera esa información?

—Supongo que mañana sabremos algo más.

—Pues confiemos en que vaya en la dirección apropiada.

Gregorio abandonó el despacho del comisario, pensativo, no podía dejar de pensar en la posibilidad, por muy remota que le pareciera, de que quien hubiese matado a Amparo fuese el propio comisario, y era una idea que lo atormentaba y le gustaría poder borrar de su mente.

—¡Inspector! —lo volvió a llamar el comisario cuando todavía estaba en el pasillo. Acostumbraba a olvidar cosas en las conversaciones, e intentaba retomarlas cuando le venía a la cabeza lo que había olvidado. A Gregorio le molestaba bastante esta forma de actuar, pero en cierto modo ya se había acostumbrado y no le daba demasiada importancia.

—Sí, comisario —respondió intentando que no se le notara el fastidio.

—Quería comentar contigo la posibilidad de usar un método, digamos... un tanto peculiar para volver a interrogar a alguno de los testigos de la cervecería.

—¿A qué se refiere con un tanto peculiar?

—Pues en realidad es algo que parece más propio de ti que de mí, pero ya ves, a veces los más ortodoxos acabamos cayendo en la tentación de abrir nuevos caminos de experimentación.

—Vaya, no sé cómo tomarme eso, ¿me considera poco ortodoxo?

—Oh, vamos, Gregorio, sabes muy bien que lo eres, tienes tus "métodos" raros para hacer las cosas saliéndote de la norma, y no es que diga que me parezca mal. Es cierto que tienes tus peculiaridades, ¿no?

—¿Se refiere a que me siento a la izquierda de las personas a las que tengo que interrogar? —Gregorio sabía que era una de las cosas que más molestaban al comisario por mucho que ahora dijera que no le pareciese mal.

—Sí, bueno, por ejemplo.

—¿Y qué se le ha ocurrido a usted, que se supone que tendría que habérseme ocurrido a mí? —el inspector se sentía un tanto molesto por la forma en que lo estaba enfocando el comisario. Era como si quisiera manipularlo de algún modo.

—No me malinterpretes, verás, tenemos las grabaciones del banco en las que vemos entrar a unos hombres delgados, solos, o sea que podrían ser Hilario y John, o al menos uno de ellos. Digo que podrían ser ellos porque el propietario de la cervecería los ha identificado a ambos como posibles clientes esporádicos. Las dos caras le suenan.

—Sí, no es nada fiable la identificación, pero es un dato a tener en cuenta.

—Los otros clientes a los que se les ha preguntado no han dado ninguna respuesta positiva, pero al menos uno de los tres amigos de López, teniendo en cuenta que estarían haciendo corro en la barra mientras tomaban cervezas de pie, estaría sin lugar a dudas de cara a

la puerta y podría ver quién entraba y quién salía.

—Sí, pero ya nos dijeron todos que no vieron a nadie cuando les preguntamos por ello.

—Lo sé, pero tuvieron que verlo. Si estaban allí, lo vieron, estoy seguro. El cerebro lo registra todo, Gregorio, hasta el más mínimo detalle, lo que ocurre es que solo utiliza lo que le interesa, y lo que no, lo aparta, simplemente no saben lo que vieron.

Gregorio sonrió.

—Me temo, comisario, que ya le veo venir.

—Sabía que lo entenderías, es de tu estilo —sonrió muy levemente.

—Quiere que hipnoticemos a los testigos para refrescarles la memoria.

—Solo al que estuviera mirando la puerta, el que vio entrar a estos tipos —señaló dos impresiones de pantalla de sendas fotografías de muy mala calidad sacadas de la grabación del video del cajero.

—Entiendo. Esa persona habrá funcionado" como el video del banco registrándolo todo sin darse cuenta de que lo hacía.

—Sí, pero con la particularidad de que sus imágenes tendrán mucho más detalle que las de la puñetera grabación esta.

—Antes de seguir con el asunto, quiero que tenga otra cosa en cuenta. Algo que por lo visto se le está pasando por alto.

—¿Qué cosa?

—Según las declaraciones, y si no recuerdo mal, todos coincidieron en que se marcharon del local antes de que saliera Edurne del cuarto de baño.

—Bueno, eso es evidente, ya sabemos que es porque nunca llegó a salir de allí.

—Sí, pero el tiempo que estuvieron en la barra después de que López saliera del baño, estuvieron hablando de Edurne, y sin duda tuvieron que estar pendientes de si salía.

—No entiendo por dónde vas, lo siento pero me he perdido.

—Sí, puede que no me explique bien. Lo que quiero decir es que me parece imposible que nadie entrara en el cuarto de baño durante ese tiempo sin que se dieran cuenta, y no quiero decir inconscientemente, sino que se dieran cuenta de verdad porque estaban pendientes de que saliera Edurne.

—Quieres decir que el asesino entró con posterioridad a que ellos se fueran.

—Efectivamente.

—Eso lo tengo claro Gregorio, me parece tan evidente como a ti que el asesino entró en el cuarto de baño después de que se fueran estos cuatro, pero a la cafetería debió de entrar antes. ¿Cómo si no

iba a saber que Edurne estaba en el cuarto de baño?

—...

—¿Me sigues a mí tú ahora?

—Estoy un poco confundido, pero sí, entiendo. El asesino no pudo entrar casualmente al lavabo porque era el de mujeres. Si entró es porque sabía lo que iba a encontrar.

—A eso me refiero.

—Salvo...

—¿Sí?

—Que el asesino fuese una mujer. En ese caso podría haber entrado con normalidad, incluso estando allí esos cuatro y pasar desapercibida, encontrarse con Edurne y matarla.

—No, no me convence para nada esa teoría.

—Pero es posible, ¿no?

—Joder, todo es posible, incluso que hubiese sido el dueño de la cervecería. ¿Te has parado a pensar que le pueden "sonar" todas las caras porque lo único que busca es desviar la atención de su persona?

—No había pensado en ello.

—Además, es él quien se quedó hasta el final, ¿no?

—Sí, por supuesto, dijo que cerró el local porque no tenía camareros esa noche.

—¿Y si después de cerrar se dio cuenta de que estaba Edurne encerrada y se propasó con ella? Oiría a José Antonio alardear ante sus amigos de que se la había tirado, incluso puede que viera cómo les enseñaba las bragas por mucho que insista en que no está pendiente de lo que hacen sus clientes. ¿Has visto a algún camarero que no sea rematadamente curioso?

—Tiene sentido...

—El tipo se pone a mil oyendo a sus clientes, estos se van y Edurne sigue en el cuarto de baño... sin bragas. Puede pensar que es una mujer fácil y que no le importará que otro tipo se la folle esa misma noche, incluso es posible que pensara que no había salido de allí porque esperaba que entrase alguien más.

—¿Los amigos de José Antonio?

—¿Por qué no? El caso es que al final decide entrar, puede que incluso cerrara el bar antes para asegurarse de no ser sorprendido. Ella se resiste, y zas, coge un cuchillo de la cervecería, que es normal que los tengan, y la mata, nada premeditado, solo algo que surge de manera casual y acaba en sangre.

—Dios santo...

—Cuando buscamos el cuchillo, seguro que no lo hicimos entre la

cubertería de la cocina. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, pero el cuchillo también podría ser el que se ha encontrado en el cuerpo de John, eso es algo que tampoco debemos descartar.

—Es cierto, pero aún así, hemos estado ciegos. No digo que sea la solución, pero es una opción bastante válida, bien podría ser él el culpable, lo descartamos no sé por qué, desde un primer momento. Incluso se encontraron huellas suyas en el cuarto de baño. El hecho de que López se la tirara desvió nuestra atención completamente. ¡Mierda!, que le pase eso a los novatos es una cosa, pero a nosotros no tenía por qué.

—Tiene razón, señor comisario, pero en lo de las huellas, tenga en cuenta que solo se encontraron cerca del interruptor de la luz, en los pomos de las puertas y en las papeleras. Era normal que estuvieran en esos lugares, al fin y al cabo dijo que revisaba las papeleras y el papel a menudo para controlar a la mujer de la limpieza, y es normal que apague o encienda la luz del cuarto de baño siendo el propietario. Esas huellas no nos dicen nada, no nos servirían para inculparlo.

—Puede que esas huellas no nos confirmen nada, pero teníamos que haberlo considerado sospechoso desde el principio y ni hemos pensado en él, eso es lo que más me jode, que no hayamos sido capaces de ver esa posibilidad.

—¿Qué propone que hagamos entonces?

—Continuamos con lo de la hipnosis antes de seguir investigando al propietario, y según lo que podamos sacar de eso, tomamos un camino u otro. ¿Quién sabe? Puede que incluso el testigo nos pueda informar sobre algún movimiento sospechoso del propietario cuando lo hipnoticemos.

—El problema es que la hipnosis no es admitida como prueba judicial, al menos normalmente.

—Pero no está prohibido utilizarla, solo necesitamos el consentimiento de la persona a hipnotizar, y eso no creo que sea demasiado difícil si le decimos que de esa manera podría ayudar a su amigo, le recordaremos que José Antonio sigue siendo el principal sospechoso. Si conseguimos que recuerde algo que dirija la investigación hacia otro lugar, ayudará a su amigo y nos ayudará a nosotros. No puede negarse.

—Bien, pero sigue estando el problema de su utilización en el juicio como testimonio válido.

—Primero se lo contaremos todo, y le diremos que le haremos unas preguntas antes de hipnotizarlo. Le volveremos a enseñar las fotos, el

video del cajero, le refrescaremos la memoria por métodos normales, y si tenemos la suerte de que recuerda algo, pues perfecto, si no se acuerda, ¿qué importa que no admitan en un juicio la hipnosis, si de todos modos no tenemos testimonio sin ella?

—Sí, la verdad es que mejor eso que nada, si conseguimos una identificación fidedigna podremos enfocar la investigación de otro modo.

—Los americanos la utilizan constantemente, aquí en España la policía es más como yo, un tanto reacia a estos métodos poco tradicionales.

—En cambio es usted quien lo está proponiendo, ¿no será que la mentalidad de la policía española está cambiando?

—Si cambia, desde luego no será por vejestorios como yo que estamos a un paso de la jubilación, pero lo lógico es que sí, que cambie gracias a los jóvenes, pero no necesariamente a mejor, no te vayas a creer.

—Hay que ser positivos comisario.

—Positivos... sí, pero a veces no es fácil viendo el panorama en el que nos movemos.

—El problema es que en la policía no tenemos expertos en hipnosis.

—Es cierto, he estado buscando datos para ver qué podemos hacer y he visto que el F.B.I. tiene un departamento de hipnosis en San Antonio, y los federales lo usan a menudo, claro que estaría complicado hacer venir a uno de esos tipos para que colaborara con nosotros. Quizás si se tratara de un caso más importante podríamos intentarlo, pero no tengo material suficiente para venderles la idea a los americanos, además, los trámites llevarían meses y no nos queda tanto tiempo. Esto lo hemos de solucionar ya, o estamos perdidos.

—¿Qué podemos hacer?

—En el caso de Anabel Segura, el inspector jefe que lo llevaba propuso hipnotizar a uno de los testigos. La hipnosis la hizo un tal Joaquin Grau[14], por lo visto era un reconocido hipnotizador. Al final no sirvió de nada porque querían comprobar si el testigo, que me parece que era el jardinero, recordaba una matrícula y no la recordó, ni con hipnosis, ni sin ella, pero bueno, el hecho es que lo intentaron, y yo quiero hacer lo mismo. Puede que nosotros tengamos más suerte que ellos.

—¿Ha pensado en ponerse en contacto con él?

—¿Con Grau?, fue mi primera opción, tengo que admitirlo, he echado un vistazo en internet y este hombre, no sé si estará todavía en activo o no, pero tiene más de ochenta años, lo de Anabel Segura

ocurrió en 1993, ¡hay que ver cómo pasa el tiempo!

—Sí, una barbaridad.

—Por aquel entonces, este hombre tendría ya unos sesenta y cinco años. No digo que se jubilara enseguida, pero la verdad es que en la actualidad no creo que lo tengamos disponible para una historia de este calibre.

—Siempre podríamos preguntar al inspector que llevó el caso de Anabel Segura.

—Sí, pero creo que tenemos una opción mejor y más cercana.

—¿Conoce a algún hipnotizador?

—No directamente, aún no le he dicho nada, pero quiero hablarlo con Esteban, ya ves, otra vez Esteban, el destino ha hecho que nos crucemos con él y debe de ser por algo. Él sí que nos puede presentar a la persona adecuada.

—¿Y quién es?

—¿Recuerdas que el otro día comentábamos el caso del tanatorio?

—Por supuesto.

—Bien, en ese caso intervino en cierto modo un espiritista, también bastante mayor, pero no tanto como este otro. Tenía un nombre muy curioso, recuerdo que yo pensé que era una mujer cuando Esteban me lo contaba.

—Consuelo —anticipó el inspector.

—Eso es, Consuelo, lo tenía en la punta de la lengua.

—¿Pero no dice que este hombre era espiritista?

—Sí, en aquel caso estaba como espiritista, pero recuerdo que algún tiempo después, comentando el caso con Esteban, me dijo que este tal Consuelo, además de lo del espiritismo, que por lo visto solo practicaba ya con los viejos clientes, hacía algunas terapias de hipnosis, regresiones y cosas por el estilo.

—¿Podemos localizarlo?

—Seguro que sí, no tengo su dirección, pero Esteban nos la podrá facilitar. Lo único que sé de este hombre es que vivía en las afueras de Valencia.

10
•

Consuelo

1
♦

Acababa de despedir a sus últimas clientas, en realidad las únicas del día, y se quedaba de nuevo solo en casa, situación nada extraña porque últimamente era muy habitual pasar largas horas en soledad, encerrado entre cuatro paredes, más pendiente de los recuerdos del pasado que de lo que le pudiera deparar el futuro, un claro y preocupante síntoma de que iba llegando a una edad en la que los proyectos cada vez resultaban menos ambiciosos, temiendo más, perder lo poco que se tiene que no conseguir nada nuevo.

De entre su clientela habitual, en los últimos años habían fallecido al menos seis de las mujeres de mayor edad, todas ellas viudas, y algunas con evidentes síntomas de demencia senil, que lo visitaban cada poco tiempo con la esperanza de contactar con sus respectivos maridos en el más allá, cosa que, a pesar de sus mejoras en el campo psíquico, no solía suceder en la mayoría de los casos, y puesto que ya no admitía a nadie más entre sus clientes de espiritismo, ni siquiera por recomendación, a estas alturas le quedaban muy pocos a los que atender, cosa que, no obstante, seguía haciendo por no aburrirse y por compromiso con ellos, más que por una auténtica vocación espiritual. Había cumplido sesenta y ocho años, algunos decían considerarse jóvenes a esa edad, y más teniendo en cuenta que las últimas cifras de esperanza de vida en los hombres se sitúan en los ochenta y un años, pero Consuelo estaba viejo, o al menos se sentía de ese modo, dijeran lo que dijesen las estadísticas y las cifras de esperanza de vida.

Oficialmente estaba retirado de cualquier actividad, pero todavía ofrecía algunos servicios esporádicos de hipnosis y regresiones, además de las sesiones espiritistas que mantenía con la poca clientela que le quedaba de tiempos mejores. Algunas de las clientas más antiguas llevaban con él la friolera de veinticinco años, casi desde sus inicios en la profesión.

Después de todo cuanto había pasado, en la actualidad, asuntos de salud aparte, podía afirmar que se encontraba por fin, en paz consigo mismo, ya no tenía cargos de conciencia por los engaños que en ocasiones se había visto obligado a hacer con algunas de las clientas,

simulando contactos con seres del más allá, cuando en realidad, sus poderes en ese sentido durante mucho tiempo fueron más bien escasos. Recordaba cómo, en tantas ocasiones, su ayudante Jaime pasaba el tiempo en la sala de espera junto con las clientas y tomaba nota mental de todo lo que se decían unas a otras, una información valiosísima que le pasaba luego en breves notas y era utilizada para dar la sensación de que sus poderes psíquicos eran mucho mayores. Eso, y su ligera capacidad de percepción se combinaban de manera que muchas de sus sesiones acababan siendo un éxito a pesar de no conseguir ningún contacto con el más allá.

Era reviviendo recuerdos, en lo que pasaba la mayor parte de sus horas muertas, recordando una y otra vez su trayectoria profesional que había transcurrido con grandes altibajos, los pequeños trucos del oficio, los buenos momentos y lo que había salido mal, sus escasos éxitos reconocidos, y los recuerdos anteriores a sus inicios en el extraño mundo del espiritismo, especialmente su trabajo en el banco, donde gracias a una premonición pudo abandonar a tiempo su puesto y meterse en el cuarto de baño antes de que se produjera un atraco a mano armada. Esa fue su experiencia más traumática, y quizás la que motivó su dedicación al espiritismo, actividad que comenzó con cuarenta años ya cumplidos. Fue una decisión repentina, o quizás no tanto, ya lo llevaba pensando tiempo, pero siempre llega el momento en que todo parece precipitarse a gran velocidad, y eso es lo que le pasó a él entonces, dejándolo todo para embarcarse en lo que, desde entonces, sería su verdadera profesión, deseada, querida, e incluso amada en muchas ocasiones y odiada en otras.

Entre sus recuerdos no solo estaban los de adulto, también aparecían muchos de cuando era niño y estudiaba en el internado, repitiéndose a menudo los relacionados con su hidrofobia, ocasionada según creía él, por el incidente en la alberca[15], en cuyo fondo imaginaba que existían seres gigantescos, cosa que todavía a fecha de hoy le producía pesadillas a menudo, o el extraño fallecimiento de su padre en un accidente de tráfico contra un camión de leche cuando solo contaba con trece años y que él presintió a pesar de la distancia, motivo por el cual no tomaba leche ni derivados desde entonces, y todo lo que había pasado con su madre desde que quedó huérfano de padre… la única novia que tuvo con veintiocho años y que casi le costó la vida, sin volver a tener relaciones sentimentales, sus múltiples obsesiones y manías, incluso recuerdos de vidas pasadas[16], y en definitiva, miles de detalles que parecían estar siempre dispuestos para ir rondando por su cabeza en

una especie de película que no terminaba nunca. Estaba convencido de que muchos de esos recuerdos, de tanto rememorarlos y de repetirlos en su mente, habían evolucionado, crecido, cambiado... hasta perder una gran parte de la verdad. Los mantenía vivos como ciertos, pero a veces se preguntaba qué quedaba de real y qué de mera fabulación en todos ellos. Eso provocaba que cada vez estuviese más inmerso en sí mismo, olvidándose a menudo de lo que le rodeaba y llevando una vida interior sin demasiado sentido, que saliese menos de casa y que no conservara una verdadera ilusión por la vida. En cierto modo se sentía acabado, como si ya hubiese hecho todo lo que tenía que hacer en su vida y solo le quedase esperar a la vieja parca. Esa muerte que a veces deseaba que se pasara pronto a visitarlo y llevárselo con ella.

Tenía la sensación de que ahora estaba en un punto, en el que era necesario tomar una decisión importante para afrontar algún cambio radical, pero el problema era que en toda su vida, apenas había tomado unas pocas decisiones importantes, con la salvedad, quizás, de la de dejar un trabajo seguro, aunque poco gratificante, para dedicarse a una profesión de dudoso futuro, en la que no ocurriría nada destacable y digno de ser recordado, hasta dieciocho años después, cuando ya contaba con cincuenta y ocho años, hacía de ello una década. Sería por aquel entonces, durante los primeros años del nuevo siglo, cuando se produjo un cambio importante para él, pero en ese caso se trataba de un cambio no buscado, no fue una decisión que tomó conscientemente, solo ocurrió, y fue cuando en cierto modo, consiguió mejorar de forma espectacular sus dotes como espiritista gracias a los tres extraños casos en los que estuvo relacionado[17], a costa, eso sí, de un grave deterioro físico que todavía arrastraba diez años después. Pero ahora se encontraba perdido, confundido, abatido, sin fuerzas, incapaz de marcar el nuevo rumbo que necesitaba para seguir vivo, para que su vida continuara teniendo un sentido que parecía haber perdido para siempre.

Se sentía inservible, a pesar de que tenía que admitir, que su psique tenía en la actualidad un gran potencial, puede que estuviese incluso en su mejor momento en ese aspecto, pero en el plano físico se sentía acabado, enfermo, y en especial, muy débil, por lo que apenas podía sacarle partido a su única virtud.

A pesar del poco trabajo que tenía, echaba en falta a su ayudante Jaime, que durante tanto tiempo lo había acompañado apoyándolo en sus tareas, pero lo cierto era que con el nivel de clientela actual, no podía permitirse pagar ningún sueldo por escaso que este fuera y

tenía que apañárselas solo. El día que tuvo que despedirlo fue triste para ambos y era lo único por lo que lamentaba su decisión de no captar más clientela. Si no hubiera estado durante años rechazando clientes, en la actualidad todavía tendría un nivel suficiente como para poder pagar a Jaime, pero dudaba que su cuerpo lo hubiese soportado.

Después de despedirse de sus clientas, la sonrisa forzada que mantenía implantada en el rostro, acabó por desaparecer, como si nunca hubiese estado allí reflejada, y su cara volvió a ser inexpresiva, penumbrosa, entrando de nuevo cabizbajo en la casa en la que seguía viviendo a las afueras de Valencia, y que, como de costumbre, y como su propio rostro, mantenía casi que en completa penumbra. Atravesó la vieja sala de espiritismo donde conservaba la bola de cristal llena de polvo que ya no utilizaba, la sala había quedado tal cual la dejó en la última sesión tradicional, hacía más de dos años. Ahora las sesiones eran mas directas, con menos participantes, y se apoyaba en mucha menos parafernalia que tiempo atrás, ni luces, ni sonidos, ni inciensos, ni bolas de cristal, y como no tenía previsto captar clientela nueva, no necesitaba impresionar a nadie con vanas teatralidades. Sus clientas de espiritismo —todas las que le quedaban eran mujeres mayores, no tenía ningún cliente masculino— ya lo conocían desde hacía muchos años y eran consideradas por él más que como amigas, casi como de la familia, ni siquiera tenían que solicitar cita previa, ni llamar por teléfono, iban cuando les parecía oportuno, estaban un rato, o toda una tarde con Consuelo, y se iban. Unas veces solo hablaban, le contaban algunos de los últimos cotilleos que habían llegado a sus oídos, otras le pedían contactar, en esos casos Consuelo hacía todo lo que estaba de su parte para satisfacerlas, y cuando no era posible, se limitaba a consolarlas y animarlas para que volvieran en otra ocasión que fuera más propicia. A menudo pensaba que él era como una amiga más para ellas, alguien que las escuchaba, las comprendía y se preocupaba por ellas, quedando en segundo plano su dedicación al espiritismo. Había quien llevaba galletas, otra siempre le ofrecía un *Tupperware* con alguna ración de pollo, cocido, gazpacho manchego, o cualquier cosa que hubiera cocinado, era como si su consulta se hubiera transformado en un club de amigas, un lugar donde juntarse a tomar el té con pastas y contarse las últimas chafarderías. Hasta las tarifas había eliminado, ahora cada una le pagaba lo que podía y creía conveniente según sus posibilidades económicas. No lo hacía por dinero, no lo necesitaba para vivir, le había quedado una mínima pensión como jubilado, y con eso se apañaba sobradamente. Con las

pequeñas donaciones de la clientela se hacía algún homenaje de vez en cuando y se pagaba sus pocos caprichos, de ese modo iba pasando los días de forma rutinaria sin preocuparse de lo que ocurriría al día siguiente, no tenía coche, la hipoteca la tenía pagada desde hacía años, no fumaba ni bebía, no tenía obligaciones familiares, no tenía previsto casarse ni salir con nadie, y era bastante austero en todo lo demás.

Alguna vez también lo habían llamado pidiéndole asesoramiento[18], o había sido entrevistado para la televisión, y tampoco solía cobrar por ello. En cuanto a las entrevistas ya había decidido no aceptar ninguna más porque siempre buscaban lo mismo, la polémica, el fraude o la picaresca, y al final siempre salía con su imagen más deteriorada que al principio, a cambio de nada.

Lo único que sí que cobraba con tarifa única, eran las sesiones de hipnosis y las regresiones, pero las hacía solo con gente conocida o recomendada a su vez por otros conocidos, no se anunciaba en ningún sitio, ni pretendía hacer negocio con ello. Solo esperaba que no se enteraran los de Hacienda o los de la Seguridad Social, porque seguro que acabaría teniendo un serio problema con ellos, entre otras cosas, porque pensarían que se sacaba una fortuna, cuando apenas eran unos pocos cientos de euros al mes lo que entraba en sus bolsillos por este tipo de servicios eventuales.

Entró en el cuarto de baño arrastrando los pies por el agotamiento crónico, produciendo un ruido molesto con las zapatillas. Se miró en el espejo; no vio nada nuevo reflejado en él, las ojeras de color azul oscuro que no lo abandonaban desde hacía años, y las bolsas de debajo de los ojos, cada vez más llenas de líquido y con peor aspecto, que ya empezaban a parecer dobles a causa de los nuevos pliegues que estaban apareciendo. Sus ojos, fijos en sus cuencas, parecían no moverse y daban a su mirada el aspecto de un búho. Más kilos, más años, más arrugas, más manchas en la piel, más pelos en nariz y orejas... Lo que tenía ante sí, mirándolo desde el otro lado del espejo, era la auténtica imagen de la decadencia. Practicó una de las sonrisas falsas que utilizaba cuando venían sus clientas y le pareció patética.

En otro tiempo, cuando era más joven y se encontraba mucho mejor que ahora, había pensado que moriría de viejo, sobrepasando sin problemas los noventa años, pero conforme pasaban los años, cada vez albergaba más dudas, incluso de llegar a los setenta que los tenía a la vuelta de la esquina. Quizás debería de visitar a algún médico, o quién sabe si a un exorcista, porque no tenía muy claro que lo suyo lo pudiera solucionar la medicina tradicional, ni siquiera la alternativa, cada vez estaba más convencido de que no era

cuestión de salud, sino que alguno de los espíritus con los que, de un modo u otro contactaba, lo había acabado poseyendo robándole toda la energía, en cuyo caso, la opción más lógica y prudente, parecía ser consultar a un exorcista y no a un doctor. Puede que, por raro que pareciese, fuera lo más adecuado, de manera que tomó nota mental —que seguramente acabaría olvidando como le ocurría casi siempre— de llamar a un viejo conocido suyo: Pedro[19], el único exorcista con el que había tenido trato en un par de ocasiones. Desde luego no eran compañeros de profesión, pero ambos tenían en común el hecho de tener ocupaciones extrañas, aunque lo suyo, comparado con lo de Pedro, era considerado de lo más corriente, e incluso vulgar en estos días, en cambio lo de Pedro era distinto, muchísima gente ni siquiera sabía que en la actualidad se siguieran haciendo exorcismos en el seno de la Iglesia Católica, pensaban que era cosa de la Edad Media y de la desaparecida Inquisición, en cambio, lo del espiritismo estaba a la orden del día y tenía una imagen bastante desprestigiada, sobre todo por los numerosos programas televisivos de dudosa profesionalidad que tanto odiaba Consuelo, y de los muchos buscavidas que habían entrado en la profesión, buscavidas que también odiaba porque eran unos farsantes, y quizás se odiase a sí mismo porque en parte también lo había sido al principio. Todo mejoró con el tiempo, pero no podía olvidar que tampoco él había sido trigo limpio siempre.

Pensar en exorcismos le hizo recordar que un par de años antes, Pedro tuvo un asunto muy complicado que casi le costó la vida[20], y lo cierto era que desde entonces, se sentía incluso más identificado con él, como si en cierto modo, ambos fuesen almas gemelas; los dos, a causa de sus respectivas actividades, habían estado al borde de la muerte y habían sobrevivido de puro milagro.

Sería cuestión de decidirse y llamarlo cuanto antes para que le asesorara sobre si sus sospechas tenían algún sentido, tendría que averiguar si había sido poseído por algún ente, o no, y en caso afirmativo, el propio Pedro sería la persona más adecuada para solucionarle el problema. También sentía curiosidad por las experiencias de Pedro con el Diablo y le gustaría hablar con él sobre ello, de alguna manera pensaba que los exorcismos podían también estar relacionados con el espiritismo tal y como él lo practicaba. Sintió un escalofrío en la espalda, y seguro que, de haberlos tenido, se le hubieran erizado los pelos de la nuca. Acostumbrado como estaba a tratar temas paranormales y todo tipo de asuntos de espiritismo, curiosamente, cuando pensaba en el Diablo o alguien lo nombraba, algo, no sabía qué, se le revolvía dentro, como si sintiera

una especie de miedo atávico que hiciera que se le encogiese el estómago y se le secase la boca.

Tendría que haberlo hecho tiempo atrás en vez de ir dejándolo como solía hacer con todo. Antes no era así, se tomaba las cosas más en serio, incluso estuvo seis décadas obsesionado con la puntualidad, y en cambio ahora ni siquiera llevaba reloj, el último lo dejó abandonado en el interior de un cajón en el año 2003, después de sufrir su experiencia más sangrienta[21], y sin duda allí seguiría en la oscuridad, detenido en el tiempo hasta que alguien se dignase a resucitarlo dándole cuerda de nuevo.

Ahora le tenía sin cuidado la hora que era y nunca quedaba con nadie en un horario concreto, había cambiado por completo su manera de ver la vida, al menos en ese aspecto, y esa parte del cambio le parecía positiva porque lo liberaba de tensiones innecesarias y hacía que pudiera vivir más tranquilo, pero la contrapartida negativa era el abandono general de todas sus buenas costumbres, eso no era tan positivo, y en el caso de la salud, podría acarrearle serios problemas el simple hecho de no tomar una decisión importante a tiempo.

Seguía frente al espejo del cuarto de baño, mirándose, ahora ya sin verse, con la mirada pensativa y extraviada en un horizonte imaginario, situado mucho más allá del espejo, cuando el timbre del teléfono rompió el silencio y lo sacó de su ensimismamiento. Con Jaime eso no hubiera ocurrido porque se encargaba de tener el teléfono desconectado hasta mucho más tarde, el horario de las sesiones siempre había sido sagrado en esa casa y todo lo que era susceptible de hacer ruidos era eliminado o desconectado, pero ahora los horarios ya no importaban, y Jaime hacía tiempo que no estaba con él para recordarle lo que debía hacerse, por eso el teléfono, aunque pocas veces, podía sonar a cualquier hora, interrumpiendo las sesiones. Por suerte muy poca gente conocía el número y no aparecía en la guía.

Salió del cuarto de baño para cogerlo, seguía sonando machaconamente con cierto estruendo, hasta que alcanzó a descolgarlo. Era un modelo vintage que reproducía con detalle un viejo teléfono de pared, fabricado con madera pulida a conciencia, de los que tenían el micrófono incorporado y solo se descolgaba la parte del auricular. Las dos campanas superiores eran golpeadas por un pequeño martillo que se movía entre ambas, eso hacía que el timbre resultase algo estridente y molesto, pero Consuelo se había enamorado del modelo en una feria de antigüedades, y no dudó en instalarlo en casa a pesar de sus inconvenientes.

—Dígame —su voz sonaba cansada y jadeaba por las prisas en coger el teléfono.

La línea mantenía un ruido zumbón de estática al fondo, ocasionado sin duda por el inadecuado aparato, más apto para decoración que para recibir llamadas.

—¿Consuelo?

—Sí soy yo. ¿Quién llama?

—Soy Pablo, comisario de policía.

—¿Le conozco?, ¿hay algún problema? —a nadie suele gustarle que lo llame la policía a casa y Consuelo no era una excepción por mucho que no tuviera nada que esconder. Se le notaba el desagrado en el tono de voz. Que lo sacaran de su ensoñación llamándolo por teléfono le molestaba, pero que quien lo hiciera fuera un policía, consiguió molestarlo más todavía.

—No, nada de eso, bueno lo cierto es que sí, pero no se preocupe, no tiene nada que ver con usted.

—¿Por qué me llama entonces, si no tiene nada que ver conmigo? Estoy bastante ocupado —mintió.

—Le llamo porque soy amigo del inspector Esteban, sé que es conocido suyo por un caso...

—Sí, sí, lo recuerdo, coincidimos en una serie de experiencias un tanto extrañas hace ya unos cuantos años, puede que ocho o nueve. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, me ha contado algunos detalles, fue un caso muy interesante. Verá, Esteban me dijo que algún tiempo después de aquello, usted se había especializado en técnicas de hipnosis.

—Bueno, tanto como especializado..., digamos que hago mis pinitos de vez en cuando.

—Oh, vamos, seguro que hace algo más que eso, no sea modesto.

Consuelo se sorprendía de lo fácil que era llegar a considerar experto a alguien que, simplemente, hacía algo distinto a lo acostumbrado. Gracias a esa actitud generalizada, el mundo estaba plagado de asesores y expertos que, en definitiva, no eran más que gente con, a veces, escasos conocimientos sobre una materia en concreto. Él no se consideraba experto en nada, y de hecho, durante muchos años estuvo dedicándose al espiritismo sin sentirse apenas capacitado para hacerlo. Luego, con el paso del tiempo se dio cuenta de que tenía ciertas habilidades para la hipnosis y decidió hacer algunos cursos con otros “expertos” en regresiones, hipnosis, y terapias alternativas de lo más variopintas. Por supuesto, no tenía ninguna titulación ni nada que avalase sus conocimientos en la materia, pero eso no solía importarle a nadie, en esas cuestiones lo

que más funcionaba era el boca a boca e internet. Claro que en su caso concreto solo el boca a boca, porque se consideraba un negado absoluto para las nuevas tecnologías y ni siquiera tenía ordenador en casa —a pesar de haberlo tenido unos años antes—, y mucho menos había pensado nunca en que le hicieran una web.

Ahora, un comisario que no conocía de nada, lo llamaba porque otro policía que apenas conocía tampoco, y del que no había oído hablar en años, le había dicho que él era un experto en hipnosis. ¿Para qué iba a contradecirle? No serviría de nada, era cuestión de dejarle hablar y ver si le interesaba o no lo que acababa proponiéndole, sin ningún tipo de compromiso por su parte, eso lo tenía muy claro, ya nunca se comprometía, y solo aceptaba encargos que le atrajeran de alguna manera, y no siempre por motivos económicos. Se mantenía emocionalmente distanciado de los demás y no dejaba que los problemas ajenos le afectasen, o al menos lo intentaba. En teoría, con esa forma de tomarse las cosas, tendría que ser el hombre más feliz del mundo, en cambio no lo era, estaba muy lejos de serlo y tenía sus dudas en cuanto a si algún día llegaría a conseguirlo.

—Pongamos que es así como dice, si de ese modo usted se queda más tranquilo. ¿Qué necesita de mí?

—Estamos atrapados en medio de una investigación que se nos ha quedado un tanto... estancada. Los testigos apenas recuerdan nada de lo que vieron y la cosa no avanza por muchas vueltas que le damos. El caso es que tenemos un posible candidato a ser hipnotizado para ver si... pero bueno, no es cuestión de hablarlo por teléfono, son cosas delicadas, además, no sé qué ocurre con la línea pero le oigo fatal, me gustaría que nos viéramos personalmente, ¿tiene algún inconveniente en que me acerque a su casa?

—No, no tengo ningún inconveniente, y no es la línea, es mi teléfono.

—¿Cómo dice?

—Que la línea está bien, es culpa del aparato. Puede que un día de estos me decida a cambiarlo.

—Ah, bien, ¿entonces?, ¿puedo ir a su casa a hablar con usted?

—¿Sabe donde vivo?

—Sí, me lo ha dicho Esteban —el comisario recordó entonces que Esteban hacía años que no hablaba con Consuelo—, a no ser, claro, que se haya cambiado de domicilio.

—No, no me he cambiado, sigo aquí... como siempre.

—En ese caso, ¿cuándo le vendría bien que me pasara a verle?

—Cuando usted quiera, no tengo previsto ir a ninguna parte.

—Pues cuanto antes, cojo el coche y me acerco ahora mismo.

—Le espero.

Consuelo colgó el auricular y se quedó pensativo. Esteban..., en realidad apenas se conocían, ni siquiera participó como asesor ni nada parecido en el caso, pero ambos se vieron metidos en el extraño asunto de aquel escritor famoso, ¿cómo se llamaba?... Oliver, un caso muy poco común[22]que nunca olvidaría por muchos años que pasasen. Por aquel entonces todavía no practicaba la hipnosis, su única fuente de ingresos eran las sesiones de espiritismo, la mayoría de ellas colectivas. Resultaba curioso que después de tantos años acabara recomendándolo ahora como experto en hipnosis para un interrogatorio policial. Sonaba interesante, pero seguro que económicamente no iba a ser sustancioso, lo más normal era que le propusieran hacerlo sin cobrar, como una colaboración ciudadana, el comisario intentaría tocarle la fibra sensible, hacerle ver que lo consideraba un ciudadano responsable, que su ayuda sería indispensable y que podría ayudar a descubrir a un peligroso asesino, y bla, bla, bla... No importaba, de todos modos lo haría, no conocía aún los detalles pero ya estaba decidido. Al menos era algo distinto a su rutina diaria que lo sacaría de casa y del tedio en el que había caído, que lo estaba matando.

2

Le quedaba una sensación extraña en el cuerpo después de la experiencia que le había hecho pensar que iba a morir, se sentía como si tuviera una especie de resaca, con la diferencia de que no le dolía la cabeza. Se tocó la frente, tenía fiebre, y parecía bastante elevada, incluso sufría algunos temblores y empezaba a tener sudores fríos. Puede que resultara absurdo, pero lo cierto era que estaba decepcionado de no haber muerto, por un momento había llegado a pensar que estaba trascendiendo hacia otro plano superior, no era como morir, o al menos no como había pensado él en la muerte hasta ese momento. Siempre pensó que cuando uno se moría todo terminaba, y el cuerpo acababa comido por los gusanos o incinerado en un sucio horno a tres mil grados centígrados, sin que hubiese nada más después. Ahora lo dudaba, ¿existía algo, y ese algo era lo que casi había llegado a rozar con la punta de los dedos? De ser así, por qué había vuelto a su absurda situación terrenal de insomne absoluto, ¿acaso porque todavía tenía que hacer alguna cosa importante en este mundo?

Otra cuestión lo desconcertaba todavía más, los recuerdos, parecían muy reales, sí, pero no todos coincidían con lo que él recordaba con anterioridad a la experiencia mística que acababa de tener. ¿Era mística la definición correcta, o sería tan solo otra de sus alucinaciones? A veces las respuestas se encontraban en las teorías más simples, y lamentablemente era más fácil creer que el insomnio continuado le estuviese provocando algún tipo de alucinación, antes que otras explicaciones más espirituales, y además tenía fiebre alta, otra posible causa de alucinaciones, pero aun así, ¿qué pasaba con esos recuerdos? ¿Qué había de cierto en ellos y qué parte era pura maquinación mental? ¿Había cogido el cuchillo del macuto de John como parecía ser, o lo había cogido de la cocina como había creído hasta ese momento? ¿De quién era el cuchillo? ¿Qué había hecho con él que no recordaba? ¿Qué podía significar todo eso? ¿Y lo de María? ¿Habían llegado a las manos y la había empujado hasta dejarla inconsciente en la bañera? ¿Era por eso que cada vez que la recordaba la veía vestida bajo el agua con un solo zapato? ¿Qué parte del suicidio de María era real? ¿Se suicidó después de recibir el golpe porque ya no soportaba convivir con él?

Sabía que había algo en sus visiones de María que no cuadraba. Nadie se suicida en la bañera vestido y con un solo zapato puesto. No era así como estaba cuando llegó la policía, y en cambio él la recordaba de ese modo cada vez que tenía una de sus malditas experiencias alucinógenas.

Había salido del trance con una cierta excitación sexual, y se preguntaba qué era lo que la había provocado, ninguno de los recuerdos, falsos o no, contenía carga erótica alguna, y lo único que había conseguido excitarlo hasta el momento, después de mucho tiempo, había sido ver a su nueva inquilina desnuda paseándose sin pudor delante de él. Pensar en ello aumentaba sus ganas de sexo, unas ganas que llevaban dormidas mucho tiempo. Se llevó la mano a la entrepierna asombrándose de la fuerza de la erección contenida en los pantalones.

Se levantó, acercándose a continuación al cuarto que ocupaba Adela. La puerta estaba entreabierta, y podía ver a la joven leyendo, acostada sobre la cama. Solo llevaba puestas unas pequeñas bragas rojas de encaje. Desde donde estaba, podía observarla muy bien, y gracias a la posición del libro, ella no podía verlo a él.

Hilario se introdujo la mano en los pantalones, le venían algo grandes por los kilos que había perdido en los últimos meses, y le resultó fácil hacerlo. Empezó a tocarse imaginando que podía acariciarle los pechos a Adela, y su excitación fue en aumento.

—¿Por qué no pasas Hilario?

La mano salió disparada del interior de sus pantalones como si tuviera voluntad propia, y la erección quedó en nada apenas unos segundos después, mientras el corazón le latía más rápido. ¿Cómo podía haberlo visto? Se sentía avergonzado y no supo qué replicar. Adela apartó el libro de delante de su cara dejándolo sobre la cama, de ese modo Hilario todavía podía ver mucho mejor sus grandes pechos, jóvenes, tersos, suaves y lechosos, de delicados y minúsculos pezones. A pesar de la vergüenza que sentía, le era imposible apartar la mirada de ellos.

—Vamos entra, a ver si soy capaz de relajarte y puedes dormir de una vez —mientras le decía eso apartó el libro de un manotazo, para a continuación quitarse las bragas. No era la primera vez que la veía así, pero sí la primera en la que, se le estaba ofreciendo sexualmente de manera explícita.

—¿Vas a entrar o salgo yo a buscarte?

Hilario seguía sin saber qué decir, pero acabó de abrir la puerta y entró en la habitación.

—¡Quítate la ropa! —el tono de voz de ella había cambiado, ahora era algo más brusco, menos sensual pero igual o más excitante que antes, o eso le pareció.

Hilario se desnudó sin dejar de mirarla, la erección había vuelto a recuperar su mayor expresión, una vez olvidado el susto.

—Hay que ver qué flaco estás, desde luego lo de no dormir te sienta fatal, y eso de la frente ¿te pica mucho?

Subió a la cama sin contestar y se dispuso a ponerse a cuatro patas sobre Adela, pero esta se lo impidió, obligándolo a ponerse boca arriba, para a continuación, y sin más preámbulos, hacerle una felación.

Hilario no había tenido relaciones sexuales en su casa desde que su mujer había muerto, motivo por el cual, ahora no podía quitársela de la cabeza. Tenía una especie de sentimiento de culpa por estar practicando sexo en la misma cama en que lo hacía con ella, y además, con una mujer que bien podría ser su hija. Y no solo eso, María siempre se había negado a practicar sexo oral, y Adela se lo estaba haciendo sin tan siquiera pedírselo. No podía dejar de compararlas, y eso le hacía sentirse más culpable.

Cuando ya pensaba que no podría resistir más sin correrse, Adela cambiaba de ritmo impidiendo la eyaculación y prolongando el placer, hasta que se puso encima introduciendo su pene dentro de ella con un movimiento rápido y certero que exigía experiencia. Por primera vez tuvo ocasión de acariciarle ambos pechos con las manos,

mientras ella se contorneaba sin cesar.

Sin dejar de moverse, Adela se acariciaba el clítoris, a la vez que incrementaba la velocidad de sus movimientos circulares de cadera, hasta que pareció olvidarse por completo de Hilario y se puso a gemir y a convulsionarse con los ojos cerrados, llegando al orgasmo ruidosamente. Se dejó caer, de manera que los pechos se aplastaron sobre el torso de Hilario, permaneciendo quieta a continuación. Parecía satisfecha y exhausta, sin importarle que su pareja de cama siguiera con una fuerte erección dentro de ella.

3

Gregorio recibió con satisfacción el informe de balística que aseguraba sin lugar a dudas que la bala que había matado a Amparo, si bien era del mismo calibre que la usada por la pistola del comisario, procedía de otra arma de similares características. Además, la pistola del comisario no había sido disparada en las últimas semanas, y habiendo realizado el disparo a bocajarro, apoyando el cañón sobre la frente, los restos de pólvora tendrían que ser considerables.

Pero a pesar de esa satisfacción, no había sorpresa de ningún tipo en lo que veía, él esperaba que no se tratara de esa arma. El comisario se había desprendido de ella sin ninguna preocupación aparente, lo cual podía significar dos cosas, o que era inocente y no tenía nada que ocultar, o que sabía que el disparo se había efectuado con otra pistola. Al disparar a quemarropa, parte de la pólvora habría quedado en la mano del asesino, pero Gregorio no se atrevió a proponerle al comisario que se sometiera a una prueba de ese tipo. Ahora parecía demasiado tarde.

No pudo decirle nada al comisario porque había salido de nuevo a hacer unas gestiones fuera de comisaría sin decir a dónde iba, ni qué se proponía, de manera que se fue con la noticia a casa y comentó sus inquietudes con su mujer.

—Cariño, debes relajarte. Has hecho lo que debías, y la prueba ha resultado negativa. Era lo que querías, ¿no?

—Sí, ese es el problema, que eso era lo que quería y estaba convencido de que la cosa saldría así. El comisario me entregó la pistola con demasiada facilidad. Sabía que no había sido disparada.

—No le des vueltas, si es inocente es normal que supiera que no había sido disparada, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón, pero incluso los inocentes se ponen nerviosos

ante una prueba de ese tipo. Podría haber pensado que el asesino podía haber usado su propia arma y luego devolvérsela, o que íbamos a tenderle una trampa y falsear las pruebas, o que el laboratorio pudiera equivocarse...

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, el comisario simplemente sabía que no lo había hecho y te dio el arma sin más cuidado.

—Es posible, pero imagínate por un momento que ha sido él y ha utilizado otra pistola, por eso no la mató el día de la discusión, por no disparar su arma. En ese caso sí que tiene la completa seguridad de que me entrega una pistola limpia, no tiene dudas de ninguna clase porque se ha deshecho de la otra, la única que puede coincidir con las pruebas de balística.

—Pero de haber sido él, sabía que se arriesgaba a que le hicierais la prueba esa que me has dicho de la pólvora en la mano.

—Es policía y conoce los procedimientos, tampoco le hubiera costado nada usar guantes.

—Pero ¿qué esperabas de la prueba entonces? No te entiendo.

—No lo sé, eso es lo que me jode, que no lo sé. Estoy confundido.

—Informa al comisario de la prueba, devuélvele la pistola, y olvídate de todo. Empieza la investigación desde cero, como si no existieran pruebas circunstanciales que apunten al comisario.

—Pero... ¿y si ha sido él?

—En ese caso espera tu oportunidad para demostrarlo, pero no te obsesiones. Si te obsesionas lo único que conseguirás es bloquearte.

—Le estoy dando vueltas a otra cosa.

—¿Qué ha pasado?

—El comisario ha intentado que pensemos que los tres crímenes los ha cometido la misma persona.

—Bueno, es una teoría. Podría ser, ¿no?

—No tiene ningún sentido, pero sí, remotamente podrían haber sido cometidos los tres por la misma persona, pero ¿por qué he tenido la inquietante sensación de que ha intentado convencerme de que todos eran cosa de un mismo asesino en serie para que, cuando lo pillemos, le carguemos al otro el muerto equivocado?

—¿Se podría hacer eso sin pruebas?

—Si demostrásemos uno de los asesinatos, bastaría alguna prueba circunstancial que lo relacionase con los otros para colgarle el mochuelo sin demasiados problemas.

—¿Como qué?

—Que pareciera la pistola, por ejemplo.

—Suena preocupante.

—Pues cuenta con que habrá ocurrido más de una vez, y en delitos de sangre quizás no sea tan fácil, pero te garantizo que cuando se trata de robos, cuando se pilla a algún ladrón es mucho más fácil de lo que piensas, endosarle otros robos de la misma zona y cerrar así una docena de molestos expedientes de un plumazo. Siento decirlo yo que soy policía, pero la verdad es que la seguridad jurídica no está de parte del ciudadano.

—Me entran escalofríos de pensarlo.

—Sí, ¿y a quién no?

—Si has pensado que el comisario puede haber matado a su mujer... ¿No se te ha pasado por la cabeza que también podría haber cometido los otros dos asesinatos?

Gregorio la miró sin saber qué responder. A veces su mujer sabía muy bien cómo meter el dedo en la llaga.

4

Al comisario le costó más de lo previsto encontrar la casa de Consuelo y después de dar un par de vueltas por los alrededores, tuvo que preguntar en varias ocasiones hasta que uno de los vecinos le indicó dónde era.

Aparcó en una esquina, sobre la acera, esperando no ser sancionado y no tener que recurrir a sus amistades dentro del cuerpo de policía local para que le quitasen la multa. No le gustaba deber favores a nadie, pero mucho menos le gustaba pagar multas.

Tuvo que llamar repetidas veces a la puerta hasta que Consuelo le abrió.

—¿Comisario?

—Sí, puede llamarme Pablo —a pesar de que el comisario estaba advertido del aspecto de Consuelo, no pudo evitar una cierta sorpresa, era un individuo realmente extraño y la túnica que llevaba lo hacía todavía más extravagante.

—Encantado Pablo, soy Consuelo —le tendió la mano. La tenía flácida, blanda y algo sudorosa, lo cual dio una mala impresión al comisario, que solía dar un firme apretón de manos. No le gustaban las personas que mostraban debilidad en el saludo.

—Lo mismo digo, disculpe la tardanza, pero es que me he perdido.

—¿Por qué no nos tuteamos?

—Buena idea. ¿Podemos pasar?

—Claro, claro, adelante.

—¿No está esto muy oscuro?

—Disculpa, pero es que hace tiempo que tengo problemas con la vista y me siento más cómodo con poca luz.

El comisario no pudo evitar pensar en la manía de Hilario de tener las persianas agachadas durante todo el día. Resultaba curioso que los dos prefiriesen estar en la oscuridad. No dejaba de sorprenderse de la cantidad de gente rara que acababa conociendo al cabo del año en su trabajo.

—No importa, tranquilo.

Consuelo lo acompañó hasta un pequeño cuarto, algo más oscuro, incluso, que el resto de la casa, y se sentaron en dos cómodos, aunque algo destartalados sillones.

—Bien, pues tú dirás.

—¿Has colaborado alguna vez en investigaciones policiales?

—Pues lo cierto es que no. Bueno, me han llamado a veces como testigo y cosas así, ya sabes, pero no he formado parte de la investigación nunca.

—¿Ni siquiera en aquella ocasión con Esteban?

—No, para nada. Nos conocimos entonces y coincidimos en un feo asunto, pero la verdad es que no puede decirse que realmente colaborase de algún modo o asesorase a la policía para nada, salvo por algunos comentarios que pudiera hacerle al inspector en un momento dado. Puede que lo ayudara de algún modo, pero fue algo informal.

—¿Y por qué crees que me ha recomendado que hable contigo?

—Bueno, sabe a qué me dedico, y supongo que considera que soy una persona de confianza, y si además, alguno de mis comentarios le sirvió de ayuda, pues puede pensar que también te puedo ayudar a ti. ¿No te parece?

—¿Lo eres?

—...

—De confianza, quiero decir...

—¿Y qué quieres que te conteste a eso?

—Perdona, tienes razón, es un poco absurda la pregunta.

—Antes de seguir con el asunto, te recuerdo que eres tú el que me ha buscado, yo no te he ofrecido nada ni tengo ningún interés especial, si quieres proponerme algo, adelante, si prefieres no hacerlo, seguiremos siendo tan amigos.

—Lo sé, lo sé, disculpa, creo que hoy no es mi mejor día. He venido a pedirte un favor y sobran los comentarios impertinentes.

—Dime qué necesitas.

—Es sobre lo que te he comentado por teléfono, quisiera que le hicieras una sesión de hipnosis a uno de los testigos del primer

asesinato.

—¿Ha habido más de uno?

—Tres en total, todavía no está claro que estén relacionados entre sí, pero tengo la intuición de que es así.

—¿Qué tipo de preguntas tendré que hacerle al testigo?

—Se trata de ver si puede identificar a un par de tipos y saber si entraron o no en la cervecería donde estaba él con sus amigos el día del crimen.

—¿Solo eso?

—En principio sí, pero puede que te pida que preguntes algo más.

—Bien, pero tengo que saberlo antes de empezar. No quiero que nadie hable mientras estoy haciendo la sesión, ni me interrumpa de ninguna manera.

—No será problema, te prepararé un pequeño guion con todo lo que le tengas que preguntar.

—Otra cosa...

—¿Sí?

—El testigo tendrá que autorizarme. No puedo hipnotizar a nadie sin su consentimiento.

—Aún no hemos hablado con él, pero cuenta con que colaborará sin demasiados problemas.

—También quiero una solicitud vuestra por escrito.

—¿Por escrito?

—Sí, algo que justifique mi intervención en calidad de asesor, indicando que sois vosotros los responsables de las preguntas.

—Bien, supongo que algo podremos preparar, de todos modos pensaba que fuese algo...

—¿Entre tú y yo?

—Algo así.

—No tienes autorización de tus superiores.

—No la necesito, tampoco quiero darle demasiada importancia al asunto, no es un procedimiento habitual y prefiero que no trascienda demasiado.

—Bien, pero quiero un escrito de la policía. Me da igual quién lo firme.

—Yo te lo prepararé si es eso lo que quieres.

—A primera vista no le veo demasiados problemas. ¿Dónde está previsto que se haga?

—En comisaría.

—Yo no tengo coche.

—Te llevaría personalmente.

—¿En un coche de policía?

El comisario sonrió.

—Te llevaré en mi coche particular, no te preocupes, y aprovecharemos para almorzar juntos, no me autorizan presupuesto para nada más.

Ahora fue Consuelo quien sonrió, aún no había salido el tema económico a relucir, pero ya imaginaba que la policía no iba a pagarle nada por el servicio.

—¿Tan pobres estáis?

—No lo sabes bien, cuando veas las instalaciones ya juzgarás por ti mismo. Lo único que tenemos en condiciones es la máquina de café y porque nos la ha dejado gratis el proveedor a cambio del consumo.

—En ese caso me invitarás a algún café en comisaría —sonrió Consuelo.

—Cuenta con ello, me gustaría, en casos como estos, poder ir con la chequera por delante y ofrecer un buen dinero por el trabajo, pero no puedo hacerlo. Solo puedo pedírtelo como un favor hacia mí, y por supuesto hacia las víctimas. Si conseguimos detenerlo pronto, evitaremos más muertes.

—¿Y si te dijera que no me interesa?

Consuelo quiso ponerlo a prueba, a pesar de que estaba dispuesto a hacerlo sin cobrar nada.

—Respetaría tu decisión, pero intentaría convencerte, ya sabes, es por un bien público, y no quiero decirte que estás obligado a colaborar porque no lo estás, pero algo me dice que aceptarás. ¿Me equivoco?

—Está bien, ¿cuándo sería?

—Pronto, tengo que hablar primero con el testigo en cuestión. Decirle lo que tengo previsto hacer, conseguir su autorización, y luego quedar un día en comisaría. ¿Cuándo te viene mejor a ti?

—Prefiero por la mañana, y más si me has de invitar a almorzar.

—Perfecto, te llamaré.

—Una cosa más.

—En el escrito vuestro quiero que ponga claramente que el testigo ha consentido ser hipnotizado.

—No te preocupes, será todo como quieres.

5

Al comisario le esperaban varias novedades al llegar a comisaría. La primera eran los resultados de balística, que no le aportaban nada nuevo, pero siempre era positivo ver por escrito algo así, a pesar de

que siguiese siendo sospechoso. Gregorio le devolvió la pistola, de manera que de nuevo era un policía completo, con la placa y la pistola todo parecía volver a la normalidad.

La otra novedad era una nota sobre su mesa. Esteban había llamado y quería hablar con él. Sin duda se trataba de John, de manera que no lo dudó ni un instante y lo llamó por teléfono, incluso antes de contarle a Gregorio lo de Consuelo.

—Espero que tengas buenas noticias —le dijo a Esteban sin tan siquiera saludarlo.

—Algo hemos averiguado, sí.

—Dime, me tienes en ascuas.

—John Freeman es el hombre. Por qué llevaba una tarjeta de crédito caducada y ninguna otra documentación es algo que no entiendo, pero es él. Hemos conseguido una identificación de su hermana que vive en Londres.

—Intuyo que tienes algo más que decirme, además de confirmarme el nombre que ya sabíamos.

—Sí, hay varias cosas. La primera es que a este hombre lo estaban buscando en Londres desde hace varios años.

—¿Asesinato?

—No, un par de atracos a mano armada, pero nada de sangre. Por lo visto se mantenía en contacto con la hermana bastante a menudo.

—¿Y eso no lo sabía la policía londinense? ¿No le habían pinchado el teléfono?

—Parece que ni siquiera le habían preguntado nada a ella, es uno de esos casos un tanto olvidados.

—¿Y ella sabía que la policía buscaba a su hermano?

—Sí, sabía que lo buscaban, pero se derrumbó al enseñarle la foto de su hermano asesinado y no tuvo inconveniente en darnos su domicilio actual en España. Supongo que pensó que ya no importaría que nos lo dijese.

—¿Y…?

—No te lo vas a creer.

—Vamos, canta.

—La dirección coincide con la de tu víctima.

—¿Edurne?

—Sí, la misma, en la calle Pelayo, mismo número. Curiosa coincidencia, ¿no?

—¿Le habéis preguntado a la hermana si John mantenía alguna relación con Edurne?

—Ella solo tenía la dirección, dice que su hermano la informaba de esas cosas por si alguna vez necesitaba localizarlo, pero no sabe si

estaba solo o con alguien. Le enseñamos la foto de Edurne y no la conocía, tampoco le sonaba de nada el nombre.

—Así que vivía con Edurne, esta muere asesinada con arma blanca y luego aparece él, muerto de igual manera. Está claro que ambos asesinatos están relacionados. No hay duda. Tienes que pasárnoslo.

—Mira, me da lo mismo, háblalo con mis superiores si quieres, y si te lo dan, para ti, que te aproveche.

—¿Por qué no pides mientras una orden de registro para el piso de Edurne? Puede que allí encontremos algo. Yo no puedo pedirla mientras sea un caso tuyo. Solo te pido que cuando vayáis al registro me llames y me dejes ir con vosotros.

—Está bien, pero si estás decidido a llevarlo tú, cuanto antes me lo quites de encima mejor. No quiero hacerte todo el trabajo sucio para que luego te lleves la gloria.

—¿Me crees capaz de eso?

—Sabes que estas cosas funcionan así, nadie se acordará de todo el trabajo que yo haya hecho, una vez que te haya pasado el caso.

—Te incluiré en mis informes.

—Una mención honorífica, todo un detalle.

Siguieron hablando otros diez minutos sobre algunos puntos adicionales, hasta que el comisario colgó y llamó a Gregorio para contarle los detalles, tanto lo de John como su conversación con Consuelo.

—Así que tenemos la prueba definitiva de que ambos asesinatos están relacionados.

—No cabe la menor duda. Sería demasiada casualidad que viviendo juntos y muriendo asesinados de igual manera, estuviéramos hablando de asesinos distintos, ¿no te parece?

—¿Nos dejará ir al piso de Edurne su amigo?

—A mí sí. No creo que le haga gracia llevar a nadie más. Yo iré de mero observador, y ya te contaré.

—¿Y qué espera encontrar allí?

—No lo sé, pero es probable que encontremos los objetos personales de John y el resto de su ropa. De todos modos no es eso lo que me interesa, lo que quiero es averiguar si el crimen se cometió allí dentro. Está claro que trasladaron el cuerpo desde otro sitio, así que ese podría ser el lugar donde fue asesinado. Si es así, siempre cabe la posibilidad de encontrar huellas o alguna clase de prueba que nos acerque un poco más al asesino.

—¿Sabemos si hacía mucho tiempo que vivía con Edurne?

—Por lo visto un par de semanas nada más. Se movía bastante.

—¿Y estando en búsqueda y captura no lo hemos localizado nunca

en ningún hotel?

—Parece ser que viajaba en coche y usaba un ingenioso sistema de alojamiento, así podía viajar por todas partes siempre y cuando no pasase por ningún aeropuerto. Me ha dicho el nombre del servicio pero no lo recuerdo. Es una de esas palabrejas en inglés.

—¿Y qué sabemos del coche?

—Tenemos el modelo y la matrícula, Esteban ha ordenado la búsqueda del coche por ver si encontramos algo en él, pero puede estar en cualquier sitio.

—O sea, que se iba alojando en viviendas particulares donde no le pedían el pasaporte y donde no tenía que pasar ningún control policial.

—Así es.

—Muy inteligente por su parte.

—Sí, inteligente y barato.

—¿Sabe si la hermana conserva las direcciones anteriores?

—No se lo he preguntado a Esteban, y tampoco sé si ellos lo habrán preguntado. ¿Por qué?

—Bueno, está claro que sería interesante poder interrogar a los anteriores anfitriones. Y también podríamos comprobar si han matado a alguno coincidiendo con la estancia de John.

—Joder, pues claro. Llamaré de nuevo a Esteban a ver qué averiguamos. Con la emoción de haber descubierto la vinculación se me ha ido el santo al cielo y no he pensado en ese detalle, puede que él matara a Edurne y otra persona lo matase a él. Podría resultar muy clarificador, sobre todo si tropezamos con algún crimen pendiente de resolver.

—¿Localizamos mientras a los amigos de López para ver a cuál de ellos hemos de hipnotizar?

—Sí, no perdamos tiempo, conviene seguir investigando en todos los frentes. ¿Te puedes encargar tú de ello?

—Eso está hecho. ¿Colaborará Consuelo con nosotros?

—Sí, claro que colaborará, lo he invitado a almorzar.

—Parece un buen motivo.

11
•

El registro

1
♦

El comisario descolgó el teléfono al pasarle desde la centralita la llamada del inspector Esteban, el cual, al oír el clic de la línea, empezó a hablar incluso antes de que el comisario se identificara, lo que a este le pareció una muestra de impaciencia poco cortés.

—Tenemos ya la orden judicial —dijo sin ninguna emoción en la voz, como mostrando una completa indiferencia.

—A eso lo llamo yo eficacia policial.

—Bueno, hay que admitir que algo ha tenido que ver en ello el juez, ya sabes que en estos casos estamos en sus manos.

—Doble eficacia entonces, ¿cuándo empezamos con el registro?

—Tenemos un pequeño problema.

—Ya me parecía demasiado bonito todo. ¿Qué ocurre?

—No es nada grave, es más bien un asunto "estético", tengo entendido que en la casa no hay nadie porque la víctima vivía sola, y la verdad, no me gustaría tener que forzar la puerta. ¿Tenía...

—Edurne —ayudó el comisario.

—Eso, Edurne, ¿Tenía algún familiar que nos pudiese dar acceso a la vivienda?, está claro que no podemos contar con la presencia de la propietaria, así que si alguien de su entorno nos abre la puerta, sería lo ideal.

—Que yo sepa nadie nos puede abrir la puerta, no tenía hijos ni familiares cercanos, salvo quizás su exmarido, que por cierto sigue de viaje en el extranjero y, además, dudo mucho que tenga llave. Pero... ¿qué problema tienes con que llamemos a un cerrajero o echemos la puerta abajo? ¿No lo has hecho nunca? Un poco de acción nunca viene mal.

—Lo sé, pero es algo que no me gusta, ese tipo de cosas son las que dan tan mala imagen a nuestra profesión y no tengo ganas de salir en prensa —aquí iba a añadir "otra vez", pero finalmente no lo dijo— como si fuese un energúmeno, y menos cuando vamos a registrar la vivienda de una víctima de asesinato, si fuese la de un sospechoso sería diferente, pero así deberíamos ser más cuidadosos. Sabes que

estas cosas son muy fáciles de tergiversar por los periodistas.

—A la mierda la imagen, y a la mierda los periodistas. Si tenemos la orden podemos entrar y punto, no te compliques la vida.

—Pablo, eres incorregible, recuerda que este caso aún lo llevo yo y si algo sale mal seré el responsable de todo.

—Está bien, de todos modos guardo un pequeño secreto...

—¿Un secreto?

—Sí, quédate tranquilo porque no será necesario forzar la puerta.

—¿Qué propones? ¿Conoces a alguien que pueda abrirnos?

—Yo mismo.

—...

—Tenemos en comisaría los efectos personales de la víctima y, o mucho me equivoco, o deben de estar las llaves del piso entre ellas.

—¡Claro!, eso está muy bien, no había pensado en ello, supongo que nos vale. Después de todo, tenemos la orden —Pablo notó un cierto alivio en la voz de Esteban que tampoco acababa de entender, no veía ninguna justificación para ser tan moderado en sus actuaciones.

—En ese caso, ¿cuándo y dónde nos vemos?

—Yo ya he hablado con los del juzgado y aunque parezca mentira, están listos, podemos vernos allí mismo en una hora, ¿te va bien?

—Pues claro que me va bien. Allí estaré.

—Otra cosa...

—¿Sí?

—Te quiero solo, no me acudas con nadie más, ¿entendido?

—Eso ya lo entendí el otro día entre líneas. No te preocupes, iré yo solo y, además, no usaré ningún coche oficial.

—Mejor todavía, no quiero malas interpretaciones o que luego se me acuse a mí de no llevar correctamente el procedimiento. Además, sabes que iré con el secretario judicial y el auxiliar del juzgado, y no me apetece tener que dar demasiadas explicaciones a nadie. Como tú llevas la llave, eso me basta para justificar tu presencia, no me lo podrán discutir, pero no me traigas a nadie más o empezarán con suspicacias, conoces bien a los del juzgado y sabes que a veces son muy papistas en estos asuntos. No quieren pisarse los dedos.

—Ya, ya... ya te he dicho que no te preocupes, joder, te estás volviendo quisquilloso con la edad.

—Es posible, sí —el comisario adivinó una sonrisa al otro lado del teléfono.

Con independencia de la paranoia que mostraba Esteban, lo cierto era que estaba satisfecho porque no había esperado que se tomara tan en serio el asunto, y mucho menos que pudiera disponer de una

orden de registro en un espacio tan corto de tiempo. Después de muchos atascos, se trataba de una buena noticia. No tenía ni idea de lo que podría encontrar en el piso de Edurne, pero cualquier novedad, por nimia que fuese, sería bien recibida. Parecía que por fin el caso se estaba desatascando, aunque tan solo fuera un poco. Todo dependería de lo que encontrasen allí dentro, pero fuera mucho o poco, al menos ya había conseguido la conexión entre ambos casos y eso era un avance fundamental. Si pudiera conseguir ahora que los dos casos conectaran también con el de su exesposa, sería otro paso importante en la buena dirección.

De momento tenía otra excusa para salir de comisaría y perder de vista a sus hombres, con los que estaba incómodo, notaba que seguían mirándolo de forma esquiva algunos y otros lo eludían directamente. Estaba claro que era la comidilla de todos, y le constaba que muchos no veían con buenos ojos que no lo hubieran detenido por el asesinado de Amparo. Sabía que contaba con el respaldo de Gregorio y, en menor medida, con el de sus superiores, pero no era capaz de juzgar al resto. Estaba convencido de que algunos de ellos veían en lo sucedido una especie de posibilidad de vengarse de él, de sus malos modos y de sus continuos desprecios, y más de uno se alegraría de que las cosas fueran a mayores y poder así verlo entre rejas. Esa parte, por mucho que le pesara, se la había buscado y no tenía más remedio que reconocerlo, por mucho que encontrase justificación al parecerle evidente que todos los novatos que le habían ido colocando en comisaría en los últimos años eran unos ineptos. Pero de estar convencido de su ineptitud, a humillarlos como hacía a la menor ocasión, había una diferencia sustancial que él no había sabido, o no había querido ver, y ya lo decían los libros de autoayuda sobre relaciones sociales, nunca es bueno humillar a nadie, por mucho que se crea estar en posesión de la verdad y la razón, antes o después se vuelve todo en contra de uno, y ahora podría estar sucediéndole eso. La diferencia entre recibir el apoyo mayoritario de su gente o el desprecio más absoluto, podía estar en algo tan simple y mundano como su actitud, y lo malo era que ya parecía demasiado tarde para poder rectificar, pero *¡qué coño!*, pensó para sí, *tengo más razón que un santo, y si no les caigo bien, tanto peor para ellos. ¡Que se jodan!*

Claro, que el problema de su actitud no tenía efectos solo en el trabajo, también repercutía en sus hijas, y la reacción de estas le dolía mucho más. Había hablado con ellas, o mejor dicho, lo había intentado, y lo único que recibió a cambio fue un completo rechazo, y todavía esperaba más porque el cuerpo de Amparo seguía en el

depósito, y lo que más temía era el día del entierro porque no podía prever cómo reaccionarían. ¿Se limitarían a evitarlo?, ¿lo llamarían asesino delante de todo el mundo? ¿Era eso lo que ellas pensaban de él? ¿Acaso no les valía el beneficio de la duda, ni la presunción de inocencia? Era muy duro pensar que sus propias hijas lo condenasen sin ser juzgado, pero a pesar de ese sentimiento de dolor, en el fondo, salvo por lo que pudieran decir en público, lo que pensaran sus hijas le importaba bien poco. Habían crecido demasiado y eran ya dos mujeres, y como tales, por muy hijas suyas que fueran, las despreciaba, como había despreciado durante años a la madre, y ese sentimiento de menosprecio hacia las mujeres en general, era superior a él, no podía evitarlo y cada vez resultaba más acuciante, generando grandes contradicciones en su interior.

Pero si dejaba aparte las sospechas que parecían compartir sus subordinados y sus hijas, no todo en la muerte de Amparo era malo, también tenía su parte positiva, se sentía mucho más libre, y era un alivio para él no tener que volver a enfrentarse nunca más con su exmujer y, muerta o no, de ninguna manera le perdonaría el follón que había montado por la cochina pensión después de tantos años de estar pagándola puntualmente cada mes, de manera que lo que le había ocurrido se lo tenía bien merecido, y no iba a ser él quien lo lamentara.

Estaba mirando de nuevo las fotos de Amparo en ese momento, lo hacía cada día desde su muerte, como buscando algo más en ellas, sin saber muy bien el qué, ¿la confirmación de su muerte?, ¿la definitiva desaparición de su vida?

Una de las fotografías, la que encabezaba el pequeño montón, había sido tomada desde fuera de la casa, con la puerta abierta, y en ella podía verse el cuerpo de Amparo tirado en el suelo. La perspectiva de la foto hacía que predominasen los pies y las piernas, quedando la cabeza empequeñecida y alejada, casi como un tema aparte, con un charco de sangre que había salido de ella, empapando el suelo de terrazo que, sin duda, habría absorbido una buena parte y sería imposible de limpiar.

La bala no había salido por detrás a pesar de haberse producido el disparo a bocajarro, con el cañón de la pistola apoyado en la frente, de manera que toda la sangre derramada había salido por ese mismo agujero, excepto unas pocas gotas que aparecieron en la comisura de sus labios, y no era demasiada la sangre visible, no para la cantidad contenida en un cuerpo humano. Tampoco había salpicaduras, salvo las pocas producidas al caer el cuerpo al suelo. No pudo evitar pensar que de haber existido agujero de salida, el disparo lo hubiera

puesto todo perdido, las paredes, las fotos de la comunión de sus hijas, el viejo cuadro en relieve de la última cena, y la lámpara que compraron al casarse, una lámpara que podía verse en la primera de las fotos y que daba un aspecto antiguo al piso, como si se tratara de la casa de sus abuelos y no de la que había sido suya. Se preguntaba por qué habrían elegido una lámpara tan retro que desentonaba con todo lo demás. No recordaba si había sido idea suya o de Amparo, pero ¿qué importaba eso?

En esa misma fotografía se veía que Amparo tenía la falda algo levantada por encima de las rodillas y resultaban bien visibles las numerosas varices que le afeaban las piernas, el cuerpo estaba en una posición antinatural. El *flash* de la cámara, con su desvergüenza, había revelado el color beis de las bragas, el mismo estilo de bragas que había usado toda su vida y que tan poco le gustaban a él, eran una mezcla de bragas y faja, incapaces de levantarle la libido a nadie. Además, y según podía apreciarse en las fotos, los años no habían sido respetuosos con ella, su aspecto general no era nada bueno, de lo cual la propia Amparo era la mayor responsable, nunca se había cuidado, ni siquiera en los primeros años de matrimonio, iba con zapatillas afelpadas de ir por casa a toda hora, con las que incluso tenía costumbre de salir a comprar, al menos por las mañanas, vistiendo con ropa vieja, demasiado grande y desconjuntada, y en las fotos se veía que seguía haciéndolo y que, además, tenía el pelo sucio, grasiento y apelmazado, todo eso, inevitablemente, hacía que aparentase mucha más edad de la que tenía.

Con ese aspecto no le extrañaba que nunca hubiese encontrado pareja después de separarse. Claro que, si pretendía ser justo en la apreciación, él tampoco lo había hecho, pero en su caso, su tendencia a justificarse le decía que era porque no quería saber nada de las mujeres, las odiaba a todas por igual y ni se planteaba volver a convivir con alguna de ellas, las consideraba retorcidas, vengativas, torticeras, manipuladoras, y en la mayoría de los casos, interesadas. ¿Le ocurriría algo parecido a su mujer con los hombres y por eso no salía nunca con nadie? Lo dudaba, lo de Amparo era otra cosa bien distinta, puede que tuviera cierta aversión por él, pero nada que fuese aplicable a todos. Lo que ocurría con Amparo, y estaba convencido de ello, era que le gustaba hacerse la mártir, y para poder hacerlo, no era lo mismo estar separada y abandonada, con dos hijas a su cargo que había estado criando sola, y haciendo evidente que no se gastaba ni un duro en ella misma, que haber rehecho su vida casándose con otro hombre que la cuidase, la

mimase y la hubiese ayudado a cuidar y criar a sus hijas. Estaba convencido de que ella se sentía mucho mejor pudiendo mostrarse ante los demás de ese modo: como una mártir, víctima de las circunstancias y de la destrucción de su matrimonio, víctima de la vida misma, en oposición a la imagen que ella tenía y que promovía ante los demás, de su exmarido, un policía egoísta que solo pensaba en su trabajo, de carácter insoportable, y que no quería saber nada de sus obligaciones familiares. Por lo visto, que le hubiera estado pagando la pensión todos estos años no significaba nada para ella.

A propósito de la pensión, esa era otra de las ventajas de la desaparición de Amparo, no tendría que seguir manteniéndola, otra cosa distinta eran sus hijas, por lo que tomó nota en su agenda para hablar con el abogado a ver qué pasaba a partir de ahora, le convenía averiguar qué cantidad correspondía a sus hijas, y de paso le preguntaría hasta cuándo tenía que seguir manteniéndolas. La mayor ya podía defenderse por sí misma. Si se casaba terminaría el problema, pero si no lo hacía, y hoy en día nadie parecía querer casarse, no sabía hasta cuándo podría seguir sangrándolo, y eso le molestaba bastante, sobre todo después de la actitud que habían tenido las dos con él, desde la muerte de su madre.

Otra de las fotos que sostenía en las manos, era un primer plano de la herida, perfectamente encuadradas ambas, la foto y la herida, situada justo en el centro de la frente... como la marca de Caín. La autopsia decía poco al respecto, no valoraba para nada la evidente parte estética del asunto, el hecho de que la herida se encontrase justo en el lugar adecuado, milimétricamente adecuado, no parecía importarle al forense en absoluto. En el informe solo hablaba en los habituales y fríos términos médicos. Por lo visto, el hueso frontal había frenado la bala lo bastante como para que no saliera por detrás destrozando el cráneo, pero no lo suficiente para evitar que rebotara en las paredes internas del mismo, ocasionando un destrozo y la muerte cerebral inmediata, a pesar de que por lo visto, el corazón siguió bombeando unos minutos después del disparo. No sabía por qué llegaba el forense a esa conclusión, simplemente lo afirmaba sin entrar en detalles, dando por hecho que el destinatario del informe de la autopsia conocería ese tipo de cosas. Suponía que se basaría en lo que había sangrado Amparo después de caer fulminada al suelo, la cantidad de sangre podría darle una idea aproximada del tiempo en que el corazón había seguido haciendo su trabajo antes de detenerse para siempre.

El rostro de Amparo, según se apreciaba en otra de las fotografías, rebosaba paz, un completo sosiego, algo de lo que no había

disfrutado nunca en vida. Parecía, salvo por el agujero de bala, que estuviera durmiendo tranquilamente, relajada, con los ojos cerrados y el rostro calmado, sin ningún gesto de miedo, ni de agonía, sorpresa o dolor. Aunque hubiese tardado unos minutos en morir como apuntaba el forense, no había sufrido en absoluto. Estaba seguro de que ella, como mártir que se sentía en vida, hubiera preferido una muerte más lenta, más acorde con la imagen que tenía de sí misma, algo que le hubiera permitido agonizar durante semanas o meses en la cama de un hospital, una larga enfermedad, para poder así convencer a todo el mundo de la gran labor que había estado haciendo durante años, y que moría "con las botas puestas". Sí, seguro que le hubiese gustado tener a sus hijas al pie de la cama del hospital mientras les daba consejos, diciendo una y otra vez, cuán buena madre había sido, recalcando cuánto había sufrido por ellas, las cosas a las que había renunciado, y por supuesto, el mal marido y padre que habían tenido, sin olvidar cuánto había sufrido ella por todos. Se la imaginaba postrada en la cama, con cara triste y ojos llorosos, expresión estudiada, con esa mirada de cordero degollado que tanto le gustaba poner y que tantísimo le sacaba a él de quicio, repitiendo las mismas cosas hasta la saciedad, y todos a su alrededor apiadándose de ella, sí, seguro que eso le hubiese gustado mucho más a Amparo, pero su destino se había burlado de ella y no lo había querido de ese modo, el destino había dado un giro inesperado y le había reservado una muerte violenta, pero dulce y rápida a la vez, una muerte que muchos querrían para sí, pero no Amparo, una muerte sin demoras, sin dolor, salvo por el miedo que pudiera haber pasado mientras su ejecutor mantenía la pistola presionada contra su frente. Pero ¿hasta qué punto llegaría a pensar ella que iban a dispararle? Lo más probable era que creyese que se trataba de una amenaza vana, una manera de meterle el miedo en el cuerpo, y de ser así, ni tan siquiera habría esperado el disparo, la habría pillado desprevenida, y eso era también bueno para ella. No solo no sintió dolor, sino que ni siquiera llegó a oír la detonación.

¿Cuál sería la sensación que se sentía en un momento así? ¿Cuánto duraría? ¿Qué percibiría el cerebro? Eran el tipo de preguntas que siempre se había hecho cuando veía algún cadáver, especialmente cuando se trataba de muertes violentas, era también en esos momentos cuando se solía preguntar sobre una posible vida después de la muerte. Siempre había fantaseado con la posibilidad de recrear en carne propia esas experiencias. Le gustaría poder ahorcarse o pegarse un tiro, solo por el hecho de saber qué se sentía, pero en sus fantasías, después de hacerlo, volvía a la vida como si nada hubiese

pasado. Si pudiera hacerlo, estaba convencido de que experimentaría todas las variantes posibles, quería saber más sobre la muerte y le resultaba frustrante no tener acceso a esa información. Al final, a la única conclusión a la que había llegado desde la distancia de no poder experimentar las cosas en primera persona, era a que todo terminaba al morir y que el resto de teorías no eran sino pamplinas. Con ese convencimiento, resultaba curioso cómo ahora, recurría precisamente a un espiritista, estaba claro que si no creía en esas cosas, debería de considerar a Consuelo un completo farsante, y si era un farsante en el espiritismo, ¿por qué no iba a serlo también en lo de la hipnosis?, ¿en qué se diferenciaba la hipnosis del espiritismo?, pero nada de eso importaba, era su única opción razonable y no iba a desestimarla sin haber hecho la prueba primero.

Mientras pensaba en Consuelo y en sus supuestas facultades para hipnotizar a la gente, seguía manoseando las fotos, Gregorio le había llevado también algunas de la autopsia, unas fotografías que él no había pedido. Ese tipo de imágenes le parecían mucho más desagradables y antinaturales que las primeras. Después de todo, las otras formaban parte de lo sucedido, de la vida de Amparo, del final de su vida para ser más precisos, pero las otras fotos no, la autopsia... era algo humillante, inhumano, una violación de la dignidad, ni siquiera Amparo se merecía pasar por eso. No entendía cómo había gente que pudiera dedicarse profesionalmente a algo tan horrible. En una de las fotos se veía cómo el forense le había quitado la tapa del cráneo después de haberla serrado con una de esas radiales en miniatura que zumbaban como demonios, provocando un humo denso y olor a quemado cuando se enfrentaban a la dureza del hueso, apreciándose los destrozos ocasionados por la bala en la masa encefálica. En otra, se veía el cuerpo abierto con los principales órganos internos a la vista, y los pechos, absurdamente separados y con los pezones mirando en direcciones opuestas. Eran fotografías de carnicería, de casquería más bien, similares a las que se podrían sacar en la cadena de despiece de un matadero, con la diferencia de que no se trataba de vacas, sino de un ser humano. Las imágenes eran de muy buena calidad, y resultaban tan reales, que podía, incluso sentir en su propio despacho el olor de la morgue, olor a cadáver, no en descomposición todavía, pero un olor, a pesar de ello, muy característico, penetrante, de esos que se queda impregnado en la ropa y en el pelo durante horas, o incluso días. Si ya consideraba desagradable ese tipo de autopsias, mucho peor debía ser la tarea de los forenses cuando tenían que trabajar con cadáveres en avanzado estado de descomposición, cosa que ocurría bastante a menudo. No

lo entendía, por mucho que lo pensara, no entendía cómo alguien podía elegir una profesión de ese tipo, tenía que ser gente obsesionada con la muerte, enfermizamente obsesionada, mucho más incluso que los auténticos asesinos. Después de todo, el asesino solía limitarse a matar y, como mucho, a trasladar el cadáver. Raros eran los casos en los que de alguna manera coleccionaban cuerpos o partes de estos, y los que lo hacían, no cabía duda de que eran desequilibrados mentales. Lo normal en la gran mayoría de los casos, era que su contacto con la víctima terminara poco después de matarla. Eran los forenses los que vivían la otra parte, la peor de todas bajo su punto de vista, la más macabra, siempre entre vísceras, sangre, y en algunos casos, repugnantes insectos y gusanos... Y los olores, esos olores tan difíciles de describir e imposibles de eludir, por mucho que a veces se pusieran mascarillas o Vicks VapoRub debajo de la nariz para enmascararlos.

No pudo soportarlo más y acabó poniendo las fotos boca abajo, preguntándose de nuevo por qué se las había llevado Gregorio. No era lo que él había pedido, y Gregorio no era de los que solía malinterpretar las órdenes. Era como si de alguna manera quisiera asegurarse de que supiera cómo había acabado profanado el cuerpo de Amparo, pero ¿por qué? ¿Qué razón podría tener?

2

Llegó antes que nadie y tuvo suerte de encontrar un hueco para aparcar en la misma calle, cosa bastante complicada a esas horas, en realidad, a cualquier hora, y pudo hacerlo muy cerca del domicilio de Edurne. Antes de llegar al aparcamiento que parecía estar esperándolo, pasó por el lado del coche que uno de sus hombres seguía teniendo allí para vigilar a Hilario. Se miraron y se saludaron con un leve gesto en la mirada, un gesto, más de reconocimiento que de saludo. No era el momento de acercarse para preguntar por Hilario, de manera que entró directamente en el edificio. Tal vez Esteban y sus hombres hubiesen llegado ya, aunque no había visto ningún coche de policía por los alrededores. Pero no, allí no había nadie esperando, y no podían estar dentro porque era él quien llevaba la llave.

Introdujo la mano en el bolsillo para confirmar que no se hubiese olvidado de ella, pudo sentir de nuevo el tacto suave de lo que parecía la miniatura de un pompón de animadora de baloncesto, un llavero muy femenino en el que solo había una llave. Por un instante lamentó su atrevimiento al hacer una afirmación tan rotunda, era

algo que nadie había comprobado, y bien mirado podría ser de cualquier otro lugar. Pensaba que correspondía al piso porque ninguna otra llave se había encontrado entre los bienes de Edurne, cosa que le pareció curiosa porque él estaba acostumbrado a llevar un llavero con cinco o seis llavines y pensaba que eso era lo más normal. El pompón era de color rosa pálido, y daba la sensación de tratarse de una adquisición reciente, no tenía rastros de suciedad ni roces de ningún tipo, parecía muy nuevo en contraste con la llave, que era vieja y estaba muy usada.

El tacto suave del pompón le recordó a Edurne, ayudándolo a visualizar la imagen del cadáver lleno de sangre en el cuarto de baño, una mujer, no del todo joven, pero bastante cuidada, y además, claramente vestida para salir a tomar unas copas... y lo que surgiera. Una auténtica zorra, eso era lo que le pareció la primera vez cuando la vio y lo que seguía pensando de ella. Pronto entrarían en su casa, y el registro sería a fondo, seguro que se encontrarían con toda clase de cosas, podría toquetear, e incluso, ¿por qué no?, olisquear su ropa interior y descubrir alguno de sus secretos más íntimos, algún vibrador en el fondo de uno de los cajones de la mesilla de noche, y quién sabe si un látigo y otras cosas por el estilo. Edurne parecía haber sido de esas, una dominatriz de afilados tacones, de las que les gusta imponer su voluntad en la cama. Por un instante fugaz se vio a sí mismo tumbado, con una de sus orejas pegadas al suelo, mientras Edurne, vestida de cuero y con una minifalda que dejaba ver las puntillas de sus bragas negras, ponía el pie sobre su cara, presionando y clavándole el punzante tacón en la mejilla hasta hacerlo sangrar. Esa imagen le provocó una fuerte erección, a pesar del rechazo que le provocaba Edurne como mujer. Era una de sus contradicciones que ni él mismo era capaz de entender.

En uno de los últimos registros en los que había participado, encontró en la mesilla de noche unos supositorios de vaselina recubiertos con un polvo sospechoso que luego comprobarían en el laboratorio que era pimienta negra común. No quería ni imaginar la sensación que podían ocasionar, pero ese tipo de cosas solo confirmaba que en asuntos de sexo existía gente de todo tipo y no había que sorprenderse por nada.

Miró el reloj un tanto inquieto, pasaban diez minutos de la hora en que habían quedado y estuvo tentado de entrar y esperarlos dentro, o al menos de asegurarse de que la llave abriera la puerta, pero sabía que eso cabrearía mucho a Esteban y podría invalidar el registro, de manera que prefirió seguir esperando. Por lo que recordaba de

Esteban, tenía entre sus virtudes la de ser puntual, suponía que el retraso era provocado por los del juzgado que siempre solían trabajar a otro ritmo, cosa que le molestaba bastante.

Minutos después oyó unos pasos, se giró y vio a Esteban entrando por el portal, con algunos kilos más de como lo recordaba, pero inconfundible en su porte, iba acompañado de dos de sus hombres y de otros dos con pinta de funcionarios que imaginó que serían el secretario y el auxiliar del juzgado, ambos con papeles en las manos, y uno de ellos con un bolígrafo Bic un tanto mordisqueado, como los que tenían por comisaría. No le gustaron nada ninguno de los dos, lo cierto era que muy poca gente era de su agrado, cuanto mayor se hacía, más se le agriaba el carácter y menos soportaba el contacto humano. De una cosa sí que se alegró, y era que a pesar de que le cayeran bastante mal, ambos fueran hombres.

Se intercambiaron fríos saludos, hasta Esteban se mostró un tanto distante con él, quizás por la incómoda presencia de los funcionarios, o porque en el fondo no le gustaba que él estuviera presente en el registro.

—¿Has traído la llave? —le preguntó Esteban.

—Sí, aquí la tengo —dijo mostrando el pompón, esperando que fuera de esa puerta que tenían frente a ellos.

—Perfecto, así no será necesario forzar la entrada, ¿toman nota de ello? —preguntó dirigiéndose a los del juzgado.

—Adelante, estamos preparados —contestó uno de ellos, Pablo no supo si se trataba del secretario o del otro, porque no se habían identificado en las presentaciones. Era el que no llevaba el bolígrafo y pensó que sería el secretario.

El comisario le entregó la llave a Esteban, quien, para alivio del comisario, abrió la puerta acto seguido sin ninguna dificultad. Las luces estaban encendidas, lo cual no parecía muy lógico, pero todos pensaron que Edurne se las había dejado así antes de irse, sin pensar que ya no regresaría nunca. En ese momento oyeron un ruido en el interior que les hizo cambiar de idea. Esteban sacó el arma y los dos policías que lo acompañaban hicieron otro tanto, los del juzgado retrocedieron unos pasos, preparándose para salir corriendo si fuese menester, Pablo dudó entre sacar o no la pistola. Ya parecía que hubiesen bastantes armas fuera de las pistoleras, y él nunca había disparado la suya fuera de las prácticas de tiro habituales. Nunca, ni una sola vez en todos los años que llevaba en el cuerpo, y no es que estuviera ni orgulloso de ello, ni dejara de estarlo, pero eran muchos años y no quería romper la racha. Por otra parte, podía decirse que en esos momentos estaba como invitado, el caso todavía no era suyo,

y de no ser porque tenía la llave de Edurne, posiblemente Esteban hubiera acabado dándole alguna excusa de última hora para que no fuera. Si acababa disparando, por muy justificado que estuviese el tiroteo, le costaría explicarlo, y con el asunto de su exmujer abierto, ponerse a pegar tiros era lo último que le interesaba. Durante unos instantes quedó en tierra de nadie, los policías entraron al piso, perdiéndolos de vista, pistolas en mano, los del juzgado dieron otro paso atrás, situándose muy cerca de la calle, y él, se había quedado solo en medio del pasillo. Volvió a toquetear con nerviosismo la empuñadura de su pistola sin decidirse a sacarla.

—¡Quieto!, ¡no se mueva! —oyó que gritaba Esteban.

Se oían más ruidos en el interior, como si hubiesen apartado algún mueble o algo hubiese caído al suelo.

—¡Levante las manos!, ¡ahora!

Una cosa tenía clara el comisario a pesar de que no podía ver nada, y era que el piso no estaba vacío, contra todo pronóstico, alguien estaba allí dentro. Podía tratarse de algún ladrón de los que aprovecha que se quedan los pisos abandonados para desvalijarlos, pero la cerradura no estaba forzada, o al menos Esteban no había notado nada al abrirla. Eso parecía indicar que quien estaba dentro, había entrado con otra copia de la llave, ¿pero quién? Edurne vivía sola, excepto John, y John estaba muerto.

El comisario empezó a pensar rápidamente, John había sido asesinado unos días después de Edurne, con lo cual, era normal que siguiera viviendo allí durante ese tiempo, pero en el cuerpo no encontraron ninguna llave, salvo una minúscula de un pequeño candado según le dijo Esteban. ¿Qué significaba eso? Se le ocurrieron varias alternativas, la primera era que John no tuviera llave del piso, cosa bastante lógica si estaba solo de paso, en cuyo caso, ¿dónde estuvo los días que transcurrieron entre la muerte de Edurne y la suya propia?, la segunda alternativa, como policía siempre tenía tendencia a pensar en varias hipótesis a un tiempo, era que además de John y Edurne, hubiese un tercero conviviendo con ellos, y que siguiese utilizando el piso con normalidad, cosa muy poco probable, pero no del todo descartable. La última opción que se le ocurría en esos momentos era que el asesino se llevara la llave después de matar a John, pero en ese caso, ¿por qué había tardado tanto en ir al piso?, y ¿por qué el policía que tenía apostado en la calle no le había advertido de que había alguien deambulando por allí? Eso le hizo pensar en otra posibilidad, Hilario no había salido nunca a la calle desde que lo vigilaban, pero bien podría haber bajado del cuarto piso al primero y entrar en casa de Edurne, nadie se hubiera percatado de

ello. Incluso era probable que tuviera una llave, a veces ocurría con algunos vecinos, y tampoco podía descartar el hecho de que Hilario hubiese matado a John y le hubiese quitado la llave del piso de Edurne, él sabría que vivían juntos, a pesar de que en su declaración dijo no saber nada. Sí, eso era una posibilidad muy creíble, sin duda.

Miró atrás y vio que, definitivamente, se había quedado solo, los dos funcionarios habían desaparecido del lugar.

3

Gregorio, mientras el comisario acudía al registro del piso, se había reunido con José Antonio López y los tres amigos que le acompañaron a la cervecería el día del asesinato. Después de localizarlos a todos por teléfono, había quedado con ellos y con el dueño del establecimiento allí mismo, donde ocurrió el suceso que acabó con la vida de Edurne. Parecía el lugar más apropiado porque en cierto modo, además de proceder a un breve interrogatorio, quería realizar una reconstrucción de los hechos para ver cual de todos había tenido más probabilidades de ver a la gente que entraba o salía del establecimiento.

Gregorio llegó intencionadamente con retraso, ya estaban todos allí, y se percató de que el ambiente era muy tenso, todos se encontraban bastante incómodos, en especial José Antonio López que seguía siendo el principal sospechoso, a pesar de que el juez había decidido dejarlo en libertad con cargos y sin fianza. Les había pedido que se situaran en las mismas posiciones que la noche del crimen, para de ese modo, al llegar él, y por eso lo había hecho con retraso, poder hacerse una composición adecuada de la escena. Cuando llegó, solo uno de ellos pudo verlo de inmediato sin moverse del sitio, le bastó con levantar ligeramente la vista, el resto se giró al oír la puerta, pero parecía claro que solo lo habían hecho porque estaban esperándolo, en una situación normal en la que estuvieran hablando entre ellos y tomando unas cervezas, no se girarían cada vez que oyesen la puerta de la calle.

Gregorio ya sabía a quién iban a hipnotizar.

—Hola, ¿qué tal? —saludó a todos, incluido el propietario que estaba detrás de la barra ocupado preparando una nueva ronda de cervezas. Todos le devolvieron el saludo sin grandes gestos ni alegrías. Intentaban aparentar una indiferencia que no sentían.

—Disculpen que les haya reunido aquí, sé que esta situación puede no traerles buenos recuerdos, pero me pareció el mejor lugar para

plantear lo que tenía que decirles.

—Bueno, bueno —intervino el propietario—, recuerdos malos o no, espero que mis buenos clientes sigan viniendo por aquí tan a menudo como antes.

—Lo haremos, no te preocupes —contestó uno de ellos mientras los otros tres se limitaban a sonreír.

—¿Quiere una cerveza señor comisario? —dijo el propietario.

—Inspector, solo inspector, y no, mejor no mientras estoy de servicio.

—Las tengo también sin alcohol —sonrió.

—Venga va, no es lo mismo, pero así les acompaño.

A Gregorio no le gustaba la cerveza sin alcohol, ¿a quién podía gustarle?, pero prefirió no despreciar la invitación para mostrarse de una manera más desenfadada ante todos. También podría haber aceptado la cerveza normal, cosa que le apetecía mucho más, pero tomar alcohol delante de tantos testigos mientras estaba trabajando, parecía improcedente y prefería evitar comentarios inoportunos.

El propietario puso una cerveza más, esta sin alcohol, de color algo más oscuro que las que había servido antes, y una espuma diferente, tanto en textura como en la calidad del blanco, y se la pasó a Gregorio por encima de la barra con gesto amistoso.

—Salud a todos, esta ronda la paga la casa.

—Gracias —dijeron al unísono dos de ellos mientras los otros asentían y bebían.

—Bien señores, antes que nada, es muy importante que me confirmen que todos ustedes están ahora en la misma posición que el día de los hechos, tal y como les pedí que se pusieran. Que cada uno esté sentado *exactamente* en el mismo lugar —hizo especial hincapié en la palabra “exactamente”.

—Sí —contestaron todos, excepto el propietario.

—Bueno, yo lo mismo estaba por aquí que atendiendo en las mesas.

—Está claro, está claro, su posición no importa en este caso.

Gregorio se quedó mirándolos a todos y sacó una libretita del bolsillo y un bolígrafo publicitario. Hizo un pequeño croquis de la situación.

—¿Me van diciendo sus nombres?

—José Antonio.

—Roberto.

—Juanjo.

—Riki.

—¿Riki?, ¿con “k”?

—Sí, bueno, como quiera, es diminutivo de Ricardo, pero todo el mundo me conoce así desde la escuela. Quizás por aquel entonces fuera más normal escribirlo con “q”, ¿verdad?

—Sí, es posible que la “k” fuera demasiado contestataria en aquellos tiempos —dijo Gregorio.

—¡Seguro que sí!, ¿Se imagina “Franko” escrito con “k”? —rio.

—Bien, vamos a ver, en principio será todo más simple de lo que pensaba. Lo cierto es que ya he llegado a una conclusión. Cuando he entrado, solo usted —señaló al que se hacía llamar Riki— me ha visto directamente. El resto —miró a los demás—, han oído la puerta y ha sido entonces cuando se han girado. ¿Es cierto?

Todos afirmaron sin adivinar qué se proponía el policía.

—Ahora bien, trasladémonos al día de los hechos, cuando ninguno de ustedes me esperaba a mí, ni esperaba a nadie en concreto.

Asintieron en silencio mientras le prestaban atención, el inspector les tenía en cierto modo intrigados y sabía mantener la tensión.

—Lo normal es que esa noche no se girasen cada vez que oyesen la puerta.

Nadie dijo nada y Gregorio lo tomó como una afirmación.

—Si eso es así, quien más posibilidades de ver quién entraba y quién salía del local era usted —volvió a señalar a Riki.

—Supongo que sí —contestó dubitativamente sin saber muy bien en qué le implicaba la afirmación del inspector, pero temiéndose lo peor—, aunque ya les dije cuando me interrogaron que no recordaba a nadie.

—Sí, lo sé, pero precisamente de eso quería hablarles, a todos, pero en especial a quien estaba situado de cara a la puerta.

—Nos tiene en ascuas, inspector —era la voz de José Antonio que sonaba un tanto escéptica.

—No tenemos ninguna garantía de que funcione lo que vamos a proponerles, pero hay posibilidades y no perdemos nada con intentarlo.

—Dispare —dijo Riki.

—Aunque usted no recuerde nada, no quiere decir que no lo viera, de hecho, *tuvo que ver algo*, o mejor dicho, a alguien, y lo que queremos es ayudarle a recordar qué o a quién pudo ver esa noche.

—¿Ayudarme a recordar? ¿Por qué será que no me gusta nada esa expresión?

—No se preocupe, es muy simple, se trataría de someterlo a una sesión de hipnosis, en la cual pudiésemos, en cierto modo, refrescarle la memoria. Sería muy importante que pudiera identificar las fotos.

—¿Qué fotos?, ¿las que ya nos enseñaron a todos?

—Sí, ya se las enseñamos, y ninguno de ustedes reconoció a nadie, pero de eso se trata, de la posibilidad de que no se fijaran lo suficiente, o que su cerebro pensara que no era importante lo que vieron y simplemente se desentendiera de todo.

—¿Y se supone que con la hipnosis se podría recordar eso? —intervino en este caso Juanjo.

—Oiga, oiga —interrumpió Riki a Juanjo mientras se dirigía al inspector—, no pienso someterme a una jodida hipnosis de esas, ni hablar, vamos, ni de coña. Búsquense a otra cobaya para el experimento.

—Le ruego que lo piense con detenimiento. Si se somete a ella y recuerda alguna de esas fotografías, eso, sin duda, ayudará a su amigo —miró a Riki y a José Antonio de manera alterna.

—No parece tan malo —dijo Juanjo que seguía siendo el más conciliador de todos, en parte, supuso Gregorio, por el hecho de que nunca había sido considerado sospechoso y que tampoco tendría que ser él quien se sometiese a la sesión de hipnosis. Eso le hacía ver las cosas desde otra perspectiva más lejana y menos comprometida, aunque Roberto estaba en el mismo caso y no parecía con muchos ánimos de participar en la conversación.

—Pues hazlo tú, ¿no te jode?

—Es que si lo hace él —aclaró Gregorio anticipándose a la posible respuesta de Juanjo—, no nos servirá de nada, es muy poco probable que estando en esa posición viera entrar a nadie aquella noche. La hipnosis solo puede hacer recordar algo que se ha visto, aunque sea fugazmente y sin prestar atención, no algo que no ha podido verse.

—¿Y desde cuándo se dedica la policía a hipnotizar a los testigos?

—No lo hipnotizará ningún policía, sino un profesional de ese tipo de prácticas. Es cierto que aquí en España no es muy habitual, pero tampoco es tan raro.

—A mí me parece más bien cosa de la C.I.A.

—Sin duda ellos saben más de eso que nosotros, llevan toda la vida haciéndolo.

—¿Y qué pasa si me niego? ¿Acaso no puedo negarme?

—Como ciudadano está obligado a colaborar con la justicia, pero en este caso concreto... nadie puede obligarlo a someterse a la hipnosis, debe ser algo voluntario por su parte, pero le ruego que tenga en cuenta que puede ayudarnos mucho, a nosotros —se tocó el pecho con la mano, como refiriéndose a la policía en general—, y a su amigo —señaló con un gesto de la cabeza a José Antonio.

Se quedaron todos en silencio, el propietario no había dicho nada en ningún momento, pero Gregorio se dio cuenta de que estaba muy

pendiente de lo que decían. No pudo evitar recordar la conversación con el comisario en la que comentaron la posibilidad de que el asesino fuera el dueño de la cervecería, era algo que no podían descartar y en cualquier momento puede que tuvieran que interrogarlo, pero como muy pronto, sería después de la sesión de hipnosis con Riki, por si salía alguna novedad de ella.

Puede que fueran manías suyas, pero le dio la sensación de que el dueño de la cervecería estaba preocupado por la posibilidad de que se llevase a cabo la sesión de hipnosis. Tal vez porque pensase que Riki podría recordar algo que lo implicase a él en el asesinato. ¿Era eso posible, o solo era un prejuicio suyo ocasionado por la anterior conversación con el comisario? Por un momento sus miradas se cruzaron, y la sensación de Gregorio aumentó.

4

Se oyó un disparo, el comisario dio un paso atrás y volvió a tocar la funda de su pistola. Lo pensó un poco más y esta vez sí que la sacó de la sobaquera.

—Joder, ¿qué has hecho? —era la voz de Esteban la que se oía desde dentro del piso.

Pablo, ya con la pistola en la mano, se fue acercando poco a poco a la puerta.

—¡Le has disparado, joder! —seguía gritando Esteban en el interior de la vivienda.

—Es que ha sacado un arma —respondió nervioso el que supuso Pablo que había disparado.

—Y una mierda, eso que llevaba en la mano era el puto móvil, ¿es que no distingues un Nokia de una Nueve Milímetros?

El comisario llegó a la puerta y pudo ver la escena en toda su crudeza, los tres policías seguían con sus respectivas pistolas en la mano, y había un cuerpo en el suelo cubierto de sangre.

—¡Llama a una ambulancia! ¡Inmediatamente!

El hombre que estaba en el suelo se movió, no estaba muerto. Pablo se acercó.

—¿Lo conoces? —le preguntó Esteban.

Por un momento había pensado que sería Hilario, eso hubiese aclarado muchas cosas, pero no era él, no conocía al tipo.

—No, no lo he visto en mi vida —se siguió acercando al cuerpo.

—¿Puede oírme?

—Sí —respondió el herido con un quejido y los ojos todavía

cerrados.

—¿Qué hacía usted aquí?

— Soy el m..., el ex... marido de Edurne.

—¿No estaba de viaje?

—He llegado esta mañana...

—A ver esa herida —Pablo le apartó la chaqueta y pudo ver el orificio de entrada en un costado, no entendía mucho de heridas de bala pero no parecía que afectase a ningún órgano interno ni sangraba demasiado. La bala seguía dentro porque no había agujero de salida, tampoco sabía si eso era estrictamente malo o no. Supuso que el hombre se salvaría si no se complicaban las cosas. El joven policía ya había llamado a la ambulancia y no tardaría en llegar la asistencia sanitaria. Sería conveniente preguntarle lo que tuviera que preguntar antes de que se lo llevaran, por mucho que la prudencia apuntaba a que lo dejaran descansar.

—Dame eso —le dijo Esteban al policía que había disparado al tiempo que le cogía la pistola— antes de que le dispares a alguien más.

El policía agachó la cabeza humillado pero no abrió la boca.

—Creo que no debe preocuparse, no parece grave y la ambulancia llegará en unos minutos —le dijo Pablo al herido—. Ha sido un error.

—Jodidos policías —dijo en un murmullo apenas audible.

—¿Por qué estaba usted aquí?

—He venido a recoger algunas de mis cosas que todavía conservaba Edurne.

—¿Desde que se separó?

—Sí, nada importante, algunas tonterías que se quedó... y que ya no necesita —el herido respiraba con dificultad.

—¿Ha abierto con su propia llave?

—Sí... claro.

—¿Por qué tenía llave de aquí?

—Por si pasaba algo, yo tenía la suya y ella tenía la mía. Siempre ha sido así, desde que nos separamos.

El comisario nunca se había planteado tener la llave de su exesposa, y mucho menos que Amparo pudiera tener la suya, pero por lo visto no todas las exparejas pensaban igual y algunas eran más civilizadas que ellos.

Se oían unas sirenas. La ambulancia llegaría muy pronto. Se preguntaba si realmente había llegado esa mañana o por el contrario llevaba varios días por Valencia. Tendría que averiguarlo para descartarlo o no como sospechoso.

—¿Sabe quién pudo tener motivos para matar a Edurne?

—No.

—¿Conoce al vecino del cuarto?

—¿Hilario?, claro.

—¿Tenía alguna relación con su esposa?

—No... ¿por qué?, ¿acaso sospechan de él? Ese es incapaz de matar a una mosca.

—Es solo una posibilidad. ¿Sabía que su esposa estaba viviendo con otro hombre estas dos últimas semanas?

—¿Aquí? Eso es absurdo, no hay nada para afeitarse en el cuarto de baño.

—Por lo visto no es tan absurdo como usted cree. ¿Lo conoce? —le enseñó la foto del cadáver de John.

—Joder, ese tipo está muerto.

—Sí, lo han asesinado también, y puede que lo haya hecho el mismo individuo que ha matado a su esposa. ¿Lo conoce, lo ha visto alguna vez?

—No, no lo he visto nunca ni sé quién es, ¿y qué es eso que dice que vivía con Edurne?

En ese momento entraron los sanitarios con una camilla y apartaron al comisario para hacerse cargo del herido.

—A ver, a ver, apártense, por favor, déjennos hacer nuestro trabajo.

El comisario se puso en pie y se acercó a Esteban que en ese momento seguía recriminando al que había disparado como haría un padre severo con su hijo pequeño que acabara de romper un jarrón.

—¿Cómo coño no has visto que eso que llevaba en la mano era el móvil?, menos mal que no te lo has cargado, pero aún así, verás en qué follón nos metemos por tu culpa. Joder, voy a tener que ponerte de recepcionista en la comisaría.

—Lo siento inspector, pero me ha parecido que sacaba una pistola.

En ese momento entraron los del juzgado, todavía con las libretas en las manos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno de ellos.

—Pues ya veis, que había gente en el piso.

—¿Lo habéis matado?

—No, por suerte no parece malherido, sobrevivirá, ¿verdad comisario?

—Sí, supongo que sí —respondió Pablo mirando a los del juzgado.

—¿Vamos a seguir con el registro ya que estamos aquí o lo dejamos para otro día? —preguntó el que sería el secretario.

Se miraron todos y Esteban rompió el silencio.

—Sí, ¿por qué no?, mejor ahora.

—A ver, apártense, déjennos salir, a ver, a ver...

Se apartaron todos para dejar pasar a los camilleros que transportaban al herido.

—Jodidos policías... —volvió a murmurar el herido al pasar al lado de ellos mientras levantaba el dedo corazón.

—Parece que esta vez nos hemos lucido —dijo el comisario.

—Sí, a ese lo hemos dejado contento, esperemos que no nos demande. ¿Empezamos con el registro? Parece que ya no hay más gente en casa. —dijo Esteban.

Todos asintieron y cerraron la puerta una vez quedaron dentro.

5

Al final Hilario no llegó a correrse. Adela se había quedado dormida encima suyo y pudo apartarla sin despertarla. Parecía increíble tener un sueño tan profundo, y más cuando él no podía pegar ojo de ninguna de las maneras. Se vistió y encendió un Chesterfield mirando el paquete con preocupación porque solo quedaba otro cigarrillo. Se acercó a la ventana para fumárselo, necesitaba algo de aire fresco. Nada más asomarse vio llegar al comisario caminando por la acera, no le hizo ninguna gracia verlo, pero supuso que si iba solo, no tendría ninguna intención de detenerlo. Aún así, el solo hecho de pensar que querría hablar con él, lo puso de mal humor. Apagó el cigarrillo sobre el ventanal y lo tiró a la calle disponiéndose a esperarlo mientras elucubraba sobre los posibles motivos que pudiera tener para visitarlo.

Pasaban los minutos y el comisario no aparecía, se volvió a asomar a la ventana y no vio a nadie. Puede que se hubiera equivocado y no tuviese intención de ir a verlo a él, tal vez estaba solo de paso, o tal vez no era él y solo alguien que se le parecía. Encendió otro Chesterfield, el último del paquete, y decidió olvidarlo, no valía la pena darle más vueltas a la cabeza.

Fue entonces cuando escuchó el disparo que retumbó en el edificio de manera atronadora.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo en voz alta mientras pasaba por delante del cuarto. Adela seguía durmiendo, desnuda.

Abrió la puerta y se asomó a la escalera. El vecino del tercero también debió de escuchar el disparo porque estaba asomado al hueco de la escalera mirando hacia abajo. Se oían pasos y voces, aparentemente provenientes del primer piso. Pensó en el comisario, era demasiada casualidad haberlo visto y a los pocos minutos oír un

disparo en su propio edificio, lo cual le hizo llegar a la conclusión de que algo había tenido que ver. ¿Estaría en el piso de Edurne? ¿Para qué?, y ¿por qué habían disparado?, y sobre todo, se preguntaba a quién le habrían disparado, o si incluso el herido o muerto podría ser el propio comisario. Eso no sería tan mala noticia después de todo.

El vecino del tercero se cansó de mirar por el hueco y entró en casa sin percatarse de la presencia de Hilario. Unos minutos más tarde escuchó una sirena y pronto entraron en el edificio los sanitarios con una camilla. La curiosidad le picaba cada vez más y decidió bajar algo más para ver si entendía algo de lo que decían o si conocía al herido.

Al poco vio salir a los camilleros y le pareció reconocer al exmarido de Edurne.

—Joder, si es Carlos, ¿qué coño hace este por aquí? —murmuraba para sí aunque en voz alta.

Escuchó algunas voces, había bastante gente. Una de las voces era la del comisario pero no entendió lo que dijo, otra de las voces hablaba sobre un registro. De nuevo volvió a sentirse preocupado. ¿Traerían una orden para entrar en su casa? Eso podría ser un problema mientras no pudiese deshacerse del colchón lleno de sangre y del resto de cosas, pero si iban a registrar su casa, ¿qué hacían todos abajo y por qué alguien le había disparado a Carlos? No entendía nada.

Oyó un portazo y las voces dejaron de oírse.

Volvió a subir hasta su piso, pensativo y preocupado. ¿Qué sentido tenía que viniesen ahora a registrar la casa de Edurne? ¿Para qué? No podía ser sospechosa de su propio asesinato. Entonces pensó en John, pero eso también era absurdo, ella había muerto antes que John, de manera que el registro no podía estar relacionado con la muerte de John, cuantas más vueltas le daba al asunto menos lo entendía, y no entender la lógica policial no era bueno porque eso le impediría anticiparse si en un momento dado la cosa se ponía fea. Estaría mucho más tranquilo si tuviera alguna teoría, por absurda que fuese, sobre lo ocurrido.

Cuando entró en casa, Adela estaba despierta y levantada, pero seguía desnuda.

—¿Dónde has ido? —le preguntó

Pensó que no valía la pena contarle todo lo de la policía, lo de Carlos y lo del disparo.

—Me ha parecido oír unos ruidos en la escalera.

—¿Y qué era?

—No lo sé, no he visto nada.

—¿Por qué te has vestido?

—¿Qué quieres, que me vaya paseando en bolas por ahí?

—No sé, pensé que no habíamos terminado.

—Pero si te has dormido.

—Sí, es un pequeño defecto que tengo —rio—, suele pasarme cuando me corro. Me quedo frita y no hay quien me despierte en un buen rato.

—Vaya.

—Anda ven y terminaremos lo que hemos empezado —lo cogió de la mano y entraron juntos al dormitorio.

Esta vez fue ella la que le quitó la ropa, lo hizo poco a poco, con delicadeza. Después de quitarle la camisa, le besó en el pecho, en cien lugares distintos, la erección de Hilario no tardó en volver a hacer acto de presencia. Adela se arrodilló frente a él y le bajó los pantalones y los calzoncillos para seguir con la felación que antes había interrumpido. Los efectos no tardaron en notarse y pronto se oyó gemir a Hilario mientras intentaba asirse a algún sitio para no perder el equilibrio. Las piernas apenas le sostenían.

6

Llegaron a la comisaría casi al mismo tiempo el comisario y el inspector, el uno proveniente del registro del piso de Edurne, y el otro de la reconstrucción de los hechos en la cervecería de Cánovas. A simple vista quedaba claro que Gregorio estaba más satisfecho con lo conseguido que el comisario. Ambos se pusieron al día en todos los detalles.

—¿Entonces al final el tal Riki acepta la hipnosis o no?

—No tengo ningún compromiso suyo por escrito, pero después de muchos ruegos, al menos ha aceptado la propuesta. Fue una buena idea juntarlos a todos porque de ese modo Riki quedaba muy comprometido, negarse a la hipnosis era tanto como decirle a su amigo a la cara que le importaba un carajo que lo acusaran de asesinato.

—Perfecto, pero ojito con los compromisos verbales.

—Tendremos preparado un documento para que nos lo firme el día que lo citemos a declarar.

—Me parece perfecto, recuerda que antes de someterlo a la hipnosis hemos de probar con un nuevo interrogatorio para ver si recuerda algo antes de que Consuelo entre en acción.

—Está todo controlado comisario —sonrió.

—...

—¿Han encontrado algo interesante en el piso de Edurne?

—No había nada para afeitarse en el cuarto de baño.

—¿Cómo?

—Es lo que me dijo Carlos, el exmarido de Edurne, al que casi se carga uno de los hombres de Esteban.

—Espere, ¿por qué no empieza desde el principio?

El comisario le contó con detalle lo sucedido.

—¿Cree que saldrá de esta?

—Sí, la herida no parecía grave, por suerte.

—¿Pero qué es eso del cuarto de baño?

—Cuando le dije a Carlos que alguien estaba viviendo con su exesposa, me dijo que eso era absurdo, y que no había nada para afeitarse en el cuarto de baño. Por lo visto era una de las cosas que ya había visto él y me quiso dar a entender que si hubiese habido algún hombre viviendo con ella, tendría que haber efectos personales masculinos en el aseo.

—...y no los había...

—Nada, ni para afeitarse, ni un cepillo de dientes adicional, ni colonia masculina... Nada de nada.

—Entonces... ¿nada de equipaje o documentos o algo que nos acerque más a John?

—Nada en absoluto, el asesino debió de llevárselo todo. En el piso solo había cosas de mujer.

—Quizás cuando analicen las huellas tengamos más cosas claras. Alguna tiene que ser de John si ha estado viviendo allí dos semanas.

—Es de suponer, pero ya no sé qué pensar, si el asesino se tomó tantas molestias como para llevarse todos los efectos personales de John, ¿por qué no borró todas las huellas?

—¿Por que se le olvidó?

—Vamos, no me jodas, ¿cómo se le va a olvidar una cosa así?

—Quizás no intentaba ocultar la presencia de John en el piso y solo se llevó sus cosas porque podían interesarle por algún motivo. Tal vez no sabía lo que buscaba y se lo llevó todo.

—¿Hasta el cepillo de dientes?

—No sabemos detrás de qué podía andar el asesino, ¿y si John era una especie de espía y lo que buscaba era algún microfilm?

—¿Dónde has visto eso, en la última peli de James Bond?

—Aprendí de usted que no había que desechar ninguna opción desde el principio, solo hay que ir descartándolas conforme avanza la investigación y se tienen argumentos para hacerlo.

—Sí, es cierto, a veces no respeto mis propias normas, lo siento.

—¿Qué me dice de los cuchillos?

—Por suerte no tenía muchos en la cocina, los hemos cogido todos para analizar y ver si en alguno encontramos restos de sangre de algún tipo, pero dependemos del laboratorio, igual que para las huellas.

—Me hubiera gustado ir.

—No te has perdido nada, bueno, excepto el tiroteo, claro. Sin duda ha sido lo más interesante.

—¿Y si vamos al hospital a interrogar más a fondo al exmarido?

—Sí, no es mala idea, la verdad es que no tenemos mucho más que hacer.

—¿Seguimos vigilando a Hilario?

—Sí, antes o después se decidirá a salir y quiero saber adónde va.

—¿Y qué hacemos con la chica si sale sola? ¿La seguimos a ella?

—No, solo a Hilario.

—O.K.

—Otra cosa.

—Sí, comisario.

—¿Por qué no nos ha informado tu vigilante de que había entrado un desconocido a la finca?

—Me temo que las instrucciones que tiene son muy escuetas. Está encargado de vigilar a Hilario y sus movimientos, nada más.

—Creo que hacemos muchas cosas a medias.

—Necesitaríamos poner a otro hombre si la vigilancia ha de ser más compleja, ya sabe, controlar los movimientos de todos los vecinos, los de fuera que puedan llegar, el cartero, en fin, cualquier cosa.

—En mis tiempos, yo solo me bastaba para vigilar a toda la filarmónica.

Gregorio sonrió, puede que tuviera razón y no estuvieran haciendo las cosas demasiado bien.

12

•

La bolsa de Mercadona

1

♦

La mujer permanecía acostada en la camilla, no era la primera vez que estaba en esa misma habitación y en idéntica posición, los nervios de otras ocasiones ya parecían haber desaparecido y se encontraba mucho más relajada. Consuelo le había quitado los zapatos dejando a la vista unos pies con una reciente pedicura y con las uñas pintadas a juego con las de las manos, disponiéndose a realizar una nueva regresión hasta la infancia de su paciente. Era una mujer de unos cuarenta y pocos años, bien cuidada y atractiva, pero emocionalmente tenía un bloqueo importante que ya le había diagnosticado en una de las sesiones anteriores y que después de muchos años había acabado alcanzando al plano físico produciéndole problemas de salud y numerosos trastornos, entre ellos unos síntomas menopáusicos prematuros. Provenía de un hogar pobre y un tanto desestructurado y su madre había intentado suicidarse en varias ocasiones a causa de los continuos malos tratos de un marido alcohólico, siendo ella apenas una niña.

Era el ejemplo de una mujer hecha a sí misma, emprendedora y triunfadora, pero que no había podido escindirse de esa carga emocional, a pesar de que transmitía una imagen de sí misma envidiable.

En dos ocasiones le salvó la vida a la madre impidiendo que sus intentos de suicidio terminaran en una muerte inevitable. En la primera de ellas, su madre intentó hacerlo tomando unas pastillas que consiguió que vomitase a tiempo metiendo su pequeña mano en la garganta cuando la madre ya parecía haber perdido la conciencia, el cuarto de baño quedó repleto de pastillas de distintos colores y tamaños a medio digerir, junto con restos de lo que parecía ser un desayuno reciente, el resultado parecía la obra de un pintor abstracto y algo loco. El otro intento, apenas un año después, lo hizo metiendo la cabeza en un horno de gas después de haber sellado la puerta de la cocina y la ventana con precinto, y asegurarse de que estaría sola en casa el tiempo suficiente como para terminar lo que se había propuesto sin interrupciones. Su marido estaba trabajando, y sus tres hijos en el colegio. Todo apuntaba a que esa vez iba a conseguirlo.

Consuelo sabía que el bloqueo emocional que la estaba afectando tenía su origen en esos hechos gracias a la evolución de las sesiones anteriores, la había testado de distintas maneras, y después de varios descartes, todo apuntaba en esa dirección, de manera que lo que pretendía ahora, no era otra cosa que conseguir hacerla revivir con todo detalle, la experiencia más traumática, y para ello necesitaba inducirle una regresión a la infancia, dirigida a ese momento justo en el que ocurrió todo, desencadenando en ese bloqueo, que al principio fue de simple protección, pero que más tarde se convirtió en un serio problema. No era fácil y lo sabía, pero no sería la primera vez que conseguía buenos resultados en un caso similar, y estaba dispuesto a poner todo de su parte para conseguir buenos resultados. Sabía hacia dónde se dirigía, y eso desde luego ya era una gran ventaja porque hasta el momento había tenido que dar muchos palos de ciego para encontrar la dirección adecuada. Conociendo el destino podría ayudarla a llegar al punto que le interesaba con mayor facilidad y rapidez. La dirigiría sin que ella tuviera que andar buscando el camino y de ese modo evitaría que se perdiera en cualquier otra laguna de su memoria.

La habitación que utilizaba para las sesiones de regresión hipnótica estaba un poco apartada del resto, antes no era más que un trastero grande que a lo largo del tiempo había ido teniendo distintas aplicaciones hasta llegar a su uso actual. Era por lo tanto una habitación muy pequeña, sin ventanas y sin apenas ventilación, y estaba prácticamente vacía, solo contenía la camilla, un equipo de música modelo Aiwa de baja gama, muy viejo, que solo reproducía cintas de casete y sintonizaba alguna que otra emisora de radio. En una de las paredes también había una pequeña estantería con libros de todo tipo que había ido amontonando con cierto desorden cuando dejaron de caberle en la biblioteca. La estancia se encontraba en una penumbra cercana a la oscuridad. Consuelo pulsó la tecla del play poniendo en marcha el radiocasete con una vieja cinta de relajación en su interior, que reproducía sonidos de agua y pájaros.

—Muy bien, ahora debes relajarte... —empezó diciéndole con voz suave y tranquilizadora—, cierra los ojos... concéntrate en los sonidos del agua... respira hondo... muy despacio... llena completamente tus pulmones... puede que veas algunos colores... una especie de nubes de colores brillantes que van cambiando de posición como si las arrastrara un viento suave...

—Sí...

—¿Puedes ver a tu madre ahora?...

—No...

—Tranquila... es pronto... sigue escuchando el sonido del agua... y contemplando cómo cambian de color esas nubes... blanco... rosa... azul cobalto... Detrás de esas nubes pronto empezarás a ver el rostro de tu madre... una madre mucho más joven que ya casi no recordabas... es una mujer triste... angustiada... preocupada por ti y por tus hermanos... puedes ver cómo se siente... insegura y con miedo... ¿recuerdas su cabello?... negro azabache... largo... lacio... con ojos oscuros... bonitos y grandes, como los tuyos, pero con la mirada apagada... casi sin vida... que parecen estar mirando al vacío...

—Sí...

—Ahora que está ahí, y ya puedes verla, intenta viajar con ella, acompáñala yendo juntas hacia atrás en el tiempo, cuando tu madre tenía ese aspecto joven que puedes ver y tú apenas tenías unos ocho o nueve años recién cumplidos... cuando tu rostro reflejaba mucha mayor viveza y todavía conservabas intacta todas tus energías y ganas de vivir... ¿Recuerdas las coletas que te hacía tu madre entonces y que tanto te gustaban?... te las ataba con unos lazos de tela enormes... llevabas tus pendientes de botón y ese suéter de cuello redondo con una enorme ancla bordada en el pecho... Puedes ir poco a poco, no tengas ninguna prisa... te será fácil si vas recordando acontecimientos pasados que te lleven hasta allí sin esfuerzo... el día del entierro de tu padre... la celebración de tu boda... el día en que llevaste a tu novio por primera vez a casa de tus padres para presentárselo... ese con el que ya sabías que te ibas a casar nada más conocerlo, aunque había muchas cosas de su carácter que no te gustaban... el día que sin previo aviso dejaste el colegio para ponerte a trabajar y comunicaste tu decisión en casa... algún cumpleaños anterior... dieciséis... quince... catorce... el día de tu confirmación... trece... doce..., intenta que sean cosas relacionadas con tu madre... esos lugares donde la acompañabas cuando ibais de compras... el lavadero público donde cada día lavabais la ropa... o cuando ibais juntas al mercadillo a vender algunas cosas viejas y tus hermanos se quedaban solos en casa... la comunión que tomaste el mismo día que tu hermana pequeña... Y no te preocupes... pronto llegarás al punto que buscamos... Esa tarde, demasiado gris y lluviosa, que daba un aspecto triste a todo y en la que volviste del colegio antes de tiempo porque una sensación en tu interior que nunca antes habías sentido, te dijo que estaba ocurriendo algo malo en casa... Algo o alguien te estaba llamando desde allí... lo notabas dentro de ti..., en tu pecho, mientras la maestra estaba explicando la lección de lengua en la pizarra... ese fue tu despertar sensorial, o al

menos la primera vez que fuiste consciente de que tenías ese don... desde entonces la sensibilidad ha ido en aumento y cada vez has podido sentir más cosas que te afectaban a ti y a tus seres queridos, pero aquel instante debes recordarlo porque fue el principio de todo, y gracias al cual pudiste llegar a tiempo a casa...

—... si...

—Entonces sales corriendo del colegio... sin decirle nada a la maestra... no puedes perder el tiempo en explicaciones ni arriesgarte a que no te deje salir de clase... es invierno y con las prisas dejas olvidado el abrigo y el paraguas... hace frío y llueve un poco, pero ni siquiera te percatas de ello... solo piensas en correr todo lo que tus piernas te permiten... llegas a casa con el suéter de lana empapado, ya sin apenas aliento y abres con tu llave mientras llamas a tu madre... esa llave que siempre llevas al cuello atada con un cordel negro de algodón, y que tu madre te puso durante años cada mañana después de vestirte, como un colgante para no perderla, desde que tenías tres años, cuando ya tu madre te dejaba sola en casa para ir a trabajar... sabes que ella está dentro de casa y sigues llamándola...

—Mamá...

—Pero tu madre no contesta... no puede oírte. Todavía estás en la calle, pero al abrir la puerta hueles a gas de inmediato y tu corazón se te acelera mucho más de lo que ya estaba a causa de la carrera... parece que va a salírsete del pecho... al notar el olor del gas... ¿lo hueles?

—Sí, es gas, hay un escape de gas...

—Enseguida adivinas lo que está ocurriendo y vas a la cocina... está cerrada... intentas abrirla pero te cuesta porque tu madre ha puesto precinto en el contorno para que el gas se concentre más en el interior de la cocina y no se escape al exterior... esta vez ha querido asegurarse de que todo le saliera bien...

—*Mamá, no me dejes sola, mamá...* —dijo con voz de niña.

—Tú eres solo una niña y tienes que hacer mucha fuerza hasta conseguir que se despegue el precinto y la puerta se abra... ¿oyes ya el ruido del precinto que empieza a despegarse?... cuando al final lo consigues, suena como un crujido que a ti te parece atronador, como una explosión...

La mujer empezó a gemir sobre la camilla, era un gemido que recordaba a una niña muy pequeña que comenzaba a llorar. Movía la cabeza de lado a lado con desesperación y las piernas le temblaban. Agitaba los brazos espasmódicamente, como si estuviera sufriendo un ataque de epilepsia.

—¿Lo ves?, al final has podido abrir... ¿has oído el ruido del

precinto al despegarse?... ¿ese crujido desgarrador?...

—... si...

—Ahora ya puedes ver a tu madre, está en el suelo, con la cabeza dentro del horno de gas que está abierto...

—... Maxbel... —seguía murmurando la mujer en la camilla con voz infantil.

La mujer estaba recordando la marca del viejo horno, seguramente lo estaría visualizando en esos momentos desde su pequeño cuerpo de niña, un horno de los años cincuenta que en aquellos días ya estaba anticuado porque lo habían conseguido en una casa abandonada de las afueras cuando llegaron para instalarse en su nuevo destino. Su padre lo había transportado en una carretilla prestada de una obra vecina. El horno era blanco y estaba lleno de desconchones de color negro en las esquinas redondeadas, algunos de ellos ocasionados en ese último transporte.

Todo parecía estar funcionando a la perfección y Consuelo sentía una cierta emoción al ver cómo transcurría la sesión, no había esperado conseguir tanto. Cierto que la mucha información sobre lo ocurrido, averiguada y recopilada en sesiones anteriores, ahora le permitía conducirla firmemente como si se tratase de un viaje organizado en el tiempo, y eso impedía que la mente de su paciente divagara demasiado o se perdiera en otras épocas o en acontecimientos menos importantes no relacionados con el problema.

—Sabes que tienes que sacarla de allí pero el olor a gas es muy fuerte dentro de la cocina... a pesar de que eres una niña, tú sabes que eso es muy peligroso y que puedes perder el conocimiento si estás mucho rato allí dentro... incluso podría explotar si se produjese alguna chispa. Eso sería fatal para tu madre y para ti, ambas podéis morir si no haces algo para evitarlo.

La mujer seguía moviéndose inquieta en la camilla, sollozando, las lágrimas le caían por los laterales de sus ojos que mantenía cerrados con fuerza. Parecía desesperada y a punto de derrumbarse.

—No te preocupes porque sabes lo que tienes que hacer primero, antes de sacar a tu madre de allí debes abrir la ventana para que la corriente se lleve el gas acumulado... coge esa silla que hay al lado de la puerta y súbete a ella para poder abrir la ventana... te cuesta porque también allí ha puesto precinto tu madre, pero al final lo consigues con otro crujido... luego has de cerrar la botella de butano para que no siga saliendo el gas... sabes cómo hacerlo... la has visto hacerlo muchas veces a tu madre, siempre ha sido muy cuidadosa en eso y la cierra cada vez que termina de cocinar porque uno de los

quemadores tiene una pequeña fuga que tu padre nunca consiguió reparar...

—*... mamá...*

—Ahora que la ventana está de par en par sales corriendo a abrir también la puerta de la calle, quieres que la corriente sea mayor y que todo el gas salga de la casa cuanto antes... que se vaya lejos de allí y deje de ser una amenaza... luego vuelves a la cocina... allí está tu madre... sigue inmóvil... no puedes verle la cara porque está todavía dentro del horno...

—*... mamá..., ¡mamá!...*

—Tienes que sacarle la cabeza de dentro para que pueda respirar... ni siquiera sabes si sigue con vida pero tienes que intentarlo... debes intentar salvarla... por eso has salido corriendo del colegio, ¿recuerdas?... algo te decía que estaba ocurriendo una desgracia en tu casa y por eso has acudido... es tu destino y tienes que enfrentarte a él.

—*¡Mamá!, ¡mamá!... ¡mamá!...*

—Tiras de las piernas con todas tus fuerzas, en realidad lo haces con muchas más fuerzas de las que tienes... hasta que consigues verle la cara... la tiene manchada de hollín... ella empieza a toser... ¡está viva!...

—*Sí, mamá. ¡Despierta!, ¡despierta, mamá!, ¡soy yo!*

Consuelo seguía hablándole muy suavemente, despacio, con pausas, como si le estuviera hablando a la niña de ocho años.

—Está todo bien... está todo bien... ya ha terminado todo... lo has conseguido... has conseguido salvar a tu madre otra vez... pero esta vez será la definitiva... sabes que nunca más volverá a intentarlo... sabes que conseguirás convencerla de eso... Ahora relájate, la cocina está ventilada y no hay peligro, el frío de la calle ha penetrado expulsando todo el gas... ahora solo huele a humedad... a lluvia y calle mojada... hierba y asfalto... tu madre ya respira mejor... el aire fresco le sienta bien... sigue tosiendo... y abre los ojos...

—...

—Ahora es cuando ha llegado el momento de perdonar a tu madre... has comprendido que ella no quería abandonaros, ni a ti ni a tus hermanos... simplemente no sabía qué hacer... estaba confundida, desesperada. Siempre había intentado protegeros de vuestro padre... y a pesar de todo quería seguir haciéndolo, pero no pudo soportarlo por más tiempo... Ahora que la has salvado, no solo le has devuelto la vida sino que le has dado muchas más fuerzas, es ahora cuando se dará cuenta de lo importante que es para ti, para vosotros. También es importante que perdones a tu padre, él no

quiere haceros daño, pero la bebida lo trastorna y deja de ser él para convertirse en otra persona... tenéis que ayudarlo a que deje de beber y sabes que tu madre y tú lo vais a intentar... pero lo más importante ahora, en estos momentos, es que consigas perdonarlo por todo el daño que os ha hecho... por lo que le ha hecho a tu madre...

La mujer empezó a agitarse menos, sus músculos se estaban relajando poco a poco, Consuelo salió de la sala dejando la música enchufada y sin variar para nada la intensidad de la luz que seguía muy baja.

La dejaría descansar unos minutos antes de traerla de vuelta. No era una sesión definitiva, o tal vez sí, había ido muy bien, pero lo más importante para desbloquear el trauma de la niñez era conseguir que perdonara, tanto a su padre, ya fallecido, como a su madre que todavía vivía, y luego tendría que perdonarse a sí misma por no haber sabido perdonar antes a los demás, por haber arrastrado durante tanto tiempo ese rencor, mezcla de miedo y odio infantil que todavía perduraba. Era muy importante alcanzar ese perdón porque Consuelo estaba convencido de que todo el bloqueo emocional provenía de esa enorme coraza que la niña había colocado a su alrededor para sobrevivir a tanto horror, y aunque la sesión había sido todo un éxito, Consuelo sabía por experiencia que esa última fase, la del perdón, no siempre se conseguía a la primera, puede que aún tuviese que someterla a otras sesiones antes de que el trauma desapareciera, pero ya había conseguido mucho, era cuestión de ver cuál era la evolución en los próximos días, lo más difícil en las semanas anteriores había sido determinar el origen del trauma, porque ella ni siquiera se acordaba de esos hechos, salvo de manera muy difusa. Ni siquiera había intentado perdonar a su padre hasta hacía muy poco, y aunque todavía no había podido hacerlo, Consuelo pensaba que eso pronto cambiaría, puede que en esa misma sesión los resultados fueran tangibles, ya estaba volviendo todo a la normalidad y se encontraba convencido de que cuando terminara el tratamiento lo recordaría como uno de sus logros profesionales más gratificantes.

Cerró la puerta tras de sí y en ese preciso instante sonó el teléfono. Corrió para cogerlo y evitar que siguiera sonando, no quería que su paciente saliera de la sesión de manera brusca. Ese maldito teléfono; tendría que volver a las buenas costumbres y desenchufarlo cada vez que estuviera trabajando con sus pacientes. En momentos como ese era cuando echaba tanto de menos a su ayudante Jaime y lamentaba no haber podido conservarlo a su lado.

—Dígame —su voz sonaba agitada por la pequeña carrera. Definitivamente no estaba en forma, y cualquier esfuerzo, por pequeño que fuera resultaba excesivo para él.

—¿Consuelo?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Soy el inspector Gregorio, no nos conocemos. Le llamo de parte del comisario Pablo.

—Sí, dígame.

—Es sobre lo que comentó con él, nosotros ya hemos hablado con la persona a la que hay que hipnotizar y está de acuerdo en que sigamos adelante.

Consuelo se preguntaba por qué no lo llamaba el comisario para decírselo. No le gustaba que lo llamase alguien a quien no conocía y con el que no había hablado del asunto, ¿cómo podía saber que quien llamaba era quien decía ser?

—Tenga en cuenta que le pedí al comisario un documento firmado. No quiero responsabilidades posteriores por mi intervención en este asunto.

—No se preocupe, lo tendrá. Le llamaba porque queríamos saber si le venía bien que lo organizáramos para mañana mismo en comisaría.

—Sí, pero le dije al comisario que tendría que venir a recogerme.

—Sí, me lo ha dicho también. Tendríamos al testigo dispuesto sobre las seis de la tarde, ¿le vendría bien que pasáramos a recogerlo a usted sobre las cinco?

—¿Mañana?

—Sí, si le viene mal podemos intentar ajustarlo para otro día, pero sinceramente, preferiríamos hacerlo lo antes posible para que no cambie de opinión el testigo, nos ha costado bastante convencerlo y no parece que le guste mucho la idea de que lo hipnoticen.

—Bien, bien, no tengo ningún compromiso, pero no quiero ir en un coche de policía.

Gregorio rio en silencio al otro lado de la línea, el comisario ya le había advertido de ello.

—No se preocupe, ya me lo ha dicho el comisario, dice que tal y como se comprometió, irá él con su coche para acompañarlo a comisaría, y al terminar lo traerá de vuelta a casa.

—En ese caso le espero. Me dijo también que me darían un pequeño guion con las preguntas que hay que hacer —si lo hubiera llamado el comisario no tendría que estar recordándole todos los detalles, y eso le ponía de mal humor, cosa que empezaba a notarse en el tono de su voz.

—Se lo dará mañana el comisario. Las preguntas serán pocas y claras, no se preocupe por ello.

—¿Quién se encargará de tomar notas de todo?

—Estaremos en el interrogatorio el comisario y yo, y puede que algún oficial, pero la sesión será grabada en video.

—...

—¿Algo más?

—No, por mi parte todo está bien.

2

Riki no había podido dormir en toda la noche, y tampoco dejó dormir a su mujer porque no paraba de moverse en la cama. Estaba muy inquieto pensando en la reunión que había tenido lugar en la cervecería, y lamentando haberse dejado coaccionar por el inspector y por su amigo José Antonio.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó ella malhumorada.

—Nada, no me pasa nada.

—Pues déjame dormir ya de una vez, yo tengo que ir a trabajar.

—Y yo, cariño, y yo.

—Pues no lo parece.

—Oye, a ver si te piensas que no me duermo porque no quiero.

—¿Quieres que te dé alguna pastilla?, debo tener algo para dormir en el botiquín.

—No, quiero tener la cabeza despejada mañana.

—¿Mañana?, querrás decir dentro de un rato.

—Pues eso, cuando me levante.

—¿Qué tienes que hacer?

—Ya te lo dije, mañana... hoy, es cuando tengo que ir a declarar otra vez a la policía.

—Vaya, no me acordaba. ¿Y por qué no los has enviado a hacer puñetas? No me parece bien eso de la hipnosis, ¿no tendrá efectos secundarios?

—No tengo ni idea, supongo que por eso estoy nervioso, no me hace ninguna gracia, pero no he podido negarme... y eso que lo he intentado.

—Te has dejado manipular, eso es muy propio de ti.

—No te voy a llevar la contraria en eso, tienes toda la razón. El inspector fue muy hábil y me metió en una encerrona. ¿Cómo iba a negarme estando José Antonio mirándome con ojos de cordero degollado mientras el inspector insistía en que era para ayudarlo?

—¿Y por qué se supone que eso lo va a ayudar en algo?

—Imagino que sospechan de alguien más, pero no pueden demostrar que ese día estuviera en la cervecería, tal vez si puedo reconocer a alguno de los de las fotos, eso desvíe la atención de José Antonio. Ten en cuenta que no está en la cárcel de milagro porque sigue siendo el mayor sospechoso, de hecho creo que no han detenido a nadie más.

—Tiene lo que se merece, si mantuviera la bragueta abrochada, esas cosas no le pasarían, pero es que los hombres os volvéis gilipollas cuando oléis a una mujer ajena. Sois como animales en celo.

Riki le había contado lo sucedido en la cervecería el mismo día que detuvieron a su amigo, y eso ya fue motivo suficiente de bronca, entre otras cosas porque ella no tenía claro si él participaba de la juerga o no, y daba por hecho que todo el grupo de amigos salía con mujeres cada vez que se juntaban. Si ya tenía dudas sobre su fidelidad antes de eso, desde entonces la desconfianza era todavía más patente y su actitud resultaba insufrible.

—Son cosas que pasan, mujer.

—Sí, y supongo que a ti también te pasarán, ¿no? Como a todos los hombres.

—Ya te dije que solo nos reunimos a tomarnos unas cervezas y a hablar, a pasar un rato juntos cada semana, eso es todo, que no nos vamos de putas, joder... ¿Cómo quieres que te lo diga?

—No, si ya veo que no os hace falta que os vayáis de putas, porque putas por lo visto hay en todas partes.

—José Antonio tampoco se acerca a la primera que pilla...

Estuvo a punto de decirle a su mujer que la muerta no era ninguna puta, pero no hubiera servido de nada, para ella, cualquier mujer que se acostaba con un hombre casado era una puta, cobrara o no por ello, tanto si ella era quien seducía como si se dejaba seducir, la definición era la misma: puta.

—¿Y tú?, ¿te acercas tú a la primera que pillas?, ¿o te esperas a elegir?

—Mira, no tergiverses mis palabras, podría no habértelo contado y nos hubiéramos ahorrado todo esto. No entiendo por qué hemos de discutir por algo que yo no he hecho.

—Sabes que me hubiera acabado enterando, además, lo que me molesta es que me lo contaste cuando detuvieron a José Antonio, si de verdad me lo hubieras querido contar lo hubieses hecho el mismo día. Te viste forzado a dar explicaciones, eso es todo.

En eso su mujer tenía razón, él siempre había intentado evitar

iniciar conversaciones en las que sabía que podía salir perdiendo. No se trataba de no contarle nada a su mujer, pero tampoco estaba dispuesto a contárselo todo.

—Lo importante es que te lo he contado, ¿no? —intentó capear la situación.

—¿Su mujer ya lo sabe? —cambió ella de dirección en la conversación.

—Y yo qué sé.

—A mí me da igual porque ni la conozco, pero estoy segura de que habrá tenido que justificarle de algún modo la detención.

—Pues algo le habrá dicho, pero no lo sé, ¿no ves que nosotros no nos veíamos desde el día que lo detuvieron?, y ahora nos hemos vuelto a ver porque nos ha llamado el inspector, pero comprenderás que ni era el momento ni el lugar de hablar de su mujer, ¿no te parece?

—A mí lo único que me parece es que sois todos unos golfos, y como algún día me pegues cualquier cosa, te la voy a cortar de cuajo y se la tiraré a los gatos junto con el Friskies para que se la coman.

—Joder, qué desagradable te pones a veces.

—Yo al menos no te pongo los cuernos.

—Pues mira, eso yo tampoco lo sé, a ver, ¿por qué me tengo que fiar yo de ti si tú no te fías de mí?

—La respuesta a eso es obvia, porque yo soy de fiar y tú no.

—Sí, claro, muy obvia, para ti todo es muy obvio, ya lo veo. Tienes una manera muy sesgada de ver las cosas, pero estás equivocada, que lo sepas, eso de que te creas siempre en poder de la razón hace que no te comportes con justicia, aunque no quieras admitirlo.

—Tú sabrás.

—Además, ¿por qué no hemos hecho el amor desde ese día? ¿Me estás castigando por algo? José Antonio le pone los cuernos a su mujer y acabo pagándolo yo con abstinencia continuada, no es justo tampoco.

—No me apetece, ya no tenemos veinte años.

—Pues algo tendremos que hacer, que tampoco tenemos noventa, ¿no te parece?

En ese momento sonó el despertador, era más tarde de lo que ambos pensaban y por lo visto ya debían de ser las siete de la mañana. Riki no solo no había dormido en toda la noche sino que había tenido que soportar una desagradable discusión con su mujer, era lo único que le faltaba para ir todavía más nervioso a la policía. No sabía por qué, pero a pesar de que parecía no tener motivos para ello, estaba muy intranquilo por lo que iba a suceder. Suponía que

no tenía nada que esconder, pero ¿qué le preguntarían? ¿Eso de la hipnosis funcionaría como lo del suero de la verdad de las películas? ¿Contestaría a cualquier cosa que le preguntaran? ¿Y si era alguna especie de trampa y no se limitaban a preguntarle por los hombres de las fotos?

No las tenía todas consigo y aún se planteaba la posibilidad de volverse atrás. ¿Qué pasaría si llamaba al inspector y le decía que no pensaba ir al interrogatorio? ¿Cómo se lo tomaría? ¿Y José Antonio?, ¿cómo lo interpretaría él? ¿Como una traición?

3

Cuando la policía le preguntó por esos dos individuos de las fotos, se había comportado como un imbécil afirmando rotundamente que no los había visto nunca. Tendría que haber contestado que le sonaban de algo, que podía haberlos visto en la cervecería esa noche. ¿Por qué no? Después de todo, era lo que buscaba la policía, más sospechosos, y por culpa de su respuesta seguía siendo él, el principal de todos, el único al que habían detenido y el único que parecía estar a un paso de la cárcel. ¿Por qué tenían que pasarle esas cosas? Estaba en libertad, sí, pero el papel que le habían dado lo decía muy claro: “Libertad provisional con cargos”.

¡Qué mal sonaba eso, por Dios!, *libertad provisional*, eso era tanto como decir que estaba *temporalmente libre* y que muy pronto lo iban a meter en la cárcel. Y encima tenía que comparecer cada semana en el juzgado como un delincuente cualquiera. Nunca se había visto en una situación de ese tipo y desde el mismo momento de la detención no daba pie con bola, era incapaz de concentrarse en nada.

Tenía pesadillas en las que él mismo era un presidiario, pero no un presidiario cualquiera, sino un presidiario como Edmundo Dantés[23], recluido de por vida en el castillo de If, con una barba de años, canosa, sucia y reseca, y una melena hasta los hombros en las mismas condiciones, descalzo, harapiento, desnutrido y olvidado en una celda oscura, húmeda y fría, de gruesas paredes de piedra. Sabía que las cárceles actuales no eran así, al menos las españolas, pero sus miedos apuntaban siempre al peor de los horrores que su mente era capaz de imaginar.

Cada mañana se hacía la misma pregunta frente al espejo: *¿Por qué ha tenido que cruzarse en mi camino esa maldita mujer?*

Por haber tropezado con ella esa noche en la cervecería, estaba ahora a un paso de la cárcel y había destrozado su matrimonio. El

policía le había aconsejado que se lo contara a su mujer, insistiendo en que eso era lo mejor... y él le hizo caso, pero desde luego no había sido una buena idea.

Se preguntaba por qué había seguido el consejo de un policía. Nunca tendría que haberle contado nada a su mujer, de hecho nunca lo hacía, y no es que le pusiera los cuernos a diario, pero cuando surgía alguna oportunidad solía aprovecharla, eso era todo, nada del otro mundo. ¿Qué había de malo en ello? Después de todo, la vida son cuatro días y no está precisamente llena de placeres diarios a diestro y siniestro que uno pueda estar disfrutando siempre. ¿Qué daño hacía a nadie acostándose de vez en cuando con otras mujeres? No entendía a qué venía eso de darle tanta importancia a según qué cosas. Ni siquiera era amor, era solo sexo, simple y puro sexo, algo tan pasajero como ir al fútbol o comerse una mariscada en los Tres Mares.

A raíz de su estúpida y precipitada confesión íntima, su mujer ni siquiera le dirigía la palabra, precisamente ahora, cuanto más necesitaba su apoyo por la angustiosa situación que estaba viviendo. Que ella le diera la espalda en esos momentos lo dejaba indefenso, porque lo admitiese o no, siempre se había sentido arropado, y en cierto modo protegido por su mujer, podía parecer poco varonil, pero era cierto, siempre le había apoyado con consejos, quitándole importancia a los problemas y haciéndole ver las cosas de manera positiva. Y en un instante, todo, incluso su esposa, se había vuelto en contra suya por otra mujer, una mujer muerta que ya no le importaba a nadie.

¿Cambiaría las cosas la declaración bajo hipnosis de Riki? Tal vez, con un poco de suerte, Riki identificaría a alguno de esos hombres y eso haría que mirasen hacia otro lado. Necesitaba un respiro, y la declaración de Riki podía dárselo. Pero ese respiro sería solo en cuanto a sus problemas con la justicia, pero en nada afectarían a los problemas conyugales, pasara lo que pasara con el interrogatorio, en nada cambiaría el hecho de que él hubiera tenido sexo con la víctima, y lo que su mujer no soportaba era eso. De hecho, sobre la posibilidad de que la hubiera matado él o no, ni siquiera habían hablado en ningún momento. José Antonio se preguntaba por qué, ¿era porque lo consideraba incapaz de matar a nadie, o porque daba por hecho que había sido él y no quería oír excusas vanas? Nunca se había atrevido a preguntárselo porque no estaba preparado para recibir, según qué respuesta.

♦

Roberto no había abierto la boca en todo el rato que duró la reunión y la reconstrucción de los hechos en la cervecería, y no lo hizo porque le parecía surrealista. El simple hecho de que hubiera aparecido muerta una mujer en el cuarto de baño del lugar al que iban cada semana a tomarse unas cervezas, y que además uno de sus mejores amigos resultase detenido como sospechoso de asesinato, le parecía inconcebible, extraño e irreal, como si se tratara de una pesadilla de la que no conseguía despertar por mucho que lo intentara.

Esa sensación de irrealidad hacía que fuera incapaz de implicarse en el asunto y de sacar sus propias conclusiones sobre lo sucedido. ¿Qué había pasado realmente? ¿Podría en verdad haberla matado José Antonio? La policía lo había detenido y el juez lo había soltado, pero seguía siendo sospechoso, el principal sospechoso de entre todos los posibles. Pero a pesar de todo, él no veía cómo podría haberlo hecho José Antonio y salir luego del cuarto de baño sin manchas de sangre, pero cosas más extrañas había leído en las novelas de Agatha Christie que tanto le gustaban. Pruebas aparte, se había preguntado si José Antonio sería capaz de matar a alguien de ese modo, a sangre fría, a escasos metros de sus amigos, y con tal ensañamiento. ¿Era José Antonio un perturbado? A veces los psicópatas tenían un aspecto de lo más normal y llevaban una vida corriente. ¿Podría ser el caso de su amigo? Después de haberlo pensado con detenimiento, fue incapaz de contestarse a sí mismo, llegando a la conclusión de que a pesar de ser un amigo de la infancia, no lo conocía en absoluto. Recordaba con preocupación aquella vez en la que se escaparon de clase y José Antonio lo llevó a un lugar donde había unos sapos enormes. Él nunca los había visto tan grandes. Entonces, sin nada que pudiera advertirle de lo que iba a suceder, José Antonio cogió una piedra enorme, y levantándola por encima de su cabeza, la lanzó sobre los sapos destrozándolos mientras se reía. Era una de esas cosas que creía olvidadas pero que ahora, intentando analizar la personalidad de su amigo, recordó con detalle. ¿Tenía algún significado? ¿Ya apuntaba entonces maneras de psicópata?, pero por otra parte, ¿quién no ha sido cruel cuando niño?, ¿quién no ha pegado patadas a los perros o ha matado pájaros con tirachinas por el simple placer de verlos caer?, no, no quería dejarse llevar por esos pensamientos, y desde luego no lo comentaría con nadie, no quería empeorar la situación de su amigo y no iba a ser él quien lo juzgase.

De una manera u otra, aquello iba a cambiarles la vida a todos,

sobre todo si José Antonio acababa en la cárcel. No sabía lo que pensaban los demás, pero desde luego, él estaba muy confuso, tal vez si no hubiese bebido tantas cervezas aquella noche podría ver las cosas con mayor claridad, pero las imágenes eran neblinosas, como las de un recuerdo muy antiguo. Le gustaría poder recordar mejor los detalles, haber podido identificar a alguno de los tipos de las fotos, cualquier cosa que pudiera ayudar a José Antonio, pero su mente estaba bloqueada, tal y como solía ocurrirle cada vez que se pasaba con la bebida y olvidaba cosas. Su mujer insistía en que tenía un problema, que se estaba convirtiendo, si no lo era ya, en un alcohólico, claro que él se lo negaba, se lo negaba a ella y se lo negaba a sí mismo, pero la duda de que pudiera tener un serio problema con la bebida iba tomando fuerza cada día más, cuando se juntaba con sus amigos, al menos una vez por semana, acababa bebiendo más que cualquiera de ellos, sin proponérselo y sin ser muy consciente, pero ocurría en cada ocasión... una y otra vez. El resto de la semana, salvo algún festivo o celebración, no solía emborracharse, pero bebía alcohol en cada comida, incluyendo el desayuno, y tomaba un par de carajillos al día, y por las tardes, después del trabajo, al llegar a casa, no pasaba ni un solo día en que no bebiera un güisqui o un gin tonic, por lo menos. ¿Lo convertía eso en un alcohólico? Alguien le había dicho que solo si era incapaz de dejar de hacerlo cuando quisiera, y él se había limitado a pensar que eso era así, que podría dejarlo cuando le viniera en gana y por lo tanto no era un alcohólico, pero ¿acaso lo había intentado alguna vez? ¿Y si no lo había hecho porque en el fondo sabía que era incapaz de dejarlo?

Fuera lo que fuese, alcohólico o no, se alegraba de no haber sido el elegido para la sesión de hipnosis, puede que eso ayudara a su amigo, pero él se hubiera sentido muy mal de haber tenido que hacerlo, especialmente por no recordar gran cosa de esa noche... y bien mirado, tenía miedo de recordar. Tal vez fuese mejor mantenerse en la ignorancia más absoluta, lo más alejado posible de todo lo ocurrido, respetar las neblinas ocasionadas por el exceso de alcohol. En ese aspecto parecía haber tenido más suerte que Riki, y desde luego, mucha más suerte que José Antonio, y le gustaba, al menos por una vez, sentirse en cierto modo como el privilegiado del grupo, porque a veces temía ser una especie de Jeckyll y Mister Hyde y no recordar durante el día lo que pudiera hacer por la noche por culpa de sus excesos con la bebida. Por un momento, un estremecimiento recorrió su espalda, desde la nuca hasta el coxis. ¿Y si era él el asesino?

5

Se sentía culpable por ser quien más había influido en la decisión de Riki. Había dicho clara y repetidamente que no quería someterse a la hipnosis, y ahora Juanjo tenía remordimientos de conciencia porque pensaba que su insistencia en que eso podría ayudar a José Antonio había pesado demasiado en la decisión tomada por su amigo.

Y se sentía culpable porque había actuado un poco desde la distancia y la seguridad que le daba el hecho de que en ningún momento él había sido considerado sospechoso de nada, y por el hecho de que no parecía probable que quisieran hipnotizarlo a él. Estaba viendo la corrida desde la barrera y eso era muy cómodo y fácil, gritar desde allí al torero lo que tiene que hacer parece sencillo, siempre y cuando no sea uno el que tenga que enfrentarse a seiscientos kilos de puro músculo. ¿Es así como nos comportamos todos tan a menudo?

¿Cómo hubiera reaccionado si lo hubieran elegido a él para la hipnosis y Riki hubiera dado el tostón para convencerlo de que era lo mejor para ayudar a su común amigo José Antonio? ¿Hubiera aceptado someterse al experimento sin más? En el fondo pensaba que no, y eso era lo que más le concomía, haber empujado a otra persona a hacer algo que él mismo no hubiera querido hacer de encontrarse en su lugar. Le parecía cuanto menos, ruin y rastrero, falso, y él no se consideraba así... hasta ahora.

¿Podía ser uno tan miserable y comportarse tan falsamente sin saberlo? Tal vez no queremos darnos cuenta de ello y ese tipo de cosas solo se vislumbraban en situaciones especiales, en momentos en los que alguien se ve obligado a tomar una decisión o está muy cerca de quien debe tomarla, y el resto del tiempo uno se comporta de forma políticamente correcta. Pero al final todo parece una fachada que se mantiene frente a los demás, y que a poco que se rasque acaba derrumbándose destrozando lo que pilla debajo de ella.

Estaba claro que el policía, sin parecer demasiado listo, o tal vez precisamente por ello, había sabido jugar sus cartas a la perfección, pero puede que si él no hubiera intervenido dando sus “sabios” consejos, la cosa hubiera terminado de otro modo muy distinto.

Tendría que haber actuado como Roberto, que había sido el más cauto y prudente de todos, sin abrir la boca para nada. Al menos, de ese modo, Roberto no se sentiría culpable por haber influido en una

decisión polémica y quién sabe si equivocada. ¿Por qué tenía que meter siempre la pata? Ponía buena voluntad, hacía lo posible para que todo saliera bien, y a pesar del empeño, siempre acababa torciéndose alguna cosa. En teoría era un obseso de la perfección y un tanto moralista, pero al final siempre se acababa demostrando que no era más que un iluso, alguien que parecía vivir en otro mundo y cuyas teorías nunca eran del todo aplicables a la vida real. Pero no escarmentaba, metía la pata, se arrepentía de ello, se prometía a sí mismo que no volvería a hacerlo, y bastaba una nueva ocasión para volver a tropezar, y lo peor de todo era que creía estar haciendo siempre lo mejor, lo más adecuado y positivo para todo el mundo. Ahora el daño ya estaba hecho... una vez más. Había influido en una decisión ajena, aconsejando hacer todo lo contrario de lo que él hubiese estado dispuesto a hacer.

¿Y si salía algo mal en la sesión de hipnosis? Hay gente que con mayor o menor éxito se somete a ella para cosas mundanas como dejar de fumar, o como apoyo en regímenes alimenticios, pero había oído hablar de algún caso en el que el individuo hipnotizado no había podido regresar, quedando como un vegetal para el resto de sus días, en una especie de coma clínico irreversible. No sabía si se trataba de algún tipo de leyenda urbana o no, tal vez era algo que circulaba por internet como tantos otros bulos, pero temía que hubiera una parte de verdad en la historia y que le pudiera pasar algo así a Riki. Si ahora se sentía culpable, ¿cómo se sentiría si ocurría una desgracia como esa? ¿Sería capaz de perdonarse a sí mismo alguna vez? Tenía la sensación de que el policía lo había manipulado y era quien había promovido su intervención, en ese caso, de un modo u otro los había manipulado a todos.

Otra cosa que le preocupaba, era el cambio de criterio de última hora del policía, cambio que le reafirmaba en la posibilidad de que los hubiese manipulado a su antojo. Al principio parecía claro que a la sesión de hipnosis iría solo Riki, y en cambio acababa de recibir una llamada de un oficial de policía diciéndole que el comisario y el inspector le esperaban en comisaría, querían que todos estuviesen presentes. ¿Era algo que había surgido sobre la marcha o desde el principio querían tenerlos a todos allí y se lo habían callado para hacer más fácil la negociación? ¿Por qué?, ¿para qué? Suponía que no sería para hipnotizarlos a todos, pero tal vez quisiesen analizar sus reacciones en cada momento. Eso no le gustaba nada.

Ver de nuevo a la policía metida en su local no le hizo ninguna gracia, y mucho menos que quisieran hacer una reconstrucción de los hechos, en pleno horario comercial y en presencia de otros clientes. Intentaba hacer buena cara y ser positivo, pero cada vez estaba más convencido de que toda esa historia iba a acabar con su negocio. Las mujeres no se sentirían seguras yendo solas a un lugar donde podían matarlas mientras se empolvaban la nariz en el cuarto de baño, no, desde luego eso no parecía una buena publicidad, además, el asesinato podría ejercer el efecto contrario y atraer a todo tipo de perturbados, lo cual derivaría en un problema de convivencia con otros clientes a los que acabaría perdiendo. Algunos días no hacía más que darle vueltas a esas cosas, al temor de quedarse sin trabajo, de tener que cerrar el negocio y acabar endeudado para toda la vida sin saber hacer nada más que poner copas y llenar jarras de cerveza. Lo mirase como lo mirase, el hecho de que esa noche hubiera decidido acudir esa mujer a su local había resultado nefasto, y no solo para ella.

¿A qué venía ahora toda esa historia de la reconstrucción después del tiempo transcurrido? ¿Qué pretendía el policía con eso de hipnotizar a sus clientes? ¿Esas cosas no pasaban solo en las películas americanas? Un policía español hablando de hipnotizar a un testigo, ¿dónde se había visto eso?

No sabía muy bien por qué, pero le preocupaba lo que pudiera salir de aquella extraña declaración. ¿Qué preguntas le harían a Riki? ¿Le preguntarían algo relacionado con él?, cosas como a quién había atendido y cómo, o si había entrado al cuarto de baño de mujeres en un momento dado, o si había mirado a la víctima de manera lasciva. No le gustaba, no le gustaba que pudieran preguntarle cosas que le afectaban a él, y menos que lo hicieran hipnotizando al testigo. ¿Cómo eran de fiables ese tipo de interrogatorios? A él le parecía una fantochada, y no pudo evitar pensar que estuviesen montando el numerito para ver cómo reaccionaba, como tampoco pudo evitar pensar en ese tipo de cosas porque no le había gustado cómo lo había mirado el sargento. Había sido una mirada muy desagradable, en cierto modo acusadora, como diciendo: “sé lo que hiciste”.

La reunión, o reconstrucción de los hechos, o como quisieran llamarla, en un primer momento parecía no haber ido con él, pero tal vez en eso se equivocaba, tal vez el policía pretendía algo que no alcanzaba a entender, y no había nada como no entender algo para que la imaginación se disparase en cualquier dirección.

7

♦

Adela había salido a dar una vuelta por Valencia. Ya le había anunciado que seguiría viaje muy pronto. Era una lástima, se sentía a gusto con ella, además de que la experiencia sexual le había resultado gratificante, y no es que estuviese pensando en establecer una relación estable, ni con ella ni con ninguna otra, pero ese retorno al sexo parecía haberlo rejuvenecido por unos momentos, y algo que no había necesitado durante años, ahora se le antojaba seductoramente atractivo y le gustaría repetirlo. Si al menos se quedase unos días más, podría sentir lo que era disfrutar de la compañía femenina, y eso le atraía, por mucho que conociera la parte negativa de cualquier relación.

A diferencia de John, Adela no tenía el equipaje cerrado con llave, tal vez por ello, no había sentido la necesidad imperiosa de registrarlo. Aun así, estaba aprovechando la ausencia de Adela para registrarlo, pero no porque esperase descubrir nada importante en la maleta, ni porque se sintiese amenazado como le había ocurrido con John, sino por simple curiosidad.

Era una maleta normal, salvo por el tamaño, era muy grande, y más teniendo en cuenta lo menuda que era Adela, pero casi todo lo que llevaba dentro era ropa, mucha de ella hecha un ovillo, seguramente ropa sucia que esperaba la oportunidad de ser lavada. Había de todo en el enorme batiburrillo, pero lo que más abundaba era la ropa interior. No pudo resistir la tentación de coger una de esas bragas, lo hizo con delicadeza y cierta reverencia, y por un momento estuvo a punto de llevárselas a la cara para olerlas, pero se sintió avergonzado hasta el extremo de ruborizarse, y volvió a dejarlas donde estaban. Había también algunos libros de bolsillo, todo novela romántica, un cargador de móvil, pañuelos de papel, y poco más. En un bolsillo interior descubrió un vibrador, unas pilas de recambio, unas bolas que nunca antes había visto, pero que supuso que serían bolas chinas, un bote de líquido lubricante y unos condones. Ahora que lo pensaba, no habían usado condón, no había llegado a correrse dentro de ella, pero, ¿qué pasaba con el sida? Se habían comportado de forma demasiado despreocupada. Sabía que él estaba sano, al menos en lo que se refería a enfermedades venéreas porque llevaba mucho tiempo practicando la castidad, pero ¿cómo saber que ella no tuviera algo? Había sido un inconsciente.

En definitiva, se trataba de un equipaje poco común para lo voluminoso que era. Cerró de nuevo la maleta y volvió a su cuarto.

Tendría que ir pensando en salir a comprar porque ya no quedaba casi nada para comer, pero lo cierto era que sentía mucha pereza y no le apetecía en absoluto abandonar el piso.

Se sentó en la cama mientras toqueteaba la pistola que había cogido del equipaje de John. Le gustaba acariciarla, tenerla en sus manos de vez en cuando y notar el frío metal y su considerable peso. Sostenerla en las manos le hacía sentirse bien, pero tendría que haberse desecho de ella enseguida, conservarla era una locura, y más sin saber qué habría podido haber hecho John con ella antes de morir. Podría haber sido utilizada en multitud de asesinatos y si la encontraban en su casa llena de sus propias huellas, acabarían acusándolo a él de todo. Era lo que tenían las pruebas circunstanciales, que podían llevar con facilidad a una mala interpretación. Tendría su gracia que no lo acusaran del crimen de John, y en cambio lo encerraran de por vida por los posibles crímenes que John hubiera cometido con esa pistola.

Pero en el fondo no era eso lo que más le inquietaba con respecto del arma, su inquietud iba mucho más allá, no a lo que John pudiese haber hecho con ella, sino lo que él mismo pudiera haber protagonizado. Había vuelto a recordar la imagen de la mujer con la marca circular en la frente, y a esas alturas era incapaz de distinguir si se trataba de un recuerdo, de una alucinación, o de algo que había podido “leer” en la mente de otra persona, o incluso la posibilidad de que fuera un sueño, de que se hubiera dormido en un momento dado y hubiera acabado soñando con ello. Pero de entre todas las posibilidades, la que más le preocupaba era que él mismo pudiese haber utilizado la pistola contra esa mujer. Esa era la marca en la frente. Había apoyado el cañón del arma y la mujer se había meado de miedo. ¿Pero le había ocurrido a él? ¿Lo estaba recordando?

Ya no le cabía duda de que se estaba volviendo loco, y que era una locura mayor seguir conservando la pistola sin tan siquiera saber lo que otra persona o él mismo habían podido hacer con ella. ¿Y si se la metía a Adela entre la ropa sucia para que la sacase de allí cuando se fuese al día siguiente? ¿Qué ocurriría cuando la descubriese entre sus bragas? El problema era que podría ir a la policía y denunciar que alguien se la había colocado en la maleta, incluso podría apuntar en su dirección y eso sería mucho peor. Era mejor deshacerse de la pistola directamente, limpiarle las huellas y echarla en algún contenedor, o en una cloaca, cualquier sitio lejos de su casa. Luego ya intentaría recordar si la había usado para algo o no. Y el cuchillo... sí, también tenía que deshacerse del cuchillo.

Limpió a fondo las huellas de la pistola y la envolvió en un paño

de algodón, luego se fue a la cocina, hizo otro tanto con el cuchillo y lo envolvió en el mismo tejido. Después lo introdujo todo en una bolsa de plástico de Mercadona.

Si se deshacía de eso, lo único que quedaría en su casa que pudiera relacionarlo con la muerte de John era el colchón, pero estaba claro que no podía llevárselo. Pensaría en otra solución.

De momento sentía la urgencia de deshacerse de las armas, de manera que salió a la calle con la bolsa de plástico y subió al Panda que seguía aparcado desde la noche en que lo había utilizado para llevarse a John fuera de Valencia.

8

El policía que seguía apostado cerca del edificio en el interior del coche no reaccionó de inmediato. Estaba abotargado por el aburrimiento y por la falta de movimiento y actividad durante días, y podía decirse que ya ni se acordaba de qué estaba haciendo allí. Cuando se dio cuenta de que era Hilario el que había salido del edificio, ya estaba dentro del coche y listo para irse. El policía arrancó y se dispuso a informar a comisaría a través de la emisora del coche, cuando se dio cuenta de que el vehículo no estaba equipado con emisora alguna, el comisario había preferido utilizar para la vigilancia un coche normal en lugar del que tenían camuflado y completamente equipado. Recordó entonces que el comisario le había dado su número de teléfono móvil y le había dicho que le informara de cualquier incidencia destacable por ese medio. Echó mano al bolsillo y sacó su móvil, pero Hilario ya había salido del aparcamiento y prefirió seguirlo antes que ponerse a buscar el número del comisario.

No estaba muy acostumbrado a seguir a alguien sin que el perseguido se percatara de ello, pero Hilario no estaba en absoluto pendiente de que lo siguieran y no miró ni una sola vez por el retrovisor, de manera que la persecución, a baja velocidad por las calles de Valencia tuvo lugar sin incidentes a pesar de la poca pericia del policía.

Hilario se dirigió a Campanar, y una vez allí, buscó un contenedor, aparcó el coche cerca, bajó con la bolsa de Mercadona en la mano y la depositó en el interior para volver a subir al coche.

El policía se quedó durante unos instantes sin saber qué hacer, si ir hasta el contenedor o seguir de nuevo a Hilario. Se decidió por llamar al comisario al móvil, tardó apenas diez segundos en localizar

el número y pasaron casi otros diez antes de que el comisario contestase a la llamada.

—¿Sí?

—Comisario —dijo sin identificarse—, he seguido a Hilario hasta unos contenedores de Campanar y acaba de tirar una bolsa de plástico en su interior. Voy solo y no sé si continuar siguiéndolo o ir hasta el contenedor a recuperar lo que ha tirado.

El comisario pensó rápido, lo normal era que el policía hubiese pedido refuerzos para poder continuar siguiendo a Hilario, de todos modos parecía que este ya había hecho lo que quería, que era deshacerse de algo en un contenedor apartado de su casa. Era tentador ver a dónde se dirigía ahora, pero abandonar el contenedor era demasiado arriesgado, no era hora de recogida pero cualquier mendigo podría hacerse con la bolsa y con su contenido.

—Déjalo que se vaya, pero no cojas la bolsa. Limítate a vigilar el contenedor para que nadie se lleve lo que ha tirado Hilario. Dime dónde estás y me acercaré.

El policía le indicó el punto exacto donde estaban los contenedores.

—De acuerdo, le espero.

No parecía el procedimiento más habitual que el propio comisario fuese en persona a recoger la bolsa, pero decidió limitarse a seguir instrucciones.

Tendrían que haber hecho la guardia dos hombres, de ese modo ahora él podría estar siguiendo a Hilario y el otro controlando el contenedor y recuperando la bolsa, pero estar cortos de personal era lo que tenía.

El comisario tardó algo más de veinte minutos en llegar, y durante todo ese tiempo nadie se acercó al contenedor. Aparcó con su coche particular junto a los contenedores y se acercó caminando hasta el coche del policía.

—¿Cómo era la bolsa? —le preguntó el comisario a bocajarro.

—De Mercadona, de las nuevas reutilizables de plástico.

—¿Y en qué contenedor la ha tirado?

El policía señaló con la mano el de la derecha.

—Ese de ahí.

—Bien, espera aquí mismo.

—De acuerdo.

—Otra cosa, ¿llevaba guantes?

—¿Hilario?

—Sí, claro, ¿quién si no?

—No, no llevaba guantes.

—Perfecto.

El comisario fue hasta su coche y cogió una bolsa grande de plástico y un palo con un gancho en el extremo. Se acercó al contenedor. Estaba casi vacío y pudo ver la bolsa de Mercadona en el fondo. Le fue sencillo sacarla con el gancho, y sin tocarla con las manos, la metió dentro de la otra bolsa. No quería borrar las huellas de Hilario. Al notar el peso de la bolsa sintió una cierta excitación.

—Vuelve a aparcar cerca de la casa de Hilario y controla si ha vuelto para seguir con la vigilancia, por si acaso. Yo llevaré esto —le enseñó la bolsa de plástico blanca donde había metido la de Mercadona— a comisaría para que saquen las huellas. Buen trabajo.

El policía salió de inmediato cumpliendo con la orden del comisario, pero este se quedó unos minutos sentado al volante de su coche, con la bolsa encima del asiento del acompañante. Pensativo.

9

En la sala de interrogatorios estaban el comisario, Gregorio y Riki, en la antesala esperaba Consuelo. Estaban también los tres amigos de Riki.

El inspector no tenía una idea preconcebida de por qué lo había querido así, había sido cosa suya, sin la intervención del comisario. Pensaba que podía ser una buena idea tenerlos a todos cerca durante el interrogatorio. Tal vez de ese modo podría detectar algún comportamiento extraño.

Pero primero tenían que hacer un último intento de interrogar a Riki sin hipnotizarlo.

—¿Conoce a alguno de estos hombres? —le preguntó el comisario mientras le mostraba las dos fotos, por una parte la de Hilario tomada desde la webcam del ordenador de su despacho, y por otro lado la del cadáver de John.

Riki se quedó mirándolas durante unos segundos y pensó que si los identificaba se evitaría que lo hipnotizaran, pero ¿qué pensarían los policías? No los había identificado la vez anterior, ¿por qué tendría que recordarlos ahora que había transcurrido más tiempo? Volvió a mirar las fotos una vez más, como esperando una inspiración para tomar la decisión que fuese más adecuada.

—No, no los recuerdo, a ninguno de los dos.

—¿Había visto antes estas fotos?

—Sí, claro, me las mostraron ustedes y me hicieron la misma pregunta.

—Bien. ¿Tiene algo más que añadir sobre lo ocurrido en el lugar de los hechos el día en que asesinaron a la mujer que estuvo con su amigo?

—No, la verdad es que no recuerdo nada más.

—En ese caso, si es tan amable, lea este documento y fírmelo si está de acuerdo con su contenido.

El comisario le entregó una copia del escrito de autorización que habían preparado, tanto para ellos como para Consuelo. Riki lo leyó y decidió firmarlo. En definitiva decía poco más que estaba de acuerdo con la sesión de hipnosis y que autorizaba la grabación en video.

—Aquí tiene, cuando quiera empezamos.

—Inspector —dijo dirigiéndose a Gregorio—, que conecten el video y que pase el señor Consuelo.

—¿Y los otros?

—Sí, sí, que pasen también, pero recuérdales que han de estar en completo silencio durante toda la sesión y no pueden intervenir en ningún momento hasta que yo se lo diga.

—Se lo advertiré, no se preocupe.

—Y que entren sillas, será mejor que no estén todos de pie.

El inspector salió de la pequeña sala y dio las oportunas instrucciones para que entraran las sillas necesarias, advirtiendo al resto de lo que le había dicho el comisario.

—Señor Consuelo, ¿tiene claras las preguntas que hay que realizar?

Gregorio le había dado previamente por escrito lo que querían que preguntara al testigo.

—Sí, está todo claro.

13
•

La hipnosis

1
♦

Antes de comenzar el interrogatorio, el comisario se había reunido a solas con el inspector para darle algunos detalles sobre el último avance de la investigación, poniéndole al día sobre el seguimiento de Hilario y la bolsa de plástico que había recuperado del contenedor. Gregorio estaba bastante sorprendido por la manera en que se había llevado a cabo todo y la forma poco usual en la que había sido excluido de esa parte de la investigación. Una punzada de desconfianza se hizo patente en su ánimo, pero el comisario no pareció darse cuenta.

—¿Y había huellas en la bolsa o en los objetos de su interior? —le preguntó el inspector un tanto suspicaz.

—Lo he enviado todo al laboratorio, según el hombre que teníamos encargado de la vigilancia, el sospechoso no utilizó guantes en ningún momento desde que salió de casa con la bolsa, hasta que se deshizo de ella y volvió a subir al coche, por lo que es de suponer que podremos recuperar alguna huella de la bolsa, otra cosa más complicada será conseguir alguna más de su contenido, estaba todo envuelto en un paño de algodón y la sensación era que las huellas habían sido limpiadas.

—Y si es así, ¿por qué cree que no ha utilizado guantes a la hora de transportar la bolsa? No parece muy lógico.

—Vete a saber. No lo habrá creído necesario. De hecho no va a ser fácil conseguir huellas completas si solo ha cogido la bolsa por las asas, esa zona está toda llena de pliegues y arrugas y va a ser complicado sacar algo en claro, pero está nuestro testimonio de que Hilario se ha desecho de ella en el contenedor y que la bolsa ha salido de su domicilio.

—Esas cosas en el juicio son muy fáciles de rebatir. Supongo que no lo habremos grabado en video.

—Supones bien.

—Deberíamos haberlo previsto. Una cámara de video en el coche hubiera sido un apoyo importante.

—Sí, es cierto, pero ahora ya está hecho, esto es lo que tenemos y hemos de esperar al resultado del laboratorio a ver qué sacamos en

claro. Tampoco hace falta mucho, bastaría alguna huella parcial, y aunque en las asas será difícil encontrarlas, hay que tener en cuenta que al manipular una bolsa de ese tipo siempre es fácil dejar alguna huella en otro lugar. Confiemos en que así sea.

Gregorio se preguntaba por qué el comisario no había ordenado la detención inmediata de Hilario después de los hechos que apuntaban a su posible participación en uno o más crímenes. Por mucho que no hubiera todavía huellas confirmadas, resultaría muy fácil retenerlo unos días en el calabozo. ¿Por qué no lo había hecho?, ¿tenía miedo a estar equivocado? Decidió apuntar en esa dirección para que el propio comisario le explicara los motivos.

—¿Y no sería conveniente detenerlo de manera preventiva antes de que se le ocurra salir huyendo? —le preguntó al comisario.

—No quiero que nos precipitemos, primero quiero ver qué sacamos en claro del interrogatorio del testigo. Además, he ordenado seguir con la vigilancia y todo hace pensar que no tiene previsto huir.

—¿En qué se basa?

—Le di instrucciones a nuestro hombre de que volviera al punto de vigilancia, y cuando lo hizo, Hilario no había regresado todavía a su casa, de manera que lo estuvo esperando, hasta que un par de horas después apareció todo cargado con bolsas pesadas del supermercado. He de admitir que cuando me informó de que no estaba en casa, por un momento me preocupé y estuve tentado de ordenar la búsqueda y captura por si se había marchado al aeropuerto, pero en vista de su comportamiento, está claro que esa no era su intención.

—Por lo que el muchacho —continuó refiriéndose al oficial de vigilancia— pudo ver, entre las compras había numerosas latas de comida, y por la peculiar forma de vida de este hombre, lo lógico es pensar que vuelve a recluirse en casa durante días, o quizás semanas. Alguien que tiene previsto salir huyendo no va de compras al supermercado y carga con toda esa barbaridad de comida.

El razonamiento del comisario tranquilizó en parte a Gregorio, al menos en cuanto al motivo de no detener al sospechoso, pero seguía pareciéndole irregular y la desconfianza que sentía era cada vez más firme. Necesitaba hablarlo con alguien, compartir sus sospechas, pero no podía hacerlo con nadie de la comisaría porque podría volverse en su contra. Esperaría al final de la jornada para comentarlo con su esposa, eso siempre le servía de terapia y ahuyentaba los fantasmas.

—¿Y qué hacemos con la chica?, ¿la interrogamos o no?

—Sería interesante poder hacerle algunas preguntas sobre nuestro amigo Hilario, pero no quiero ponerlo en alerta. Tal vez podríamos

aprovechar alguna de sus salidas para traérnosla a comisaría, interrogarla e insistir en que no le dijera nada a Hilario, pero ¿cómo sabemos qué tipo de relación tiene con él?, lo más probable es que acabara diciéndoselo, o que la asustásemos provocando una reacción que a Hilario le resultara sospechosa, ¿quién sabe?, incluso podríamos estar poniéndola en peligro sin proponérnoslo, así que esperaremos. Al que sí que vamos a visitar mañana tú y yo es al ex de Edurne.

—¿Al hospital?

—Sí, he llamado y parece que se está recuperando bien y no nos pondrán pegas si vamos mañana. Está en observación y puede que salga muy pronto. Tal y como me pareció, la herida no era grave en absoluto. Imagino que Esteban se alegrará de que su subordinado no se meta en un lío demasiado grave, aunque no descarto que este hombre los demande. Después de todo, yo lo haría.

—Pues ya me avisa cuando quiera que nos vayamos.

—A las diez salimos para allá, sin falta.

—O.K.

2

La sala era más bien pequeña y quedó abarrotada cuando la ocuparon todos los asistentes convocados. En el centro se había habilitado una silla cómoda y sin ruedas para que se sentara Riki, Consuelo había insistido en que fuese de ese modo para facilitar la hipnosis, no quería una silla incómoda que pudiera afectar negativamente a la relajación, ni una con ruedas que acabara moviéndose después de que el sujeto entrara en estado hipnótico sacándolo del trance antes de hora. No fue fácil localizar una silla que se adaptara a los requisitos de Consuelo, y Gregorio optó por coger prestada la del comisario jefe que estaba fuera de comisaría. Si se enteraba, seguro que no le iba a gustar porque era muy suyo para ese tipo de cosas, pero tampoco tenía por qué enterarse, al menos si no veía el video, claro.

En lo que Consuelo no estuvo muy de acuerdo, fue en la insistencia de que hubiera tanta gente presente. No le parecía apropiado y así se lo hizo saber, tanto al comisario como al inspector, pero ninguno tuvo en cuenta sus sugerencias al respecto, de manera que se habilitaron unas sillas en el lateral de la sala donde se sentaron José Antonio, Roberto y Juanjo. El comisario y el inspector prefirieron quedar de pie, al igual que el oficial que se encargaba de la cámara

de video.

—Bien, señores —dijo el comisario—, ahora que estamos todos y antes de empezar, quería hacer una pequeña explicación de lo que vamos a hacer.

Todos hicieron gestos de asentimiento.

—Ante todo, quiero darles las gracias por su buena disposición en ayudar, citarlos oficialmente para una cosa de estas siempre resulta molesto, así que estoy doblemente agradecido de que hayan atendido nuestras llamadas telefónicas. Me consta que la hipnosis no está muy bien vista en este tipo de investigaciones, hay que admitirlo. La gente en general, y en esto incluyo a muchos policías, incluso a mí mismo hasta hace poco tiempo, ven en la hipnosis una especie de fenómeno paranormal muy poco serio, digno de una barraca de feria, y que por lo tanto nunca debiera utilizarse para cuestiones más serias. En cambio, en otros países... bueno, al menos en Estados Unidos que yo sepa, es algo bastante habitual, claro que allí también es muy normal que en las investigaciones intervengan médiums, especialmente cuando se trata de buscar algún cadáver.

Consuelo carraspeó para llamar su atención.

—Bueno, de hecho, y perdonen que no haya hecho las debidas presentaciones, quien va a realizar la sesión de hipnotismo es el señor Consuelo, un reconocido profesional en la materia, que de hecho también es médium y realiza desde hace muchos años, sesiones espiritistas con bastante éxito. ¿No es así?

—Así es —respondió Consuelo dirigiéndose a todos—, aunque lo del éxito es relativo, y en cuanto a este caso, lo que vamos a hacer nada tiene que ver con el espiritismo ni con las ciencias ocultas. De hecho se trata de un asunto mucho más científico y no tiene nada de paranormal, claro que como bien dice el comisario, no está muy bien visto de manera generalizada. La hipnosis que vamos a practicar aquí tiene como finalidad realizar una especie de regresión en el tiempo. Para los que no conozcan nada sobre regresiones, les diré que básicamente las hay de dos tipos, la regresión en la que el paciente es llevado a un punto concreto y pasado de su vida, bien para hacerle recordar algo olvidado, o bien para desbloquear alguna emoción que le esté perjudicando psicológica, o físicamente, y las regresiones en las que se intenta llevar al paciente al pasado... pero a un pasado más lejano... de otras vidas.

Todos empezaron a mirarlo y a mirarse entre ellos de manera rara, o al menos esa fue la sensación de Consuelo, por otro lado esperada. Incluso detectó alguna sonrisa de incredulidad.

—Está claro que mucha gente es escéptica y no cree en ello, en la

reencarnación me refiero. Yo podría contarles algunas cosas y experiencias propias al respecto para intentar convencerles[24]de que es algo real y demostrable, pero no va a ser necesario porque no tiene nada que ver con lo que hoy haremos aquí, así que por un momento pueden olvidarse de que soy espiritista, y también pueden olvidarse de la reencarnación. Todo será mucho más simple. Quería matizarlo porque no quiero que se confundan con lo que vamos a hacer hoy.

—¿Pero esto que va a hacer de hipnotizar a un testigo, se ha hecho antes en un interrogatorio policial aquí en España o hablamos de un experimento? —preguntó José Antonio.

Consuelo miró al comisario y le cedió silenciosamente la palabra.

—Sí, se ha hecho, debo decir que no es habitual, pero no somos tampoco pioneros. Seguro que todos ustedes han oído hablar del caso de Anabel Segura hace ya unos años.

—Sí, fue bastante mencionado en televisión —respondió el mismo José Antonio mientras el resto asentían, dando por hecho que todos conocían el caso.

—Pues curiosamente es un claro ejemplo de esta práctica poco común. Durante la investigación, en un momento dado en el que todo se encontraba algo atascado, se recurrió a un hipnotizador, ¿o deberíamos llamarlo hipnotista? —preguntó a Consuelo que sonrió ante la pregunta.

—En el gremio solemos llamarnos hipnotistas[25], queda como más *cool* y profesional, pero si lo busca en el diccionario nos tendríamos que quedar con lo de hipnotizador, más castizo.

—Bueno, pues lo dejaremos en hipnotista que a mí también me gusta más... Lo que les estaba diciendo es que en el caso de Anabel Segura se contó con la colaboración de un prestigioso hipnotista.

—Joaquín Grau —interrumpió Consuelo.

—¿Lo conoce?

—Tuve el placer de asistir a un congreso en el que participó, hace unos años.

—He de admitir que antes de pensar en usted, incluso me planteé la opción de contactar con él, pero debe de estar ya retirado.

—Es bastante mayor, y no sé si todavía ejerce. Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

—En cuanto a si es algo experimental o no —continuó el comisario —, con independencia de que ya se haya utilizado antes, podríamos llamarlo así, después de todo, no existe un protocolo policial establecido para cosas de este tipo, pero experimental o no, lo cierto es que hemos decidido hacerlo porque le hemos visto posibilidades, y

porque tenemos algún testimonio, que si bien no es categórico, coloca a otros posibles sospechosos en el lugar de los hechos y queremos confirmarlo.

El comisario esperaba que le preguntaran por ese testimonio y temía tener que dar demasiadas explicaciones, pero al final nadie preguntó nada. Por supuesto se estaba refiriendo al dueño de la cervecería y no era ningún secreto, pero podrían haberle preguntado por qué no hipnotizaban a esa persona en lugar de a Riki, y eso hubiera sido una pregunta con respuesta incómoda. Era algo que había pensado, pero descartó porque para él, el dueño de la cervecería todavía no estaba descartado como sospechoso, y no podía arriesgarse a hipnotizarlo y perder la posibilidad de interrogarlo en el juicio con referencia a las fotografías.

—¿Y tuvo éxito la hipnosis? —continuó preguntando José Antonio.

—La verdad es que desde el punto de vista de la investigación no sirvió de nada, se interrogó al jardinero mediante una hipnosis regresiva para que intentara recordar una matrícula, pero no pudo recordarla. De todos modos bien podría no haber visto nunca esa matrícula, en cuyo caso, aunque la hipnosis se hubiera hecho correctamente, cosa que supongo que sería así, era imposible que recordara algo que no había visto. Aquí nos puede suceder lo mismo, el señor Ricardo —extendió la mano señalando a Riki— puede que no viera a ninguna de estas personas —mostró las fotos—, y si no las vio... —miró a Consuelo.

—Si no las vio, —continuó la frase Consuelo— lo sabremos, lo cual no significará que la hipnosis haya sido un fracaso, porque habremos confirmado un hecho, por mucho que ese hecho no sirva para que la investigación avance.

—Exacto —continuó el comisario—, al menos servirá para quedarnos tranquilos de que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

—¿Y en Estados Unidos siguen utilizándose estos métodos? —preguntó esta vez Juanjo que seguía con cargo de conciencia por su influencia en la decisión de su amigo Riki— ¿Puede ser peligrosa?

—No es peligrosa en absoluto, la hipnosis es tan solo un estado alterado de la conciencia que no tiene el menor efecto secundario. Sé que se ha asegurado más de una vez que algún sujeto ha entrado en coma, pero eso es falso. Puede ocurrir que la cosa no vaya del todo bien y la persona hipnotizada se quede dormida y no pueda contestar a nada de lo que se le pregunte, en cuyo caso, basta con dejarla dormir hasta que despierte y regrese a su estado normal, pero ni siquiera una cosa así tiene por qué ocurrir —contestó Consuelo a la

segunda parte de la pregunta, anticipándose al comisario que continuó aclarando las dudas de Juanjo.

—La verdad es que se utilizó muchísimo hasta principios de los ochenta porque los tribunales la admitían como prueba testifical válida, hablamos de hace treinta años. Entonces fue cuando dejó de admitirse en juicios penales. Puntualizo que eso no significa que no se admita la posibilidad de seguir utilizándola en la actualidad, sino que, en caso de hacerse, no se puede utilizar el testimonio obtenido en el tribunal. Otra cosa muy distinta es que las pistas que surjan de la hipnosis se puedan seguir para avanzar en la investigación. Y algo muy parecido ocurre en España, donde normalmente no se admite en el juicio pero puede interesar utilizarla en casos como el que nos ocupa, sabiendo que hay que hacerlo con moderación porque no se puede perder a los testigos si no es a cambio de una información valiosa.

El testigo levantó la cabeza con interés al escuchar las últimas palabras del comisario.

—¿Entiendo con eso —preguntó Riki— que no me podrán llamar a declarar en el juicio?

—Así es, con lo que vamos a hacer ahora invalidamos su posible testimonio en la vista.

El comisario detectó un gesto de alivio en el rostro de Ricardo, por lo visto no había pensado en ello hasta ahora y le gustaba saber que ya no tendría que ir a declarar cuando se celebrase el juicio.

—¿Alguna pregunta más? —dijo el comisario dirigiéndose a todos los presentes con un movimiento giratorio de cabeza.

Se oyó algún “no” en la sala y el resto negaron con gestos silenciosos de la cabeza.

—En ese caso cedo de nuevo el protagonismo al señor Consuelo que nos dará las oportunas instrucciones.

—Sí, gracias, estas sesiones suelo hacerlas con pocos testigos —miró de forma recriminadora al comisario y al inspector—, pero dado que vamos a ser más de los previstos, lo que voy a decir es incluso más importante que si fuéramos pocos. Una vez empecemos, solo debo hablar yo, y en todo caso el señor Ricardo cuando se le pregunte algo, el resto, bajo ningún concepto debe decir nada. Por mi parte, si necesito dirigirme a alguien de ustedes, lo haré por escrito porque no quiero causar confusiones al señor Ricardo que podría pensar que me estoy dirigiendo a él. En ese caso les haré la pregunta por escrito, y tendrán que contestarme igualmente por escrito. Lo más normal es que no sea necesario nada de eso, pero por favor, ténganlo en cuenta, en especial lo de no decir nada en voz

alta.

Luego se dirigió al inspector.

—¿Me puede facilitar un bolígrafo y una hoja de papel?, por favor.

—Sí, claro, aquí tiene.

Consuelo se quedó mirando el lamentable estado del bolígrafo Bic que le había entregado el inspector, pero no hizo comentario alguno al respecto.

—En cuanto a ustedes —dijo dirigiéndose al comisario y al inspector—, si quisieran añadir alguna pregunta al testigo para que yo la incluya en el interrogatorio, lo mismo, anótenla y yo se la haré. ¿Lo han entendido todos?

—Sí

—Sí

—Sí

El resto asintieron con la cabeza.

—Hay ocasiones en las que se puede inducir a la persona a una regresión sin pasar por todo el proceso hipnótico, si se trata de algún paciente con el que ya se han realizado otras sesiones. En esos casos me limito a "ayudarles" a viajar hacia atrás en el tiempo hasta llegar al punto en el que se quiere indagar, de hecho hay quien incluso lo puede hacer por sí mismo, suele ocurrir con personas acostumbradas a la meditación. Cuando soy yo quien lo induce, comienzo con una relajación muscular y una atmósfera apropiada, y a veces basta con eso, pero en este caso hemos de ser más contundentes, por lo que verán que llevaré al señor Ricardo a un estado hipnótico completo, y solo a partir de entonces será cuando empezaré con la regresión, en definitiva es lo que se conoce como regresión hipnótica, y aunque no podría asegurarlo porque no participé en ello, supongo que será el mismo procedimiento, que utilizó don Joaquin Grau en el caso de Anabel Segura, o al menos bastante parecido. ¿Está grabando la videocámara?

—Sí, ya está en marcha —contestó el oficial que había permanecido en silencio hasta ese mismo instante.

—Bien, señor Ricardo, como ya sabe, mi nombre es Consuelo y he sido llamado por el comisario aquí presente para realizar esta sesión actuando como una especie de colaborador, o profesional externo, y aunque no soy policía debo hacerle una serie de preguntas relacionadas con lo ocurrido en la cervecería el día del crimen. Día que estuvo usted tomando unas cervezas con sus amigos aquí presentes. Esas preguntas debe considerarlas usted a todos los efectos como si fueran realizadas por el señor comisario que es quien va a dirigir el interrogatorio, aunque por motivos obvios seré yo quien le

pregunte. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

—El comisario me ha hecho entrega hace unos minutos de un documento firmado por usted en el que básicamente certifica que se va a someter a la hipnosis de forma voluntaria y que ha sido informado de todos los detalles pertinentes al interrogatorio, así como de sus derechos. ¿Le importaría confirmar ante la cámara que eso que digo es cierto?

—Sí, así es, lo hago voluntariamente y conozco mis derechos.

—¿Tiene alguna objeción que hacer al respecto, o alguna aclaración de la que quiera dejar constancia antes de empezar? Ahora sería el momento oportuno de hacerlo para ser tenida en consideración.

Riki dudó durante unos instantes pensando en comentar sus temores y reticencias respecto a la sesión de hipnosis, que no eran pocos, incluso llegó a pensar en la posibilidad de volverse atrás, levantarse de la silla y dejarlos a todos plantados, pero pensó que era mejor no decir nada y continuar adelante con la hipnosis.

—No, ninguna.

—Estupendo. ¿Cómo prefiere que le llame durante la sesión?, como usted se sienta más cómodo.

—Riki, todo el mundo me llama Riki.

—Perfecto Riki, permíteme entonces que nos tuteemos si te parece bien. La sesión va a durar poco tiempo, entre media hora y una hora, no vas a notar ninguna molestia y no va a ser nada traumático.

Dio media vuelta y añadió dirigiéndose a Gregorio.

—Perdón, inspector, ¿podría traerme una silla a mí? No estoy acostumbrado a estar tanto tiempo de pie y la verdad es que ya me van pesando los años —acompañó la petición con un gesto cogiéndose los riñones con ambas manos y echando el cuello hacia atrás.

—Por supuesto, enseguida.

El inspector salió de la sala y tardó apenas un minuto en volver a entrar con una silla, no demasiado cómoda, que colocó delante de Riki para que se sentara Consuelo en ella, lo cual hizo con la imagen del cansancio reflejada en el rostro, mientras se secaba la frente perlada de sudor a pesar de que no hacía un calor excesivo en la sala. Lo hizo con un pañuelo de papel que acababa de sacar del bolsillo y que, por lo visto, ya había estado utilizando en otras ocasiones, dado su aspecto avejentado y arrugado.

Estoy viejo —pensó—, *estoy jodidamente viejo y ya no me siento con fuerzas para estas cosas.*

—Empezaremos por la fase de relajación donde irás pasando por distintos... digamos escalones, o etapas, hasta alcanzar el punto óptimo que nos permita recorrer tu mente y dirigirnos a algunos recuerdos en concreto de la noche que nos interesa recuperar.

Consuelo se levantó y se acercó a Riki.

—¿Alguna vez has sufrido un episodio de epilepsia o algún ataque similar?

—No, nunca.

—Bien, a ver, levanta un poco la cabeza y mira hacia arriba.

Consuelo se fijó en los ojos de Riki, intentaba evaluar la receptividad del individuo a la hipnosis. Por experiencia sabía que había algunos sujetos a los que era muy difícil hipnotizar. No le había hablado de ese posible problema al comisario, y lo cierto es que tendría que haberlo hecho. También tenía que haberle advertido de que no sería conveniente realizar la hipnosis si tenía antecedentes epilépticos. Si después de todo, no conseguía hipnotizarlo, iba a quedar como un imbécil ante todos.

Para su tranquilidad vio que la zona visible de las córneas era bastante grande como para que la hipnosis no resultara problemática, al menos según su experiencia con anteriores pacientes.

—Toma —Consuelo le dio a Riki las fotografías de Hilario y de John—, dime si conoces a alguna de estas personas.

Tutear al paciente era algo que siempre le había funcionado bien porque ayudaba a que el ambiente fuera menos tenso y por lo tanto favorecía la complicidad y la relajación del sujeto a hipnotizar.

Riki cogió las fotos, las mismas que un rato antes le habían mostrado los policías y las mismas de días anteriores.

—No, ya dije que no recuerdo ni conozco a ninguna de estas personas —en la voz de Riki se adivinaba un cierto fastidio por tanta reiteración.

—Bien, bien, dámelas, solo quería que quedara constancia documental antes de empezar con la hipnosis—le dijo alargando la mano para cogerlas y señalando la cámara con un gesto de la cabeza. Luego, él mismo las mostró a la cámara para que se apreciara de qué fotos estaban hablando.

—¿Eso es todo? —preguntó Riki.

—No, aún no hemos empezado, ahora vamos con la relajación.

Se giró hacia Gregorio y le preguntó:

—¿Hasta cuánto cree que podemos bajar la iluminación sin que afecte a la grabación del video?

—Bastará con que dejemos una de las luces encendidas.

—¿Se ha hecho alguna prueba de grabación en esas condiciones?

Gregorio se quedó mirando al oficial que se estaba encargando del aspecto técnico.

—Sí, no habrá ningún problema, es la cámara que utilizo, tanto de día como de noche en toda clase de celebraciones.

Gregorio detectó una cierta extrañeza en el rostro de Consuelo ante la peculiar respuesta del policía.

—Es que la cámara es suya —aclaró señalando al oficial—, en comisaría no disponemos de medios de grabación, solo tenemos una cámara para las reseñas de los detenidos, pero es fotográfica, no de video.

Consuelo sonrió, ya había visto sobradas muestras de la escasez de medios y presupuesto de la policía.

—Me temo que tendré que olvidarme del jamón por Navidad.

Nadie pareció entender la broma.

—En ese caso —continuó deje un único foco encendido y apague el resto, por favor, tenemos demasiada luz ambiente para lo que vamos a hacer.

Gregorio así lo hizo y la intensidad lumínica de la sala descendió considerablemente, hasta un nivel que Consuelo consideró aceptable.

Consuelo sacó de uno de sus bolsillos un radiocasete pequeño parecido a un walkman y pulsó el botón de play. Se oyó la misma cinta que se escuchaba habitualmente en la sala de su casa, con sonidos de agua y pájaros, tantas veces reproducida en sus sesiones.

—Empezamos, ahora ya es definitivo, silencio todos, por favor. Les recuerdo que eso es muy importante.

Solo se escuchaba la cinta y la respiración de alguno de los presentes.

—En tu tiempo libre, ¿cómo te sientes más relajado? —preguntó Consuelo dirigiéndose a Riki.

—Suelo leer bastante a diario.

—¿Clásicos?

—No, prefiero la novela moderna.

—¿Algún autor en concreto?

—Muchos, Stephen King por ejemplo.

—No suena muy relajante —sonrió Consuelo.

—Sí, puede que parezca raro, pero a mí me relaja un montón, puedo asegurártelo, ahora estoy releyendo toda la saga de *La torre oscura.*

—Pero aunque te relaje, eso requiere pensar, yo preferiría que ahora te centrases en algo más físico y mundano, más automático, como tomar el sol, caminar por la montaña..., cosas que no requieran

un esfuerzo mental.

—Me gusta tumbarme en la terraza los sábados por la tarde y fumarme un buen Habano. Uno grande.

—Perfecto, pues vayamos a eso entonces, con los ojos cerrados, imagínate en esa terraza, con tu hamaca preferida, y un buen Habano a punto de ser encendido, ¿qué tal un Cohiba? —Consuelo no entendía demasiado de Habanos, pero le sonaba la marca Cohiba como uno bastante destacado.

—Sí..., buena elección.

—Ahora imagina que lo hueles, compruebas su textura, que la humedad es la más adecuada, y después lo enciendes. Luego le das una primera calada, la mejor de todas, notas cómo el humo entra en tu boca y sientes su untuosidad, su sabor... y luego lo expulsas muy lentamente... vuelves con una segunda calada... te sientes bien, relajado... feliz... El humo azulado hace volutas caprichosas en el aire mientras te limitas a disfrutar del tabaco.

Durante varios minutos, Consuelo le pidió a Riki que hiciera una serie de ejercicios musculares mientras seguía "fumando". Se trataba de un método clásico que buscaba "agotar" la musculatura para que la mente estuviera más abierta a ser sugestionada por medio de la hipnosis. Era la parte que menos le gustaba a Consuelo, y la más agotadora para él, pero difícilmente podría saltársela en un caso como el actual sin poner en peligro el buen fin de la sesión. Riki estaba respondiendo bien, parecía estar relajándose sin ningún problema, su respiración era muy pausada, e incluso la expresión de su cara reflejaba tranquilidad, si no felicidad.

Parecía que había llegado el momento de dar el paso definitivo para empezar con la hipnosis propiamente dicha. Era lo más complicado porque si el sujeto no había sido bien preparado, todo podía fallar.

—Es importante que no abras los ojos en ningún momento.

Riki asintió.

—Pon tu mano izquierda —Consuelo normalmente siempre decía la derecha, pero se había dado cuenta de que Riki era zurdo y le pareció más apropiado decirle que usara la izquierda— delante de la cara, a unos veinte centímetros y manténla ahí, muy quieta.

Riki obedeció sin hacer ningún comentario y la mantuvo quieta sin rechistar, en una posición que a simple vista parecía bastante incómoda.

—Ahora te la irás acercando muy poco a poco, milímetro a milímetro. No hay ninguna prisa. Cada vez está más cerca de tu cara... más cerca... un poco más... otro milímetro... poco a poco... eso

es, milímetro a milímetro...

El interés de los presentes por lo que estaba sucediendo era palpable, y contrastaba con su indiferencia inicial. Consuelo había sabido captar su atención y eso era otro síntoma de que lo estaba haciendo bien. Resultaba reconfortante.

—Estás muy relajado, pronto la mano alcanzará tu cara, y será en ese preciso instante cuando entrarás en un completo estado hipnótico.

Riki seguía acercándose la mano a la cara, pero lo hacía con tanta lentitud que a veces parecía que se hubiera detenido. Cuando un par de minutos después llegó a tocarse la nariz con la palma de la mano, su mano cayó sobre el regazo y la cabeza se desplomó hacia delante como si se hubiera quedado repentinamente dormido.

Todo estaba funcionando a la perfección, y como siempre, antes de empezar con las preguntas, Consuelo hizo una nueva prueba. Riki seguía sin abrir los ojos, él lo prefería así, y por eso les pedía a sus pacientes que permanecieran con los ojos cerrados, pero a veces se sorprendía con alguno que los abría, sin por ello salir de su estado hipnótico.

—Riki, ahora vas a notar una sensación de ingravidez, como si estuvieras en el interior de una nave espacial que se dirige a Marte en una misión de exploración. Te sentirás ligero, como si apenas pesaras unos pocos gramos.

Para sorpresa de todos los presentes, Riki empezó a moverse de forma extraña, y si bien su cuerpo no se elevó de la silla, sí que lo hicieron los brazos y las piernas, dando la sensación de que había comenzado a flotar. Una sonrisa de paz se reflejó en el rostro de Riki mientras se balanceaba a derecha e izquierda encima de la silla y sus cuatro extremidades se movían como si realmente fuese un astronauta en situación de completa ingravidez.

—Muy bien, ahora estamos ya de vuelta y acercándonos de nuevo a la Tierra, pronto notarás que regresa la gravidez normal y tu cuerpo comienza a pesar algo más, muy poco a poco... ya no flotas tanto...

Riki ahora comenzó a bajar los brazos y las piernas, muy despacio, hasta recuperar su postura inicial y la sonrisa de felicidad desapareció de su rostro.

Consuelo se dio por satisfecho con lo visto, y el resto de asistentes a la sesión permanecían con cara de asombro, a pesar de que quien más y quien menos había presenciado alguna de esas experiencias en televisión, incluso más raras, pero no era lo mismo verlo en directo, en un lugar como la comisaría, y menos cuando el sujeto era

conocido y todo el mundo tenía claro que no estaba fingiendo. Lo que estaban viendo era real, por mucho que les costara de creer.

El comisario, que en cierto modo seguía siendo un escéptico en esas cuestiones a pesar de haber sido el promotor de todo, estaba satisfecho y eso se notaba en su pecho henchido y en la posición estirada de su cuerpo que le hacía parecer un poco más alto. Podría decirse que se sentía incluso orgulloso de lo que estaba contemplando y se felicitaba a sí mismo por ello.

—Perfecto Riki, te sigues encontrando relajado y ahora estás orgulloso por haber cumplido tu misión estelar, y eso hay que celebrarlo como más te gusta, ¿qué mejor que fumarte otro Cohiba en esa terraza que hemos visitado hace un rato?

El rostro de Riki volvió a mostrar la misma sonrisa de felicidad que cuando estaba en estado aparente de ingravidez.

Consuelo dejó que transcurrieran un par de minutos antes de proseguir.

—Ahora vamos a ir a un lugar mucho más tranquilo y privado, mucho más que tu terraza preferida. Es importante que sea un lugar donde nadie pueda molestarnos porque hemos de buscar unas respuestas, así que sales de la terraza... entras en casa... y bajas las escaleras del sótano... no hace falta que enciendas la luz, recuerdas perfectamente el camino y cada uno de los escalones... En el fondo verás un montacargas que nunca antes habías visto, pero está allí, es uno de esos montacargas grandes con puerta de tela metálica que permite ver el exterior una vez que estás dentro de él. ¿Lo ves?

Riki asintió.

—Acércate a él y entra en su interior, hemos de bajar a un lugar muy profundo de tu mente donde tienes guardada esa información que necesitas recuperar... Ahora que estás dentro puedes ver que hay muchos botones, pero solo uno de ellos es rojo... ese es el que tienes que pulsar y te llevará directamente abajo del todo... sobre los botones hay una pantalla digital grande con el número cien... cuando pulses el botón rojo ese número irá descendiendo hasta el cero que será nuestro destino... ese es el lugar que buscamos... el cero... ya puedes pulsar el botón rojo...

Riki levantó la mano izquierda haciendo el gesto de apretar el botón y luego volvió a dejarla sobre su regazo.

—100... 99... 98... 97... 96... 95... 94... 93... 92... 91... 90... 89... 88... nos estamos acercando, 65... 64... 63..., notas la velocidad de bajada en la boca del estómago, 43... 42... 41... 40... 39..., cuando llegues bajo, saldrás y verás una sala blanca, pequeña y acogedora... 22... 21... 20... 19..., y en medio hay un sillón grande con orejeras,

marrón rojizo... algo pasado de moda pero muy cómodo... 5... 4... 3... 2... 1... ¡cero!... ya hemos llegado... las puertas se abren automáticamente y puedes ver la sala y el sillón... Acércate a él y siéntate, lo que has de buscar está en el interior de tu mente, y necesitas estar sentado muy cómodo... relajado...

Riki se acomodó en la silla. Sin duda estaba convencido de estar sentándose en el enorme sillón descrito por Consuelo.

—Frente al sillón hay una mesa pequeña de madera de ébano tallada a mano, negra, con una espiral grabada en la parte superior. Encima de la mesa hay un pedazo de hielo, justo en el centro de la espiral. El hielo se está deshaciendo poco a poco... el agua va recorriendo la espiral de la mesa, adaptándose a su dibujo, lo mismo que tu cuerpo se va ajustando a la forma del sillón hasta estar perfectamente sentado y cómodo en él... ¿Estás cómodo Riki?

—Sí.

—Bien, ahora verás cómo del suelo emerge una pantalla de plasma de sesenta pulgadas, puede que incluso sea algo más grande. Lo hace lentamente, con un sonido sibilante de motor eléctrico apenas perceptible al oído... cuando termine de subir se encenderá ella sola... automáticamente... avísame cuando eso ocurra...

Pasaron unos diez segundos.

—Ahora. Ya se ha encendido.

Consuelo cogió el guion con las preguntas que el comisario quería que hiciera.

—Estupendo, esa es una pantalla muy especial, y está sincronizada con tu cerebro, no necesita mando a distancia, tú mismo la puedes manejar con el pensamiento. Ahí es donde verás todo lo sucedido aquella noche, y podrás parar la imagen congelándola cuando quieras, volver hacia atrás, hacer zoom acercando lo que veas o alejándolo... incluso podrás cambiar el ángulo de visión en algunos casos... muy pronto empezarás a ver las mismas imágenes de esa noche, cuando estabas sentado en la barra de la cervecería, junto con tus tres amigos... ¿recuerdas la posición de cada uno?

—Sí, la recuerdo.

—¿Puedes verlo en la pantalla?

—Sí.

—Tu eres el que está de cara a la puerta del local, ¿verdad que sí?

—Sí.

—Y puedes ver a cualquiera que entre o salga por esa puerta.

—Sí.

—También puedes ver desde ahí el pasillo que lleva hasta el cuarto de baño de las señoras... ¿cierto?

—Sí, lo estoy viendo.
—¿Puedes ver la puerta del cuarto de baño?
—No, desde aquí solo se ve el pasillo.
—¿Ese mismo pasillo lleva al cuarto de baño de hombres?
—Sí.
—¿Has entrado alguna vez en él?
—Sí.
—¿Y en el de mujeres?
—No.
—¿Y tus amigos?, ¿sabes si han entrado alguna vez en el cuarto de baño de las mujeres?

El comisario pudo notar lo incómodo que empezaba a sentirse José Antonio ante la última pregunta formulada. Estaba claro que no esperaba que el interrogatorio fuese por ese camino. Sin duda creería que solo iban a preguntarle por las fotos de los otros sospechosos. Cambió de posición en la silla en varias ocasiones, intentando encontrar una postura cómoda que no llegaba a localizar.

—Sí.
—¿Cuál de ellos?, ¿todos?
—No, solo José Antonio.
—¿Por qué ha entrado ahí?, ¿lo sabes?, ¿es que se ha confundido?
—No, estaba tomando una cerveza con la mujer y luego la ha seguido hasta el cuarto de baño.
—¿Era Edurne esa mujer?
—Sí.
—¿Alguno de vosotros la conocía antes de esa noche?
—No.
—¿José Antonio tampoco?
—Tampoco.
—Después de estar con ella, ¿os la presentó?
—No, nunca hablamos con ella. Solo nos dijo su nombre.
—¿Quién os dijo el nombre?
—José Antonio.
—¿Qué ha estado haciendo José Antonio en el cuarto de baño?

José Antonio seguía moviéndose incómodo en su asiento, lo cual no le pasó desapercibido a los demás.

—Ha tenido sexo con ella.
—¿Os lo ha contado él?
—Sí.

Consuelo miró al comisario antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Ha sido él quien la ha matado?

Se oyó la silla de José Antonio al ser arrastrada hacia atrás. Riki no

contestaba.

—¿Ha sido él quien la ha matado? —repitió Consuelo la pregunta.

—... No lo sé.

—¿Qué os ha contado?

—Que la tía estaba muy caliente y mojada y tenía ganas de sexo.

—Ahora vas a retroceder un poco más, justo hasta cuando entráis a la cervecería, quiero que me digas a cuántas personas ves.

—Hay poca gente. Una pareja en una mesa cerca de la entrada. Muy jovencitos, se les ve enamorados. A la izquierda hay otra mesa con dos parejas, parecen dos matrimonios amigos, de mediana edad, el camarero, y al fondo hay un hombre solo.

—¿Es alguno de los que has visto en las fotos?

—No puedo verle la cara, está en un rincón bastante oscuro.

—Bien, recuerda su posición, quizás luego veas cómo se levanta. Ahora os acercáis a la barra y pedís las primeras cervezas, ¿es así o hacéis algo antes?

—Vamos directamente, como siempre. El camarero nos ha visto llegar y ya está preparando las cervezas sin que sea necesario pedírselas.

—¿Siempre os sentáis en la misma posición?

—Normalmente sí.

—En ese caso ya puedes ver quién entra o sale, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora vas a hacer un avance rápido en la imagen de la pantalla hasta que tu amigo se acerca a Edurne y entran los dos al cuarto de baño. Quiero que en ese tiempo te fijes especialmente en la gente que entra a la cervecería. Antes has de recordar las fotos que te hemos mostrado. Si ves entrar a alguno de ellos, congela la imagen, recuerda que la pantalla funciona con tu pensamiento.

—...

—¿Lo has entendido?

—Sí.

Consuelo esperó un minuto y se dispuso a volver a preguntar, tenía la sensación de que estaba fallando el proceso, pero en ese momento Riki dijo algo.

—Ahora.

—¿Ahora?

—Puedo verlo, ya he congelado la imagen.

Consuelo miró al comisario y luego al inspector. Se notaba que la tensión había aumentado mucho desde el inicio de la sesión. ¿Qué o a quién habría visto Riki? ¿Había entendido correctamente sus instrucciones?

—¿A quién puedes ver? Fíjate muy bien antes de contestar. Es importante.

—Es el tipo de la primera foto, el que no está muerto.

—Hilario.

—No sé su nombre.

—¿Cómo va vestido?

—Lleva un polo de manga corta y unos vaqueros.

—Acerca la imagen y céntrala en su cara.

—Sí, ya está.

—¿Estás seguro de que es el mismo hombre de la fotografía? Es importante que te asegures muy bien de ello antes de responder.

—Sí, es el mismo. Seguro.

Consuelo volvió a mirar a los policías. ¡Lo tenían!, se morían de ganas por hacer algunos comentarios o por intervenir en el interrogatorio, pero ninguno de ellos hizo nada ni le pidió el papel para escribir, de manera que Consuelo siguió con lo previsto. En la sala no se oían voces, pero aumentó el rumor ocasionado por el movimiento de todos en las sillas.

—Vuelve a poner el play y dinos qué hace.

—Se sienta en una mesa, solo, bastante alejado de la barra. El camarero se acerca y él le pide algo, luego el camarero le lleva una cerveza.

—¿Dónde está Edurne en esos momentos?

—Ha entrado un poco antes y se ha sentado en una de las mesas del centro.

—¿Se han visto?

—Edurne no parece haberlo visto, está sentado en un lugar bastante apartado y ella se ha limitado a sentarse sin mirar a nadie.

—¿Y él, la ha visto?

—Sí.

—¿Dirías que la conoce?

—No sabría decirle, la mira como supongo que la miramos todos, con deseo, es una mujer muy atractiva.

—Sigue mirando la pantalla y cuéntanos lo que ves.

—José Antonio se ha fijado en la mujer cuando yo se lo he comentado y nos hace ver lo buena que está y que se encuentra sola. No parece estar esperando a nadie. Simplemente está sola. En realidad todos nos hemos fijado, pero él es el único que lo dice en voz alta. También dice que está como un tren, que hace mucho tiempo que no está a solas con una mujer como esa. Roberto le pregunta entonces que por qué no se la liga.

En ese momento era Roberto quien se movía incómodo en la silla y

miró de reojo a José Antonio. Se cruzaron una mirada que Gregorio, que permanecía pendiente de ellos, interpretó de culpabilidad.

—Nos reímos todos y pedimos otra ronda de cervezas. Roberto insiste, —¿a que no te la ligas?", le dice. José Antonio se anima y va hasta donde está la mujer. Poco después ella se acerca, le dice algo y se levanta. Se va por el pasillo de los aseos. José Antonio espera un poco y la sigue.

—¿Qué hace Hilario mientras?

—Continúa tomando la cerveza a pequeños sorbos, le dura mucho más que a nosotros.

—Vuelve a darle al avance rápido hasta que José Antonio sale del cuarto de baño y dinos si en todo ese tiempo Hilario se mueve de su sitio o hace algo aparte de seguir bebiéndose la cerveza.

—... Ya sale José Antonio, viene con aspecto triunfante y satisfecho y nos enseña las bragas de la mujer como si fuera un trofeo. Hilario sigue en el mismo sitio, parece que nos mira, pero no hace nada. Nos terminamos las cervezas y decidimos irnos, la mujer todavía no ha salido del cuarto de baño.

A Consuelo se le ocurrió hacer una pregunta al respecto. Tenía la autorización del comisario para hacer preguntas adicionales si las respuestas de Riki iban por alguna dirección distinta a la prevista en el guion.

—¿Has visto bien esas bragas?

—Sí, perfectamente.

—¿Tienen alguna mancha de sangre?, por pequeña o insignificante que sea. Acerca la imagen si hace falta.

—No, están limpias.

—¿Qué hace José Antonio con las bragas?

—Se las guarda en el bolsillo y dice que va a conservarlas como un recuerdo en su oficina, para olerlas cada vez que quiera rememorar a una *femme fatale*.

—¿Os vais enseguida?

—Nos tomamos una última ronda de cervezas, luego Juanjo quiere mear antes de irnos y dice que le esperemos.

Todos miraron a Juanjo, en ningún momento se había comentado en los interrogatorios anteriores que alguien hubiese ido al cuarto de baño. El comisario intentaba recordar si era porque no lo habían preguntado o porque habían mentido, pero suponía que simplemente no se les había hecho esa pregunta. Lo consideró como un error por su parte, porque ese pequeño detalle abría la posibilidad de que Juanjo fuese también sospechoso. Podría incluso haber actuado por despecho y celos, por el hecho de que José Antonio se hubiese

follado a Edurne y él no. Incluso puede que intentara forzarla diciéndole que tenía el mismo derecho que José Antonio, y al negarse, decidiera matarla. Se cruzó una mirada con el inspector que también parecía estar pensando algo parecido.

—¿Puedes ver en qué cuarto de baño entra?

—No, desde donde lo esperamos solo vemos el pasillo. No se ve ninguna de las dos puertas.

—¿Tarda mucho en salir?

—Unos cinco minutos.

El comisario pensó que era poco tiempo, pero no descartó las nuevas sospechas. En esos momentos volvió a improvisar Consuelo.

—¿Cómo sale Juanjo del cuarto de baño? ¿Lo notas agitado, como si hubiera hecho algún esfuerzo físico?

El comisario sonrió con disimulo, por lo visto Consuelo también había pensado que podía ser Juanjo quien la había matado. Se lo anotó mentalmente para comentarlo con él cuando lo acompañase luego a casa. Había demostrado ser inteligente y su opinión podía ser interesante.

—No —contesta Riki.

—¿No tiene ninguna mancha de sangre en la ropa?

Juanjo estuvo a punto de protestar, pero el comisario que lo estaba observando le hizo un gesto para que se mantuviese en silencio.

—¿Qué ocurre después?

—Salimos juntos a la calle después de despedirnos del camarero.

—¿Qué hace mientras Hilario?

—Le hace un gesto al camarero señalándole la copa vacía, pidiéndole otra cerveza.

—¿Se levanta de su asiento?

—No, espera a que el camarero le lleve la bebida.

—¿Y luego?

—Salimos de la cervecería y lo pierdo de vista.

—¿No puedes saber si se levanta para ir al cuarto de baño?

—No, no puedo verlo.

—¿Durante todo ese tiempo no ha entrado ningún otro conocido ni el de la otra fotografía?

—No... pero está allí.

La tensión del ambiente volvió a subir.

—¿John?

—No sé cómo se llama.

Consuelo hizo un gesto como para enseñarle la foto, pero recordó que seguía con los ojos cerrados.

—¿El muerto?

—Sí.

—¿Es el mismo que estaba sentado al fondo cuando habéis entrado?

—No, a ese no le he visto la cara en ningún momento. No se ha movido en todo el rato. John no está dentro, está allí fuera, cruzando la calle en esos momentos. Viene hacia aquí.

—¿Entra en la cervecería?

—No lo veo entrar, nosotros hemos seguido en otra dirección y nos cruzamos con él.

—Sigue andando y fíjate si te giras en algún momento y puedes verlo entrar.

—No, seguimos andando y hablando. Vamos a tomarnos la última cerveza en otro sitio.

Consuelo decidió quemar un último cartucho.

—Es importante que ahora te fijes si alguno de tus amigos se gira en algún momento mientras vais caminando por la calle.

Esperaba que si contestaba que sí, podría sugerir hipnotizar al que se hubiera girado para confirmar si John acababa entrando a la cervecería o no, siempre que el comisario lo considerase oportuno y valorase la opción de perder a otro testigo para el juicio.

—No, no se gira nadie en ningún momento.

Consuelo sintió una cierta decepción y cogiendo el papel escribió: ¿Quiere que le pregunte algo más?" y se lo mostró al comisario, que hizo un gesto negativo con la cabeza. Consuelo se lo enseñó al inspector que respondió de idéntico modo.

—Perfecto Riki, lo has hecho muy bien, ahora voy a contar hacia atrás desde el diez hasta el cero, despacio, mientras lo hago sentirás que cada vez te encuentras mejor, más alerta, atento... cuando llegues al cero te despertarás, sin sobresaltos y estarás completamente descansado, y recordarás todo lo que hemos hablado durante la sesión. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Estupendo... Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... cero.

Riki abrió los ojos mirando primero a Consuelo que estaba apenas a dos pasos de él, luego los miró a todos uno por uno.

—Bienvenido, ¿te encuentras bien? —le preguntó Consuelo.

—Sí... creo que sí.

—¿Recuerdas la experiencia?

—Sí.

—En ese caso —intervino el comisario—, y recuerde que está bajo juramento y la cámara sigue grabando, díganos si reconoce a estos

dos individuos —le cogió las fotos a Consuelo y se las mostró a Riki después de volverlas a poner delante del objetivo de la cámara.

—Sí, los vi esa noche.

—¿Dónde?

—Este entró a la cervecería y se sentó solo en una mesa. Tomó una cerveza mientras estábamos allí y pidió una segunda cuando nos íbamos —dijo señalando la foto de Hilario.

—¿Y este? —le volvió a mostrar la de John.

—Lo vi al salir de la cervecería. Nos cruzamos con él, pero no puedo saber si entró en la cervecería o pasó de largo.

3

El comisario y Gregorio se dirigían al hospital para interrogar al exmarido de Edurne. La experiencia del día anterior había sido muy reveladora pero no habían tenido ocasión de comentarla porque el comisario acompañó inmediatamente a Consuelo a su casa, tal y como se había comprometido. Gregorio estaba pensativo y no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido el día anterior y a lo que había hecho después de salir de comisaría.

Había llegado a casa con cierto desasosiego y le contó con pelos y señales todo lo sucedido en la sesión de hipnosis a su mujer. Ella no podía creerlo y se mostró exageradamente interesada bajo su punto de vista.

—¿De verdad habéis hecho una cosa así en la comisaría?, parece como de *Expediente X* o algo parecido, ¿no?

—Lo cierto es que ha sido muy interesante. Yo no esperaba ni mucho menos un resultado parecido, y estoy seguro de que el comisario tampoco.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado con todo eso?

—La verdad es que conclusión, conclusión, yo no la tengo clara, no he hablado todavía con el comisario, pero lo bien cierto es que hay mucho en lo que pensar. Por una parte está claro que al menos Hilario estuvo esa noche en la cervecería. ¿Casualidad?, ¿estuvo siguiendo a Edurne?, no lo sabemos, pero sea como sea, en cierto modo da veracidad al testimonio del dueño de la cervecería que dijo que le sonaba su cara. También es posible que John acabara entrando allí, ¿otra casualidad?, ¿iba John siguiendo a Hilario o había quedado con Edurne?, después de todo estaba viviendo con ella.

—¿Pero eso ha quedado claro?, pensaba que en el registro del piso

de Edurne no habíais encontrado nada.

—No, pero no puede ser una casualidad. La hermana de John nos facilitó esa dirección.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creo recordar que me dijiste que había dicho un número concreto de la calle Pelayo.

—Sí, el de Edurne.

—Bueno, el de Edurne... y varios más.

Gregorio se quedó con la boca abierta. Su mujer le acababa de abrir una nueva posibilidad en la que ni él ni el comisario habían caído.

—¡Joder!, ¡claro!, John estaba viviendo con Hilario, no con Edurne, igual que ahora hay una jovencita viviendo allí, sin duda ella también usará eso del *couch-nose-qué*.

—*Couchsurfing*.

—Eso mismo. Joder, ¿cómo no nos hemos dado cuenta antes? Por eso no hemos encontrado nada de John en la casa de Edurne...

—¿En qué piensas?

—No sé, Edurne va a la cervecería, Hilario la sigue hasta allí y entra en el cuarto de baño para matarla, John llega de casualidad al mismo sitio, o se cruza con Hilario cerca de allí. Hilario teme que pueda identificarlo y decir que lo ha visto en el lugar del crimen, y simplemente lo mata y se deshace del cadáver.

—¿Y todo eso de la pistola?

—Eso es lo más raro de todo, dos muertes con cuchillos distintos y una pistola que nadie parece haber utilizado.

—¿Pero ya tenéis el informe de balística?

—Mañana por la tarde lo tendremos.

—Entonces no sabes si se ha utilizado o no.

—No, desde luego, lo peor de todo es que el comisario ha insinuado en varias ocasiones que podríamos estar hablando de un solo asesino para los tres crímenes, el de Edurne, el de John, y el de la exmujer del comisario.

—¿Y no crees que pueda ser?

—Eso es lo que me temo, que sí que pueda ser.

—Pero eso sería genial, ¿no?, cerraríais el círculo y tendríais los tres casos resueltos de un plumazo.

—Todo eso estaría muy bien si no fuese porque fue el propio comisario quien sacó la bolsa del contenedor... y luego estuvo a solas con ella. Envió al oficial a casa de Hilario y él se quedó con la bolsa... solo. Nadie más que él, y en todo caso Hilario, saben lo que

realmente había dentro de esa maldita bolsa.

—¿Quieres decir que no había una pistola allí hasta que el comisario la puso?

En esos momentos el comisario dio un frenazo en un paso de peatones y Gregorio volvió al presente con gesto de sorpresa.

—¿Qué coño te pasa?, te noto ausente.

—Nada, nada.

—¿Qué te pareció lo de ayer?

—La verdad es que no esperaba algo tan sorprendente, en cierto modo pensaba que Consuelo se limitaría a... bueno, la verdad es que no tenía ni idea de lo que iba a pasar, pero me sorprendió lo ocurrido, ¿no deberíamos detener a Hilario después de todo lo sucedido?

—No, esperaremos a las huellas, tendremos el resultado esta tarde. De todos modos he enviado a un segundo hombre a la vigilancia para que no esté el otro solo. Tienen instrucciones de detenerlo, pero solo en el caso de que abandone la casa. Mientras esté allí y no vaya a ningún sitio no tenemos ninguna prisa. El factor tiempo es importante, cuanto antes lo detengamos, antes pasarán las setenta y dos horas en las que podemos retenerlo legalmente, y quizás necesitemos más tiempo para poderlo llevar ante el juez con la seguridad de que caerá de cabeza en la cárcel y sin fianza. No, no quiero que nos precipitemos. Ya se me ha escapado de entre los dedos en dos ocasiones.

—De todos modos no podemos asegurar todavía que haya sido él.

El comisario miró a Gregorio con furia en los ojos pero no le dijo nada.

—Tenga en cuenta que lo que hay en la bolsa es una pistola y un cuchillo... con dientes de sierra.

—¿Y... ?

—Ninguna de las víctimas ha muerto de un disparo, y en cuanto a Edurne... el asesino utilizó un cuchillo muy afilado de filo liso, más parecido a un bisturí que a un cuchillo de cocina de dientes de sierra.

—Es posible, sí, pero te olvidas de varias cosas.

—¿Cuáles?

—Lo primero, de mi mujer.

El comisario era la primera vez que la nombraba de ese modo, sin utilizar el “ex” previamente. Gregorio adivinó lo que iba a decirle, lo tenía claro desde el momento en que el comisario le contó lo de la bolsa de Mercadona.

—¿Insinúa que la pistola es la utilizada para matar a su mujer?

—Además de las huellas, he pedido el informe de balística, sí.

Sabes que siempre he pensado que los tres crímenes podrían estar relacionados.

—¿Y el cuchillo?

—Está claro que no es el que mató a Edurne, pero puede ser el utilizado para matar a John, y ya tendríamos a dos cadáveres relacionados. Edurne fue la primera muerta, el cuchillo pudo haberlo tirado antes de que lo tuviéramos bajo vigilancia, recuerda que en eso perdimos mucho tiempo por culpa de la maldita confusión del domicilio. Pero también podría ser el que se encontró en el cuerpo de John.

—Pero eso indicaría que John es quien mató a Edurne.

—Podría ser, pero también podría ser que el cuchillo lo dejara allí Hilario para que pensáramos eso.

—Sí, sé que hemos hablado varias veces sobre la posibilidad de que los tres crímenes los hubiera cometido una misma persona, pero tengo mis dudas, no veo la relación, está claro que entre Hilario, Edurne y John sí que la hay, de un modo u otro los tres están relacionados, pero... ¿su mujer?, ¿qué hace ella en este círculo? Perdóneme pero es que no la veo.

—Venganza.

—¿Venganza?

—Sí, sabes que entre Hilario y yo hay algo personal que viene de muy atrás. Dos veces lo he investigado por casos distintos y dos veces se me ha escapado. Sabe que yo pienso que él es culpable, y ahora vuelvo a perseguirlo por algo mucho más grave, el asesinato de Edurne. Eso hace que sus peores instintos salgan a la luz y decida hacerme daño, tal vez no es solo venganza, puede que sea una especie de desafío, los psicópatas a veces se comportan de ese modo extraño, incluso pueden querer ser descubiertos... y entonces es cuando mata a mi mujer.

—Yo sigo sin verlo claro. Lo siento jefe.

—Esperaremos a la prueba de balística. Tengo una corazonada.

Llegaron al hospital y el comisario que era quien conducía, dejó el coche en la zona de urgencias. Cuando un hombre con bata blanca iba a recriminarlo por dejar el coche allí, el comisario le enseñó la placa sin hacer ningún comentario, luego entró al hospital y se la mostró también a la recepcionista antes de guardarla de nuevo en el bolsillo, preguntándole por Carlos.

—Está en la 223, pero no sé...

—Gracias, no se preocupe, nosotros mismos iremos hasta allí.

—Es que...

—Ayer hablé con el doctor, me dijo que no había ningún problema

en que viniéramos a interrogarlo esta misma mañana. Consúltelo con él.

—¿Qué doctor?

—¿Y cómo demonios voy a saber qué doctor?, usted sabrá, yo hablé con él por teléfono —y continuó en dirección al ascensor seguido por Gregorio que se sentía avergonzado y violento por la forma de actuar un tanto prepotente del comisario.

La recepcionista se quedó boquiabierta y no supo qué medidas tomar. Al fin y al cabo eran policías, de todos modos decidió ponerse en contacto con el jefe de planta y advertirle que iban hacia allí. Comunicaba.

Subieron por las escaleras hasta el segundo piso y pronto localizaron la habitación 223. El comisario dio un pequeño toque en la puerta y entró sin esperar respuesta. En la cama del fondo estaba Carlos, la otra cama estaba vacía en esos momentos y no había ninguna visita. Por lo tanto el único ocupante de la habitación era Carlos.

—Buenos días, ¿me recuerda?

—Sí, casi me mata.

—No, yo estaba allí, pero el que le disparó fue otro.

—Sí, sí, lo tengo claro. ¿Qué quiere?

—Necesito hacerle unas pocas preguntas.

—¿Y no puede esperar a que salga de aquí?

—Preferiría hacérselas ahora.

—¿Sin mi abogado?

—No le acuso de nada, son solo unas preguntas sobre su esposa. Más adelante puede que necesitemos profundizar más.

—Está bien, pero que conste que voy a demandarles.

—¿Por lo del disparo?

—¿Por qué si no?

—En ese caso tendrá que demandar a otra comisaría, yo estaba allí de paso como mero observador.

—¿Entonces por qué viene usted a interrogarme y no el otro policía?

—Porque cuando fuimos a casa de su mujer estábamos investigando el asesinato de un tal John, y eso lo investigan en otra comisaría. Todavía no nos han pasado el caso. Ahora vengo como responsable del caso de su mujer, ese sí que lo llevamos nosotros, pero no está relacionado con el disparo que usted ha recibido.

—A la mierda, lo mismo me da un policía que otro, para mí son todos iguales.

—¿Puedo hacerle las preguntas?

—Sí, y lárguense cuanto antes.

—¿Qué hacía en casa de su mujer?

—Creo recordar que ya se lo dije, llegué de viaje y fui a recoger unas cosas.

—Un poco extraño, ¿no?

—Solo quería asegurarme de que nadie se lo llevara aprovechando su muerte. Eran unos efectos personales sin ninguna importancia y algunas fotos, eso es todo.

—¿Puede justificar día a día dónde ha estado todo este tiempo?

—Sí, he estado en una convención pesadísima con un montón de testigos que se han aburrido tanto como yo y pueden garantizar que no me he movido de allí en ningún momento.

—¿Por qué no vino al entierro de su mujer cuando se enteró de su muerte?

—Porque no era mi mujer, ¿lo entiende?, era mi exmujer, eso es todo, y tampoco es que nos llevásemos tan bien.

—Pero tenía la llave de su piso.

—Eso era por pura comodidad, ya le dije que yo tenía la suya y ella la mía. Si la buscan en su casa la encontrarán.

—No creo que sirva de nada, podría haberla puesto usted el mismo día en que recibió el disparo.

—Sí, es cierto, pero ¿para qué iba a hacerlo?

—¿Qué relación tenía ella con su vecino?

—¿Cómo quiere que lo sepa?, pues eso, vecinos. Si me quiere decir que se lo estaba tirando, eso no es cosa mía, no sé nada de las relaciones sexuales de mi ex, como tampoco sabía ella nada de las mías, o eso espero.

—¿Sigue afirmando que no vivía con nadie?

Gregorio dio un respingo, había olvidado por completo comentar las conclusiones sobre dónde estuvo viviendo John en realidad.

—Oiga, no lo sé, pero allí no parecía que estuviese viviendo ningún hombre, ustedes lo registraron todo, ¿no?

—Alguien pudo habérselo llevado.

—Yo acababa de llegar, que me registren.

El comisario tuvo la impresión de que estaba perdiendo el tiempo.

—Está bien, le aconsejo que tenga preparada la coartada detalladamente para cuando lo llamemos a declarar a comisaría.

—¿Para preguntarme otra vez lo mismo?

—Eso ya se verá.

En ese momento abrieron la puerta.

—Perdonen, pero esto parece algo irregular.

—Ya nos íbamos, no se preocupe.

No valía la pena entrar en más discusiones para nada, ni insistir en que habían hablado con uno de los médicos. Después de todo tampoco tenían gran cosa que preguntar. Salieron de la habitación y del hospital, volvieron a subir al coche y se dirigieron a comisaría.

14
•

La escopeta

1
♦

—Comisario, anoche estuve pensando en lo que dijo la hermana de John.

—¿Lo que dijo de qué?

—Sobre dónde estaba viviendo en España.

—Y llegaste a la conclusión de que estaba en casa de Hilario...

—¿Cómo diablos... ?

—Llevo varios días dándole vueltas a eso, y cuando no encontramos nada en casa de Edurne, la cosa parecía confirmarse. Como ves, todo apunta cada vez más directamente a Hilario.

—Yo lo vi claro anoche, mientras hablaba con mi mujer.

—¿Comentas los casos con tu mujer? Eso no parece muy profesional.

—No, bueno, a veces...

El comisario se rio a carcajadas.

—No te preocupes, eso es normal, yo también lo hacía, aunque seguro que menos. Después de todo, casi nunca estaba en casa, pero cuando solucionábamos algún caso interesante en comisaría, Amparo era la primera con quien lo compartía, eran otros tiempos, pero así y todo echaba de menos poder comentar cosas sobre los casos en plena investigación, ya sabes, para que me aportara ideas, lo mismo que haces tú, ¿me equivoco?

—Bueno...

—Venga vamos, si no lo comentas con tu mujer, ¿con quién vas a hacerlo?

—Puede que tenga razón.

—Yo no podía comentar con Amparo las investigaciones en marcha porque siempre acabábamos discutiendo, después las niñas se fueron haciendo mayores, yo cada vez estaba menos en casa... No sé, supongo que unas cosas llevaron a otras hasta que nos separamos. Cómo pasa el tiempo. Ya hace ocho años que decidimos separarnos... y ahora ella está muerta.

El rostro del comisario pareció ensombrecerse por momentos, y Gregorio quiso cambiar de tema.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos a las pruebas del laboratorio, pero si quieres resumimos la situación a ver si estás de acuerdo con todo lo que pienso. He sacado algunas conclusiones.

—Perfecto, soy todo oídos.

—No cabe duda de que la hipnosis nos ha aportado datos interesantes. Por una parte nos ofrece a un nuevo sospechoso, bastante dudoso, cierto, pero sospechoso al fin y al cabo: Juanjo.

—...

—¿Por qué no sabíamos que había ido al cuarto de baño poco antes de irse y mientras Edurne seguía allí? No sabemos si entró en el de señoras o no, pero se nos abre esa posibilidad que habíamos pasado por alto. ¿Cierto?

—Si, muy cierto. De hecho Consuelo también pareció pensar algo parecido.

—Sí, me lo confirmó cuando lo acompañé a casa, y ¿sabes?

—¿Qué?

—En un primer momento casi que descarté a Juanjo por completo, por aquello de los cinco minutos que dijo Riki, pero cuando lo hablé con Consuelo me dijo que eso era una estimación muy sui géneris, estuviera bajo hipnosis o no, no tenía manera de calcular el tiempo transcurrido. ¿Me entiendes? Ya se iban todos, iban algo cargados de cervezas y de repente Juanjo dice que se va al lavabo. Los otros lo esperan y siguen hablando de sus cosas, y seguro que de Edurne, en esas circunstancias es imposible hacer un cálculo serio de tiempo. Lo que quiero decir es que igual que dijo cinco podrían ser diez minutos, o incluso más, porque el hecho de estar bajo hipnosis no cambia la percepción del paso del tiempo, si le parecieron cinco minutos, eso es lo que dice cuando lo hipnotizan, pero en la realidad podrían haber sido muchos más. Bien mirado, los suficientes para cargarse a alguien. El problema es el de siempre, las manchas de sangre.

—¿Qué manchas?

—Las que no habían, ni José Antonio tenía una sola mancha de sangre, ni Juanjo tampoco, y recuerda que ese crimen fue el más sangriento de todos.

—Sí, con diferencia, pero tal vez haya alguna explicación para lo de la sangre.

—¿Se te ocurre alguna?

—La única que se me ocurre creo que ya la comentamos. De hecho me parece que fue usted mismo quien lo sugirió. Cualquiera de ellos, y en especial José Antonio, pudo desnudarse por completo, y digo en especial José Antonio porque al fin y al cabo mantuvo sexo con

Edurne, es lo único que ha quedado bastante claro. ¿Quién nos dice que no se desnudó del todo a pesar de que no es lo normal cuando el encuentro sexual es en un baño público? Si fuera así, podría haberla matado sin miedo a mancharse, y luego, antes de vestirse se podría haber lavado.

—Es una posibilidad, ¿por qué no?, cosas más raras se han visto.

—Pero es muy arriesgado, tenga en cuenta que no hay duchas y tuvo que limpiarse en uno de los lavabos, y el baño no se puede cerrar por dentro, podría haber entrado cualquiera y encontrarlo desnudo y lleno de sangre... No sé, la verdad es que estoy un poco perdido con esta teoría, pero no deja de darme vueltas por la cabeza desde que la comentamos la primera vez.

—No lo descartemos todavía. Otra cosa que nos aporta la hipnosis es la confirmación de que el testimonio del propietario sobre que podía haber visto a los otros dos sospechosos, Hilario y John, no es ninguna invención. Al menos uno de ellos estuvo allí ese día, de eso ya no hay duda, y el otro... andaba cerca.

—Eso aparta un poco las sospechas de este.

—Cierto, o simplemente nos confirma que no mentía en ese punto. Después está el exmarido de Edurne... ¡un capullo integral!, pero no creo que tenga nada que ver con el crimen. Lo dejaremos para el final y ya veremos si lo seguimos incordiando con algún interrogatorio más a fondo en comisaría. No sabemos las intenciones que tenía al ir al piso de su ex, puede que buscara dinero o joyas, o cualquier cosa de valor antes de que cayera en otras manos, vete a saber. Ha admitido que no se llevaban nada bien, a pesar de la incongruencia de tener la llave, no me acabo de creer que fuera un intercambio voluntario. Lo más probable es que él conservara la llave del piso de cuando se separaron y ella no se molestase en cambiar la cerradura. De todos modos eso tampoco lo hace más sospechoso de la muerte. Lo que más me mosquea es que no anticipara la vuelta y viniera al entierro. Yo mismo, y por muy mal que me llevase con mi exmujer, sería incapaz de no asistir.

—Por cierto, ¿cuándo es el entierro?

—La semana próxima. ¿Quieres venir?

—Por supuesto que iré.

—En cuanto a John... ¿mató él a Edurne y luego Hilario se vengó de él, o la mató Hilario y luego se deshizo de John porque era un testigo peligroso?

—Yo me apunto más a la segunda opción, y las dos muertes fueron con arma blanca. Lo de que no coincida el tipo de cuchillo es fácil de explicar, como usted bien dijo, Hilario pudo deshacerse del primer

cuchillo nada más matar a Edurne, y luego agenciarse otro para volver a matar.

—Salvo que sea el que encontraron en el cuerpo de John.

—Puede ser, pero yo más bien creo que se deshizo del cuchillo. Lo que sigue sin cuadrarme, y perdone que insista tanto, es lo de Amparo, si como dice, Hilario se quería vengar de usted y decidió que ese era el mejor modo, ¿por qué no utilizó un cuchillo como en los otros dos casos?

—Bueno, tal vez buscaba implicarme a mí.

—Sí, pero él debe saber que las pistolas se identifican fácilmente por medio de balística y que pronto se vería que no se había utilizado su arma.

—Puede que no sea tan listo como parece. ¿Quién más nos queda?

—Yo descartaría a los otros dos amigos de José Antonio, tanto a Roberto como al propio Riki. Pero lo que más me preocupa es que puede que ni siquiera tengamos al asesino en el punto de mira.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si no es nadie de los que hemos valorado? En un momento dado podría haber entrado otro cualquiera al cuarto de baño, matar a Edurne y largarse de allí... sin más.

—Te refieres al hombre del rostro oculto que Riki menciona y que en ningún momento puede distinguir, ¿verdad?

—Efectivamente, ¿quién nos dice que después de salir los cuatro amigos no salió también Hilario y entonces ese individuo que ha estado observándolo todo desde el anonimato, entra al cuarto de baño, mata a Edurne, sale, paga la cuenta y se larga?

—Puede ser, sí, puede ser, pero entonces, ¿qué hacía Hilario allí y por qué no dijo nada de eso cuando lo interrogamos?

—Sabe que a veces los testigos prefieren no decir ciertas cosas, no porque sean culpables, sino porque temen implicarse más. Por cierto, ¿qué pasa con las huellas de la bolsa? ¿Cómo las comparamos con las de Hilario si no llegamos a detenerle?

—Esta vez no le detuvimos, pero recuerda que tiene detenciones anteriores y se conservaban en archivo sus huellas. He pasado copia al laboratorio para que las contrasten.

—Veo que lo ha tenido todo en cuenta.

—Lo intento. ¿Tienes alguna sugerencia más de otro posible sospechoso?

Gregorio pensó que el otro que se le ocurría era el propio comisario, pero al mismo tiempo quería estar equivocado, todo podrían ser pruebas circunstanciales y no tenía por qué juzgarlo tan duramente. Por supuesto tampoco iba a decirle que sospechaba de él

sin tener ninguna prueba.

—Pues no se me ocurre nadie más —dijo para acallar su conciencia.

2

Adela estaba roncando en la cama, a su lado, resultaba increíble cómo una personita tan encantadora pudiera roncar de aquel modo tan infernal. Acababan de hacer el amor, y ella, al igual que la vez anterior, se había quedado dormida inmediatamente después. Resultaba envidiable poder dormir de ese modo. Hilario se estaba fumando un Chesterfield en la cama, desnudo, con barba desaliñada de un par de semanas, más flaco que nunca, rascándose cada dos por tres el herpes, y satisfecho sexualmente, pero cada vez con la mente más inestable. Tenía la sensación de que el cerebro le hacía ruidos al pensar, como si tuviera una maquinaria metálica en su interior a la que, además, le faltase un buen engrase y las neuronas fueran de arenilla, todo chirriaba, todo se confundía y ya no podía soportarlo más.

Se puso a llorar en silencio de pura desesperación mientras terminaba el cigarrillo.

3

Carlos estaba en la habitación del hospital, la visita de los policías parecía haberle afectado a la herida porque además de estar de muy mal humor, le dolía horrores. Cogió el iPhone y buscó entre sus muchos contactos el número de su abogado.

—¿Sí?

—Soy Carlos.

—Hola, ¿cómo estás?

—Jodido, en el hospital reponiéndome de un disparo.

—¿Te han pegado un tiro?, ¿quién?, ¿cómo ha sido eso?

Carlos le contó con todo detalle lo sucedido cuando estaba en casa de su ex.

—Quiero meterles una querella criminal, los muy cabrones casi me matan.

—Eso está hecho, pero será conveniente que justifiquemos muy bien qué hacías en casa de tu ex. Técnicamente no tenías ningún derecho a estar allí, y no quisiera que aprovecharan nuestra querella

para contraatacar.

—Tú mételes la querella por el culo, del resto ya me encargo yo.

4

Gregorio y el comisario se encontraron con una sorpresa al llegar a comisaría.

—Comisario, encima de la mesa de su despacho he dejado el sobre del laboratorio que acaba de llegar —dijo el policía que estaba en la puerta.

—Vaya, se han anticipado. ¡Gracias!

—¿Será lo de Hilario? —preguntó Gregorio.

—No espero otra cosa. Vamos a ver.

El comisario parecía nervioso, pero contento, como anticipándose y sabiendo de antemano que iba a recibir buenas noticias. Era previsible que hubiera alguna huella comprometedora en la bolsa, pero difícilmente habría nada en el cuchillo ni en la pistola, y mucho menos si como él se temía, el comisario era quien había metido el arma en la bolsa, o la había sustituido por otra pistola en caso de que ya hubiese alguna dentro. De ser así no podían haber huellas porque habría tenido mucho cuidado de limpiarlas.

Entraron al despacho, el comisario se sentó en su silla y Gregorio permaneció de pie.

—Siéntate coño, parece que tengas prisa.

El inspector se sentó, miró el sobre y luego al comisario.

—¡Bingo! —gritó el comisario—, ¡lo tenemos!

—¿Han confirmado las huellas?

—Míralo tú mismo.

Gregorio cogió el informe que le ofrecía un comisario risueño y satisfecho de sí mismo, y lo leyó íntegramente. Tal y como era de esperar, no se había encontrado ninguna huella concluyente en las asas de la bolsa, las numerosas arrugas habían impedido que quedara algo aprovechable en ellas, pero había dos huellas parciales en otros lugares de la bolsa que coincidían con las muestras de la ficha de Hilario. El cuchillo había sido limpiado con pulcritud y no había ni huellas dactilares, ni restos de sangre de ningún tipo, nada que pudiera demostrar que había sido utilizado en un crimen. Lo mismo ocurría con la empuñadura de la pistola, completamente limpia. Pero lo que aceleró el corazón del inspector hasta el extremo de que temió que el comisario se diera cuenta de ello, era que en el cañón de la pistola se había encontrado una huella completa de un pulgar de

Hilario.

Gregorio miró al comisario con cara de sorpresa sin decirle nada.

—¡El Hilario de los cojones ha metido la pata al limpiar la pistola!, por lo visto ha sido cuidadoso con la empuñadura y se le ha olvidado limpiar el resto. ¿No te parece un golpe de suerte genial?

—Sin duda.

Gregorio estaba atónito, conforme había ido pasando el tiempo se había ido convenciendo cada vez más de que el comisario había matado a su exmujer y quería cargarle el muerto, y nunca mejor dicho, a Hilario, pero si la pistola tenía huellas de Hilario, su teoría de que la había puesto el comisario en la bolsa se iba al traste. Por un momento no supo si alegrarse o no. No tenía nada en contra del comisario, y por lo tanto debía sentirse contento de que eso le excluyera definitivamente como sospechoso del crimen, pero a la vez se sentía tan sorprendido que no supo cómo reaccionar.

—Y eso no es todo, sigue leyendo, pasa página, pasa página...

Siguió leyendo, era la prueba de balística que confirmaba que la bala extraída del cerebro de la víctima había sido disparada con esa pistola.

—Creo que ahora sí que lo tenemos todo para ordenar la detención inmediata de Hilario. Que confiese los otros dos crímenes será cuestión de tiempo, y eso sin contar con lo que podamos encontrar cuando registremos el piso e interroguemos a la jovencita.

—Así es, así es. En la última página comenta también algo del cuchillo —sonrió el comisario señalando el informe con el dedo.

Volvió a pasar página y pudo leer cómo se indicaba que si bien no se podía asegurar al cien por cien que se tratara del cuchillo utilizado en la muerte de John, sus características, tales como grosor del filo y separación de los dientes, coincidían con el arma que había acabado con la vida del inglés.

—Enhorabuena comisario. Creo que el caso ha resultado un completo éxito. Tres de tres.

—Espero que te alegres también por mí.

—Por supuesto, por supuesto.

5

Adela se despertó y encontró a Hilario llorando a su lado.

—Eh, mi amorcito, ¿qué te pasa?, ¿no te ha gustado lo que te ha hecho tu cachorrita?

—Me estoy volviendo loco Adela, completamente loco.

—Noooooo..., eso es porque no puedes dormir. Ya verás como cuando logres recuperar el sueño todo vuelve a la normalidad. Es lógico que te sientas así después de tantos días sin conciliar el sueño. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un mes? Pero si es que estás hecho polvo.

—No sé, ya ni eso recuerdo, pero no es por eso, todo empezó antes de tener problemas para dormir, mucho antes. Hace dos años que empecé a perder la razón y no me había dado cuenta hasta ahora.

Adela lo miró a los ojos, esta vez con cierta preocupación. El tono de voz de Hilario conseguía intranquilizarla.

—¿Recuerdas lo que te conté de mi esposa?

—Sí, claro, fue muy triste que se quitara la vida, pero tienes que aceptarlo. Esas cosas pasan.

—No, no se suicidó, a María la maté yo.

Adela se apartó inconscientemente de Hilario. Sabía que ese tipo de confesiones eran peligrosas y ella estaba allí, desnuda e indefensa, al lado de alguien que le estaba diciendo que era un asesino, pero al momento se relajó, pensó que era una forma de hablar y que Hilario simplemente se sentía culpable por la muerte de María, sin duda pensaría que se había suicidado por culpa suya, por que no se sentía querida o por cualquier otra cosa. Decidió consolarlo.

—Relájate Hilario, no te preocupes, tú no tienes la culpa.

—Sí, si que la tengo, y debí darme cuenta antes, durante todo este tiempo la he estado viendo en la bañera, cada pocas semanas tenía una visión y volvía a estar allí...

—Pero eso es porque te sientes culpable por lo sucedido.

—Sí, pero en esas visiones no me daba cuenta de que la estaba viendo tal cual había sucedido todo, no como estaba cuando vino la ambulancia.

—¿A qué te refieres?

—Discutimos en la cocina, fue una discusión fuerte, ya no recuerdo ni por qué lo hicimos, en los últimos años lo hacíamos cada día, por un motivo u otro siempre estábamos discutiendo. De alguna manera nuestro matrimonio se había terminado mucho antes de aquel día. Ella salió de la cocina con la sartén en la mano, creo que incluso intentó golpearme con ella... Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Yo la seguí, como no teníamos pestillo en la puerta pude entrar sin problemas. Ella estaba allí, con la bañera casi llena de agua caliente, por lo visto la había estado llenando para tomar un baño y había dejado el grifo abierto mientras estaba en la cocina. No recuerdo muy bien lo que ocurrió entonces, pero sé que la empuje, y lo hice fuerte, le di un empujón y ella trastabilló y cayó en la bañera.

La sartén acabó en el suelo con un ruido espantoso, al igual que uno de los zapatos. El otro zapato seguía calzando uno de sus pies dentro de la bañera.

—¿Fue un accidente entonces?

—Yo no quería matarla... o sí... No me acuerdo, solo sé que después de quedar inconsciente fui hasta la cocina a coger un cuchillo y volví a entrar al cuarto de baño y yo mismo le corté las venas. Lo hice con cuidado, manteniendo la posición que ella hubiera utilizado para hacerlo. En esos momentos ya estaba pensando a sangre fría, no quería que el forense o la policía se diera cuenta de que alguien le había cortado las venas, quería que quedara claro que había sido ella misma. Recuerdo que abrió los ojos y me miró. Estaba confundida.—¿Qué está pasando?", me preguntó. "Nada, no pasa nada, descansa... cierra los ojos", le contesté yo. Ya había perdido mucha sangre y supongo que aún estaba aturdida por el golpe. No dijo nada más, y al poco tiempo dejó de sangrar. Había muerto.

—Dios...

—Le quité la ropa y me llevé los zapatos y la sartén. Quité las huellas mías del cuchillo y se lo puse a ella en la mano y apreté para marcar sus huellas en la empuñadura...

—¿Qué ocurrió entonces?

—No lo sé, pero lo olvidé, te juro que lo olvidé todo porque empecé a tener problemas de sueño, no como los de ahora, pero sí que me pasaba algunas noches sin dormir. No sé cuando lo olvidé, pero terminé por hacerlo, y solo quedaron las visiones, las malditas visiones que me han estado volviendo loco.

Adela se apartó un poco más de Hilario. Se sentía incómoda por la confesión y no sabía muy bien cómo comportarse. Pero Hilario todavía no había terminado.

—Cuando llegó John, ¿te acuerdas que te dije que estuvo viviendo aquí unos días?

—Sí.

—Por entonces yo empezaba a tener un cierto... no sé si llamarlo poder, o una simple percepción psíquica ocasionada por la falta de sueño... o tal vez solo eran alucinaciones. El caso es que tenía la sensación de que a veces podía leer la mente de las personas, y eso creí ver en John. Tenía unas visiones de Edurne, la vecina.

—¿La que asesinaron en la cervecería?

—Sí, la misma. Bueno, yo pensé que John la había matado, y no me preguntes por qué, pero el caso es que me sentía amenazado, estaba convencido de que John querría matarme. Oh, Dios, es horrible.

—¿Qué pasó?

—Yo maté a John.

Adela no pudo evitar dar un grito.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estarlo?, pero todavía hay más.

Adela empezó a sentir miedo de verdad y ya estaba al borde de la cama, alejada de Hilario y mirando la puerta mientras valoraba la posibilidad de salir huyendo aunque fuera desnuda.

—¿Qué más? —pregunto con la voz temblorosa.

—Eso que yo creía ver en la mente de John, no estaba en la mente de John, él no había matado a Edurne... todo estaba en mi cabeza...

—¿También la mataste tú?

—Sí, sentí que era como una misión, que debía hacerlo. Esa noche fui a tomarme una cerveza a la cervecería de Cánovas, y antes de salir cogí un cuchillo afilado porque algo en mi interior me decía que tenía que matar a alguien... fui solo y me senté allí. No sé por qué fui a ese local y no a cualquier otro sitio, no había estado nunca antes... Por eso debí pensar que se trataba de una señal del destino cuando vi a Edurne. Ella no me vio, yo estaba sentado en una mesa algo apartado y Edurne pasó con ese andar orgulloso que tenía, sin mirar hacia donde yo estaba.

—¿Iba sola? —a pesar del miedo, empezaba a picarle la curiosidad por todo lo que le estaba contando Hilario. Le parecía increíble que estuviera confesándole tres crímenes.

—Sí, pero al poco se le acercó un hombre que estaba en la barra con unos amigos. Estuvieron hablando y luego ella se fue al cuarto de baño. Él la siguió y salió solo. Ella se quedó dentro.

—¿Quieres decir que mantuvieron relaciones allí mismo?

—Así es, ese tío se folló a Edurne. En ese momento es cuando supe por qué había cogido el cuchillo de casa y a quién tenía que matar.

—Por Dios Hilario, pero eso es horrible. ¿No serán imaginaciones tuyas? Llevas mucho tiempo sin dormir y eso afecta a la cabeza.

—¡Sí, lo sé!, ¡joder si lo sé!, ¡claro que me afecta!, ¿por qué crees que los he matado a todos? Yo no soy un asesino.

Adela tuvo la tentación de acercársele y abrazarlo, consolarlo, lo veía destrozado y le daba lástima, pero la prudencia le impidió acercarse. Se sentía en peligro.

—Y está la pistola de John.

—¿Tenía John una pistola?

—Sí, y un cuchillo, pero todo eso está muy confuso en mi cabeza, no consigo recordar si yo la cogí de su macuto o al contrario, la escondí allí. El cuchillo... ¡joder, es todo tan embrollado!

—¿Pero qué pasó con la pistola?

—La he tirado, me he deshecho de ella... y del cuchillo, no podía arriesgarme a tener todo eso en casa.

Adela se temía ya lo peor.

—¿Pero la has utilizado?

—Sí... no... no lo sé, supongo que sí. Creo... he tenido una especie de recuerdo, pero es una mujer que no conozco, la he visto con una marca en la frente. Una marca circular que ahora sé que estaba ocasionada por una pistola puesta sobre la frente.

—¿Pero está muerta?

—No estoy seguro, solo la recuerdo de pie, con esa marca en la cabeza, pero tampoco me acordaba de lo otro, lo recordaré en cualquier momento, y seguro que acabaré recordando que la pistola no era de John sino mía, o que era de él y yo se la robé para matar a esa mujer que no sé quién es. ¡No lo sé!, ¿¡Entiendes que sienta que me estoy volviendo loco!?

Adela no sabía si creerse lo de las cuatro muertes o no, lo que sí que no le cabía ninguna duda era que Hilario estaba completamente loco. Se puso en pie y cogió la ropa.

—¿Dónde vas?

No supo qué contestar.

—No puedes irte, lo siento pero ahora que te lo he contado todo no puedes irte.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento Adela, me gustas mucho y lo he pasado muy bien contigo...

—...

—... pero no puedes irte.

6

Riki tenía previsto haber invitado a sus amigos a unas cervezas al finalizar el interrogatorio, pero cuando terminaron no le pareció conveniente hacerlo. Con su testimonio tal vez había ayudado en algo a José Antonio, aunque no gran cosa tampoco, pero al mismo tiempo había perjudicado sin duda a Juanjo. ¿Podría ser él el asesino? Era mejor no tentar a la suerte de momento, mejor que cada uno siguiese su camino hasta que las cosas se aclarasen.

No sabía cómo comportarse, y suponía que al resto de sus amigos les sucedía lo mismo. Lo ocurrido, acabara como acabara, los distanciaría, enfriaría su amistad y nada volvería a ser igual. Era

triste que sucedieran esas cosas, pero ¿y si el asesino era uno de sus amigos?

7

Riki no lo sabía, pero Roberto, Juanjo y José Antonio sentían a su manera algo parecido, quizás por motivos diferentes, pero ninguno quería mantener contacto con los demás. Tal vez sospechaban unos de otros, tal vez solo se sentían incómodos por la situación, o quizás estuvieran convencidos de que su amistad había llegado a un punto muerto.

8

El comisario y el inspector seguían en comisaría, Gregorio sostenía el informe entre sus manos.

—Creo que ahora sí que ha llegado el momento de detenerlo —dijo el comisario.

—Sí, será lo mejor.

—Voy a pedir una orden de registro urgente y de ese modo lo detenemos y a la vez registramos la casa. Dile a los chicos que permanezcan más atentos que nunca durante la vigilancia, sería desastroso que se nos escapara en el último momento.

9

Tenía la sensación de haber llegado a un punto de no retorno en el que nunca más iba a poder dormir. Resultaba duro llegar a una conclusión de ese tipo de forma tan drástica, pero era evidente que algo tan natural y tan necesario como el sueño, le había sido negado desde hacía algo más de un mes, ¿o era más? Había perdido la cuenta. Lo había intentado todo desde entonces, remedios caseros de todo tipo y somníferos, pero nada había servido para recuperar la tan ansiada posibilidad de dormir, aunque fuesen tan solo unos minutos diarios.

Todo el mundo dice que eso es imposible —pensaba a menudo— *que no se puede estar tanto tiempo sin dormir*. Pero también otras de las cosas que le estaban pasando parecían imposibles y nadie las creería si las contara.

Solo él estaba en condiciones de saber, qué era, y qué no era posible en sus circunstancias. Nadie más lo entendería, a no ser que estuviese pasando por lo mismo.

Y precisamente ese convencimiento era lo que hacía que tuviera miedo.

Mucho miedo.

Miedo de lo que le estaba pasando.

De lo que podía hacer en un momento dado.

De algunas de las cosas que ya había hecho, y otras que no conseguía recordar. Esas eran las peores porque podrían ser las más atroces. A veces creía estar a punto de recordarlas, pero al final esos momentos de lucidez se desvanecían antes de materializarse.

Las manos le temblaban convulsivamente, al igual que si padeciera de Parkinson, mientras, sostenía una vieja escopeta llena de costras de óxido que le recordaban al herpes zóster que desde hacía unos días había empeorado invadiéndole gran parte de la frente y una de sus mejillas, hasta cubrirle la barbilla.

La escopeta, que se agitaba arriba y abajo a un ritmo que le parecía cada vez más frenético, perteneció a su padre y él nunca la había utilizado hasta unos minutos antes, de hecho odiaba la caza, y las armas de fuego le provocaban rechazo a pesar de haber sido la mayor afición de su progenitor, o tal vez sentía esa repulsión precisamente por eso. Nunca se había llevado bien con su padre; ni en los mejores momentos de su relación familiar. Todo lo que recordaba de él eran unos continuos enfrentamientos ocasionados, tal vez, por la desmedida afición a la bebida y la mala vida, que acabaron llevándolo a la tumba antes de cumplir los sesenta.

Pero por unos motivos u otros, nunca se decidió a deshacerse del arma, a pesar de los malos recuerdos y de que no disponía de licencia ni permiso de ningún tipo que le permitiera tenerla. La conservaba arrinconada en el desván con otras mil cosas inútiles que guardaba como homenaje, ciertamente inmerecido, a la memoria de su padre. El desván se había convertido en una especie de panteón donde había reunido todos esos objetos paternos que no tenía previsto utilizar nunca, incluyendo una urna de cerámica con sus cenizas. Cenizas que conservó su madre sobre la repisa del comedor, hasta que también murió. A ella no la incineraron; nunca supo si esa era su voluntad o no y nada decía de eso en el testamento, de manera que prefirió enterrarla de la manera tradicional, en un nicho corriente y una lápida de granito muy sencilla. Lo ideal hubiera sido meter en el nicho la urna con las cenizas de su padre, pero se le olvidó, simplemente se olvidó del tétrico envase hasta que unos días

después del entierro se quedó mirándola fijamente y cayó en la cuenta de que no debía de estar allí. Nada justificaba que siguiera sobre la repisa, y tampoco sabía muy bien qué hacer con ella, de manera que lo único que se le ocurrió fue arrinconarla en el mismo desván donde se conservaban todos sus viejos recuerdos.

Desde la muerte de su madre no había vuelto a subir al desván para nada, hacía de eso cuatro años. Seguía todo como él recordaba, amontonado, sin orden de ningún tipo, pero con la urna bien visible y llena de polvo.

—Hola papá —dijo al verla, sin saber muy bien por qué.

Miró el caos que le rodeaba, hasta que localizó la escopeta. A su lado encontró una caja de cartuchos polvorienta y abierta, de la que no recordaba su existencia. Mejor así, porque eso le evitaría tener que ir a comprar munición, pero antes de hacer lo que tenía previsto, y ante la duda sobre el posible mal estado de los cartuchos que estaban cubiertos por una ligera capa de moho, lo primero que hizo fue cargar el arma con dos de ellos y disparar con ambos gatillos hacia el fondo del trastero colocando la culata sobre su hombro derecho, como tantas veces tuvo ocasión de ver que hacía su padre cuando perseguía conejos en la sierra cercana a la finca de Fontanares, donde paso su infancia y los primeros años de adolescencia.

La escopeta escupió fuego sin ningún problema, como estando acostumbrada a ello, destrozando un viejo baúl con manchas de hollín, óxido, grasa y un sinfín de sustancias indeterminadas, acumuladas por lustros de viajes, desidia y abandono, a la vez que lo llenaba todo de estruendo, humo, olor a pólvora, y un sinfín de astillas, una de las cuales se le hincó en su demacrada mejilla izquierda que era la que había quedado más expuesta al disparar, y de donde pronto saldría una minúscula gota de sangre muy oscura y espesa. No se molestó en arrancarla, tal vez porque ni siquiera se percató de ella. Luego apuntó a la urna y volvió a apretar los gatillos gemelos.

—Pum —dijo en voz alta mientras reía.

—Te has asustado. ¿Eh papá?

Por un momento se imaginó la urna estallando en mil pedazos y cubriéndolo todo con las cenizas de su difunto padre, y estuvo tentado de recargar el arma, pero no lo hizo.

El siguiente paso fue recortar ambos cañones con una sierra de metal que también llevaba años olvidada y oxidándose junto con otras herramientas y unos cepos de caza. Apoyó la escopeta, todavía caliente por el reciente disparo, sobre un banco de madera, y con

unas fuerzas que suponía ya inexistentes, realizó el corte de forma rápida y certera. La parte delantera del arma cayó al suelo con un sonido metálico que se le antojó extraño, angustioso, lejano, como si ocurriera en otra dimensión. Dejó la herramienta sobre el banco y sostuvo la escopeta con ambas manos, pensativo. Si alguien lo hubiese estado observando, por su expresión creería que no recordaba lo que quería hacer con ella. Un par de minutos más tarde la cargó de nuevo y volvió a mirar la urna, pero tampoco esta vez disparó. En lugar de eso, sacó del bolsillo un paquete medio vacío y arrugado de Chesterfield y se puso un cigarrillo en la boca, guardó el paquete, y del mismo bolsillo extrajo un Zippo con la imagen del conejito de Playboy. Se escuchó el chasquido metálico característico y encendió el cigarrillo.

Tal vez soportaría seguir viviendo sin dormir. Después de tanto tiempo sin hacerlo, ¿quién sabía dónde se encontraba el verdadero límite del ser humano? En definitiva se sabía tan poco sobre el sueño y eran tan contradictorias algunas de las teorías, que cuanto más leía sobre el tema, más confundido se sentía.

Veía y sentía cosas que no quería ver ni sentir, y tenía el convencimiento de que lo que le estaba sucediendo, solo podía desaparecer de dos modos: durmiendo o quitándose la vida.

Y sabía que no podía hacer nada para dormir…

15
•

Bendito sueño

1
♦

—¡La tenemos! —la voz del comisario sonaba emocionada.

—¿La orden de registro?

—Sí, ya podemos proceder a la detención. Vamos inmediatamente para allá.

—¿Sabemos algo de la chica?

—Si no se han despistado en la vigilancia, la chica sigue dentro de casa, pero no creo que eso sea un problema.

—Podría cogerla como rehén.

El comisario se quedó pensativo.

—Lo resolveremos sobre la marcha. Iremos nosotros dos y nos acompañaran los chicos de la vigilancia, por si se complican las cosas.

—Por fin un día de acción, yo estoy listo, cuando quiera.

2
♦

Hilario bajó dejando la puerta del trastero abierta, no tenía ninguna intención de regresar y poco importaba cómo la dejara. Llevaba la escopeta en la mano derecha que le temblaba más de lo normal.

Entró en casa y se fue al cuarto de baño. Al pasar por delante del dormitorio ni siquiera se molestó en mirar en su interior, sabía perfectamente lo que había.

El joven cuerpo de Adela, lleno de vida hasta unas pocas horas antes, yacía sobre la cama con un profundo corte en el cuello, un charco de sangre se había extendido por la sábana, empapándola.

Antes de hacer lo que tenía que hacer, quería verse por última vez en el espejo, intentar encontrar en ese rostro ajado, con barba descuidada y un desagradable herpes, algún resto de lo que había sido él apenas un mes antes. ¿Cómo había podido deteriorarse tanto en tan poco tiempo? Dejó la escopeta recortada en el lavabo rosado y apoyo ambas manos en el mismo, acercando su rostro al espejo. Iba a ser la última vez que lo viera, pero lo que buscaba en él no lo

encontró. Tampoco vio en el espejo a un psicópata, ni a un asesino, por mucho que hubiera matado ya a cuatro, cinco, o quién sabía a cuántas personas más que no podía recordar. Solo veía el rostro de un enfermo, el rostro de alguien que no podía dormir desde hacía mucho tiempo. ¿Era esa la cara de un asesino?, se preguntaba. No recibió respuesta de ningún tipo. Sacó los Chesterfield del bolsillo, encendió uno y tiró el resto del paquete, todavía mediado, a la taza del váter. Dio una fuerte calada y lanzó el humo sobre el cristal provocando un efecto fantasmal en su imagen reflejada.

Cuando terminó el cigarrillo dejó la colilla en el lavabo y cogió la escopeta, abriéndola para asegurarse de que estuviese cargada, la cerró de nuevo y se dirigió hasta el dormitorio. Esta vez sí que contempló a Adela, y los ojos se le humedecieron, no porque se arrepintiera, sino por simple pena. La había matado porque sabía que tenía que hacerlo, y por lo tanto no cabía el arrepentimiento. Nadie debe arrepentirse cuando hace lo que tiene que hacer, aunque le había tomado cariño, e incluso había disfrutado sexualmente con ella...

Pero tenía que morir.

Se sentó sobre la cama apoyando la espalda en la cabecera de madera, con las piernas estiradas, al lado de Adela. Sería un buen lugar para morir. Tal vez de ese modo podría viajar con ella a algún lejano lugar mucho mejor que el mundo inhabitable en el que ahora estaba y que tan pocos buenos momentos le había proporcionado.

Colocó la escopeta en su regazo, abrió la boca y puso los cañones en su interior, a continuación situó el pulgar derecho encima de los dos gatillos y cerró los ojos.

Todo iba a terminar y ya no tendría que preocuparse de nada, no tendría que seguir matando ni sufriría más alucinaciones.

Acariciaba los gatillos con suavidad y se preguntaba si llegaría a escuchar el ruido de la detonación cuando se disparasen a la vez los dos cartuchos, si sería consciente del estruendo, si le dolería, aunque fuese durante una fracción de segundo. En cualquier caso no importaba, nada importaba ya. Seguía con los ojos cerrados y su pensamiento vagaba cada vez más lejos.

Su cuerpo se relajó como hacía tiempo que no lo hacía, el pulgar le resbaló hasta caer su mano sobre la sábana al lado de Adela, y finalmente se quedó dormido con la escopeta todavía en la boca, babeando por la comisura de los labios. Una densa gota de saliva se deslizaba por el lateral del cañón izquierdo.

♦

Gregorio y el comisario llegaron a la calle Pelayo y aparcaron de cualquier modo en una esquina, sobre la acera, ni siquiera se molestaron en cerrar el coche. Hicieron un gesto a los hombres de la vigilancia y pronto estuvieron los cuatro juntos subiendo por la escalera hasta el cuarto piso.

En una detención domiciliaria no era normal utilizar las armas, pero esa detención podía no ser todo lo normal que fuera de desear. Podía haber una rehén, y en cuanto a Hilario, había demostrado ser más peligroso de lo que parecía y tener mucha sangre fría. No sabían cómo reaccionaría, era un asesino y podría plantarles cara, de manera que los cuatro desenfundaron sus respectivas armas reglamentarias y el comisario pulsó el timbre. No se oyó nada.

—Creo que no funciona. Habrá que llamar a la puerta.

El comisario golpeó con los nudillos, no demasiado fuerte, tampoco quería asustar a Hilario y provocar una reacción violenta poco deseada.

Nadie contestó. El comisario acercó la oreja a la puerta. No se oía nada en el interior.

—¿Estáis seguros de que no han salido? —preguntó dirigiéndose a los dos policías encargados de la vigilancia.

—Seguros —contestó uno de ellos. El otro se limitó a asentir

El comisario volvió a golpear la puerta, esta vez más fuerte.

—¡Policía!, ¡abran la puerta!

Se oyó el típico ruido de una puerta abriéndose, pero se trataba de la del tercero.

—¿Qué demonios está ocurriendo ahí arriba? —preguntó un viejo en zapatillas afelpadas y batín.

—¡Métase en casa, coño! —replicó el comisario.

El viejo quedó intimidado y sin decir nada más, volvió a entrar y cerró la puerta.

El comisario golpeó de nuevo la puerta de Hilario.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gregorio.

—Tendremos que entrar por la fuerza, no creo que sea demasiado difícil derribar esto, es una puerta muy vieja y la cerradura parece de juguete.

Mientras lo decía le dio un fuerte empujón con el hombro derecho. La puerta se movió y lanzó un quejido que sonó a madera quebrada, pero no se abrió.

—Déjeme a mí, señor comisario —dijo el más corpulento de los hombres que tenía pinta de acudir al gimnasio a diario.

—Toda tuya.

El joven repitió la misma maniobra del comisario por tres veces, en cada una de ellas los quejidos de la puerta eran mayores, y ya en el tercer intento, se oyó un crujido desgarrador y la cerradura se rompió abriéndose violentamente la puerta. El policía, siguiendo la inercia, estuvo a punto de caer en el interior de la vivienda, pero su buen estado físico le permitió reaccionar a tiempo y recuperar el equilibrio antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando el ruido producido por la rotura de la puerta se diluyó en el aire, el silencio se apoderó de nuevo del lugar.

—¡Hilario!, es inútil que te escondas, no nos lo pongas más difícil, ¿de acuerdo? Seamos sensatos y si tienes a la joven, suéltala. No queremos hacerle daño... y a ti tampoco.

Nadie respondió.

El comisario hizo un gesto al que había derribado la puerta para que se situara en otro punto de la casa. El hombre avanzó con sigilo, sin hacer ruido, y al pasar frente al dormitorio observó que tenía la puerta abierta y no pudo evitar ver la escena. Se puso tenso y apuntó con su arma a Hilario mientras hacía un gesto mudo con la cabeza al comisario.

Avanzó despacio.

—¡No se mueva! —le gritó a Hilario.

Hilario no respondió.

La escena que podía ver el policía era dantesca, la mujer con el cuello abierto y la enorme mancha de sangre sobre la cama, Hilario con el arma en la boca.

El otro policía joven llegó antes que el comisario y el inspector.

—¿Están muertos? —preguntó mientras también apuntaba con su pistola a Hilario.

16
•
-Epílogo-
El entierro de Amparo

1
♦

El comisario estaba con cara de circunstancias, cariacontecido. Sus hijas no le habían dirigido la palabra en ningún momento, pero al menos no habían montado ningún escándalo, cosa que le preocupaba que pudiera ocurrir. Supuso que la reacción contenida era debida a que todo se había resuelto con la detención de Hilario, al que finalmente acusaron de cuatro muertes: Edurne, John, Amparo y la joven Adela, y por lo tanto él había quedado libre de toda sospecha. Tras la detención, Hilario se había negado a hablar y nada dijo en su defensa cuando se le comunicaron los motivos por los que había sido detenido, eso sí, después de ímprobos esfuerzos para despertarlo tras apartarle el arma cargada de la boca.

Para conseguir que se despertara fue necesario zarandearlo durante varios minutos, y al final el comisario lo abofeteó en ambas mejillas. Fue en ese momento cuando por fin abrió los ojos y, nunca supo por qué, sonrió.

El comisario aún no se explicaba cómo era posible dormirse tan profundamente, pero supuso que era a causa de haber estado tanto tiempo sin dormir, según le había dicho el propio Hilario en el interrogatorio inicial. De cualquier modo, le pareció entre trágico y cómico encontrarlo en la cama, dormido y con el doble cañón de la escopeta metido en la boca. ¿De verdad se había intentado suicidar y se había quedado dormido antes de apretar el gatillo? Al recordarlo, una sonrisa afloró en su rostro, cuestión desafortunada porque su hija mayor lo estaba mirando en ese mismo instante y pareció querer atravesarlo con una mirada de odio al verlo sonreír. El comisario entendió que esa sonrisa estaba fuera de lugar en ese momento, su hija no podía saber en qué estaba pensando. La borró de su cara y volvió a mostrar su semblante de tristeza, más acorde con la ceremonia que se estaba desarrollando. A su lado estaba su fiel inspector, y desperdigados entre los asistentes, había varios policías de paisano que lo habían querido acompañar a la ceremonia, otros no habían podido hacerlo porque la comisaría no podía ser cerrada por un simple entierro, por mucho que se tratara de la exesposa del comisario.

Todo parecía ir volviendo a su lugar poco a poco, el rechazo que había estado sintiendo por parte de la mayoría de sus hombres mientras se sospechaba que él era el asesino de Amparo, había desaparecido, ahora, incluso alguno de los más jóvenes, lo miraba como si fuera un héroe o algo parecido.

Al fondo podía ver a Consuelo, era un tipo raro, no podía negarlo, estrafalario... y feo de cojones, pero muy buena gente. El tipo se había comportado insuperablemente con lo de la hipnosis, y aunque no fue nada decisivo para la investigación, ayudó situando a Hilario en el lugar de los hechos. Bien mirado sí que fue decisivo para la detención. Consuelo y él se cruzaron una mirada que al comisario le pareció extraña. Le hubiera gustado adivinar lo que estaba pensando el espiritista en esos momentos, pero le fue imposible acercarse lo más mínimo al significado de aquella indescifrable mirada. Sería cosa de médiums, gente extraña, se mirase como se mirase.

2

Con los años, Consuelo había ido mejorando su percepción en todos los aspectos, sabía que era mucho mejor espiritista que antes, a pesar de que en la actualidad apenas atendiese visitas, por supuesto también había desarrollado dotes indiscutibles con la hipnosis y las regresiones, y se sentía más capaz que nunca. Sin embargo, físicamente se encontraba viejo, mucho más viejo de lo que era, y sabía que no podría nunca volver a los niveles de actividad de unos años antes, por mucho que su capacidad sensorial hubiera mejorado. También había desarrollado una especie de sexto sentido que en esos momentos le estaba diciendo que el inspector ocultaba algo, cada poco tiempo miraba al comisario de una forma que a Consuelo le parecía muy particular y no supo cómo interpretar, pero estaba convencido de que el inspector se encontraba incómodo. Tal vez porque la investigación no había ido como él esperaba y el comisario acabó robándole protagonismo, no lo tenía claro, pero en el fondo tampoco le importaba demasiado. Había acudido al entierro porque se había visto obligado a ello. El propio inspector lo había llamado para comunicárselo, no le había pedido que acudiese, pero a Consuelo le parecía una descortesía no hacerlo después de que alguien se hubiese molestado en avisarlo. El comisario no le caía demasiado bien, y en el fondo tampoco el inspector, pero no era cuestión de hacer de ello algo personal, de manera que había decidido asistir al entierro, dar el pésame de la forma que fuese

costumbre y volver a casa. Ese día no tenía ninguna sesión prevista, aprovecharía para descansar toda la tarde, leer algo, cenar ligeramente, ver la tele un rato y dormir. Si algo podía hacer últimamente sin problemas era dormir, y no iba a privarse de ello.

Mañana sería otro nuevo día.

3

El inspector cruzó también una mirada con Consuelo e hizo un gesto de asentimiento, como dándole las gracias por haber acudido. No sabía muy bien por qué, pero había acabado cayéndole bien ese extraño hombrecillo. Un tipo peculiar como pocos. Consuelo le devolvió el gesto.

En el bolsillo llevaba un *pendrive* de alta capacidad con una grabación de video. El *pendrive* parecía estar quemándole el forro del pantalón y no veía el momento de entregárselo al comisario. No tenía ni idea de cual sería su reacción al recibirlo, y en cierto modo se sentía como un ser despreciable por haber actuado como lo había hecho, pero al menos había sabido esperar el tiempo suficiente para que el comisario pudiera acudir al entierro de su exmujer sin ninguna otra preocupación en el horizonte. El comisario jefe estaba de viaje y no volvería hasta la semana siguiente, pero Gregorio ya le había dejado una copia de la grabación para cuando volviera. Sabía que era muy probable que cuando la visualizase se llevaría una buena bronca por no haber procedido de otro modo, pero de una manera u otra, sentía que había actuado de la mejor de las maneras posibles, o al menos así quería creerlo. Tenía la mano en el bolsillo y le daba vueltas al *pendrive*, era un simpático modelo que representaba a R2-D2[26] en blanco y azul. En varias ocasiones se había echado atrás pensando en no dárselo al comisario, pero había llegado a un punto de no retorno y ya no podía hacer otra cosa, no podía ocultarlo por más tiempo porque el comisario jefe ya lo habría recibido y él no podía interceptarlo.

El daño ya estaba hecho.

4

Después de la detención de Hilario, al inspector le había quedado un resquemor, no sabía muy bien por qué. Esa misma noche lo había estado comentando con su mujer, la cual, una vez más, le había

servido de inspiración. Ella fue quien lo instigó a que comprobase un dato en el informe del laboratorio y no pudo esperar al día siguiente para hacerlo. Era de madrugada, y para sorpresa de los compañeros que estaban de guardia, apareció por comisaría con los ojos enrojecidos y barba incipiente. Por su cargo y por considerarlo como la mano derecha del comisario, nadie le pedía explicaciones nunca, y por lo tanto, por muy extraña que les pareciera su presencia a esas horas, ninguno de los hombres le comentó nada. El inspector entró en el despacho del comisario y registró los cajones hasta encontrar el informe de huellas y balística que estaba buscando. Volvió a leerlo por completo y nada nuevo surgió de esa segunda lectura, pero cuando vio los gráficos de las huellas, el corazón se le aceleró. No decía nada que no hubiera leído antes, la huella encontrada en la pistola era efectivamente de Hilario, o al menos eso aseguraba el informe y Gregorio lo daba por bueno, pero allí estaba el dibujo de la situación de la misma, en el cañón de la pistola, eso estaba claro, pero el pulgar dibujado miraba hacia la empuñadura y no hacia afuera como sería más lógico. Es lo que había estado comentando con su mujer mientras veían el telediario, y fue entonces cuando recordó lo que Hilario le había dicho al comisario el día en que lo habían interrogado: “Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

Gregorio no le había dado ninguna importancia a esa frase en su momento. Es cierto que llegó a pensar que el comisario había sacado su arma reglamentaria y había amenazado a Hilario de algún modo con ella, y era algo que en el fondo no le extrañaba, el comisario hacía cosas de ese tipo cada dos por tres, su carácter, un tanto violento y egocéntrico lo llevaba por esos caminos escabrosos que Gregorio no compartía. Pero al hablarlo con su mujer analizó más a fondo la frase y se la repitió a sí mismo varias veces en voz alta, no sabía muy bien por qué, la recordaba perfectamente.

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que apartarla de mi cara”

“Espero que esta vez no saque ningún arma del cajón y tenga que

apartarla de mi cara”

El comisario no dejaba su arma en el cajón… nunca, siempre la llevaba encima, en la sobaquera de piel que le había regalado su mujer quince años antes. ¿A qué se refería Hilario con eso de que había sacado la pistola del cajón? ¿Estaba hablando de su pistola reglamentaria? No podía ser, conocía demasiado bien las costumbres del comisario para saber que esa no era una de ellas.

¿Y lo de “apartarla de mi cara”?, ¿qué había querido decir Hilario con eso?

Al final pudo verlo claro, como un *flash* repentino que iluminaba su mente. El comisario lo estaba interrogando, puede que se tratase del segundo interrogatorio, cuando ya se le había escapado una vez por la acusación de colaborar con los atracadores. Por segunda vez lo tenía ante él, ahora acusado de otra estafa en la cual se estaba utilizando una cuenta del banco fraudulentamente, y el comisario veía que se le estaba volviendo a escurrir de entre los dedos, como él solía decir. Podía imaginarlo, el comisario perdió la paciencia en el interrogatorio y sacó un arma del cajón… pero no podía ser su arma reglamentaria, Hilario se refería a otra. El comisario lo amenazó con ella, tal vez le dijo algo como “esta vez no te me vas a escapar”, o cualquier otra cosa parecida. Hilario se asustó, o posiblemente no, después de todo había demostrado tener mucha sangre fría, en cualquier caso debió de reaccionar apartando la pistola de delante suyo y dejando impresa la huella de su pulgar en el cañón. El comisario volvió a guardarla en el cajón.

¿Era eso posible? ¿Podía haber conservado la pistola durante todos esos años esperando el momento oportuno para utilizarla en contra de Hilario?

Esa misma madrugada al salir de comisaría y antes de volver a casa, se fue con su coche hasta Campanar, buscando el lugar donde Hilario había tirado la bolsa de plástico. Aparcó su coche en las cercanías, se apeó, y dio unas vueltas por los alrededores hasta situarse frente a los contenedores. Levantó la cabeza y vio un cajero automático.

5

Apenas pudo dormir esa noche, una parte de él le pedía que se olvidara de todo, que no moviera la mierda y la dejara reposar, pero otra parte le instaba a seguir con la investigación, sabía que había encontrado algo, pero tenía miedo de confirmarlo. Después de todo,

¿a quién beneficiaría?

Se levantó temprano, y sin pasar por comisaría se dirigió de nuevo a Campanar y entró en la entidad bancaria propietaria del cajero automático, presentó su placa y pidió la grabación del día en que el comisario había recuperado la bolsa del contenedor. Le dijeron lo de siempre, que la grabación se hacía digitalmente y la archivaba la empresa de seguridad, que ellos no disponían allí de nada. Unos años antes todo eso era más sencillo, bastaba con ir a la entidad y pedirles el VHS, pero la pega de entonces era que no conservaban muchos días de grabación y lo que él buscaba podría haberse perdido irremediablemente, ahora, con el archivo digital, las grabaciones se conservaban durante mucho más tiempo.

Le dijo al director que era muy urgente y le pidió que llamara a la empresa de seguridad, el director le contestó que no podía hacerlo directamente porque era una cuestión que se llevaba desde su central. “Pues llame usted a la central para que llamen a los de las alarmas y que les digan que voy para allá ahora mismo y que quiero una copia de esa franja horaria”. El director se puso nervioso pero accedió. El resultado fue que pudo disponer de la grabación esa misma tarde después de varias llamadas telefónicas.

La visualizó en el PC de su casa, no quería arriesgarse a verla en comisaría para evitar tener que darle explicaciones a nadie.

A través del cristal de la entidad bancaria podían verse los contenedores. El comisario había aparcado justo delante de ellos, eso había sido una suerte porque si hubiera aparcado detrás, los propios contenedores lo hubieran ocultado. Allí estaba el comisario sacando la bolsa con un gancho y metiéndola en el coche. Después desapareció de la pantalla, Gregorio supuso que era porque había ido a decirle al policía de vigilancia que podía irse. Segundos más tarde, el comisario entró en su coche y se quedó mirando la bolsa que había dejado en el asiento del pasajero. Gregorio pensó que en ese momento arrancaría y se iría de allí, con lo cual todo lo que había hecho no le llevaría a ninguna parte, pero no, el comisario abrió la guantera y sacó una caja que contenía guantes desechables de látex y se puso un par de ellos. Luego se agachó y reapareció con una pistola en la mano, sacó el contenido de la bolsa de Mercadona, desplegó el paño de algodón con mucho cuidado y se quedó contemplando el cuchillo y la pistola. Acto seguido retiró la que Hilario había tirado y la sustituyó por la que él mismo había sacado de debajo del asiento, volviendo a plegar el paño de algodón para meterlo de nuevo en el interior de la bolsa con mucho cuidado. Después de eso, se quedó mirando al infinito durante un par de minutos a través del

parabrisas; una extraña sonrisa se dibujó en su cara y arrancó el motor.

6

El comisario estaba sentado en su despacho mientras toqueteaba a R2 D2 con nerviosismo. Le quitó el capuchón y lo introdujo en el puerto USB de su ordenador. Abrió el archivo y automáticamente se activó el programa de reproducción de video. Pinchó con el ratón al *play* y lo visualizó hasta el final sin que su rostro reflejara ninguna emoción.

La mano derecha se desplazó hasta la sobaquera y acarició la fría culata de su arma de reglamento.

17
•
-Epílogo 2-
Picassent

1
♦

Hilario seguía durmiendo en su celda de Picassent. Los guardias habían desistido de obligarlo a bajar al comedor y al patio en los horarios habituales porque se pasaba cerca de veinte horas al día durmiendo. El médico que lo atendió no sabía si eso podía ser normal o no, pero si era cierto que había estado más de un mes sin dormir nada en absoluto, bien podría necesitar unos días para recuperar el sueño. Prefirió de todos modos no asumir la responsabilidad de tenerlo en la enfermería y aconsejó que lo dejaran dormir tranquilo unos días antes de obligarlo a cumplir con los horarios del establecimiento. Era una excepción transitoria a la norma que no le hacía daño a nadie.

Antes de llegar a la cárcel, se pasó la mayor parte del tiempo que estuvo en el calabozo durmiendo. Luego lo llevaron ante el juez, y este decretó cárcel sin fianza. Lo trasladaron inmediatamente y se volvió a dormir en el furgón de la Guardia Civil.

Apenas recordaba nada, salvo que lo habían acusado de cuatro crímenes y ni siquiera se había tomado la molestia de negárselo al juez. Su única sorpresa fue cuando se enteró de que la mujer del disparo en la frente era la ex del comisario. Todavía no recordaba haberla matado, pero parecía bastante evidente que lo había hecho. No importaba.

Solo quería dormir.

Notas del autor

EL SINDROME DEL DELFIN

La definición de “síndrome del delfín” no existe, ni científicamente, ni como expresión popular. La he utilizado como título de la novela porque en cierto modo define la patología del personaje, un insomne total, puesto que los delfines son los únicos animales que no duermen en absoluto, o al menos no duermen de forma completa porque siempre tienen al menos un ojo abierto y mantienen activa, como mínimo, la mitad de su cerebro para no dejar de respirar, porque a diferencia de lo normal, en su caso la respiración no es automática. Me ha parecido una forma un tanto “poética” de expresarlo y espero haber acertado con el título.

Hacía varios años que quería escribir sobre un personaje de estas características porque siempre me ha atraído esta patología.

Había llegado a ser casi una obsesión para mí desarrollar a este personaje, hasta el punto de que me decidí a empezar la novela, aun a pesar de que no tenía claro de qué iba a tratar. Aquí puede que haya seguido en cierto modo la estela de Stephen King, el cual me consta que muchos de sus libros los ha empezado con una simple pregunta: ¿Qué ocurriría si... ? En su libro *Mientras escribo* dice algo así como que lo que ocurre con sus personajes mientras avanza la novela solo depende de lo que descubre mientras los acompaña. Algo parecido me ha ocurrido a mí con Hilario, al principio solo sabía que tenía un problema, y era que no podía dormir, ¿qué podía ocurrirle a alguien en esa situación después de semanas sin pegar ojo? Un buen día leí un artículo sobre el *couchsurfing*, y eso me dio el pequeño empujón que necesitaba para empezar la novela... y luego ya vería qué ocurría con ella.

Mientras la novela avanzaba me tropecé por casualidad con unos artículos antiguos relacionados con el caso de Anabel Segura, y eso me dio la excusa para resucitar el personaje de Consuelo.

CONSUELO

Mis lectores habituales ya saben que tengo una cierta predilección por Consuelo, un personaje que apareció por primera vez en mi novela *La habitación de las mariposas* y que luego tuvo su continuidad con las dos siguientes, *El fantasma de los sueños* y *El encantador de*

abejas, por el simple hecho de que me había gustado y quería seguir contando su vida de alguna manera. Después atravesé una fase de sequía en cuanto a novela se refiere, hasta que escribí *El príncipe de las moscas*, donde estuve tentado de volver a escribir sobre Consuelo, pero desistí de ello porque el desarrollo del argumento no me lo permitió. En la novela siguiente: *Las voces de las hormigas*, le ofrecí un pequeño cameo, apenas aparece como personaje, pero sí que se le consulta en un momento dado. Esta novela que acabas de leer ha sido en cierto modo el resurgimiento de Consuelo, y me satisface su actuación, en este caso como hipnotista y no como espiritista. ¿Aparecerá en otras novelas mías? Sencillamente no lo sé. Tal vez si llama a mi puerta...

HIPNOSIS EN INVESTIGACIÓN POLICIAL

Todo lo que se dice en la novela sobre hipnosis policial es cierto y está documentado. En España no se utiliza apenas, salvo algunas excepciones, y en Estados Unidos se estuvo utilizando de forma habitual hasta los años ochenta, desde entonces, también se sigue utilizando, aunque menos, y ya no es aceptada por los Tribunales. Las formas de hipnotizar pueden ser tan variadas como hipnotistas existen, yo me he basado en una mezcla de conocimientos extraídos de distintos libros y experiencias que me han contado.

AGRADECIMIENTOS

Siempre me dejo a alguien en el tintero, así que antes de todo pido disculpas por ello. Quiero darle las gracias a Charo Alvarez por la información que me ha facilitado sobre algunos procedimientos policiales, a Josep V. Sanchis por su ayuda en el diseño de las portadas, tanto de esta novela como de otras mías anteriores, a Vicente Sanz por la información recibida sobre grabaciones de seguridad, a Juan Antonio Oviedo y a Merche Alvarez por ser mis más fieles, aunque no los únicos, lectores de borradores, víctimas de todos los errores e incongruencias que cualquier primer borrador de novela puede tener, de nuevo gracias a Merche por haber compartido conmigo algunas experiencias sobre regresiones que me han servido de inspiración, y porque además, debe sufrirme cada día. A todos los trabajadores y colaboradores de Sociedades Urgentes que gracias a su independencia y profesionalidad me permiten estar relativamente apartado del trabajo durante cuatro meses al año para poder seguir con mi empeño (a veces paranoico) por escribir, a mi antiguo editor José Antonio López, de quien además he tomado prestado el nombre para uno de mis personajes, por su confianza reiterada en mis novelas, y a mis lectores, que poco a poco, cada vez son más, además de más fieles. Nunca antes pensé que tendría gente esperando a que se publicara una próxima novela mía.

Pola, a 12 de noviembre de 2011 - 14:09

Otras obras del autor en Amazon

La habitación de las mariposas

El fantasma de los sueños

El principe de las moscas

El encantador de abejas

La voces de las hormigas

Recuerdos

Confieso

Aldea

La marca de cain

Quiero ser novelista independiente

Pasión por la calidad

[1] *Couchsurfing* fue fundada en el año 2004 sin ánimo de lucro y transformada en empresa con ánimo de lucro en el año 2011. El sitio web proporciona una plataforma para que sus miembros "surfeen el sofá" del anfitrión que los aloja en su casa cuando viajan.
En enero del 2012, el sitio tenía 3,6 millones de miembros. En marzo del 2013, 6 millones.

[2] Couch significa sofá en inglés.
[3] Editorial desaparecida en 1986. Actualmente ha recuperado la marca Ediciones B para algunas de sus publicaciones.
[4] Buscando información sobre el insomnio, encontramos que el récord más reciente de vigilia se produjo en 2007. Fue Tony Wright, científico británico que permaneció 266 horas sin dormir, quería demostrar que el cerebro no pierde efectividad con el cansancio. Su dieta se basó en alimentos crudos y té.
Después de su hazaña no obtuvo recompensa, puesto que le superó anteriormente el registro de un finlandés que estuvo 276 horas (diez más que él) al que no anotaron en el libro Guinness para impedir que la gente pretendiese jugar con la salud, como hizo Tony. Al finalizar el último día sin dormir, los médicos que controlaban a Wright, no detectaron un claro desequilibrio neurológico. Él defendía la idea de que al cansarnos excesivamente, uno de nuestros hemisferios cerebrales se relajaba para dar paso al otro. La investigación no lo aclaró. Existen otros casos más antiguos según la wikipedia: "**Randy Gardner** tiene el récord documentado científicamente durante el mayor período de tiempo que un ser humano, de manera intencionada sin dormir. En 1964 , a los 17 años de edad... Gardner se mantuvo despierto durante 264 horas (once días), rompiendo el récord anterior de 260 horas en manos de Tom Rounds de Honolulu." Curiosamente, después del récord, la primera noche durmió 14 horas y la siguiente ya volvió al ritmo normal de 8 horas. También está el cubano Tomás Izquierdo que dice estar 40 años sin dormir, pero es un caso en el que no existe falta de sueños oníricos, con lo cual parece existir una actividad reparadora del cerebro aunque no llegue a perder la consciencia en ningún momento.

[5] *El maquinista*, de Brad Anderson (2004), con Christian Bale y Jennifer Jason Leigh.
[6] Mesinfot: expresión valenciana equivalente a "no me importa nada"
[7] *Avatar*, James Cameron 2009
[8] Sin tripas no hay gloria, o según la traducción más habitual: Sin huevos no hay gloria.
[9] Fuera de servicio
[10] Protagonista de *El resplandor*, interpretado por Jack Nicholson en la versión cinematográfica.
[11] Alusión a una de las conocidas leyes de Murphy.
[12] Brian de Palma, 1987
[13] Ver *El fantasma de los sueños*, del mismo autor, publicada inicialmente por ECU - Editorial Club Universitario en 2009 y posteriormente por la Editorial El fantasma de los sueños.
[14] **Joaquín Grau Martínez** (Tarragona, 1928). Periodista, estudioso de las culturas analógicas e investigador de los estados perceptivos y potencialidades de la mente humana, escritor y como actividad menor parapsicólogo.
[15] Ver *EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS* (2002), publicada por ECU en 2009, y posteriormente por la editorial El fantasma de los sueños.
[16] Ver *EL ENCANTADOR DE ABEJAS* (2003), publicada por ECU en 2010. Actualmente editada por EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS y disponible en www.latiendaderamon.com También disponible en e-book en www.amazon.es
[17] Ver la trilogía compuesta por *LA HABITACION DE LAS MARIPOSAS, EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS* y *EL ENCANTADOR DE ABEJAS,* publicadas todas por ECU. Actualmente editadas por EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS y disponibles en www.latiendaderamon.com También disponibles en e-book en www.amazon.es
[18] Ver *LAS VOCES DE LAS HORMIGAS,* editada por El fantasma de los sueños. Disponible en e-book y en formato papel.

[19] Uno de los personajes principales de *EL PRINCIPE DE LAS MOSCAS*

[20] Ver *EL PRINCIPE DE LAS MOSCAS,* Publicada por ECU en 2011

[21] Ver *EL ENCANTADOR DE ABEJAS,* Publicada por ECU en 2010

[22] *EL FANTASMA DE LOS SUEÑOS,* publicada por ECU en 2009. Actualmente editada por la editorial del mismo nombre y disponible en www.latiendaderamon.com También disponible en e-book en www.amazon.es

[23] Personaje principal de *EL CONDE DE MONTECRISTO*, de Alejandro Dumas.

[24] Ver *EL ENCANTADOR DE ABEJAS* del mismo autor y editorial

[25] La palabra hipnotista sí existe en español, aunque no aparezca en el diccionario, obra cuya finalidad no es recoger todos los términos de la lengua, cosa del todo imposible.

[26] Personaje de ficción del universo de *Star Wars.* Es un droide, contraparte y amigo de C3PO